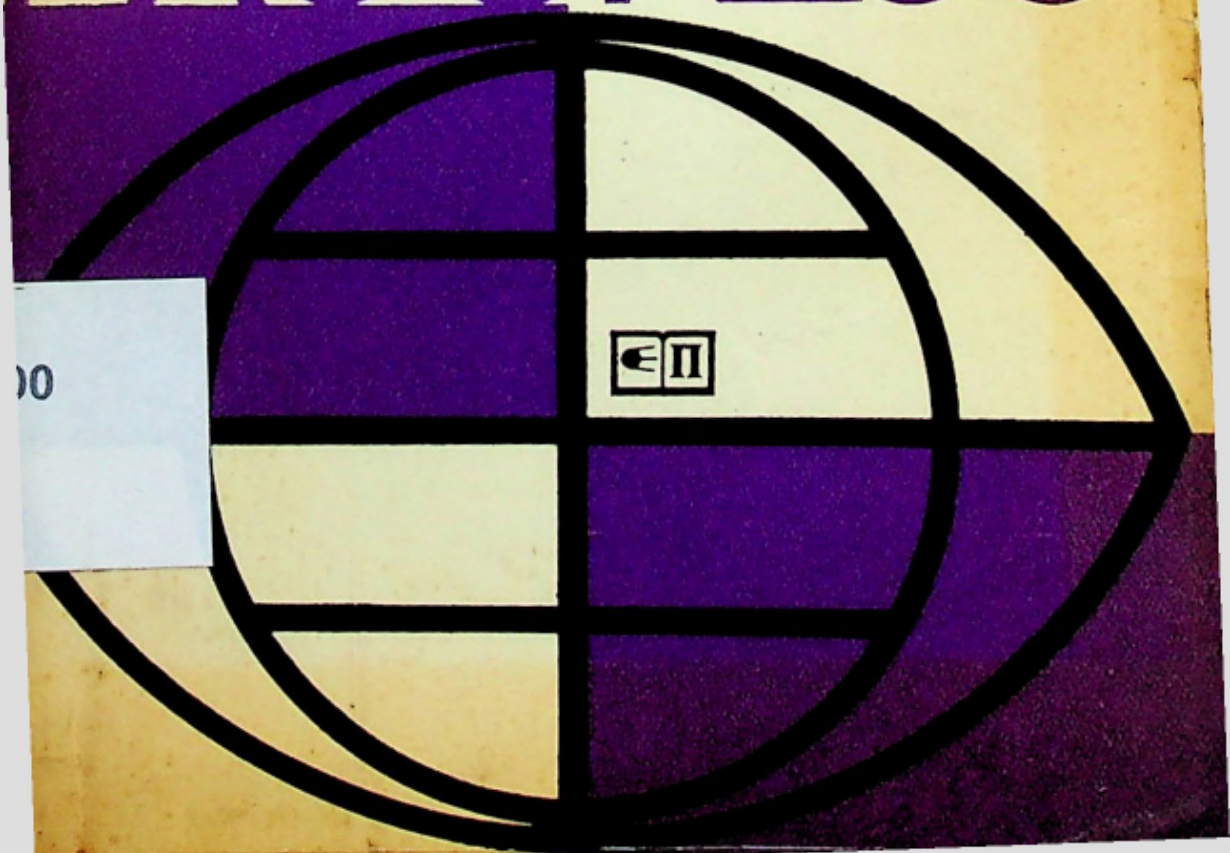
I. Osádchaia

De Keynes a la síntesis neoclásica: análisis crítico

TEORIA Y CRITICA

PROGRESO



00

8

Progreso. Teoria y crítica

I. Osádchaia

De Keynes a la síntesis neoclásica: análisis crítico

Fundación Isidoro Alonso
OVIEDO

Editorial Progreso

Moscú

02166

R-8753

Traducido del ruso por Trinidad Torrijos

И. М. ОСАДЧАЯ
ОТ КЕЙНСА К НЕОКЛАССИЧЕСКОМУ СИНТЕЗУ:
КРИТИЧЕСКИЙ АНАЛИЗ

На испанском языке

Impreso en la URSS

© Traducción al español Editorial Progreso 1975

О $\frac{10702-034}{014(01)-75}$ 845—74

INTRODUCCION

El presente trabajo se asigna la tarea de seguir la evolución de la teoría macroeconómica keynesista, de investigar el lugar que ocupa, el papel que desempeña en la economía burguesa contemporánea y su contribución al proceso de la llamada síntesis neoclásica, que caracteriza la etapa actual de su desarrollo. Durante mucho tiempo, el keynesismo fue en la economía política burguesa la tendencia principal, la única base teórica de la regulación estatal de la producción capitalista.

Hoy, esta base pasa a ser cada vez más la síntesis neoclásica, que se realiza mediante la fusión de las concepciones macroeconómicas keynesistas con las teorías neoclásicas anteriores a Keynes. De ahí que se conceda mucha atención en este trabajo, no sólo a las teorías keynesistas y prekeynesistas sino también a la manera cómo los adeptos de las concepciones neoclásicas tratan de resolver los mismos problemas del crecimiento macroeconómico y del equilibrio que hasta mediados de los años 50 aproximadamente fueron del dominio casi exclusivo del keynesismo.

Sólo una investigación de esta índole puede poner plenamente de relieve la significación del keynesismo, su aportación a la síntesis neoclásica, el lugar que ocupa en el actual sistema de fundamentación de la estrategia de regulación estatal-monopolista y, sobre todo, de la política de crecimiento económico.

La aparición de la teoría de Keynes fue el acontecimiento más transcendental en la economía política burguesa de la época de transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado. Dicha teoría introdujo en ella elementos cualitativos nuevos que fueron la base de su reestructuración profunda y que tan grande influencia ejercieron en el carácter de la política económica del Estado burgués contemporáneo. La importancia de la teoría de Keynes proviene, ante todo, del hecho de haber sentado la base de un nuevo capítulo de la economía política burguesa, la teoría macroeconómica, sin la cual la fundamentación de la regulación estatal-monopolista sería hoy inconcebible[1].

La teoría macroeconómica estudia las magnitudes globales de la economía nacional que determinan la estructura y la dinámica del proceso de reproducción social. Según definición del conocido economista burgués E. James, esta teoría «no se ocupa de los numerosos compradores y vendedores diseminados que actúan aislados unos de otros sino de la demanda global o de la oferta global; no se ocupa de los múltiples grupos de poseedores de medios monetarios sino del ahorro o acumulación (atesoramiento); de las inversiones de capital en su conjunto y no de los empresarios aislados»[2]. Las leyes de la macroecono-

[1] «Con todos sus consabidos defectos, el análisis keynesista sigue siendo el punto de partida más eficaz del desarrollo de la teoría macroeconómica. Incompleto e imperfecto, es, con todo, la base de la inmensa mayoría de las investigaciones teóricas importantes de los últimos decenios en materia de macroeconomía. Hace ya tiempo que este análisis viene también sirviendo de fundamento teórico esencial a la mayoría de las investigaciones y pronósticos gubernamentales sobre la coyuntura económica y, en creciente medida, a las investigaciones y pronósticos de los grupos y firmas privados» (G. Ackley. *Macroeconomic Theory*. New York, 1961, p. 418).

[2] E. James. *Historia del pensamiento económico del siglo XX*, M., 1959, págs. 293-294.

mía difieren de las que rigen el funcionamiento de las entidades económicas aisladas. Por ello, el desarrollo de la regulación estatal-monopolista tenía que inducir necesariamente a investigar la interacción y las vinculaciones recíprocas de las magnitudes económicas globales.

Lo característico de la teoría macroeconómica es que en el objeto de su investigación entran primordialmente los aspectos técnico-económicos, cuantitativos, del proceso de producción. Las premisas socioeconómicas, las leyes internas de desarrollo determinadas por el carácter de la propiedad, y que, a su vez, determinan en última instancia muchos de los procesos económicos de un sistema económico dado, quedan, por regla general, al margen de esta teoría. Esto, por un lado, posibilita su empleo en la fundamentación de conclusiones apologéticas; de otro, estas mismas limitaciones permiten a los economistas burgueses abordar el análisis de relaciones mutuas técnico-económicas muy importantes para la regulación de la producción capitalista.

El análisis macroeconómico actual se utiliza ampliamente como método de creación de diversos modelos macroeconómicos con distinto grado de agregación de magnitudes económicas, con diferentes elementos estructurales de la economía, con diverso grado de aproximación a la realidad económica. Por regla general, este proceso de creación de macromodelos suele separarse por completo de la solución de todo problema teórico, subordinándose por entero a las tareas prácticas ligadas a las necesidades de la regulación capitalista de la economía.

La influencia extraordinaria que la teoría keynesista ejerció en el desarrollo posterior de la economía política burguesa se explica por el hecho de que los rasgos específicos del desarrollo económico del capitalismo en los años 30 (profundísima crisis económica y la prolongada depresión subsiguiente), que estimularon el surgimiento de la teoría de Keynes, no eran fortuitos sino la expresión de una nueva etapa del desarrollo de la contradicción fundamental del capitalismo entre el carácter social de la producción y la forma privada de la apropiación de sus resultados.

El mecanismo automático de la producción capitalista privada, en las condiciones del colosal desarrollo de las fuerzas productivas, de socialización del proceso de producción, de ahondamiento y agudización de la crisis general del capitalismo, falló, y se convirtió en una necesidad objetiva la intervención del Estado como factor que posibilitara la realización del producto creado, que estimulara nuevas inversiones de capital y el aumento del empleo de la población en ascenso, que asegurase el desarrollo de las ramas de los servicios (infraestructura). Precisamente por eso, la teoría de Keynes, que analizaba las condiciones generales de realización, era un instrumento necesario para el análisis de la economía capitalista, y no sólo en su fase depresiva sino también en su fase de ascenso. Ello explica el que los economistas burgueses trataran, de la forma más natural, de resolver los problemas creados en el período de auge económico de posguerra valiéndose de la teoría económica de Keynes.

El resultado lógico del desarrollo de la teoría keynesista del equilibrio estático fue el surgimiento y elaboración de la teoría neokeynesista de la dinámica macroeconómica, vinculada a los nombres de conocidos economistas burgueses como R. Harrod, E. Domar, E. Hansen, J. Robinson y otros, que ya en el período de la preguerra habían formulado las bases de sus concepciones teóricas. Sin embargo, sus trabajos sobre los problemas del crecimiento económico sólo fueron reconocidos después de la guerra, particularmente a comienzos y mediados de los años 50.

Ello no implica el que estos economistas no hicieran correcciones a la doctrina de Keynes. La teoría neokeynesista de la dinámica macroeconómica nació de una profunda reelaboración crítica de la teoría keynesista, crítica dirigida esencialmente contra su carácter estático. Su ulterior desarrollo se vincula a la introducción de los elementos dinámicos que permitieron proceder al análisis de las condiciones de equilibrio y desequilibrio del sistema económico en desarrollo.

En un artículo escrito en 1963, en el que hace la valoración retrospectiva de la teoría de Keynes, Harrod recordaba las palabras siguientes dichas por él en 1936 en las reuniones de una sociedad econométrica: «La única observa-

ción crítica que yo me atrevo a hacer a Keynes es que su teoría es todavía una teoría estática». Aludiendo a las tendencias fundamentales del desarrollo de la teoría dinámica, Harrod subrayó: «Hay que decir que para elaborar cualquier teoría dinámica, la macroeconómica estática es un fundamento imprescindible. La teoría microeconómica tradicional no daba los necesarios instrumentos. Así pues, con pleno derecho puede considerarse a Keynes padre de la teoría dinámica. El futuro mostrará que ésta es precisamente su mayor contribución al desarrollo de la teoría económica»[3].

Lo importante y esencial, lo que vincula la teoría de Keynes a las concepciones neokeynesistas del crecimiento económico, es la idea de que el desarrollo espontáneo de la economía capitalista no constituye el sistema ideal de autoregulación, cuyo mecanismo de relaciones inversas garantice la utilización total y más racional de los recursos materiales y humanos y las condiciones de un incremento ininterrumpido de la economía. Esta conclusión, a la que llegó Keynes mediante el análisis de los factores determinantes de la magnitud de la «demanda efectiva» en las condiciones estáticas, fue el leitmotiv de las teorías neokeynesistas de la dinámica.

Lo que principalmente separa a los economistas que piensan como Keynes de los adeptos de la corriente neoclásica, actuales defensores de la economía de la «libre empresa», es que los primeros niegan al capitalismo su facultad de adaptación espontánea a la total utilización de los recursos económicos. Por su parte, los últimos estiman que el mecanismo de precios y beneficios es suficiente para regular la economía capitalista, y que la misión del Estado consiste únicamente en preservar este mecanismo de perturbaciones por parte de los sindicatos, de los monopolios y del propio Estado.

Desde mediados, y sobre todo a finales, de los años 50, se vinieron observando cambios importantes en la esfera del análisis teórico abstracto: los partidarios de la teoría neoclásica de la producción comenzaron a «apasio-

---

[3] R. Harrod. *Retrospect on Keynes.—Keynes' General Theory*, ed. by Leckachman, New York, 1964, p. 140.

narse» cada vez más por los problemas de la dinámica macroeconómica. Surgió una vasta corriente, la teoría neoclásica de crecimiento, que se difundió rápidamente en todos los países capitalistas. A ella se vincularon los nombres de economistas tan conocidos como J. Meade, R. Solow y otros.

La teoría neoclásica descansa, en primer término, en la concepción vulgar de los factores de producción, cada uno de los cuales contribuye, de acuerdo con su productividad máxima, a la creación del producto social, y percibe el ingreso correspondiente a su aportación, y en segundo lugar, en la concepción del equilibrio estable que, gracias a la movilidad de los precios, excluye las perturbaciones de este equilibrio, tanto prolongadas como breves, es decir, que excluye las crisis, el paro obrero y el estancamiento.

Un desarrollo tal de los acontecimientos era para muchos economistas burgueses sorprendente, «excéntrico», según la expresión de uno de ellos[4].

¿Qué es lo que provocó este singular resurgimiento de la teoría neoclásica? ¿Qué indujo a los economistas burgueses a utilizar, según palabras del economista inglés Meade «viejas odres para nuevo vino»? A nuestro parecer, ello obedece a varias causas, que se derivan tanto de los cambios operados en las condiciones objetivas del desarrollo como de las particularidades del propio método de investigación.

---

[4] Comparando los modelos de tipo keynesista con los neoclásicos, llamados modelos del siglo de oro, el economista R. Pfouts indicaba: «Hay que reconocer que «los modelos del siglo de oro» se sitúan a otro nivel de la realidad que los modelos keynesistas. Estos últimos indican la vía de investigación de los problemas del estancamiento, del equilibrio con empleo incompleto, del problema de la liquidez, etc., mientras que «los modelos del siglo de oro» pueden llevar a la creencia de que el problema del pleno empleo tiene poca relación con el crecimiento económico. Esto suena a ironía, visto el interés que Washington manifiesta hacia el excedente de parados y la influencia negativa que dicho excedente ejerce sobre el crecimiento. Me parece que, en realidad, los modelos keynesistas se acercan más a la descripción y el análisis de las presentes dificultades del crecimiento económico que muchos de los modelos postkeynesistas». (*American Economic Review*, May 1965, p. 306).

Están, en primer lugar, los cambios esenciales que experimentó el mecanismo de la reproducción capitalista en el período de posguerra. Por toda una serie de motivos, la economía de la mayoría de los países capitalistas se incrementó a ritmos relativamente elevados. Aunque, como ocurría con anterioridad, este crecimiento fue acompañado de crisis periódicas de superproducción, éstas no fueron, sin embargo, tan profundas y prolongadas como las que la economía capitalista padeció en el período de la preguerra. Es más: muchas de las dificultades y contradicciones del desarrollo capitalista fueron determinadas, no tanto por el lento crecimiento, como ocurrió en los años 30, como, al contrario, por la aceleración del crecimiento, espoleado por los gastos estatales, incluidos los militares. En estas condiciones, el principal problema era la inflación, la agudización de las contradicciones del capitalismo tanto en la esfera de la reproducción como en el aspecto social.

El segundo factor es la extensión colosal de la intervención del Estado en la economía, que, por su propia lógica, entra en contradicción con los intereses directos del capital monopolista. El reforzamiento de las posiciones económicas del Estado asegura, de un lado, condiciones generales al desarrollo del capitalismo, pero, de otro, presupone ampliar las premisas materiales del socialismo, la impugnación de los métodos de gestión económica del capitalismo privado, la posibilidad de utilización del aparato estatal por las fuerzas democráticas contra los intereses de los monopolios. Se reprocha, además, al programa keynesista de regulación el ser demasiado ligero en lo que concierne al incremento de los gastos estatales y déficits presupuestarios que generan peligros de tendencias inflacionistas. (Es curioso que, en este sentido, nadie haga alusión a los gastos militares, y que sean los gastos destinados a las necesidades sociales y económicas el principal objeto de las críticas).

Todo esto provoca la reacción de ciertos círculos de la burguesía monopolista contra la extensión desmesurada de la intervención estatal. En el plano teórico, esto corresponde a la reacción neoclásica contra el keynesismo, por cuanto el programa político que se deriva de la teoría neo-

clásica del crecimiento presupone la limitación del papel económico del Estado a la esfera de la regulación crediticia-monetaria y la reglamentación de los derechos de los sindicatos en su lucha por aumento de salarios.

Por último, el recurso a la teoría neoclásica de crecimiento, cuyo tema central es el ritmo de crecimiento potencialmente posible, se entrelaza con otra razón importante: Mientras que la economía dispone de más o menos recursos de mano de obra libre y de un potencial de producción insuficientemente empleado, ésta puede incrementarse si se ponen en acción, sobre todo, los factores extensivos. Precisamente sobre estos factores está calculada en primer término la política keynesista. Pero a medida que la tensión de los recursos va en aumento, se agudiza la cuestión de los límites objetivos del crecimiento basado en los factores extensivos, atrayendo más y más la atención el problema del crecimiento a base de los factores intensivos, que elevan la productividad del trabajo y la reposición de los fondos básicos. Adquiere singular importancia la posibilidad de valorar cuantitativamente la influencia que en el crecimiento económico ejercen los factores de producción tanto extensivos como intensivos. La teoría neoclásica de los factores de producción, pese a su carácter vulgar y apologético, en su calidad de teoría de la creación y distribución de valores, resultó ser un punto de partida cómodo para pasar del modelo keynesista clásico de crecimiento a otro más complejo, gracias al cual fuera posible analizar los factores cuantitativos y cualitativos del crecimiento económico potencial.

La penetración de la teoría neoclásica en la esfera de análisis de los problemas macroeconómicos, supuso para el keynesismo la aparición de un serio concurrente, y no sólo en el terreno teórico sino también en el de la fundamentación del programa de regulación económica. No obstante, el duelo polémico entablado entre ambas corrientes, neokeynesista y neoclásica, no terminó con la eliminación de uno de los rivales. El resultado fue otro: en el curso de esta crítica recíproca, gracias al perfeccionamiento por ambas corrientes de sus métodos cuantitativos de análisis, gracias a la elaboración de conceptos que explicaban las diversas interconexiones económicas que actúan de

modo distinto según las diferentes situaciones económicas, gracias también a la especificación del carácter de dichas situaciones según los resultados del análisis en las condiciones de un breve espacio de tiempo (*in the short run*) y en las de un espacio prolongado (*in the long run*), cristaliza en la economía política burguesa el proceso de la llamada síntesis neoclásica.

Las tareas de la síntesis neoclásica son vastas. Su misión es devolver a la economía política burguesa la armonía lógica de que se vio privada en los años 30 por influjo de los fenómenos nuevos del desarrollo del capitalismo y de las nuevas teorías que surgieron en consecuencia. Esta síntesis se realiza por la fusión de la teoría keynesista de la «demanda efectiva» y la teoría neoclásica de la producción y distribución, y es en sí una tentativa de los teóricos burgueses de sistematizar sus conceptos acerca del moderno capitalismo monopolista de Estado, en el que el engarce de los monopolios y el Estado interviene como un proceso de compleja interacción de la regulación estatal de la economía y el funcionamiento del mecanismo del mercado. Intentando colocarse por encima de la unilateralidad de keynesistas y neoclásicos, los adeptos de la síntesis neoclásica tratan de demostrar las ventajas e insuficiencias de la regulación estatal y de la omnipotencia del mecanismo del mercado, y de hallar las formas más convenientes para combinarlas de acuerdo con las diferentes fases del ciclo y los diversos objetivos a largo plazo de la política económica. Por esta vía se realiza hoy la apología del capitalismo monopolista de Estado. Entre ambas corrientes va creándose paulatinamente una original división de trabajo. El keynesismo se «especializa» en la investigación de los problemas de la «demanda efectiva», de las condiciones de realización determinantes del nivel real de la producción. Las categorías de su análisis se utilizan para el estudio del ciclo y, en consecuencia, para formular la política anticíclica. La teoría neoclásica, por su parte, se «especializa» en los factores determinantes del nivel de la producción potencialmente posible (óptimo); los modelos neoclásicos sirven de base a las previsiones de la economía del país, a la definición de la política de expansión económica a largo plazo.

A nuestro juicio, esta «especialización» fue el primer paso hacia la síntesis neoclásica de las dos corrientes de la economía política burguesa contemporánea. Al propio tiempo, en relación con dicha «especialización» no hay que incurrir en exageraciones, pues entre los partidarios de la teoría keynesista y los de la neoclásica subsisten divergencias esenciales en cuanto al papel del Estado y los métodos de la política para contrarrestar las crisis y la inflación, divergencias que resurgen con nueva fuerza en cuanto se agudizan las contradicciones del crecimiento capitalista, se cierne la amenaza de crisis o inflación (o ambas cosas a la vez) y surge la necesidad de adoptar las adecuadas medidas de urgencia para contrarrestarlas.

El retorno de la economía política burguesa a los problemas de la reproducción guarda dependencia con los cambios profundos operados en la estructura del capitalismo moderno, con la acentuación de las tendencias estatal-monopolistas y el surgimiento de un nuevo «encargo social», que consiste en lo siguiente: ofrecer una base más o menos objetiva a la configuración de una política estatal económica encauzada a resolver los problemas internos más angustiosos del capitalismo: los de la crisis, el paro obrero, el empleo incompleto del potencial productivo, el estancamiento, y a fundamentar una política que asegure condiciones para alcanzar ritmos de crecimiento a largo plazo elevados y estables.

En el desarrollo de estas teorías influyó considerablemente el incremento del militarismo, la transformación de los gastos militares del Estado y los componentes militares del sistema económico en factor de influencia constante del desarrollo económico. No es casual el que los círculos más reaccionarios de la burguesía monopolista recurrieran más de una vez al keynesismo para justificar la carrera armamentista y los elevados gastos militares.

Por la gran transcendencia práctica y política de las teorías que aquí se exponen, en el presente trabajo se aplica con sumo cuidado el principio metodológico, elaborado en los últimos años por los marxistas, acerca del doble carácter de la economía política burguesa contemporánea: el principio de las dos funciones que cumple. Examinemos más detenidamente esta cuestión.

Durante largo tiempo, la crítica marxista de la economía política burguesa se centró en el análisis de su función ideológica: función apologética, a veces burda, otras más sutil, del régimen capitalista; de encubrimiento de sus contradicciones sociales y económicas; de negación de la inapelable condena histórica del modo capitalista de producción. La economía política burguesa no procedió, ni procede, a un análisis científico de la naturaleza explotadora del modo de producción capitalista. Lo único que hace es cambiar los procedimientos, los métodos de su apología, que son más diversos, más refinados.

Al propio tiempo, según se desarrolla la teoría económica, bajo el influjo de las necesidades prácticas, en la economía política burguesa se intensifica cada vez más el análisis de un aspecto de la realidad económica expresado en el conjunto de interrelaciones cuantitativas que engendra la producción mercantil capitalista. Lógicamente, estas interrelaciones cuantitativas —trátese de los procesos de reproducción simple y ampliada, de la circulación monetaria, de la formación de los precios, etc.— se hallan indisolublemente ligadas a las relaciones socioeconómicas y sociales. Y al mismo tiempo son relativamente independientes, constituyen la «economía» en el sentido estricto de la palabra, y son objeto importante de investigación por parte de los economistas occidentales.

Conciliar los intereses de clase con la posibilidad de conocer la realidad económica es cosa contradictoria y dialéctica. Los intereses de clase de la burguesía obstaculizan el conocimiento objetivo científico de las leyes que rigen el desarrollo histórico, dificultan el conocimiento de las leyes internas del modo de producción capitalista determinadas por el carácter de la propiedad y las relaciones entre las clases. No obstante, esos mismos intereses, no sólo no obstaculizan sino que condicionan la necesidad de comprender toda una serie de relaciones recíprocas cuantitativas propias del proceso de la reproducción simple y ampliada, como son la correlación entre la demanda y la oferta, la circulación monetaria y las finanzas, correlaciones cuantitativas que determinan la utilización más económica (óptima) de los recursos en los marcos de toda la sociedad, o en las empresas, etc. He aquí

por qué la economía política burguesa cumple dos funciones: una apologética y otra práctica[6]. Quiere ello decir que el cometido de la economía política burguesa no es limitarse únicamente a cumplir el encargo ideológico de la clase dominante. Cumple también un encargo práctico, que exige el conocimiento objetivo y la explicación de los diversos procesos de la economía capitalista. Con el desarrollo de la regulación, y en particular de la programación de la economía capitalista, este encargo práctico cobró mayor significado por la importancia particular que para estos fines adquieren los pronósticos fundamentados.

Carlos Marx escribió, como es sabido, que desde que el capitalismo empezó a ser sometido a los ataques de la clase obrera organizada, con la agudización de la lucha de clases, «había sonado la hora de la economía burguesa científica»; que el análisis objetivo se suplantó por la apología complaciente del régimen capitalista. Marx estimaba que la economía política debía ocuparse, sobre todo, del estudio de la naturaleza socioeconómica del régimen social, de sus hondas contradicciones y de sus leyes. Cuando la economía política burguesa intenta explicar las interrelaciones esenciales del modo de producción capitalista que dan origen a paradojas como la indigencia en medio de la abundancia, la superproducción y la situación de inestabilidad de los trabajadores, está tan plagada de vulgarismos como hace cien años; en ella dominaba, y sigue dominando, la apología del modo de producción capitalista.

No obstante, a medida que la economía política se desarrolla, se asigna mayor importancia al análisis de las relaciones cuantitativas generadas por el propio proceso de gestión y por el predominio de las relaciones mercantiles en la economía. En los tiempos de Marx, la investi-

---

[6] Véase *Nuevas tendencias de la economía política burguesa contemporánea en relación con la política económica*, Sofía, 1945.

En el ulterior desarrollo de los problemas metodológicos de crítica de la economía política burguesa, desempeñó un papel importante la Conferencia de la URSS de crítica de las teorías no marxistas, celebrada en Moscú en enero de 1966, así como la Conferencia internacional de Bratislava de octubre de 1966. (Véase *El capitalismo moderno y la economía política burguesa*, M., 1967.)

gación en este terreno era embrionaria, no tenía gran importancia práctica y no atrajo la atención de Marx porque su tarea era otra: la de someter a crítica todas las teorías relacionadas con la esencia y las leyes de desarrollo del capitalismo como tal sistema económico-social.

Conviene recordar que Marx, que con tanta vehemencia criticó la apologética vulgar burguesa, caracterizó de diferente manera a los representantes de la economía política burguesa de su tiempo. Y escribió: «Unos, gentes listas, prácticas y ambiciosas, se enrolaron bajo la bandera de Bastiat, el representante más vacuo y por tanto el más genuino de la economía política vulgar; otros, celosos de la dignidad profesoral de su ciencia, siguieron a J. Stuart Mill en la tentativa de conciliar lo inconciliable»[6]. Y más tarde Marx añadió: «Para evitar malentendidos, diré que gentes como J. Stuart Mill y sus semejantes merecen, naturalmente, toda clase de censuras por la contradicción que hay entre sus viejos dogmas económicos y sus tendencias actuales, *pero sería extraordinariamente injusto* meter a estas gentes en un mismo saco con los economistas apologistas vulgares»[7].

Asi pues, el propio Marx hizo su diferenciación, tanto en lo que concierne a la economía política burguesa en su conjunto como a sus diversos representantes.

Estas observaciones de Marx son un ejemplo evidente de hasta qué punto era dialéctica su actitud hacia la investigación de los procesos sociales y su reflejo en el pensamiento burgués, no simplificando los fenómenos ni encajándolos en el lecho de Procusto una vez definidos.

Volviendo a la teoría macroeconómica que estamos examinando diremos que ésta contiene elementos apologéticos, vulgares, y otros que son el reflejo objetivo de las interconexiones cuantitativas de la reproducción. El carácter apologético de ambas corrientes es manifiesto. El keynesismo es la forma más difundida de apología del capitalismo monopolista de Estado. La doctrina neoclásica de la producción, basada en la teoría del máximo rendimien-

---

[6] C. Marx. *El Capital*. C. Marx y F. Engels. *Obras*, ed. en ruso, t. I, pág. 18.

[7] C. Marx. *El Capital*, ed. en ruso, 1963, t. II, pág. 18.

to, fue y sigue siendo el principal antípoda de la teoría marxista de la explotación. La teoría de la distribución funcional de los ingresos que de ella se deriva no considera al trabajo fuente de valor, y sí a los factores de producción. Pero es importante también subrayar que estas teorías se adaptan a la solución de tareas prácticas como la elaboración de la política anticíclica y la de crecimiento económico. Guiándonos por la teoría marxista de la reproducción, y por el método marxista, nos hemos esforzado en demostrar el carácter apologético de estas teorías, y al propio tiempo poner de relieve sus elementos racionales.

Este trabajo consta de ocho capítulos. Los tres primeros consagran a la teoría keynesista del crecimiento económico. En los capítulos IV y V se examina la teoría neoclásica del crecimiento. En el capítulo VI se analiza la evolución de la teoría de la distribución en relación con los problemas de dicho crecimiento. El capítulo VII se dedica al análisis comparativo de los problemas de crecimiento en la economía política marxista y en la burguesa, con el fin de establecer las diferencias de principio entre ambas teorías.

Hemos intentado separar los problemas fundamentales que caracterizan a cada una de las corrientes de la teoría burguesa del crecimiento, y mostrar cómo resuelven dichos problemas destacados representantes del pensamiento económico de Occidente. También hemos querido evidenciar la ilación de las diversas teorías burguesas, que no surgen en el vacío, que son el desarrollo natural de viejas corrientes o su adaptación a las nuevas condiciones: de la crítica de Keynes a la teoría neokeynesista del crecimiento económico, de la crítica de ésta a la teoría neoclásica del crecimiento, y, por último, las tentativas de sintetizarlas. Aquí se manifiesta claramente la evolución de la teoría macroeconómica.

La parte final de este trabajo (el capítulo VIII) se dedica al esclarecimiento del significado práctico de estas teorías. Hemos creído necesario aclarar conceptos un tanto simplistas sobre la ligazón de la teoría económica y la política económica, según los cuales toda teoría económica de la reproducción ha de concluir con una lista de recomendaciones prácticas para los gobiernos, y, a la inversa,

que toda acción gubernamental en la esfera de la economía tiene un fundamento teórico. En realidad, una relación tan directa no existe; no la hay, ni aún en el trabajo de Keynes, por todos conocido. Por ello, lo que aquí se examina en sus líneas generales, es la influencia que la teoría económica ejerce en la política económica, indicándose su papel en la configuración de la regulación capitalista y en el desarrollo de las contradicciones inherentes a esta regulación.

Este trabajo está basado en el análisis de la literatura económica inglesa y americana, que tienen mucho de común, tanto por sus tradiciones históricas en las formas y métodos de análisis moderno como en la definición de formas y métodos de intervención estatal en la economía. En lo referente a la influencia de la teoría sobre la política, nuestro estudio estará basado en la experiencia de los Estados Unidos.

2—0239

Capítulo 1

LA TEORIA DE KEYNES Y SU PAPEL EN EL DESARROLLO DE LA TEORIA MACROECONOMICA MODERNA

Keynes creó su teoría del equilibrio macroeconómico en el período sombrío para el capitalismo, de la depresión de los años 30 que siguió a la profundísima y devastadora crisis de 1929-1933. La crisis y sus secuelas: paro obrero crónico masivo, empresas paralizadas, agudización de los problemas de mercados conmovieron hasta los cimientos no sólo la economía capitalista sino la propia economía política burguesa. En este contexto interviene Keynes con la reforma de la vieja economía política neoclásica burguesa, que no respondía ya a los nuevos problemas de la época de la crisis general del capitalismo[1].

La influencia de Keynes en la economía política burguesa contemporánea se desprende principalmente del

[1] No nos hemos asignado aquí la tarea de hacer una exposición completa de la teoría de Keynes. En este capítulo queremos sólo subrayar lo esencial de su aportación al desarrollo de la economía política burguesa, que es lo que influyó en la economía política burguesa en general, y particularmente en la formación de la teoría macroeconómica contemporánea.

hecho de que, por su objeto y su método de investigación, su teoría se diferenciaba esencialmente de las teorías clásicas precedentes. Al contrario de las teorías de Clark, Marshall, Pigou y otros, Keynes llegó a la conclusión de que todos los problemas de importancia vital para la sociedad capitalista altamente desarrollada han de buscarse y, por consiguiente, estudiarse, no del lado de la oferta de recursos (su penuria, precios, su combinación más eficaz para obtener la máxima producción, la «compensación» de los factores de la producción, etc., cosas de que hasta este momento se ocupaba la economía política neoclásica), sino del lado de la demanda que garantiza la realización de estos recursos. Al someter a crítica la ley de los mercados de Say, que sirvió de premisa a toda la economía clásica burguesa, y según la cual la oferta suscita automáticamente la demanda, Keynes coloca en primer plano el problema de la «demanda efectiva» y sus componentes: consumo y acumulación, el problema de los factores que determinan el movimiento de estos componentes y, por consiguiente, la demanda global en su conjunto.

«Las depresiones modernas no se originan por escasez de mercancías sino por insuficiencia de mercados. Por falta de demanda y no de oferta. Al adoptar tal postura, Keynes rompe resuelta y totalmente con la economía clásica en general, y en particular con la ley de los mercados de Say»[2]. Así se expresó el economista americano McCracken respecto a esta base de la reforma keynesista.

Este nuevo enfoque se puso de relieve con singular fuerza en relación con el ahorro. La economía política burguesa precedente afirmaba que la base del incremento de la economía capitalista estaba en el sentido del ahorro, en la abstinencia en el consumo, cosa que se elevaba a la categoría de gran virtud de los capitalistas. Keynes mostró una actitud crítica hacia tales conceptos. «Solía admitirse —escribió— que la riqueza acumulada en el mundo es penosamente creada gracias a la abstención voluntaria del placer inmediato de consumir por parte de personas aisladas, o sea, a lo que nosotros llamamos

[2] Harlan L. McCracken. *Keynesian Economics in the Stream of Economic Thought*, Kingsport, 1961, p. 4.

Ahorro. Pero ha de ser obvio que la simple abstinencia, por sí sola, no basta para erigir ciudades y secar pantanos... Es el espíritu de empresa lo que hace y afirma la posesión del mundo... La cuestión no estriba sólo en que el Ahorro no puede existir sin el Espíritu de empresa. Lo importante es que si el Ahorro toma la delantera, éste impide que el Espíritu de empresa se reavive, creando así un círculo vicioso a causa de su influencia perniciosa sobre el beneficio. Si el Espíritu de empresa está alerta, la riqueza se acumula, pase lo que pase con el Ahorro; pero si se adormece, la riqueza decaerá, por más prodigios que haga el Ahorro»[3].

Este cambio en el objeto de investigación influyó considerablemente en la economía política burguesa. El rasgo que particulariza la corriente keynesista es precisamente su análisis de la economía capitalista desde el punto de vista de los problemas de la formación de la demanda de la producción acabada, o sea: desde el punto de vista de las condiciones de su realización.

Su método de investigación guarda estrecha ligazón con esta idea central del keynesismo. La esfera de investigación de los keynesistas es, ante todo, la macroeconomía. Enfoque macroeconómico significa el estudio de los procesos económicos en la perspectiva de la economía en su conjunto; la investigación de la dependencia y las proporciones entre las magnitudes globales de la economía nacional: renta nacional, ahorro, inversiones de capital, consumo, etc. R. Harrod escribió lo siguiente: «Probablemente Keynes quedará definitivamente en la historia del pensamiento económico como la primera persona que elaboró la teoría íntegramente articulada que hoy conocemos con el nombre de macroeconomía»[4].

En la economía política burguesa anterior a Keynes prevalecía el enfoque microeconómico, es decir: el análisis de la economía desde el punto de vista de unidades económicas por separado. La situación floreciente de una determinada firma se identificaba con la situación de

[3] Cita tomada de A. Hansen, en su libro *Ciclos económicos y renta nacional*, M., 1959, págs. 312-313.

[4] R. Harrod. *Retrospect on Keynes.—Keynes General Theory*, p. 139.

auge y prosperidad de la nación entera, con el incremento de su riqueza nacional. Por esta razón el análisis se contraba en una firma aislada, en el problema de reducir al mínimo sus gastos y elevar al máximo sus beneficios, como fuente de acumulación del capital. La diferencia entre ambos enfoques: microeconómico y macroeconómico, no radica en que uno ignore por completo la economía de toda la nación y el otro se desentienda de los intereses de las firmas capitalistas aisladas. Su diferencia está relacionada con el factor al que se atribuye el papel decisivo en el crecimiento económico de un país: si a los intereses de una firma aislada o a las condiciones generales de reproducción. Keynes daba preferencia a las condiciones económicas generales de la producción.

Keynes centró su investigación en el problema de los factores determinantes de la magnitud de la demanda y de su incremento. A su juicio, la «demanda efectiva» es idéntica a la renta nacional, la cual se emplea en el consumo y en la acumulación. El consumo y la acumulación constituyen los dos componentes esenciales de la «demanda efectiva». El intento de definir las leyes que rigen el crecimiento de la renta nacional es uno de los aspectos centrales de la problemática del keynesismo, que sostiene firmemente la economía política burguesa contemporánea. El conocido economista americano P. Samuelson, refiriéndose a la teoría moderna de la renta nacional, ha escrito: «Buena parte de este análisis se debe al economista inglés John Maynard Keynes... Los principios esenciales de este análisis tienen hoy una aceptación creciente entre los economistas de todas las tendencias, incluso —y es importante destacarlo— entre muchos de los que no comparten las opiniones concretas de Keynes en cuanto al cometido de la economía política, y difieren en los detalles técnicos de su análisis»[5].

En la teoría de la renta nacional de Keynes se asigna el principal papel a la concepción del multiplicador, que liga el incremento de la renta nacional al aumento de las inversiones. Entre el aumento de las inversiones y el de la renta nacional existe una indudable interdependencia.

[5] P. Samuelson. *Economía*, M., 1964, pág. 249.

Desde el punto de vista de la producción material, esta interdependencia es evidente: el aumento de las inversiones de capital conduce al incremento de la producción (y no, claro está, porque el capital posea de por sí dotes de productividad sino porque gracias a él se pone en movimiento una fuerza de trabajo suplementaria o da lugar a una elevación de la productividad del trabajo).

Keynes ve esta interdependencia en otro plano: en el de la formación del ingreso monetario. El se propone definir la relación existente entre la renta nacional y las inversiones, no en dependencia de su rendimiento sino de la propensión de la sociedad al consumo. La lógica de su razonamiento estriba en lo siguiente: la renta nacional se constituye a base de los ingresos individuales; por consiguiente, es necesario poner en claro cómo las inversiones influyen sobre la magnitud de dichos ingresos.

En definitiva, cada inversión se convierte en una suma de ingresos individuales. Si estos ingresos no se gastasen, el incremento de la renta nacional en un plazo determinado de tiempo sería exactamente igual al incremento de las inversiones. Pero en la vida las cosas transcurren de otro modo: el ingreso percibido se gasta, convirtiéndose en nuevos ingresos. A su vez, éstos se gastan, transformándose de nuevo en ingresos de alguien. Pasado un cierto tiempo, el incremento de la renta nacional resulta considerablemente superior al aumento de la inversión inicial. Si los ingresos percibidos se gastaran rápidamente y en su totalidad, el incremento de la renta nacional en su expresión monetaria se convertiría en una magnitud infinita. Mas como una parte de los ingresos se destina al ahorro y cesa de participar en la constitución de nuevos ingresos, en las subsiguientes etapas el incremento de la suma global de ingresos se reduce gradualmente y adquiere proporciones finitas, y así el aumento del ingreso monetario resultará un múltiple de la magnitud de las inversiones de capital iniciales. Y el propio multiplicador depende de la parte de ingresos que la sociedad invierte en el consumo. (Toda esta concepción del breve espacio de tiempo presupone que el ahorro se sustraiga del proceso de la circulación monetaria, y no vuelva a participar en él en forma de nuevas inversiones de capital.)

Este esquema lógico formal puede representarse mediante una progresión geométrica. Si llamamos A al incremento inicial del ingreso (igual al aumento de las inversiones), y si r constituye la parte consumida de este incremento, o sea, la máxima propensión al consumo, obtendremos la siguiente expresión, que nos da la suma de la rotación de los ingresos:

$$A + rA + r^2A + r^3A + \ldots + r^nA = A\frac{1}{1-r}$$

(según la fórmula de la progresión geométrica infinita) o sea:

$$\Delta Y = \Delta I \cdot \frac{1}{1-r}\ ^{6}.$$

$\frac{1}{1-r}$ es el valor del multiplicador expresado a través de la «máxima propensión al consumo». Cuanto mayor sea esta propensión tanto mayor será el multiplicador, y a la inversa. Keynes escribía: «En cada intervalo de tiempo, la teoría del multiplicador es aplicable en el sentido de que el incremento de la demanda global es igual al incremento de la suma global de las inversiones multiplicado por el multiplicador, el cual se determina por la propensión máxima al consumo»[7].

Todo gasto autónomo de cualquier otra índole funciona de modo análogo, y en particular los gastos públicos. No obstante, aquí se impone una importante objeción que se olvida con frecuencia al interpretar la concepción del multiplicador de Keynes, y es que la condición para que se opere el proceso de multiplicación, del que debe resultar el incremento real de la renta nacional, es la existencia de un potencial de producción sin utilizar y de mano

---

[6] Puede obtenerse el mismo resultado con el siguiente razonamiento: $\Delta Y = m\Delta I$; pero $\Delta I = \Delta Y - \Delta C$; sustituyendo en la primera ecuación ΔI por su valor, obtenemos:

$$m = \frac{\Delta Y}{\Delta Y - \Delta C} = \frac{1}{1 - \frac{\Delta C}{\Delta Y}};\ \Delta Y = \Delta I \cdot \frac{1}{1-r}.$$

[7] J. M. Keynes. *Teoría general del empleo, el interés y el dinero*, M., 1948, pág. 118.

de obra desocupada. En este caso puede esperarse que la afluencia de los ingresos creados ponga en acción estos recursos económicos reales y provoque un incremento multiplicado de la renta.

Comenzando con Keynes, el problema de los factores determinantes de la magnitud del consumo y la acumulación como componentes básicos de la renta nacional, el problema de la mutua relación entre éstos y la renta nacional, se situó en primer plano. En cuanto a la teoría del multiplicador, ésta se integró sólidamente en el arsenal de la modelación de la reproducción capitalista. Más tarde, los economistas burgueses la completaron con la concepción del acelerador, que toma en consideración la influencia adicional ejercida por las inversiones inducidas sobre la renta nacional.

Keynes utilizaba la noción de «demanda efectiva» para explicar las causas de la desocupación. La economía política neoclásica partía del siguiente principio: mientras reine en la economía la absoluta libertad de concurrencia, los precios son el instrumento flexible ideal para hacer que la demanda y la oferta de recursos se correspondan. Gracias a este mecanismo, la economía tiende siempre a un estado de equilibrio en el que la demanda y la oferta se nivelan entre sí. Este principio se aplicaba tanto a las mercancías como a la mano de obra. Según esta teoría, existe un precio equilibrado para todo género de mercancías como para cualquier cantidad de mano de obra. Si se produce penuria o excedente de uno u otro, basta elevar o reducir adecuadamente los precios para que el equilibrio se restablezca.

En el esquema lógico de esta teoría faltaba el elemento que pudiera dar la clave de solución del llamado paro forzoso. Sólo admitía el paro ocasionado por las perturbaciones en la total libertad de concurrencia y en la flexibilidad del sistema de precios, con sus implicaciones en los cambios de correlación entre la oferta y la demanda, así como el paro estacional, o el friccional, ocasionado por la brecha temporal que se produce con el desplazamiento de un trabajador de una rama a otra.

A diferencia de los representantes de la economía neoclásica burguesa, Keynes considera que la desocupación

no es debida a los «desmesurados» salarios sino a la insuficiencia de «demanda efectiva». Es cierto que Keynes no recusó totalmente la teoría neoclásica y que aceptó el postulado fundamental de la economía política neoclásica según el cual, en las condiciones de equilibrio, cuando todos los recursos de trabajo se hallan incorporados a la producción, el salario se determina por «la carga máxima de trabajo». Es más: pensaba que la elevación del salario por encima del nivel correspondiente al estado de equilibrio puede neutralizarse mediante la reducción del salario real. Keynes no negaba que el salario «se halla en una relación inversa, perfectamente determinada, al volumen del empleo»[8].

No obstante, para Keynes el volumen del empleo en sí estaba en dependencia del movimiento de la «demanda efectiva» y no del movimiento del salario. Y escribió: «La disminución del empleo, aunque va acompañada obligatoriamente de la *percepción* por los obreros de un salario de valor igual a una gran cantidad de mercancías de amplio consumo, en general no se debe necesariamente a la *reclamación* por parte de los obreros de gran cantidad de estas mercancías; la disposición de los obreros a conformarse con la reducción del salario nominal no es forzosamente un remedio contra el paro»[9]. Así se expuso una de las tesis cardinales de la economía política burguesa contemporánea: la posibilidad de que en los marcos del capitalismo moderno exista el paro forzoso, producto de los vicios intrínsecos del sistema de la libre concurrencia, tesis que constituyó un reconocimiento de peso de una de las contradicciones esenciales del modo de producción capitalista. Tal reconocimiento suscitó críticas feroces por parte de los antikeynesistas y, sobre todo, de las fuerzas reaccionarias, para las que la causa principal de las dificultades del capitalismo contemporáneo está en el aumento de los salarios de la clase obrera y en la consolidación de la fuerza de los sindicatos obreros que defienden sus intereses económicos.

---

[8] J. M. Keynes. *Teoría general del empleo, el interés y el dinero*, pág. 16.
[9] Ibid., pág. 17.

El pleno empleo, escribió Keynes, no se produce automáticamente. «La demanda efectiva» asociada al pleno empleo es un caso especial que sólo se realiza cuando la propensión al consumo y el estímulo a invertir guardan cierta relación mutua... Ello sólo es posible cuando, casual o deliberadamente, las inversiones corrientes condicionen una demanda justamente igual al excedente del precio global de la oferta de producción resultante del pleno empleo, sobre lo que la sociedad desea dedicar al consumo cuando en ella domina el pleno empleo»[10].

Aquí se condensa la explicación keynesista de las causas que originan la insuficiencia de una «demanda efectiva». Examinemos más detalladamente esta cuestión. La noción «demanda efectiva» consta para Keynes de dos componentes: el consumo individual y las inversiones. El consideraba el incremento del consumo personal como función constante del incremento de la renta, siendo esta dependencia funcional de tal índole que el consumo se incrementa, pero no en la misma proporción que la renta. Así resulta que la parte de la renta que va al consumo, disminuye. Keynes dedujo que esta ley no tiene su origen en las relaciones sociales de clase que existen en el capitalismo sino en la sicología del hombre inclinado, por lo visto, a consumir menos a medida que aumentan sus ingresos. Esta dinámica del consumo se determina, según Keynes, por la «ley sicológica fundamental» de la sociedad. De aquí que para mantener el incremento constante de la renta nacional deberán elevarse las inversiones de capital, llamadas a absorber el volumen del ahorro en aumento creciente.

La economía política burguesa anterior a Keynes partía de que las inversiones se sitúan automáticamente al nivel del ahorro gracias al tipo de interés, de forma tal que entre ambos no pueda surgir una desproporción constante. Keynes expresó la idea de que, en realidad, la magnitud de la inversión está subordinada a la influencia de una serie de factores que no permiten tal automatismo. Dichos factores son, a su juicio, la disminución de la cuota de ganancia prevista sobre el capital por efecto de la ac-

[10] Ibid., pág. 27.

ción de la tendencia decreciente de la productividad, la rigidez en el tipo de interés, y otros. Por la acción de estos factores, el incremento de la inversión de capital puede resultar insuficiente para la realización total de los recursos de producción, y entonces la sociedad cae en un estado de crisis o de prolongado estancamiento.

En esta concepción de Keynes hallaron su reflejo algunos de los procesos reales de la producción capitalista, y, en primer término, las contradicciones entre las condiciones de producción y las de realización. Pero Keynes no relacionaba estas graves contradicciones con las leyes capitalistas de producción, atribuyéndolas al carácter natural, eterno e ineluctable de la ley sicológica que, según él, rige el consumo individual, y a la ley de la productividad decreciente que determina el consumo productivo. Al propio tiempo, Keynes consideraba el consumo individual y las inversiones como componentes, que se complementan entre sí, de la «demanda efectiva», y entre los cuales no puede haber contradicciones. Soslaya el hecho de que, en fin de cuentas, la realización tropieza con la limitación del consumo individual, y de que el incremento insuficiente de éste no puede compensarse mecánicamente con el aumento de las inversiones. Pero todas las conclusiones de Keynes están basadas, precisamente, en la idea de que la disminución del incremento del consumo individual puede y debe compensarse con el aumento de las inversiones de capital.

Estas tesis teóricas fundamentales planteaban sobre una base nueva en la economía política burguesa el problema de las relaciones entre el Estado y la economía. Keynes concluía que la «demanda efectiva» insuficiente debe ser compensada con la adecuada política económica de Estado. La línea estratégica fundamental de esta política debe ser la de sostener la actividad inversionista de los capitalistas y, en mayor grado aún, la de ampliar los gastos del propio Estado a fin de compensar la insuficiencia de la «demanda efectiva» privada.

¿Por qué razón Keynes y sus adeptos, excluidos los keynesistas de izquierda, atribuían a las inversiones la importancia decisiva en la regulación de la «demanda efectiva»? La respuesta va implícita en la propia concepción

keynesista. Keynes y sus partidarios, en particular Hansen, estimaban que la función del consumo que determina la dinámica de la parte del ingreso correspondiente al consumo, presenta un carácter absolutamente predeterminado y estable: el incremento del consumo queda por detrás del incremento del ingreso. Se crea una desproporción que es preciso compensar con las inversiones. Como el primer sumando está ya determinado, toda la influencia del Estado debe canalizarse en el sentido de lograr que el segundo sumando alcance el nivel que le corresponde[11].

Se piensa a veces que Keynes consideraba el tipo de interés como el principal instrumento de regulación. En realidad, él veía en la reducción de esta tasa una de las condiciones para el aumento de las inversiones, y estimaba que, a largo plazo, la liquidación total del interés (o eutanasia del rentista) sería la principal vía para eliminar todos los males del capitalismo.

Sin embargo, lo decisivo para Keynes no era la política bancaria sino la regulación por el Estado de las inversiones privadas y de los propios gastos públicos; es decir: la regulación mediante la política presupuestaria. Keynes no podía conceder una importancia primordial a la reducción del tipo de interés como elemento estimulante del aumento de la inversión de capitales, aunque sólo fuera

---

[11] Keynes hizo también algunas observaciones en relación con que el aumento de la «demanda efectiva» podría obtenerse mediante el aumento del consumo y una distribución álgo más equitativa de la renta nacional. Pero este tipo de declaraciones se acompañaba de múltiples condicionales como éstas: «si es prácticamente imposible incrementar las inversiones» (pág. 315); «debemos hacer esto con plena conciencia, sopesando bien la decisión alternativa. Personalmente considero que es muy ventajoso para la sociedad el aumentar la masa del capital hasta que éste deje de ser un factor raro» (pág. 315). Pronunciándose en favor de una distribución más equitativa, se justifica en seguida y asegura que él está únicamente en contra de la «desigualdad excesiva» (*Teoría general del empleo, el interés y el dinero*, pág. 360). No obstante, estas manifestaciones, en total inconsecuentes, dieron que hablar, tanto a keynesistas de izquierda, que hicieron de ellas tesis básicas de sus construcciones teóricas, como a antikeynesistas reaccionarios de extrema derecha que, repudiándolas, acusaban a Keynes de ser socialista, marxista, etc.

porque, de acuerdo con su teoría, lo importante para las inversiones no era, de por sí, el bajo tipo de interés sino la eficacia máxima de las inversiones; es decir: la diferencia entre el tipo de interés y los cálculos del capitalista sobre la futura cuota de ganancia. Si los empresarios no ven perspectivas de obtener beneficios, no efectuarán inversiones, por bajo que sea el nivel del interés.

«En lo que me concierne —escribió Keynes— ahora soy algo escéptico en cuanto a las posibilidades de éxito de una política puramente monetaria orientada a regular el tipo de interés. Yo cuento hoy con que el Estado, que está en situación de apreciar la eficacia máxima de los bienes capitales en una larga perspectiva y sobre la base de ventajas sociales generales, tome sobre sí una responsabilidad cada vez mayor en la organización directa de las inversiones»[12].

Y al propio tiempo, Keynes formuló en su aspecto más general, el programa estatal de regulación de la economía, de sus resortes y formas concretas. «El Estado —escribió— ha de ejercer su influencia rectora sobre la propensión al consumo: de una parte, mediante un adecuado sistema tributario, y de otra, fijando tipos de interés, y posiblemente también por otros medios. Además parece poco probable que la influencia de la política bancaria sobre el tipo de interés sea por sí sola suficiente para asegurar proporciones óptimas a las inversiones. Por eso yo concibo que una socialización suficientemente amplia de las inversiones será el único medio para lograr aproximarse al pleno empleo, aunque esto no deba excluir todo género de compromisos y procedimientos de colaboración del poder público con la iniciativa privada»[13]. Con qué métodos realizará el Estado esta «organización directa, o socialización, de las inversiones», de eso en el trabajo de Keynes no se dice una palabra.

En todo caso, lo que es evidente es que Keynes no era partidario de formas de «organización directa de las inversiones» como la propiedad estatal. «La propiedad sobre los

[12] J. M. Keynes. *Teoría general del empleo, el interés y el dinero*, pág. 156.
[13] Ibid., págs. 364-365.

instrumentos de producción no es lo esencial para el Estado. Si el Estado es capaz de determinar el volumen global de recursos destinados al incremento de los medios de producción y de las tasas fundamentales de retribución a los propietarios de estos recursos, habrá cumplido su misión»[14].

Keynes concedía gran importancia a la cantidad de dinero en circulación como uno de los parámetros determinantes del funcionamiento del sistema económico en su conjunto. Y consideraba que en una situación en que no existe pleno empleo, el aumento del dinero en circulación contribuiría a la extensión del empleo y no al alza de los precios. «Mientras subsista el paro —escribió—, el *empleo* cambiará en la misma proporción que la cantidad de dinero; cuando existe pleno empleo, serán los *precios* los que cambien en igual proporción que la cantidad de dinero»[15].

No viendo en la política crediticia-monetaria un instrumento eficaz de regulación de la inversión de capital, y no admitiendo la idea de solucionar el problema mediante la extensión de la propiedad del Estado, Keynes cifra todas sus esperanzas de regulación de la «demanda efectiva» en la política presupuestaria, o dicho de otro modo, en la política de impuestos, de gastos y de empréstitos.

La significación del keynesismo como punto de arranque del desarrollo de la teoría de la dinámica macroeconómica se vincula a una serie de elementos substanciales de esta doctrina. Son, en primer lugar, el método macroeconómico de investigación; en segundo, la promoción a un primer plano del problema de la realización, o «demanda efectiva», que dio impulso al desarrollo de la teoría dinámica del ciclo y al estudio del problema de las alteraciones prolongadas del estado de crecimiento sostenido; es, en tercer lugar, la teoría de la renta nacional en su conjunto, y la del multiplicador en particular, que pasó a integrarse orgánicamente en las teorías postkeynesistas del crecimiento económico; y por último, la subordinación de toda la investigación teórica a las tareas de la política

[14] Ibid., pág. 365.
[15] Ibid., pág. 288.

práctica económica del Estado llamada a compensar las insuficiencias fatales del sistema de economía capitalista privada.

La doctrina de Keynes proporcionó así el instrumento teórico de análisis de los problemas de la reproducción capitalista. La teoría keynesista de la reproducción tiene como premisa la existencia del capitalismo monopolista. Es cierto que en Keynes no encontramos ni siquiera la mención de los monopolios, ni la indicación de su influencia en el proceso de reproducción. Sin embargo, toda su teoría se erige sobre el reconocimiento de una de las consecuencias más importantes del dominio de las relaciones monopolistas. Keynes parte de que ha desaparecido la flexibilidad y movilidad de los precios, peculiar del capitalismo de la libre concurrencia.

Keynes pone sobre todo el acento en el reconocimiento de otro importante factor: el aumento de la potencia de los sindicatos obreros y, en consecuencia, de la clase obrera, que son un obstáculo serio a las oscilaciones espontáneas del salario determinadas por la coyuntura del mercado capitalista. En este sentido, el profesor G. Haberler hizo una observación muy certera: «El propio sistema teórico keynesista... depende de la premisa de la rigidez del salario. De no existir esta premisa, este sistema sería sencillamente impotente; o por decirlo de otro modo: perdería sus rasgos específicos que le diferencian del sistema teórico que bastante arbitrariamente se denomina sistema clásico»[16].

Por tendencioso que sea este viraje hacia la «rigidez» del salario, al mismo tiempo que se silencia la «rigidez» de todo el sistema de precios en las condiciones del capitalismo monopolista, el hecho es que toda la teoría de Keynes arranca de este fenómeno nuevo inherente al capitalismo monopolista y que fue la causa primordial del fracaso de la ley de mercados de Say.

La segunda premisa importante sobre la que se asienta la teoría de Keynes es el reconocimiento de que el capitalismo moderno, altamente desarrollado, «maduro», agu-

[16] G. Haberler. *Sixteen years later.—Keynes'General Theory*, p. 297.

diza a tal punto la contradicción entre la producción y el consumo que el problema de la realización se convierte en estas circunstancias en un problema independiente de primordial importancia. Precisamente por eso, Keynes hizo de la teoría de la «demanda efectiva», como factor básico determinante del nivel de la renta nacional y del empleo, el eje de su investigación.

Es cierto que la teoría de Keynes estaba marcada por las condiciones específicas propias de los años 30. Esto se advierte en que Keynes absolutiza demasiado el problema de la realización. Justamente por eso, su programa de intervención estatal preveía una orientación única: la creación de una demanda suplementaria, sin tomar en consideración el inevitable surgimiento de otras formas de intervención estatal ligadas al desarrollo del potencial de producción, de la infraestructura, de la regulación de las proporciones, etc. La influencia de los años 30 también se refleja en el hecho de que Keynes perdiera la confianza en los estímulos exógenos de inversión del capitalismo moderno (a excepción de los estatales) y en su actitud negativa hacia el ahorro. El consideraba que la economía capitalista es propensa a la superacumulación crónica de capital y al empleo incompleto de los recursos de trabajo.

Y por último, estas condiciones predeterminaron, en cierto modo, el carácter estático de toda su concepción, la abstracción del problema del crecimiento, por cuanto su autor no veía en el capitalismo los estímulos internos de dicho crecimiento. Estos aspectos de la teoría keynesista, que son reflejo de su limitación histórica, fueron más tarde sometidos a crítica y a revisión por los continuadores de Keynes, que desarrollaron la teoría neokeynesista del crecimiento.

Habiendo heredado de Keynes su dispositivo teórico, los teóricos neokeynesistas heredaron al mismo tiempo una serie de rasgos de su teoría característicos de su limitación de clase. Ni que decir tiene que esta limitación de clase, determinada por la orientación apologética de la teoría, no proviene sólo de Keynes, y que está ligada a la metodología general, a la función ideológica de la economía política burguesa. Pero el keynesismo define con sus formas específicas propias de expresión esta limitación de clase.

Esta se pone de relieve, sobre todo, en la explicación de las causas de los fenómenos, así como en las premisas de su investigación.

Reflejando en sus teorías algunas contradicciones reales de la producción capitalista, Keynes, como se sabe, las reduce a fenómenos naturales y sicológicos, a «la ley sicológica fundamental», a la ley de la tendencia decreciente de la productividad, a inclinaciones sicológicas, a la liquidez, al consumo, al estado de ánimo de los empresarios, etc.

Con tal proceder, todo el análisis cuantitativo así como la constatación de ciertas contradicciones que de él se derivan, aparecen desgajados del contexto cualitativo de la sociedad capitalista, desprovistos de contenido social, carentes de crítica del modo capitalista de producción. Es más, una tal teoría sirve de base para sembrar ilusiones en la posibilidad de liquidar por completo todos los defectos de la economía espontánea mediante su regulación por el Estado y, en suma, para la apología del capitalismo monopolista de Estado.

Capítulo II

EL MODELO NEOKEYNESISTA DE EQUILIBRIO DINAMICO

I. RITMO DE CRECIMIENTO Y TASA DE ACUMULACION

A finales de los años 30 se hicieron tentativas para adaptar la teoría de Keynes al análisis de los problemas de la reproducción. En 1939, el economista norteamericano R. Harrod formuló en uno de sus artículos los principios básicos de la teoría de la dinámica económica. Por entonces vieron también la luz los trabajos de A. H. Hansen, keynesista eminente de los Estados Unidos, que creó su teoría del estancamiento. Sin embargo, el estudio de los problemas de la reproducción tomó mayor auge después de la segunda guerra mundial por imperativo de las nuevas condiciones económicas y políticas creadas. En 1948 apareció el libro de R. Harrod *Acerca de la teoría de la dinámica económica*, que obtuvo un gran éxito. Casi simultáneamente se publicaron en otro continente los artículos de E. Domar, que expresaban ideas similares. Vieron también la luz trabajos de toda una serie de economistas que fueron precisando la misma concepción de la reproducción. Esta concepción es la que hoy se conoce como teoría neokeynesista del crecimiento económico.

Los keynesistas plantearon tres cuestiones de carácter relativamente autónomo: el equilibrio dinámico, las alteraciones duraderas del estado de equilibrio dinámico y las alteraciones pasajeras o fluctuaciones cíclicas.

En el presente capítulo se examina el problema del equilibrio dinámico que trata de explicar las condiciones de sostenimiento de un ritmo estable de crecimiento económico con pleno empleo de recursos humanos y materiales. «Cuando se estudia la economía en expansión —escribió Harrod— es necesario examinar la relación que guardan entre sí tres elementos esenciales que surgen en el curso de dicha expansión: 1) la mano de obra, 2) la producción que se crea, o ingreso por habitante, y 3) el volumen del capital disponible»[1]. Estas relaciones mutuas se analizan a base de la construcción de modelos agregados de crecimiento económico que ligan su ritmo a la tasa de acumulación de capital. Si Keynes analizó la función de la inversión únicamente en tanto que productora de ingresos, es decir: la influencia del incremento de las inversiones sobre el de los ingresos, sus continuadores se plantearon una tarea de mayor envergadura: estudiar también la influencia inversa, la del crecimiento de la renta nacional sobre la magnitud de las inversiones; determinar el ritmo de crecimiento necesario, capaz de garantizar la utilización completa del potencial de producción y el empleo de la población en constante crecimiento. En este sentido concedieron particular atención al problema de la acumulación del capital en el aspecto de la realización de la parte del producto social destinada a finalidades productivas.

En los modelos keynesistas, el problema de la acumulación se examina, por regla general, a base del análisis fundado en la correlación entre el ahorro y las inversiones (*saving— investment analysis*). Para designar la parte de la renta nacional destinada a la acumulación, y utilizada en ella, se emplean los términos de ahorro (S) e inversión (I). Durante un determinado período de tiempo, el ahorro y las inversiones son iguales entre sí. Pero si del análisis estático pasamos al dinámico, esos dos términos co-

---

[1] R. Harrod. *Acerca de la teoría de la dinámica económica*, M., 1959, pág. 59.

mienzan a designar cosas algo distintas: se llama ahorro a la parte de la renta nacional que hoy no se utiliza y que se destina a las inversiones, y se llama inversión a la parte de la renta nacional no utilizada y a la que será presentada la demanda productiva de mañana. Por consiguiente, cuando se habla de igualdad o desigualdad entre el ahorro y las inversiones, lo que suele compararse no son magnitudes reales, sino una magnitud real con una supuesta, la oferta con la demanda. El ahorro efectivo puede ser mayor o menor que las inversiones supuestas. La diferencia entre ambas se establece por los cambios que se operan en el stock de mercancías, por el grado de no utilización del potencial productivo, por los cambios en el empleo de la mano de obra, y finalmente, en los ritmos de crecimiento. De este modo, la igualdad entre el ahorro y las inversiones define el estado de equilibrio dinámico: la demanda de inversiones es igual a la oferta de ahorro, de forma que la economía no experimenta dificultades. Si el ahorro rebasa las inversiones supuestas, ello se traducirá en un aumento de las reservas, en la escasez de trabajo, en paro obrero, característicos del estado de contracción de la producción. Si la demanda de inversiones supera al ahorro, resultará, por el contrario, un crecimiento excesivo que entrañará el alza de los precios. Esta concepción puede servir de punto de partida al análisis de los procesos de perturbación del equilibrio económico. No obstante tiene el gran defecto de no descubrir las causas que generan estos procesos. No hay lugar en ella para los factores que determinan el surgimiento de una desproporción en la realización de la parte del producto social destinada a la acumulación.

Sobre tal base se erigen precisamente la mayor parte de los modelos keynesistas de crecimiento: el de R. Harrod, el del economista inglés Kaldor[2], y sobre una base más amplia, pero incluyendo la igualdad indicada, el modelo de E. Domar.

En todos estos modelos hay dos facetas: el ahorro y la inversión. Podrá lograrse su igualdad en el caso de que la

[2] N. Kaldor. *A Model of Economic Growth.—Economic Journal*, December 1957.

magnitud real (el ahorro) sea igual a la supuesta (inversión). La cuestión central es, pues, el esclarecimiento de los factores determinantes de la magnitud de las inversiones esperadas. ¿Qué es lo que determina la magnitud de las inversiones netas y su parte en la renta nacional, es decir: la tasa de acumulación?

La concepción más difundida, a base de la cual se determinan en las teorías burguesas modernas del crecimiento las inversiones netas, es la de la aceleración. Conforme con ella, la magnitud de las inversiones netas, vistas desde el ángulo de un desarrollo a largo plazo, se determinan por dos índices: ritmo de crecimiento de la renta nacional, y magnitud de las inversiones necesarias para la creación de unidades de incremento del ingreso, el coeficiente de capital. Y como el segundo índice se toma por magnitud dada, resulta que, de acuerdo con esta teoría, el incremento de la producción se garantizará sólo gracias a las inversiones netas, y por consiguiente, el ritmo de crecimiento depende sólo de un factor: la tasa de acumulación. Por esta razón, en la literatura burguesa el modelo keynesista de crecimiento económico recibió el nombre de modelo monofactor de crecimiento.

Examinemos ahora la ecuación fundamental de crecimiento de Harrod, basada en las premisas anteriormente indicadas. Esta ecuación presenta dos formas:

Forma de axioma simple: $GC = S$, donde G indica el ritmo de crecimiento de la renta nacional; C, el volumen de acumulación dividido por el incremento de la renta nacional; S, la parte del ahorro en la renta nacional.

Todas las magnitudes corresponden a un mismo período de tiempo pasado (*ex-post*), por lo que el índice de igualdad no requiere ninguna condición especial para realizarse[3].

---

[3] Es fácil convertirlo en una identidad si suponemos que

$$G = \frac{\Delta Y}{Y},\ S = \frac{S}{Y} \text{ y } C = \frac{I}{\Delta Y},$$

donde Y representa la renta nacional; ΔY, su incremento, o I, la inversión de capital. Así obtendremos $\frac{\Delta Y}{Y} \cdot \frac{I}{\Delta Y} = \frac{S}{Y}$ o $\frac{I}{Y} = \frac{S}{Y}$, pero como I = S, la igualdad indicada se convierte en una identidad.

De esta forma de ecuación, Harrod pasa a una forma suya que, según sus palabras, expresa «el equilibrio del movimiento ascendente ininterrumpido»[4]. Esta se representa con la fórmula $G_w C_r = S$, en la que sólo una magnitud se refiere al pasado, y es la magnitud dada, o sea S. Todo el primer miembro de la ecuación se determina por las magnitudes exigidas: C_r es la magnitud exigida de capital, necesaria para obtener el 1% de incremento de la renta nacional. «Si la ecuación axiomática contiene el término (C) determinado en plano *ex-post* y que expresa la cantidad de bienes capitales producidos realmente en cada período, C_r representa la categoría del equilibrio que expresa el nuevo capital que se necesita»[5].

G_w representa el ritmo de crecimiento indispensable que iguala el segundo miembro de la ecuación al primero, o sea, que pone a la magnitud de acumulación *ex-ante* en igualdad con la magnitud del ahorro *ex-post*.

El equilibrio dinámico, asegurado por el ritmo garantizado de crecimiento, significa la total utilización del potencial de producción existente y el mantenimiento de una cuota estable de ganancias para los capitalistas. Harrod llega a la conclusión de que el ritmo de crecimiento que asegura el equilibrio dinámico (G_w) debe ser constante. Esta conclusión se asienta en dos premisas: en la supuesta constancia de la parte del ahorro en la renta nacional (S), y en la supuesta constancia del necesario coeficiente de capital (C_r). Por cuanto $G_w = \frac{S}{C_r}$, y el numerador y denominador son constantes, también G_w es constante. «La única línea garantizada de crecimiento —escribe Harrod— se determina por la propensión al ahorro y la cantidad de capital requerida por las condiciones técnicas y otras por unidad de aumento de producción. Sólo en el caso de que los empresarios se atengan a esta línea de desarrollo encontrarán que en su producción, en cada período de tiempo dado, no habrá, en conjunto, ni excedente ni escasez»[6].

---

[4] R. Harrod. *Acerca de la teoría de la dinámica económica*, pág. 121.
[5] R. Harrod. *Economic Essays*, London, 1952, p. 265.
[6] Ibid.

Harrod no presta una atención particular a las causas que determinan la constancia del coeficiente del capital, a pesar de que, en su concepción, éste desempeña un importante papel. El parte simplemente de la premisa del carácter neutro del progreso técnico. La cuestión estriba, para él, en que en el movimiento del coeficiente del capital se refleja realmente el carácter del progreso técnico. Dicho progreso, que representa, por regla general, economía de trabajo, puede exigir consumo de capital, o economizarlo, o ser neutro; todo depende de la correlación de las dos magnitudes: la productividad del trabajo y el equipamiento en bienes capitales. Si la productividad del trabajo sobrepasa al equipamiento en bienes capitales, el consumo de capital por unidad de producción disminuye. Por el contrario: si el aumento del equipamiento en bienes capitales deja atrás al aumento de la productividad del trabajo, el consumo de capital se eleva. Si ambos se elevan al mismo ritmo, en tal caso el consumo de capital por unidad de producción se mantendrá constante. En el primer caso, el progreso técnico significa ahorro de capital; en el segundo, consumo de capital; y en el tercero, es neutro.

Según Harrod, el progreso técnico, visto en la perspectiva de un desarrollo prolongado, es de carácter neutro, ya que los períodos en que predomina el progreso técnico, que consume capital, van seguidos de otros en los que predomina el que lo ahorra, y en conjunto se compensan recíprocamente, de forma tal que en los modelos del crecimiento económico puede partirse del carácter neutro del progreso técnico.

El científico americano E. Domar[7] llegó a una conclusión análoga sobre la necesidad de un ritmo de crecimiento constante como condición del desarrollo dinámico, razón por la cual se habla con frecuencia de la teoría Harrod-Domar.

El modelo inicial de Domar es algo distinto del de Harrod. No está basado en la igualdad del ahorro y las inversiones sino en la igualdad del ingreso monetario (deman-

[7] E. Domar. *Essays in the Theory of Economic Growth*, New York, 1957.

da) y el potencial de producción (oferta)[8]. Domar subraya que en esto se manifiesta cierta síntesis de los enfoques prekeynesistas y keynesistas. Hasta Keynes, se estudiaba generalmente sólo la oferta, tomando la demanda por magnitud dada. Keynes, por el contrario, centró la atención en la demanda, desestimando el crecimiento de la producción. Domar intentó unir ambos enfoques. Para ello parte, como Harrod, de la premisa de que lo que determina su modelo de parámetro: la parte del ahorro en la renta nacional y la eficacia media de las inversiones, correspondiente a la fracción inversa del coeficiente de capital, son magnitudes constantes. Domar determina la «demanda efectiva» partiendo de la teoría keynesista de la renta nacional. En ella incluye las inversiones en calidad de magnitud variable e independiente, el consumo, ligado funcionalmente a las inversiones y los gastos públicos. Siguiendo a Keynes, Domar subraya que el incremento del ingreso es función del incremento de las inversiones.

La oferta, o el incremento potencial de producción, Domar lo define basándose en la teoría del acelerador, considerándolo función de la inversión. A excepción de las inversiones, los demás factores que influyen en el aumento de las posibilidades de producción: aumento de la mano de obra, progreso técnico, se unen en el índice de la «productividad» de las inversiones o eficacia de las inversiones capitales. Pese a que Domar considera dicho índice como magnitud constante, hace, sin embargo, una objeción substancial: «Nuestro modelo de crecimiento no requiere que el rendimiento del capital permanezca constante; lo único que necesita es que sus cambios sean conocidos y bastante regulares. Sin embargo, en una primera aproximación, podemos considerarlo como constante»[9]. Aquí hay cierta diferencia entre su modelo y el de Harrod.

Cabe indicar aún otra diferencia: el modelo de equilibrio dinámico que construye Domar presupone desde el comienzo el pleno empleo (Harrod piensa que el equilibrio dinámico puede no coincidir con el pleno empleo),

---

[8] Por potencial de producción se entiende aquí la producción potencialmente posible en condiciones de pleno empleo.

[9] E. Domar. *Essays in the Theory of Economic Growth*, p. 27.

y subraya que su propósito es «hallar las condiciones necesarias para mantener el pleno empleo durante un largo período, o más exactamente, hallar el ritmo de crecimiento de la renta nacional que exige el pleno empleo»[10].

Domar subraya continuamente el doble carácter de las inversiones. De un lado, posibilitan el incremento del ingreso, y de otro, acrecientan el potencial de producción. El incremento del ingreso hace posible el aumento del empleo. Pero aquí, vuelvo a subrayar, no puede ponerse el punto final. Paralelamente a las inversiones aumenta el potencial de producción, por lo que el incremento del ingreso debe ser suficiente para equilibrar estas posibilidades productivas acrecentadas del país, sin permitir que se produzca la escasez de trabajo en las empresas o que se aparte de la producción el excedente de mano de obra. Por eso, la tarea queda formulada como sigue: «Si las inversiones elevan la capacidad productiva, y al mismo tiempo crean ingreso, ¿cuál debe ser la magnitud de la inversión o cuál debe ser su crecimiento para que el incremento del ingreso sea igual al de la capacidad de producción?»[11].

A base de las condiciones expuestas y la tarea a estudiar, Domar propone la siguiente ecuación, cuya solución da la fórmula del ritmo de crecimiento requerido:

$$\Delta I \cdot \frac{1}{\alpha} = I\sigma, \text{ de donde } \frac{\Delta I}{I} = \sigma\alpha.$$

I representa la magnitud de las inversiones anuales netas;
ΔI, su incremento anual;
$\frac{\Delta I}{I}$, el ritmo de crecimiento de las inversiones;
$\frac{1}{\alpha}$, el multiplicador (α, la parte del ahorro en la renta nacional);
σ, el rendimiento potencial medio de las inversiones.

Algunas aclaraciones: en el primer miembro de la igualdad tenemos el incremento del ingreso en su expresión monetaria. En el segundo, el resultado de la multiplicación de las inversiones por su rendimiento potencial me-

[10] Ibid., p. 84.
[11] Ibid., p. 89.

dio, lo que nos da el incremento del potencial productivo. Domar señala que σ es la magnitud que expresa las posibilidades potenciales productivas que no dependen del movimiento del ingreso monetario.

La segunda igualdad, obtenida a base de la primera, expresa la magnitud de la incógnita: el ritmo de crecimiento de las inversiones que garantiza el pleno empleo y la utilización total del potencial de producción. Este ritmo es igual al resultado de multiplicar la parte del ahorro por el potencial medio de rendimiento de las inversiones. No es difícil darse cuenta de que esta fórmula es análoga a la del ritmo garantizado de crecimiento de Harrod por cuanto la eficacia de la acumulación (magnitud inversa al coeficiente del capital) y la parte del ahorro en el ingreso son constantes. De esta fórmula se deduce una conclusión análoga a la que se deduce de la de Harrod sobre la constancia del ritmo de crecimiento económico exigido. «Para sostener una situación continua de pleno empleo se requiere que el aumento de las inversiones y del ingreso se efectúe con un ritmo de crecimiento anual relativamente constante, calculado según la fórmula del interés compuesto, igual al producto de multiplicar la predisposición al ahorro por el rendimiento medio de las inversiones [12].

La conclusión de que el mantenimiento de las condiciones de equilibrio dinámico requiere un porcentaje anual constante de incremento de la renta nacional tuvo gran transcendencia. Algunos economistas interpretaron con frecuencia esta conclusión como si los teóricos keynesistas del crecimiento afirmaran con su concepción del equilibrio dinámico que el capitalismo es capaz de mantener un ritmo de crecimiento continuo y estable. De hecho, esto no es exactamente así. Ni Harrod ni Domar identificaron la necesidad de un ritmo constante y estable con la posibilidad de que tal ritmo se diera automáticamente. Desarrollando las ideas de Keynes sobre la carencia de fuerzas internas del capitalismo moderno capaces de generar la tendencia al restablecimiento automático del equilibrio y de la utilización total de los recursos económicos,

[12] Ibid., p. 91-92.

ambos autores, lo mismo que sus continuadores, subrayan la complejidad de la solución del problema del equilibrio dinámico, y la necesidad de aplicar una política estatal adecuada que asegure la estabilidad económica. Por esta idea fueron particularmente objeto de los mayores ataques por parte de los «neoclásicos» y «neoliberales» de toda especie.

Domar señaló lo agudo de este problema. «Sin necesidad de ninguna matemática formal, para comprender más fácilmente la naturaleza del sistema capitalista y sus dificultades para mantener el pleno empleo, basta con representarse que el incremento del potencial está ligado (aunque sólo sea aproximativamente) a las inversiones, mientras que el incremento de la demanda global lo está con el ritmo de crecimiento de las inversiones y que, por consiguiente, es necesario el crecimiento ininterrumpido del ingreso, o más probablemente, de las inversiones, para sostener un desarrollo sereno de la economía»[13].

Domar puso a un artículo suyo en el que llega a tales conclusiones un epígrafe muy ingenioso tomado del cuento *Alicia en el país de las maravillas*. «Ahora veréis —dijo la reina— lo de prisa que hay que correr para quedarse en el mismo sitio». El capitalismo tiene que correr con todas sus fuerzas para mantener el estado de cosas existente. Esto nos habla de las inmensas dificultades con que tropieza la sociedad capitalista, que acusa una tendencia a reducir los ritmos de expansión. Y ésta es precisamente la idea que, en sus conclusiones, ponen de relieve los teóricos keynesistas del crecimiento. Pero es necesario criticar a estos autores porque, a causa de sus posiciones generales, rehúsan la crítica del propio modo de producción capitalista, causante de las dificultades en la solución de los problemas del equilibrio dinámico.

Los modelos del equilibrio dinámico de los teóricos keynesistas del crecimiento pueden considerarse como el primer paso hacia el análisis de las interrelaciones de la reproducción; pero están demasiado simplificadas para tener un valor práctico, cosa que sus propios autores señalan. Tanto Harrod como Domar indicaron reiteradamente que sus modelos son, sobre todo, instrumentos de investi-

[13] Ibid., p. 34.

gación teórica. «En todo caso, escribe Domar, no hay que tomar muy en serio un ritmo de incremento de la producción, o de las inversiones, en una grande y compleja economía... obtenido sólo a base de algunas variables».

Domar pensaba que la finalidad esencial de su trabajo no era «la de resolver un viejo problema que se planteó con frecuencia en la literatura económica desde Marx (mejor dicho, desde Mandevill y Malthus, si no antes) hasta Keynes y después de Keynes, relativo a la influencia de la acumulación de capital sobre las inversiones corrientes, la cuota de ganancia, el nivel del ingreso y el empleo... He tratado de demostrar que existe un ritmo de incremento del ingreso que, por muy aproximativo que sea, de alcanzarse, no se traduce en una disminución de la cuota de ganancia, ni reduce las posibilidades de inversión, ni conduce al paro crónico u otras calamidades por el estilo... y que, en la medida en que podemos tener hoy un juicio al respecto, no desborda los límites de nuestras posibilidades físicas»[14].

Pueden indicarse las tesis siguientes, de los modelos de crecimiento examinados, que simplifican en extremo el problema de la acumulación, no sólo en el plano práctico sino también en el teórico.

Una gran simplificación es, por ejemplo, el cálculo de un solo factor de crecimiento de la renta nacional: las inversiones de capital. En estos modelos se desdeñan factores tan importantes como son un mayor grado de utilización del potencial de producción existente, una mejor organización de la producción, la racionalización que no implica grandes gastos de capital, etc. Esa es, sobre todo, la razón de que ulteriormente el análisis de las posibilidades de la reproducción se orientara a la elaboración de modelos multifactores del crecimiento económico (de funciones de producción).

Así pues, los modelos de equilibrio dinámico examinados se distinguen por su nivel extraordinariamente elevado de agregación. En la reproducción ampliada, no sólo es importante observar las proporciones de valor sino también las materiales, y ello presupone un análisis de la

[14] Ibid., p. 8..

estructura de las magnitudes globales que se utilizan en estos modelos. «Para acumular —escribió C. Marx— hay que convertir en capital una parte del sobreproducto. Pero, a menos de hacer milagros, no se puede transformar en capital sino cosas susceptibles de ser utilizadas en el proceso de trabajo; es decir, medios de producción y, además, cosas con que puede mantenerse el trabajador, o sea, medios de subsistencia... En una palabra: la plusvalía sólo es convertible en capital porque el sobreproducto cuyo valor representa, contiene ya los elementos materiales componentes de un nuevo capital»[15]. Justamente esta insuficiencia de los modelos keynesistas del crecimiento impulsó el desarrollo de los modelos estructurales de investigación de las conexiones entre las ramas de la economía.

También inspira muchas dudas la concepción misma de la estabilidad de los coeficientes que determinan el ritmo exigido de crecimiento económico, o sea, de la parte del ahorro en la renta y el coeficiente de capital. Esto se refiere, en particular, a la concepción del progreso técnico-neutro, que, según pretenden, condiciona la tendencia duradera hacia la constancia del coeficiente de capital.

El papel que Harrod, Domar y otros atribuyeron al coeficiente de capital en los modelos de equilibrio dinámico, dio vida a las investigaciones estadísticas del movimiento real de dicho coeficiente. Las llevadas a cabo en los EE.UU. evidencian que en el movimiento del consumo de capital por unidad de producción, y en la economía en su conjunto, así como en las diversas grandes ramas de la producción, hasta los años 20 de nuestro siglo se observaba una tendencia ascendente. Sin embargo, a partir de esta fecha, lo que se advierte es una tendencia decreciente de este consumo de capital por unidad de producción. Por ejemplo: según datos de Kuznets, la relación entre las reservas de capital neto y el producto nacional neto se elevó, de 3,6 entre 1869-1878 a 3,9 entre 1909-1918, disminuyendo después hasta 2,9 entre 1949-1955 (en precios de 1929)[16]. Cuando se analizan las causas que motivaron

[15] C. Marx. *El Capital*. C. Marx y F. Engels. *Obras*, 5ª ed. en ruso, t. 23, pág. 594.

[16] S. Kuznets. *Capital in the American Economy. Its Formation and Financing*, Princeton, 1961, p. III, 33-36.

estos cambios se constata que la disminución de dicho consumo de capital se debe tanto a los cambios de estructura de la producción — los avances de las ramas que requieren menos inversiones — como a las particularidades del progreso técnico, gracias al cual en todas las ramas principales de la producción la productividad del trabajo se elevó con más rapidez que el equipamiento de bienes capitales, lo que condujo a la reducción sistemática del consumo de capital por unidad de producción. Por ejemplo: en la industria de transformación de los EE.UU., éste se acrecentó (en precios de 1929) de 0,547 en 1880 a 1,022 en 1919, reduciéndose después hasta 0,590 en 1953. En la industria extractiva el aumento pasó de 0,72 en 1870 a 2,30 en 1919, reduciéndose hasta 1,26 en 1953[17]. En la industria de construcciones ferroviarias se produjo a partir de 1880 una reducción continua del consumo de capital por unidad de producción, pasando de 15,95 en 1880 a 2,66 en 1950[18].

Sin embargo, es difícil estar de acuerdo con las conclusiones a que llega Harrod fundándose en las tendencias observadas hasta ahora en el movimiento del consumo de capitales, es decir: en que como en el transcurso de casi un siglo se observaron dos tendencias contrapuestas, puede tomarse el progreso técnico como neutro, y construir el modelo de crecimiento equilibrado basándose en un consumo de capital por unidad de producción constante. La teoría del progreso técnico neutro, a la que Harrod se remite, no tiene en cuenta las tendencias importantes en los cambios que se han producido en este consumo, y que pueden volver a producirse.

El modelo neokeynesista tiene un fallo gnoseológico esencial: que no es apto para servir de punto de partida al estudio de la forma capitalista de crecimiento económico.

Esto se hace evidente cuando los teóricos keynesistas del crecimiento analizan las perturbaciones del equilibrio dinámico. Proviene este fallo de que las categorías macro-

[17] Véase D. Crimer, S. Dobrovolskiy o I. Borenstein. *El capital en las industrias de extracción y transformación de EE.UU.*, M., 1962, págs. 123, 127.

[18] M. J. Ulmer. *Capital in Transportation, Communications and Public Utilities: Its Formation and Financing*, Princeton, 1960, p. 458.

económicas con las que operan carecen de definición social. Si tomamos los esquemas abstractos de Marx que definen también las condiciones del equilibrio, vemos que éstos contienen ya las peculiaridades de la acumulación del capital. La fuente de acumulación no es aquí una categoría vacía de contenido como «el ahorro de la sociedad», sino una parte cualitativamente definida del producto social, la plusvalía, que resulta de la explotación de la clase obrera. El modelo propuesto por Harrod no descubre la fuente de la acumulación de capital. Deja en la sombra el hecho de que la principal fuente del ahorro es la plusvalía que se obtiene de la explotación de la clase obrera.

A esto se añade que, al particularizar las condiciones generales de realización, los esquemas de Marx dan la clave para comprender las causas económico-sociales que pueden llevar a que se infrinjan dichas condiciones, causas que, en definitiva, obedecen a las peculiaridades de la distribución del nuevo valor creado. Como puede comprobarse en el esquema, si se infringen las condiciones de proporcionalidad originadas por incoherencias en el movimiento del salario, ello puede conducir a serias complicaciones en la correlación entre las secciones I y II y, en definitiva, a la crisis. Marx hizo del análisis de las contradicciones irreconciliables que la producción capitalista engendra, el objeto principal de su investigación. Los burgueses adeptos de las teorías del desarrollo económico, que no podían pasar por alto las crisis y el paro que acompañan la expansión capitalista, trataban al mismo tiempo de soslayar las contradicciones de la producción capitalista generadoras de estos fenómenos. El rasgo esencial, peculiar de las teorías burguesas contemporáneas del crecimiento, es su abstracción de las leyes socioeconómicas del capitalismo, es el intento de atribuir a este sistema propiedades de producción desvinculadas de su forma económico-social.

2. RITMO DE CRECIMIENTO Y ESTRUCTURA DE LA REPRODUCCION DE LAS INVERSIONES DE CAPITAL

En los trabajos de una serie de teóricos burgueses del crecimiento económico se plantea aún otro problema: el nexo entre el ritmo de crecimiento, la acumulación y la

reposición. Los modelos que determinan el ritmo de crecimiento económico o la magnitud de la tasa de acumulación necesaria para alcanzar el ritmo de crecimiento propuesto se basan en las inversiones capitales netas. Del total de las inversiones debe deducirse la parte destinada a la simple reposición del desgaste de los instrumentos de producción. Por consiguiente, lo que se plantea es determinar la magnitud de este desgaste y, sobre esta base, obtener el índice de las inversiones capitales netas.

En la práctica, la magnitud de estas inversiones se calcula deduciendo de las inversiones globales la suma de descuentos por amortización. Actualmente, en una serie de países estos descuentos constituyen una parte bastante considerable de las inversiones globales. En los EE.UU., por ejemplo, la parte de los descuentos por amortización en las inversiones globales en los comienzos de los años 60, fue del 65 al 70%. Pero ¿es que un índice de acumulación neta obtenido de ese modo puede ser utilizado en los modelos de crecimiento y otras investigaciones?

Por toda una serie de causas objetivas y subjetivas, el total del descuento por amortización no concuerda con el volumen real de los instrumentos de producción desgastados. La noción económica inicial del descuento por amortización, como suma para indemnizar el desgaste, se esfuma. En los descuentos por amortización se «oculta» cierta parte de las inversiones netas. Entre las causas que, por su claridad, no necesitan de muchas explicaciones tenemos, ante todo, las relacionadas con el empleo de los descuentos por amortización como instrumento estimulante de las inversiones y de la aceleración de la sustitución del equipo moralmente envejecido que llevan al aumento de la tasa de descuentos por amortización. A esto se añade que el propio progreso técnico acelerado conduce a una frecuente sustitución del equipo desgastado por otro de mayor rendimiento, más eficaz, por lo que el simple acto de la reposición ya encierra, en parte, expansión de la producción. Todas estas causas obligan a los economistas a ser muy cautos en relación con la magnitud de las inversiones netas calculadas deduciendo de las inversiones globales las sumas de amortización. Sin embargo, todas estas considera-

Fundación Isidoro Acevedo
OVIEDO

ciones se refieren a las causas de los fenómenos que están en la superficie, que son absolutamente evidentes.

Los teóricos del crecimiento económico prestaron atención a otra serie de causas que originan la desproporción entre la suma de los descuentos por amortización y el desgaste real, y que están ligadas al propio proceso de crecimiento. A este respecto ofrecen interés algunos modelos muy simples de Domar que, a nuestro juicio, son de cierta utilidad en el análisis del problema indicado.

Partiendo de una serie de premisas simples: inmovilidad de los precios[19], existencia de un plazo medio de servicio de toda la reserva de capital del país, ritmo constante de aumento de las inversiones y cálculo de las amortizaciones en condiciones de una deducción regular del valor del desgaste, Domar deduce fórmulas que muestran la correlación entre la amortización y las inversiones globales, entre el desgaste real y las inversiones globales, y, por último, la relación entre la amortización y el desgaste real.

1.—La parte de las inversiones destinada a la amortización se deduce a base del siguiente razonamiento:

Partiendo del supuesto de que hace m años las inversiones fueron de 1 dólar, con un ritmo de crecimiento anual de éstas igual a r unidades, la magnitud de dichas inversiones en el transcurso de estos m años se expresarán mediante los términos de la siguiente progresión geométrica: $1, \ (1 + r), \ (1 + r)^2, \ (1 + r)^3, \ \ldots, \ (1 + r)^{m-2}, \ (1 + r)^{m-1}$; (en total, por consiguiente, m términos). La reserva de capital creada en este espacio de tiempo será igual a la suma de los términos de dicha progresión geométrica: $\frac{(1+r)^{m-1}}{r}$ (calculado por el método de la inventarización continua). La amortización (en condiciones de un descuento regular) debe ser igual a $\frac{1}{m}$ de la parte de esta suma, es decir:

$$D = \frac{(1+r)^{m-1}}{rm}.$$

[19] Véase E. Domar. *Essays in the Theory of Economic Growth.* Más tarde el autor suprime esta premisa y considera la modificación de sus fórmulas y conclusiones teniendo en cuenta las variaciones en los precios.

Su parte en las inversiones globales del año en curso: $G = (1 + r)^m$, se expresará mediante la siguiente fórmula:

$$\frac{D}{G} = \frac{1 - \frac{1}{(1+r)}}{rm}.$$

2.—La parte del desgaste real en las inversiones globales se expresa de un modo mucho más simple, y la fórmula a base de un razonamiento muy sencillo: si las inversiones de hace m años eran de 1, al cabo de esos m años los fondos básicos en los que han encarnado deben sustituirse, ya que m años corresponden a la duración de su funcionamiento. La magnitud de las inversiones en el año m con un ritmo de crecimiento igual a r es igual a $(1 + r)^m$. Por consiguiente, la parte de las inversiones que debe compensar el desgaste real del equipo será:

$$\frac{R}{G} = \frac{1}{(1+r)^m}.$$

3.—A base de estas dos fórmulas, Domar obtiene una tercera, que se caracteriza por la correlación entre la magnitud de la sustitución real (desgaste) y la magnitud de la amortización:

$$\frac{R}{D} = \frac{rm}{(1+r)^{m-1}}.$$

Estas tres fórmulas constatan que la parte de la amortización y la del desgaste en las inversiones, así como la correlación entre el desgaste y la amortización, son todas ellas función de r y m, o del producto rm, es decir: de los ritmos de crecimiento de las inversiones multiplicado por la duración del funcionamiento del capital en activo. Si suponemos que m es constante, entonces aparece con toda claridad la dependencia de los tres índices de los ritmos de crecimiento: cuanto más elevado sea el ritmo de crecimiento, menor es la parte de amortización y desgaste en las inversiones (con la particularidad de que la última se reduce más de prisa que la primera), y menor será también la parte del desgaste en la amortización.

De aquí se desprende una conclusión de mucha importancia: al elevarse el ritmo de crecimiento, aparecen en

la propia amortización fuentes considerables para la reproducción ampliada.

Domar hace en su trabajo el siguiente cálculo hipotético que muestra la parte de la amortización $\left(\frac{D}{G}\right)$ y del desgaste $\left(\frac{R}{G}\right)$ en las inversiones, y la relación entre el desgaste y la amortización $\left(\frac{R}{D}\right)$ para diferentes valores de *rm*:

rm	Porcentajes		
	D/G	*R/G*	*R/D*
0,1	95	91	95
0,2	91	82	90
0,3	86	74	86
0,4	82	67	81
0,5	79	61	77
1,0	63	37	58
1,5	52	22	43
2,0	43	14	31
2,5	37	8	22
3,0	32	5	16
3,5	28	3	11

El cuadro muestra claramente que al elevarse el valor de *rm*, la parte de la amortización y la del desgaste en las inversiones disminuyen rápidamente, y la del desgaste con particular rapidez, lo que conduce a la caída de la parte del desgaste en la amortización. Domar supone que para los EE.UU. el valor *rm* es aproximadamente igual a 1 (3% de ritmo de crecimiento multiplicado por 30 años que es el plazo medio de funcionamiento de los capitales activos). Del cuadro anterior se deduce que, en este caso, la parte de la amortización en las inversiones se eleva al 63%; pero para la reposición real sólo se requiere el 37%, y el resto sirve de hecho a los fines de la reproducción ampliada.

Naturalmente, este cálculo está hecho a base de un gran número de suposiciones simplificadas, y no pretende

reflejar la realidad tan compleja. Lo que particulariza el proceso real de la acumulación es, sobre todo, el alza de los precios. Estudiando después la influencia que el aumento de los precios ejerce sobre la indicada correlación, Domar llega a la conclusión de que este aumento hace elevarse la parte del desgaste en las inversiones corrientes, y reduce el posible desfase entre el desgaste y la amortización[20]. Por otra parte, los ritmos de crecimiento de los capitales activos no son constantes. La dificultad que ya supone el calcular el plazo medio de duración de servicio del capital para el país en su conjunto, se acrecienta más aún porque dichos plazos, para los diversos tipos de capital activo, no permanecen constantes a consecuencia del envejecimiento moral, etc.

Otra gran complicación en los cálculos de Domar son los plazos de 30 años que se toman como duración media del servicio de los fondos básicos. Los economistas soviéticos Y. Kvashá y V. Krasovski, en su artículo *Obras básicas y el problema de la reposición*, prestan atención a este importante detalle. Subrayan que la adopción de este tipo de largos plazos de duración de servicio de los fondos fijos implica inevitablemente enormes gastos de reparación del equipo en activo, lo que, lógicamente, ha de elevar los costes de reposición. En dicho artículo se subraya que «si no se tienen en cuenta los gastos de reparación general —cosa que, en general, es admisible— habrá que partir de un plazo mucho más breve de duración de servicio de los medios de trabajo. Pero entonces, la parte de gastos de reposición en las inversiones se eleva sensiblemente»[21].

Los autores de ese mismo artículo señalan otro importante factor que es preciso tener en cuenta al calcular la tasa de reposición del desgaste real en las inversiones globales. Se trata de un fenómeno conocido por eco de las inversiones. «El eco de las inversiones» está ligado a la desigualdad del ritmo de crecimiento de las diversas ramas

[20] El autor considera que en las condiciones de sus supuestos (tasa de las inversiones igual a 3%, duración de 30 años de funcionamiento de los capitales activos), la amortización y el desgaste serán iguales para un aumento de los precios del 4% anual.

[21] *Voprosy Económiki*, 1964, № 11, pág. 15.

cuando la brusca desaceleración de este ritmo puede ocasionar cambios sustanciales en la estructura de edad de los fondos fijos y un aumento de la parte del equipo desgastado, o bien a otros factores exteriores cualesquiera; por ejemplo: cuando el proceso normal de remplazamiento del equipo envejecido se altera por circunstancias excepcionales (guerras, prohibiciones administrativas). En tales casos, la necesidad de renovar el equipo envejecido, mantenido durante largo tiempo gracias a las reparaciones, surge de improviso como si fuera el «eco» de un fenómeno más lejano, y la parte de la reposición en las inversiones se eleva bruscamente.

De este modo la realidad presenta una serie de complicadas exigencias a cálculos basados en premisas más simples como son las fórmulas de Domar. No obstante, estas fórmulas, con todas las correcciones que el proceso económico real introduce en las indicadas correlaciones, pueden servir de base para abordar el estudio de las correlaciones reales internas que caracterizan la dependencia de la amortización y el desgaste respecto a los ritmos de la reproducción ampliada.

El desfase señalado entre la magnitud de la amortización y la del desgaste real tiene su base en los cambios de estructura de la reserva de capital por influjo de su ritmo de incremento. Cuanto más elevado sea el ritmo del crecimiento, más rápidamente se elevará el peso específico de los nuevos medios de producción en el volumen general de la reserva de capital y más baja será la parte de los viejos medios de producción que precisan ser repuestos. Por el contrario, un ritmo bajo de crecimiento traerá consigo la elevación relativamente más rápida de la parte, en el total del capital de reserva, de los medios de producción que han de ser retirados y repuestos y, por consiguiente, el aumento de la parte de las inversiones que sólo compensan el desgaste.

El comprender la independencia que guardan entre sí el ritmo de crecimiento y el desgaste real ayuda a esclarecer también una de las causas de las diferencias de eficiencia de la acumulación en los diversos países capitalistas desarrollados. Esta diferencia es extraordinaria como lo prueban los datos siguientes, relativos a la magnitud

de la acumulación global por unidad de incremento de la renta nacional (relación entre la tasa de acumulación global y el ritmo medio anual de crecimiento). En el período comprendido entre 1949-1959, la correlación calculada sobre la base de precios estables, y eliminando las fluctuaciones cíclicas, era la siguiente: 3,3 para la RFA; 3,7 para Italia; 4,6 para Francia; 6,7 para Inglaterra; 5,5 para los EE.UU., y 2,5 para el Japón, este último calculado a base de los precios corrientes y sin eliminar las fluctuaciones cíclicas[22].

Así pues, en un polo están el Japón y la RFA, países con la más baja correlación entre los gastos capitales y los ritmos de crecimiento, y en el otro polo, Inglaterra y los EE.UU., en los que esta correlación fue mucho más elevada. A esta diferenciación contribuyen muchos factores: ritmos distintos de aumento del empleo, diferencias en las estructuras de las inversiones tecnológicas y de diferentes ramas, grados diversos de utilización del potencial de producción y de asimilación del progreso técnico, y otros factores similares de tipo técnico-económico[23]. Pero no es menos importante, y a nuestro juicio decisiva, la influencia que ejercen en esta correlación las diferencias en el volumen de compensación real de los fondos en especie retirados, según los distintos ritmos de crecimiento. Cuanto mayor sea la parte de las inversiones globales destinada a compensar el desgaste real de fondos fijos, tanto menor será la parte que representa la acumulación neta que constituye la base de la expansión de la producción, y, por consiguiente, mayor será la inversión total necesaria para cada unidad de incremento de la producción.

Como es sabido, en los países capitalistas los ritmos de crecimiento económico en el período de posguerra variaron muchísimo. Durante el mismo período de 1949-1959, para el que está calculado el coeficiente de capital, los ritmos medios anuales de crecimiento del producto global

---

[22] *Economic Survey of Europe in 1961, Some Factors of Economic Growth in Europe during the 1950's.*, Geneva, 1964, Part 2, p. 17.

[23] Véase *Nuevos fenómenos de la acumulación del capital en los países imperialistas*, M., 1967, págs. 270-285.

interno (en precios fijos y con eliminación de las fluctuaciones cíclicas) constituyeron respectivamente: el 7,4% para RFA; el 5,9% para Italia; el 4,5% para Francia; el 2,4% para Inglaterra; el 3,3% para los EE.UU., y el 9,5% para el Japón[24].

Partiendo de lo dicho anteriormente se puede suponer que la parte de reposición real en las inversiones globales también varió mucho. Una de las fórmulas de Domar, la que muestra la dependencia entre la parte de reposición real en las inversiones de los ritmos de crecimiento y la duración media de funcionamiento de los capitales en activo: $\frac{R}{G} = \frac{1}{(1+r)^m}$, puede servir para hacerse una idea, aunque sólo sea aproximada, del grado de estas diferencias. Si como valor de r (ritmo de crecimiento) tomamos los ritmos medios anuales, y como término medio de vida de los fondos fijos el de 30 años, como hace Domar, para los citados países capitalistas, obtendremos las siguientes cifras, que expresan la parte real de la compensación en las inversiones globales, según los ritmos de crecimiento: para la RFA, el 13,2%; para Francia, el 31,0%; para los EE.UU., el 41,5%; para Italia, el 17,4%; para Inglaterra, el 55,4%, y para el Japón, el 7,8%. Estas cifras demuestran cuán grande es la diferencia de las partes de compensación real según se trate de ritmos altos o de ritmos bajos de crecimiento: con un 2 ó un 3% de aumento, van para la compensación hasta la mitad de las inversiones globales; con un 4% de aumento va la tercera parte, y con 9%, esta parte desciende hasta un 8%.

Si tomamos otros plazos de funcionamiento de los fondos fijos, por ejemplo, 10 años, obtendremos otras cifras absolutas; pero las diferencias relativas entre ellas, que en este caso son precisamente las que nos interesan, seguirán siendo las mismas.

Si ahora corregimos los datos obtenidos sobre el coeficiente del capital global, tendremos los índices convencionales del coeficiente del capital neto, que define la

---

[24] *Economic Survey of Europe in 1961*, p. 11; *Yearbook of National Accounts Statistics, 1960*, U.J., 1961, p. 135.

magnitud de la acumulación neta necesaria para alcanzar el 1% de incremento de la renta nacional:

RFA — 2,9; Francia — 3,2; EE.UU.— 3,2;
Italia — 3,1; Inglaterra — 3,0; Japón — 2,3;

Como era de esperar, este género de correcciones reduce bruscamente la diferencia del coeficiente del capital entre países con ritmo de crecimiento distinto. En todos los países, excepto el Japón, este ritmo se aproxima al 3%.

Ni que decir tiene que estos cálculos no pretenden definir con exactitud la parte de las inversiones que debe compensar el desgaste real, ni el nivel efectivo del coeficiente del capital neto. Lo que demuestran es el orden posible de diferencia respecto a los ritmos de crecimiento, con las demás condiciones iguales. Para obtener índices más reales, es preciso estudiar y valorar toda otra serie de factores. No obstante, los modelos abstractos que definen la relación del ritmo de crecimiento con la estructura de reproducción de las inversiones pueden desempeñar en esta investigación cierto papel de valor cognoscitivo.

Capítulo III

EQUILIBRIO DINAMICO Y EL PROBLEMA DEL CICLO ECONOMICO

Los teóricos keynesistas basan el estudio de los problemas de la inestabilidad económica, de las desviaciones del crecimiento real de la llamada línea del equilibrio dinámico, que dan lugar a las oscilaciones cíclicas respecto a esta línea, en el análisis de condiciones que garanticen un ritmo de crecimiento estable y constante.

El problema de los ciclos y de las crisis es en la economía política burguesa muy anterior a Keynes, pero era algo así como un hijo ilegítimo, sin arraigo en las teorías que constituían su fundamento. La mayoría de los economistas anteriores a Keynes partían de la ley de los mercados de Say, según la cual en la economía capitalista la desarmonía entre la demanda y la oferta sólo puede ser casual y esporádica. El mecanismo de los precios, en las condiciones de libre concurrencia y ausencia de intervención del Estado, debe restablecer el equilibrio. Estos economistas consideraban que dicho mecanismo abarca tres mercados: el de mercancías, el del trabajo y el de recursos monetarios. En el mercado de mercancías, el equilibrio

se restablece mediante la elevación o disminución de los precios, manteniendo invariable la cantidad de dinero en circulación. Si los precios no bajan, en caso de aumento de oferta de mercancías el equilibrio puede restablecerse mediante el correspondiente aumento de la oferta de dinero.

En caso de que la correlación entre el consumo y el ahorro varíe, y de que aumente la parte del ahorro, su transformación en inversiones no tropieza con obstáculo por cuanto que el tipo de interés se reduce. Un tipo más bajo de interés, por un lado reducirá el ahorro, y por otro, elevará la tendencia a invertir capitales, de forma que, en fin de cuentas, la demanda y la oferta se nivelan.

Según ellos, debe operarse el mismo proceso de nivelación automática en el mercado de trabajo. Si la producción se incrementa con más rapidez que la oferta de mano de obra, ello se traduce en un aumento de los salarios. Pero este aumento, de un lado frenará el ritmo de incremento de la producción y, de otro, estimulará la oferta de trabajo. En caso contrario, si la producción se reduce, surge el paro y los salarios reales disminuyen, lo que contraerá la oferta de trabajo y elevará la demanda, y así, en definitiva, el pleno empleo quedará restablecido.

Las teorías burguesas prekeynesistas sobre la crisis se desarrollaron principalmente como teorías de los choques exteriores, a los que la economía responde en forma de oscilaciones, a causa del retraso con que se manifiestan algunas de sus reacciones. Se veían estos choques exteriores en el sistema crediticio-monetario, en la sicología patronal, en las particularidades del progreso técnico, en la «fiebre de innovación» de Schumpeter, etc. Estas teorías describían, por regla general, las causas parciales o secundarias de la crisis, omitiendo totalmente las contradicciones propias del crecimiento capitalista.

Muchos economistas burgueses reconocen hoy que los ciclos, como forma de movimiento de la producción capitalista, fueron analizados por vez primera y en toda su profundidad por Marx. Así, el economista americano H. Sherman señaló que Carlos Marx fue el primero «en describir el ciclo económico como mecanismo interno del crecimiento capitalista, en refutar la ley de Say y en antici-

par los elementos de todas las teorías que posteriormente adquirieron tanta popularidad»[1].

La crisis de los años 1929-1932, la más grande que el capitalismo ha conocido, indujo a los economistas a redoblar su atención hacia el problema de los ciclos. Los economistas burgueses que se interesaban por las particularidades tecnoeconómicas del proceso de acumulación del capital como base material del ciclo, dieron serios pasos en el estudio de su mecanismo. Fue Keynes, sin embargo, el que desbrozó el camino a la elaboración de la teoría de los ciclos económicos y de las crisis, que había de integrarse en la teoría general del funcionamiento y expansión de la economía capitalista en su conjunto y explicar la inestabilidad de su crecimiento como proceso generado por sus propias leyes internas.

Keynes ponía en duda la acción del mecanismo automático en los tres mercados a que anteriormente hemos aludido. En primer término, dudaba de la existencia, en las condiciones del capital monopolista, del movimiento libre de los precios en el sentido de su reducción. (Aunque no empleó ese término, para Keynes se trataba, justamente, del capitalismo monopolista, y no de la abstracción inexistente de la perfecta concurrencia). La experiencia demostró que, en tales condiciones, los precios no descienden ni aún cuando el salario y los costos de producción se reducen.

En segundo lugar, Keynes demostró que no es posible reducir ilimitadamente el tipo de interés para estimular las inversiones. Esta reducción tiene sus límites, pasados los cuales los detentores de ahorros prefieren no prestar sus economías y conservarlas en forma de medios líquidos para asegurarse contra cualquier complicación imprevista. Keynes llamaba a este límite «el anzuelo de la liquidez».

En tercer lugar, Keynes puso en tela de juicio la posibilidad de reducir el salario nominal, dada la influencia creciente de los sindicatos obreros en la defensa de los intereses económicos de la clase obrera.

Así pues, Keynes demostró que el mecanismo de nivelación automática de la demanda y la oferta descrito por

[1] H. Sherman. *Macrodynamic Economics. Growth, Employment and Prices*, New York, 1964, p. 61.

los neokeynesistas es una utopía. A su juicio, era preciso buscar otras leyes que rigen, sobre todo, el movimiento de la demanda ya que, en definitiva, es de éste del que ha de depender la dinámica de la propia producción.

En *Teoría general del empleo, el interés y el dinero*, de Keynes, no aparece como tal el problema del ciclo[2]. Lo único que hay son opiniones sobre las causas de las crisis, causas que él veía en la disminución de la cuota de ganancia prevista («eficacia máxima de las inversiones»), a consecuencia del rendimiento decreciente de las inversiones a medida que aumenta la masa de capital en activo, agravado por el pánico repentino, el pesimismo, la pérdida de confianza en el futuro, etc. En otros términos: la crisis, según Keynes, se produce por el descenso de la cuota de ganancia agravado por circunstancias sicológicas.

¿Qué aportaron de nuevo los neokeynesistas al análisis de este problema? En primer lugar, trasladaron el centro de gravedad de la investigación científica, del problema de la crisis como tal, a otro más amplio del ciclo en general, lo que estaba ligado al reconocimiento de que la crisis es un fenómeno inevitable del desarrollo de la economía capitalista; de que el peligro que acecha al capitalismo no es sólo las crisis sino también el caldeamiento excesivo de la coyuntura, que trae consigo inevitablemente las tendencias inflacionistas que preparan el terreno a las crisis.

Para los teóricos del crecimiento económico, las crisis no son fortuitas, ni la consecuencia de errores de la política económica o de dificultades de carácter monetario. Opinan que las fluctuaciones cíclicas son inherentes a la producción capitalista. A. Hansen escribe: «El análisis moderno revela que, mientras la economía permanezca dinámica, mientras las exigencias del crecimiento y del progreso reclamen grandes gastos en inversiones, actuarán poderosas fuerzas que dan lugar a las fluctuaciones cícli-

[2] El economista americano L. Metzler indicó a este propósito: «No es sorprendente que su contribución a la teoría de las fluctuaciones industriales estuviera más en el estímulo que dio a otros economistas que en sus propios trabajos» (*The New Economics*, ed. by S. Harris, New York, 1947, p. 437).

cas. No puede por ello considerarse el ciclo como un estado patológico. Es inherente a la economía dinámica moderna»[3].

En segundo lugar, los neokeynesistas intentaron ligar la concepción del ciclo a las teorías de las fluctuaciones prolongadas (*trends*) del desarrollo de la economía capitalista, que determinan la duración y profundidad de las diferentes fases del ciclo en las diversas condiciones históricas.

En tercero, distingue a los neokeynesistas el esfuerzo por buscar las causas de la inestabilidad y de las oscilaciones cíclicas en el modo en que se establecen los vínculos de la reproducción y no en las perturbaciones exteriores del sistema económico o en la modificación de los precios.

Para los teóricos neokeynesistas, el principal problema es el de las variaciones de la demanda efectiva que determinan el movimiento de la producción real y su desviación del nivel potencialmente posible. Asignan una significación particular a los llamados conmutadores del sistema económico, que condicionan el «punto de viraje» dando lugar a un proceso de colapso o, por el contrario, de crecimiento desmesurado. Así, los teóricos del crecimiento abordaron el análisis de las leyes esenciales del modo de producción capitalista generadas por el mecanismo del ciclo económico, y en una serie de casos constataron algunas de las contradicciones internas de la producción capitalista. La mayoría de las veces, los elementos componentes de sus construcciones resultaron enlazados superficialmente, de manera formal. Con frecuencia, los efectos exteriores de los modelos que ilustran el proceso de fluctuación son así, no por estar basados en las interconexiones que caracterizan las contradicciones internas de la producción capitalista sino simplemente porque se fundan en las reacciones económicos retardadas. (Todo modelo basado en ese retraso genera inevitablemente fluctuaciones)[4].

[3] A. Hansen. *Los ciclos económicos y la renta nacional*, pág. 607.

[4] Este hecho es particularmente subrayado en el trabajo de V. Shliapentoj (*Econométrica y problemas del crecimiento económico*, M., 1966, págs. 87-88).

En cuarto, distingue a los neokeynesistas el interés que muestran por los problemas de la política estatal anticíclica, orientada a atenuar las fluctuaciones cíclicas, política que hay que modificar de acuerdo con las fases del ciclo.

1. CONCEPCIONES BASADAS EN LA INTERACCION DEL MULTIPLICADOR-ACELERADOR

Al desarrollo de la teoría neokeynesista del ciclo se vinculan nombres de economistas tan destacados como R. Harrod, P. Samuelson, J. Hicks, L. Metzler y A. Hansen. Esta se basa en la interacción del acelerador y el multiplicador, que en las condiciones de limitación de los recursos productivos y monetarios de la sociedad, da lugar a un proceso de oscilación. Esta concepción del ciclo comenzó a cristalizar ya antes de la segunda guerra mundial. A ella se consagró el libro de R. Harrod *Ciclo comercial* publicado en 1936. El año 1939 apareció el artículo de P. Samuelson *Relación entre el multiplicador y el principio de aceleración*, que ofrecía diversas variantes de la acción recíproca del multiplicador y el acelerador, y que se convirtió en una especie de obra clásica de la economía política burguesa. Después de la guerra, dicha concepción adquiere una mayor elaboración en el trabajo de J. Hicks *Desarrollo de la teoría del ciclo comercial* (1950), que tiene su expresión más acabada en el libro de A. Hansen *Ciclos económicos y renta nacional* (1958), completado con un nuevo capítulo en la edición de 1965. Veamos lo que es, en esencia, la teoría del ciclo.

La concepción del multiplicador que elaboró Keynes, aplicada a la renta nacional, liga el incremento de ésta al incremento de las inversiones. El desarrollo del proceso de multiplicación presupone la existencia de mano de obra libre y un potencial de producción ocioso. Consiste, en esencia, este proceso, en que la suma invertida inicialmente se convierte en ingresos iniciales; acto seguido, una parte de esos ingresos se gasta, convirtiéndose en segundos, luego en terceros ingresos, y así sucesivamente. Paralelamente se elevan el empleo y la producción. La duración del efecto

general del proceso de multiplicación, y la propia magnitud del multiplicador, dependen de la proporción en que el dinero se distribuye entre las partes destinadas al consumo y al ahorro. Cuanto mayor sea la parte del ingreso destinada al consumo, tanto mayores serán los ingresos producidos por la suma de dinero inicialmente invertida, y más prolongado será el proceso de multiplicación.

Al deducir la fórmula del multiplicador, Keynes subrayó la dependencia que éste guarda con la «máxima propensión al consumo», o con la parte destinada al consumo en el incremento de la renta nacional. El multiplicador se define como $\frac{1}{1-r}$, donde r es la parte del consumo en el incremento de los ingresos. Cuanto mas alto sea r, mayor será la magnitud del multiplicador. Y al contrario: la disminución de la parte destinada al consumo reducirá la duración del proceso de multiplicación, disminuirá el multiplicador, y el incremento de la renta nacional será menor.

Hay que prestar a esto mucha atención. La concepción del multiplicador de Keynes no sólo pone de relieve la dependencia que existe entre el aumento de las inversiones y el crecimiento de la renta nacional. Esta dependencia es tan evidente que no necesita ser demostrada. El sentido concreto de esta concepción radica, sobre todo, en que define esta dependencia como magnitud constante determinada por la estabilidad de la parte de la renta nacional destinada al consumo. El efecto de la influencia del incremento de las inversiones sobre el de la renta nacional aparece aquí vinculado al consumo.

La función del consumo y la teoría del multiplicador que se une a ella, se consideran por los keynesistas modernos como una importante aportación de Keynes a la teoría contemporánea del ciclo dinámico. A este propósito, A. Hansen escribe: «Crea que todo el que se tome la molestia de releer la literatura anterior (hasta el año 1936), completando donde sea necesario los conceptos insuficientes sobre el multiplicador y la función del consumo, no podrá por menos de ver como muchos puntos oscuros se aclaran a la luz de estos nuevos instrumentos de investi-

gación. La teoría inversionista de las fluctuaciones de la renta sólo pudo descubrir a medias el fondo de la cuestión mientras faltó el concepto de la función del consumo y el análisis mediante el multiplicador. Es en esta esfera donde Keynes hizo su mayor aportación, no sólo a la teoría general de los factores de la renta sino también al análisis del ciclo económico»[5].

Los teóricos neokeynesistas completaron la concepción del multiplicador con otra llamada del acelerador. Si el multiplicador expresa la influencia final de las inversiones sobre la renta nacional, el acelerador define la relación inversa entre la renta nacional y las inversiones: demuestra en cuántas veces deben aumentar las inversiones partiendo de un ritmo dado de crecimiento de la renta nacional, con la salvedad de que el desenvolvimiento total del proceso acelerador requiere otras condiciones que el proceso multiplicador. El crecimiento de la renta nacional exigirá ampliar la potencia productiva y, por lo tanto, nuevas inversiones en circunstancias de empleo completo o casi completo del potencial de producción disponible. A su vez, el descenso, o incluso la desaceleración del ritmo de crecimiento de la renta nacional, traerán consigo la caída de la tasa de inversión, e incluso la desinversión. «Es fácil darse cuenta —escribe P. Samuelson— de que en el principio de la aceleración tenemos un poderoso factor de inestabilidad económica. Si la venta de las mercancías industriales sube y baja, el principio de la aceleración puede intensificar esas fluctuaciones. En los momentos de auge, da un impulso a las inversiones netas; en los de descenso, empuja con igual fuerza a la *desinversión neta*»[6].

La fusión de estas dos concepciones —del multiplicador y del acelerador—, que caracteriza el movimiento de la producción capitalista en forma de acción recíproca entre las inversiones y la renta nacional, ha servido de base para elaborar la teoría neokeynesista del ciclo económico. En esta teoría tiene mucha importancia la clasificación de las inversiones en autónomas y derivadas. Se trata de que en el modelo del multiplicador-acele-

[5] A. Hansen. *Los ciclos económicos y la renta nacional*, pág. 602.
[6] P. Samuelson. *Economía*, pág. 300.

rador participa únicamente el tipo de inversiones vinculadas a la ampliación del consumo que resulta del incremento de la renta nacional, las llamadas inversiones derivadas. Pero hay en el proceso de crecimiento económico toda una serie de factores que exigen inversiones, independientemente del movimiento del consumo o de la renta nacional. Estos son: el progreso técnico y las transformaciones técnicas que trae consigo, y que requieren nuevas inversiones; el aumento de la población, la política estatal y otros factores de carácter autónomo.

Por tal razón, los teóricos keynesistas introducen el concepto de inversiones autónomas. Separar estadísticamente estos dos tipos de inversiones es, desde luego, prácticamente imposible. Sin embargo, como instrumento de análisis teórico, la concepción de los dos tipos de inversiones arroja luz sobre el carácter relativamente independiente de la fabricación de medios de producción respecto al movimiento de la demanda solvente, y sobre los límites de esta discordancia en las diversas fases y en condiciones históricas distintas.

Pasemos a examinar más en detalle la acción del modelo neokeynesista del ciclo tal y como se expone en el trabajo de A. H. Hansen *Los ciclos económicos y la renta nacional*.

En la teoría de Hansen, la primera causa del crecimiento de la producción, su fuerza motriz, es el progreso técnico, que al revolucionar la producción, al dar pie al surgimiento de nuevas ramas de la economía, exige nuevas inversiones de capital, inversiones autónomas. Cada porción de las inversiones autónomas lleva al despliegue del proceso multiplicador-acelerador: las inversiones producen ingresos cuya suma es tanto más elevada cuanto mayor sea la parte gastada de los ingresos (propensión al consumo); el aumento de ingresos incita a realizar inversiones derivadas, las cuales elevan aún más la renta nacional mientras que no se agote la acción del multiplicador-acelerador. Se desencadena un ascenso acumulativo autosostenido, cuyo impulso inicial corresponde a las inversiones autónomas.

A juicio de Hansen, el progreso técnico no sólo ocasiona inversiones autónomas sino que determina el nivel del coeficiente de capital, el acelerador. Por eso, la intensi-

dad y duración del proceso de crecimiento se determina exclusivamente por el carácter del progreso técnico. Hansen subraya particularmente este hecho. «Sería erróneo pensar que puede estudiarse la naturaleza interna del sistema endógeno aisladamente, sin relación con los procesos espontáneos exteriores»[7].

El proceso de crecimiento generado por factores externos (progreso técnico) y el proceso acumulativo derivado pueden ser suficientes o insuficientes para utilizar los recursos disponibles de crecimiento del empleo. «Si este complejo y entrelazado proceso de crecimiento es o no suficiente para absorver todo el incremento de mano de obra, y alcanzar así el crecimiento potencial total de la renta nacional, ello dependerá: a) de la magnitud de las oportunidades de inversiones autónomas que haya abierto la fiebre de innovación; b) de la propensión máxima al consumo, determinante del valor del multiplicador; c) del coeficiente de aceleración. Este último no se da de una vez para siempre sino que varía con los cambios de la técnica»[8].

¿Qué es lo que, según la concepción de Hansen, condiciona el «punto de viraje», es decir, la interrupción del proceso de crecimiento, el agotamiento del boom y el viraje hacia abajo? Las causas son de distinto género. Unas determinan el agotamiento gradual de las inversiones autónomas, al menos en tanto que el progreso técnico no abra de nuevo la posibilidad de hacer inversiones rentables: la reducción de la cuota de ganancia prevista (de la eficacia máxima de las inversiones) a medida que éstas aumentan; el alza de precios de los bienes capitales, y, finalmente, la elevación del interés. La acción conjunta de estas causas lleva al agotamiento de las inversiones autónomas. Un segundo grupo de causas proviene del debilitamiento del «proceso de superacumulación», anteriormente descrito, por la acción del multiplicador y el acelerador. «Así —escribe Hansen— hay dos razones para la interrupción del proceso de expansión (dejando

[7] A. Hansen. *Toward a Dynamic Theory of the Cycle.—American Economic Review*, May 1952, p. 81.
[8] Ibid.

aparte el descenso que se produce al haberse alcanzado el tope del pleno empleo): 1) la propensión máxima al ahorro interrumpiría la expansión, incluso aunque el volumen de inversiones autónomas no se redujera, y 2) el volumen de las inversiones autónomas disminuirá en razón del descenso de la eficacia máxima de las inversiones»[9].

La duración e intensidad del auge se determinan en última instancia, según el concepto de Hansen, por el volumen y la intensidad de las inversiones autónomas, sobre cuya base se despliegan todos los procesos productivos. «Cuando las inversiones autónomas se agotan, entonces se reducen también el consumo y las inversiones inducidas»[10]. El cese o desaparición de las razones del movimiento ascendente conduce a la disminución de las inversiones y al descenso.

El viraje hacia un nuevo descenso será también condicionado por causas automáticas. Gracias a que el consumo se contrae más lentamente que el ingreso, llega un momento en que el consumo comienza a rebasar al ingreso, lo que trae consigo un sensible agotamiento de las reservas y la consunción de los bienes capitales. Así surge el estimulante de las inversiones reconstructivas, y todo el proceso comienza a desplegarse en sentido inverso.

Hay en el mecanismo del ciclo descrito por Hansen importantes interconexiones cuantitativas que surgen en el proceso de reproducción. Su análisis reviste gran importancia para comprender como discurre el desarrollo cíclico. A nuestro juicio, las limitaciones e insuficiencias de esta teoría no están en las interconexiones que revela y describe Hansen sino en la manera de explicar su naturaleza, sus causas, en el modo de utilizarlas para explicar el ciclo en su conjunto. En este aspecto llama principalmente la atención la explicación que se da en el modelo de Hansen de la función del consumo. Esta función, como ya hemos indicado, juega un papel importante en la concepción general como factor general de inversiones derivadas. Al aflojar el aumento del consumo, se reduce paulatinamente la demanda de inversiones derivadas,

---

[9] A. Hansen. *Los ciclos económicos y la renta nacional*, pág. 249.
[10] Ibid., pág. 266.

y la acción ascendente del multiplicador-acelerador se agota gradualmente. ¿Por qué el consumo no se eleva a ritmos constantes a medida que se incrementa la renta nacional? La respuesta a esta cuestión es una respuesta de principios que requiere analizar las leyes que rigen el modo de producción capitalista.

Analizando el capitalismo de la libre concurrencia, Marx demostró que la tendencia del consumo a elevarse más lentamente que las posibilidades de producción, tiene su raíz en las leyes del modo de producción capitalista, en la limitación de los topes del consumo en los marcos del valor de la fuerza de trabajo. El capitalismo monopolista de Estado marca su huella en la acción de estas leyes cambiando sensiblemente la relación entre el aumento de la producción y el del consumo. Pero en la obra de Hansen este análisis social está totalmente ausente.

Constatando la existencia de una ligazón objetiva entre el aumento del consumo (o de la renta nacional) y el de las inversiones derivadas (principio de la demanda derivada), los teóricos keynesistas del ciclo ignoran, sin embargo, el hecho de que en las condiciones del capitalismo este vínculo no se establece de manera lisa y llana sino a través de las contradicciones entre la producción y el consumo. No es posible una reducción gradual de las inversiones derivadas por cuanto que este nexo se descubre de una manera violenta en forma de superacumulación de capital, de excesiva producción, y, en fin de cuentas, de crisis. No hay, por esta razón, un paso suave sino una ruptura, un desplome de la producción.

Hansen presenta también de un modo simplista las causas que concurren en la reducción de las inversiones autónomas, a las que, según su teoría, están sujetas la intensidad y la duración de la fase de auge. A su juicio, la reducción de estas inversiones se opera lentamente en razón de la disminución de la cuota de ganancia esperada, del agotamiento de las posibilidades de inversión y de factores de orden fortuito y espontáneo. En la realidad no hay tal suavidad, y no porque el nexo interno quede oculto por el conjunto de influencias exteriores. Por regla general, la reducción de las inversiones se produce ya como resultado de la crisis, de la desproporción que

se manifiesta entre la ampliación de las posibilidades de producción que origina la impetuosa actividad inversionista en el período del boom, y el crecimiento más lento del consumo final, determinado por la demanda solvente de las masas trabajadoras. Las investigaciones hechas ponen de relieve que en los períodos de auge no se producen descensos de la cuota de ganancia que frenen las nuevas inversiones dando lugar a un viraje hacia abajo. Al contrario, los capitalistas obtienen las ganancias más elevadas en los períodos del boom, en vísperas de la crisis. El desencadenamiento de la crisis trae consigo el descenso de la cuota de ganancia. Al mismo tiempo, es precisamente la crisis la que, a consecuencia de la desvalorización del capital, crea condiciones para que esta cuota de beneficio vuelva a elevarse.

Las crisis tienen su origen en la contradicción fundamental del capitalismo entre el carácter social de la producción y la forma privada de apropiación de sus resultados, que tiene su expresión en la contradicción entre la producción y el consumo, en la anarquía de la producción social, en la contradicción entre las condiciones de creación de plusvalía y las de su realización. No obstante, en la teoría del ciclo económico de los teóricos neokeynesistas estas condiciones no se analizan.

2. TEORIA DE LA INESTABILIDAD ECONOMICA DE HARROD

El rasgo esencial de la concepción neokeynesista del ciclo es el intento de ligar las fluctuaciones cíclicas a las tendencias duraderas, a los altos y bajos del desarrollo de la producción capitalista. El objeto de este entrelazamiento es dar una explicación teórica de lo que hay de específico en los diversos ciclos, sobre todo de las diferencias de profundidad y duración entre las fases de la crisis. Corresponde a R. Harrod este intento de ofrecer una teoría general de la inestabilidad económica basada en las leyes del crecimiento.

Harrod basa el análisis de las fluctuaciones pasajeras, o cíclicas, en la comparación de su ecuación axiomática

fundamental ($S=CG$), que expresa el ritmo de crecimiento efectivo, con la fórmula del equilibrio dinámico ($S=C_rG_w$). Como ya hemos demostrado, la primera ecuación se satisface en cualquier caso, independientemente de la fase del ciclo económico. En la segunda, para mantener un ritmo determinado de crecimiento se requiere el correspondiente nivel de inversiones por unidad de incremento de producción. Si el ritmo efectivo de crecimiento (G), razona Harrod, comienza a elevarse, suponiendo que S no aumente enseguida en la misma proporción, la magnitud C se reducirá. Resultará inferior a la magnitud normativa C_r, y el resultado será la escasez de mercancías básicas: materias primas, materiales y utillaje, lo que es motivo estimulante para una elevación aún mayor del ritmo efectivo de crecimiento. Con ello, la economía tendrá más a desviarse de la línea estable de desarrollo. Los mismos fenómenos, pero de naturaleza contraria, se producirán, según Harrod, en el caso de una disminución del ritmo efectivo de crecimiento inferior al garantizado «En torno a la línea de desarrollo que, de mantenerse, es la única que da satisfacción, actúan fuerzas centrífugas que obligan al sistema a apartarse cada vez más de la línea de desarrollo requerida»[11]. Esa es la conclusión a que llega Harrod.

Este subraya, además, que el ritmo de crecimiento se establece como resultado de tanteos y errores de multitud de personas, y que sólo casualmente coincide con el nivel del ritmo de crecimiento garantizado. Y cada desviación de la línea de equilibrio dinámico lleva en sí el germen de otras aún mayores. «En la esfera de la dinámica, escribe Harrod, tenemos condiciones opuestas a aquellas en que nos apoyábamos en el terreno estático. El desequilibrio, en lugar de atenuarse por sí solo, se acentúa»[12].

Esta conclusión mina por sí misma la tesis principal de la vieja economía política vulgar, que presentaba el mecanismo capitalista de la producción como algo que

---

[11] R. Harrod. *Acerca de la teoría de la dinámica económica*, pág. 126.

[12] R. Harrod. *Economic Essays*, London, 1939 p. 264.

se regulaba por sí solo, y en el que los desequilibrios generaban inmediatamente las fuerzas que restablecen el equilibrio; pero, de todos modos, la teoría de Harrod no aporta mucho de nuevo para comprender las propias causas del desequilibrio.

Según el criterio de Harrod, la modificación del ritmo de crecimiento que da lugar a desviaciones cumulativas en uno u otro sentido, puede ser ocasionada por motivos puramente casuales; por ejemplo: el desarrollo desigual de diversas ramas producido por fluctuaciones temporales de la producción, o por errores en la fijación del ritmo de crecimiento. La teoría de Harrod no responde a la cuestión de por qué se interrumpe el proceso de expansión, o por qué cesa la crisis y se inicia de nuevo un auge.

De esta teoría se desprende que el límite cumulativo del auge lo constituyen la oferta de mano de obra disponible y las condiciones técnicas de producción que determinan el ritmo de crecimiento natural. A su vez, también el descenso de producción originado por la crisis puede detenerse por cualquier causa fortuita; por ejemplo: un nuevo invento, un gran proyecto de obras que presentan demanda de inversiones y que restablecen temporalmente el ritmo garantizado y efectivo de crecimiento, hasta que otra nueva circunstancia casual vuelva a provocar la disparidad entre ambos.

Harrod opina que para analizar la naturaleza de las fluctuaciones cíclicas y la duración de las diversas fases del ciclo tiene mucha importancia, no sólo la relación entre el ritmo de crecimiento efectivo y el garantizado (entre G y G_w), sino también la que guarda el ritmo garantizado de crecimiento con el natural (entre G_w y G_n).

Ritmo natural de crecimiento es el que permiten el crecimiento de la población con su correspondiente oferta de mano de obra y las condiciones técnicas de producción. Si el ritmo garantizado expresa la línea de «equilibrio de las empresas», y no excluye «el paro forzoso», el ritmo natural presupone el pleno empleo de los recursos productivos y también de los humanos. Las fluctuaciones de G_w respecto de G_n expresarán una situación de excedente crónico de mano de obra (si $G_w < G_n$), o, al contrario, la penuria crónica (si $G_w > G_n$). Si el ritmo efectivo

de crecimiento supera al garantizado, en caso de que $G_w < G_n$ puede G sobrepasar a G_w durante largos períodos de tiempo, ya que su frontera superior, determinada por las condiciones básicas, es G_n. Como dice Harrod, en estas condiciones «no hay, por consiguiente, ninguna razón que impida a la economía utilizar la reiterada tendencia hacia una nueva situación de boom»[13].

Si el ritmo efectivo rebasa al garantizado en condiciones en que el último sobrepasa al ritmo de crecimiento natural (cuando $G_w > G_n$), en tal caso esta superación puede ser muy breve. Predominará la tendencia a la disminución del ritmo efectivo por debajo del garantizado; predominará el estado de depresión de la economía.

En la teoría de Harrod, la noción de «ritmo natural de crecimiento» no sólo sirve de frontera superior e inferior del ascenso o descenso de la producción. La disparidad entre los ritmos de crecimiento natural y garantizado se producen, a su modo de ver, por la aparición de tendencias prolongadas al ascenso o descenso en el desenvolvimiento de la producción capitalista. Y él plantea la siguiente cuestión: ¿Cuenta la sociedad capitalista con fuerzas capaces de armonizar de manera automática los ritmos garantizado y natural de crecimiento, es decir: con fuerzas para mantener automáticamente el equilibrio dinámico conforme a las exigencias de las condiciones básicas? Como el fundamental parámetro del ritmo de crecimiento que depende de la voluntad del hombre es el ahorro, la investigación de esta cuestión se reduce al estudio de la dinámica del ahorro. ¿Existen factores que estimulen de modo automático la cuantía del ahorro correspondiente a las magnitudes del ahorro impuestas por las condiciones de crecimiento equilibrado?

Los economistas del siglo XIX respondieron afirmativamente a esta cuestión. Pensaban éstos que el tipo de interés es el mecanismo que establece automáticamente la correspondencia entre la demanda y la oferta de ahorro. Harrod rechaza esta tesis afirmando que no hay estímulos que establezcan automáticamente tal correspondencia.

---

[13] R. Harrod, *Acerca de la teoría de la dinámica económica*, pág. 128.

El considera que hay tres tipos de ahorro: el que se requiere a lo largo de toda la vida para hacer frente a las necesidades corrientes, el ahorro para los herederos y el de las corporaciones. Cuando estudia cómo influye la reducción del tipo de interés sobre la magnitud del ahorro, Harrod llega a la conclusión de que la influencia del interés sobre la suma total del ahorro es indefinible. Por lo visto, el ahorro de las corporaciones aumenta a medida que se reduce el tipo de interés, mientras que los ahorros para las necesidades corrientes disminuyen probablemente, quedando incógnito el efecto que ejerce sobre el ahorro para los herederos[14].

Por consiguiente, Harrod no puede establecer la relación directa entre las variaciones del interés y el aumento del ingreso de un lado, y la magnitud del ahorro de otro. Esto quiere decir que, durante un período amplio de tiempo, los ahorros efectivos pueden no concordar con los que se necesitan para la utilización óptima de los recursos disponibles y que el ritmo garantizado no coincidirá con el natural, y que no existe ningún género de regulador automático que incite a que el equilibrio se restablezca. Partiendo de esto, Harrod considera que en la relación entre los ritmos garantizado y natural de crecimiento pueden darse los tres casos siguientes:

1) $G_w = G_n$. Este caso expresa la línea ideal de desarrollo, cuando toda la potencia de producción y toda la mano de obra disponible se utilizan.

2) $G_w > G_n$. En este caso —escribe Harrod— la economía sufrirá un prolongado estancamiento (paralización).

El razonamiento de Harrod puede ilustrarse con el ejemplo siguiente:

Supongamos que el ritmo natural de crecimiento sea igual a 0,03, e igual a 3 el coeficiente de capital. En tal caso, la tasa de ahorro correspondiente al ritmo natural de crecimiento será: $3 \times 0{,}03 = 0{,}09$. Supongamos que la tasa de ahorro se elevó hasta 0,12. Entonces, el ritmo garantizado de crecimiento será: $\frac{0{,}12}{3} = 0{,}04$. Así el

[14] R. Harrod. *Acerca de la teoría de la dinámica económica*, pág. 91.

ritmo de crecimiento garantizado será superior al natural, o sea, al que puede garantizar a la economía en unas condiciones limitativas dadas (aumento natural de la población, ritmos de progreso técnico dados, etc.). Por lo tanto, el ritmo de crecimiento natural no puede provocar un aumento tal de inversiones que emplee totalmente el ahorro. La sociedad sufrirá de exceso crónico de acumulación de capital. Surgirá un excedente de potencial, empezarán a acumularse las reservas, habrá bancarrotas, y con ello, paro obrero. En esta situación, la economía sufrirá durante un largo período de falta de trabajo en las empresas, de desocupación crónica. A juicio del autor, la política correcta en este caso será la de reducir la tasa del ahorro, lo que reducirá también G_w.

3) En el caso de que $G_w < G_n$ se observan los fenómenos contrarios.

Supongamos que la tasa del ahorro se reduce hasta 0,06. Entonces, el ritmo de crecimiento garantizado será: $\frac{0,06}{3} = 0,02$. El ritmo natural de crecimiento, igual a 0,03, presenta una demanda de tasa de crecimiento de 0,09. Así surge la penuria crónica de ahorros. La demanda de inversiones superará continuamente la oferta, con todas las consecuencias que ello supone: utilización más intensiva del utillaje, aumento de las ganancias, inflación, etc. En este caso —escribe Harrod— lo racional es elevar la tasa del ahorro, lo que eleva en consonancia G_w aproximándolo a la magnitud de G_n.

«De este modo —escribe el economista americano Kurihara, adepto de esta teoría— se puede llegar a la conclusión de que mientras el ritmo garantizado sobrepasa al autónomo (con este término designa Kurihara el ritmo natural de crecimiento.—*I. O.*), los ahorros tienen fuerza deflacionista, de lo cual se desprende lógicamente la necesidad de reducir el ahorro. Por el contrario, mientras el ritmo garantizado sea inferior al autónomo, el ahorro implica una fuerza inflacionista. En este caso contrario, lo necesario es aumentar el ahorro»[15].

El economista inglés W. Eltis, que analiza detenida-

[15] *Economics and Public Interest*, ed. by Solo, 1955, p. 276.

mente el modelo Harrod, (tiene también en cuenta el papel que juega el progreso técnico y la relación del ritmo de crecimiento con la cuota de ganancia), llega a una conclusión idéntica. «Dado que muchas decisiones relativas al ahorro no se ligan directamente a las posibilidades de inversión, G_n y G_w sólo coincidirán por una feliz casualidad. No hay que esperar tampoco que C_r o S cambien de una manera natural y lleguen a igualarse. El requisito para el crecimiento continuo, con pleno empleo y sin que exista una demanda exagerada de mano de obra, es que el gobierno iguale G_w y G_n, modificando C_r mediante la regulación de las inversiones sociales, o cambiando S a través del presupuesto»[16].

En el análisis del problema del ahorro aparecen con mayor claridad la similitud y las diferencias entre las teorías de Harrod y las de Keynes. La actitud de Keynes hacia el ahorro es particularmente negativa. A su juicio, el ahorro es sólo una deducción de la demanda efectiva, que si no se compensa con una mayor actividad inversionista, reducirá la renta nacional.

Como vemos, Harrod tiene hacia el ahorro una actitud doble, según las condiciones económicas determinadas. «El ahorro es beneficioso y útil mientras que G_w sea inferior a G_n, y es desastroso cuando G_w está por encima de G_n. Sin embargo, tampoco puede considerarse buena una situación en la que G_w resulte demasiado por debajo de G_n. Aunque tengamos booms en abundancia, y una tendencia frecuente a acercarnos al pleno empleo, este alto grado de ocupación será de carácter inflacionista y, por consiguiente, insano. En estas circunstancias, el ahorro es beneficioso por cuanto que el aumento de G_w nos permitirá tener un buen nivel del empleo sin inflación; pero en cuanto G_w comienza a superar G_n, el ahorro deviene una fuerza que empuja la economía por la pendiente de la depresión»[17].

En la teoría de Harrod, la comparación de los diversos ritmos de crecimiento llama la atención por la sencillez

---

[16] W. A. Eltis. *Economic Growth*, London, 1966, p. 97.

[17] R. Harrod. *Acerca de la teoría de la dinámica económica* pág. 128.

y la gran coherencia de su argumentación. El autor se ve obligado a hacer juicios bastante críticos en cuanto a la facultad del capitalismo para autoregularse. Demuestra que el capitalismo no es capaz de seguir una trayectoria de desarrollo estable, ni aún desde el punto de vista de una larga perspectiva ignorando las «oscilaciones pasajeras». Y aunque el autor, lo mismo que Hansen, no da una respuesta convincente sobre las causas que provocan unas y otras oscilaciones (que quedan al margen de su investigación)[18], su teoría plantea una serie de cuestiones importantes para comprender el mecanismo del desenvolvimiento del ciclo.

Harrod plantea el problema de las barreras del crecimiento económico con una amplitud mayor que los adeptos de la concepción del multiplicador-acelerador, dando así un paso más en la elaboración de la síntesis neokeynesista. En relación con esto, tiene a nuestro entender mucha importancia su concepción del ritmo natural de crecimiento económico (o potencialmente posible), determinado por los recursos tecnoeconómicos y naturales del país, incluyendo el incremento natural de la población.

Este ritmo forma un «techo» del incremento real de la producción en un espacio breve de tiempo. El sobrepasarlo, significa la desproporción y el desbarajuste del sistema económico, de análogos resultados a los que ocasiona la desproporción entre el aumento de la población y la elevación de la demanda solvente. (Como se sabe, Marx señaló que esta última es un caso particular de la tendencia general de la producción capitalista a la desproporción).

---

[18] El propio Harrod considera su teoría como preliminar a la del ciclo, aún por desarrollar. Según él, la suya es de carácter más general. (R. Harrod. *Acerca de la teoría de la dinámica económica*, pág. 157).

Capítulo IV

DE LA TEORIA NEOKEYNESISTA A LA NEOCLASICA

1. CRITICA DEL MODELO NEOKEYNESISTA MACRODINAMICO

Hacia mediados de los años 50 aproximadamente, los problemas de la dinámica macroeconómica, que durante largo tiempo fueron de la competencia casi exclusiva de los métodos keynesistas de investigación, comenzaron a ser analizados cada vez más a base de la teoría neoclásica de la producción. De la crítica de la concepción neokeynesista del crecimiento surge la teoría neoclásica del crecimiento.

Los problemas centrales de la teoría neoclásica del crecimiento son idénticos a los que se plantearon e intentaron resolver los teóricos keynesistas (Harrod, Domar y otros). Son, en primer término, los factores que determinan el ritmo estable de crecimiento económico; en segundo, el mecanismo de la desviación de este ritmo; en tercero, la amplitud y las formas de intervención exterior en el sistema económico. Keynesistas y neokeynesistas tienden a separar los parámetros económicos por los cuales debe orientarse la política económica, y determinar con qué instrumentos económicos de regulación

puede el Estado ejercer su influencia sobre dichos parámetros.

Lo que el problema tiene de común para unos y otros habla de la influencia considerable que ejerció el keynesismo en la teoría neoclásica del crecimiento. Lo mismo que las teorías neokeynesistas del crecimiento surgieron de la crítica de la teoría de Keynes, y su blanco fue principalmente el carácter estático de esta concepción, así la teoría neoclásica del crecimiento surgió de la crítica de las limitaciones de los modelos neokeynesistas de crecimiento. Para mostrar este nexo, recordemos brevemente los rasgos esenciales del modelo de crecimiento de Harrod.

1) El ritmo de crecimiento es únicamente función de una de las magnitudes variables: la acumulación de capital. Esto se desprende de su fórmula del ritmo de crecimiento $G = \frac{S}{C_r}$ (G representa el ritmo de crecimiento; S, la magnitud de la acumulación, y C_r, el coeficiente del capital exigido). Como la magnitud del coeficiente de capital se fija por las condiciones técnicas, el ritmo de crecimiento G depende enteramente de los cambios de S, o sea, del ahorro de la sociedad, o tasa de acumulación.

2) De aquí que el ritmo estable de crecimiento garantizado (G_w) se determine por la constancia de la relación entre las dos magnitudes: la de la parte del ahorro en el ingreso (S), y la de la constancia del consumo de capital por unidad de producción (C_r).

Según Harrod, no existe entre las dos magnitudes ningún vínculo funcional en virtud del cual la elevación de S sea compensada con el incremento de C_r y viceversa, cosa necesaria dado que G_w permanece invariable. De acuerdo con la teoría de Harrod, S está determinada por causas sicológicas, y C_r, es decir, el consumo de capital por unidad de producción lo fijan las condiciones técnicas de producción y está determinada por la ley del progreso técnico neutro.

La diversidad de causas que determinan la dinámica de S y C_r origina, según la teoría de Harrod, la falta de un mecanismo que, en caso de desequilibrio, restablezca automáticamente el estado de equilibrio. Si el retorno

de C al nivel de C_r se asegura por el propio progreso técnico, el retorno de S al necesario nivel sólo puede asegurarlo el Estado mediante una política presupuestaria adecuada.

Los neoclásicos arremetieron contra esta concepción en tres direcciones:

Primera: el incremento del producto social (o renta nacional) no es sólo función de la acumulación de capital. Lo es también de factores básicos de la producción como son el trabajo, el capital y la tierra, así como del progreso técnico, que eleva el rendimiento de cada uno de los factores por separado.

Segunda: el consumo de capital por unidad de producción no es una magnitud estrictamente fijada por las condiciones técnicas de producción. En cada momento dado, una misma magnitud de producción puede ser obtenida con más consumo de capital o más consumo de mano de obra; todo depende del «precio» de los factores de producción. Esta, a su vez, se determina por la correlación entre la demanda y la oferta del factor correspondiente.

Tercera: pero si hay vinculación entre la magnitud del consumo de capital y la magnitud de la acumulación (entre C_r y S en la fórmula de Harrod), este vínculo asegura el mantenimiento de cierta correlación entre ellos, y, por consiguiente, la tendencia al mantenimiento del ritmo de crecimiento garantizado automático. Esto se argumenta aproximadamente como sigue: con el aumento de S, que acelera la acumulación, el precio de este factor empieza a descender en relación con el precio del trabajo, lo que estimula más la utilización de métodos de producción que requieran más inversiones. C_r se elevará, mientras que C_w, en definitiva, seguirá invariable. En este caso, la única condición para el mantenimiento automático del equilibrio es la capacidad de aplicar una política crediticio-monetaria que regule adecuadamente el tipo de interés.

Antes de pasar a un análisis crítico más profundo de la teoría neoclásica del crecimiento, trataremos de aclarar la cuestión siguiente: ¿Es que la crítica neoclásica se apoya en la forma específica de criterios y concepciones con los que opera, en lo que concierne a los fenómenos del

proceso real de reproducción que se eluden en el modelo keynesista de crecimiento?

Las reflexiones sobre esta cuestión nos llevan a la conclusión de que, en la mayoría de los casos, la crítica de los modelos keynesistas no carece de fundamento.

En primer lugar, a propósito de los factores que determinen el incremento de producción. En realidad, en el modelo de Harrod el incremento de la renta nacional sólo se asegura a base de nuevas inversiones, es decir, con el incremento del capital. La mano de obra adicional se incorpora al proceso de producción sólo a medida que se realizan las inversiones; y como las condiciones técnicas están rigurosamente establecidas, el pertrechamiento de bienes capitales permanece invariable. En este modelo no hay lugar para un incremento derivado de la incorporación de mano de obra adicional al equipo disponible para una mayor utilización del mismo o una mejor organización de la producción. Partiendo de un coeficiente de capital invariable, este modelo hace abstracción del aumento de la reposición del equipo existente o de la introducción de nuevo utillaje mucho más eficaz, y no admite la posibilidad de opción entre métodos de producción que requieran más o menos consumo de capital. Y en este aspecto, los esfuerzos de los neoclásicos por estudiar la influencia de otros factores del crecimiento de la producción, además de la acumulación, son razonables.

Pero surge una cuestión: ¿Es que en la perspectiva de un crecimiento prolongado sólo tiene importancia un factor, el incremento de capital, dado que la ampliación de la producción que depende de los demás factores, sin inversiones adicionales, es de carácter pasajero, limitado, y en el caso de un período amplio puede no tenerse en cuenta? Esto tiene cierta lógica; sin embargo, creemos que la crítica de los neoclásicos al modelo keynesista es, en este aspecto, totalmente justa, ya que la teoría del crecimiento no sólo ha de orientarse a períodos de tiempo amplios, ilimitados, en cuya perspectiva pueden desdeñarse todos los factores a excepción de la acumulación de capital. La teoría debe mostrar también el significado de los factores intensivos y extensivos del crecimiento de

la producción en períodos perfectamente perceptibles. Por ejemplo: no es posible comprender lo que hay de específico en el crecimiento económico de una serie de países capitalistas de Europa Occidental en el período de la posguerra, particularmente la RFA, si no se tiene en cuenta el brusco aumento del empleo y de la carga de trabajo en las empresas, unido al incremento de las inversiones. Este factor influyó enormemente en las diferencias registradas en los países capitalistas desarrollados en la correlación entre las tasas de acumulación y el aumento de la producción: en los que se daban ritmos elevados de aumento del empleo se exigían, por regla general, inversiones mucho menos considerables por unidad de incremento de producción que en los países con bajo aumento del empleo[1].

Mayor importancia tiene aún el aumento del empleo en los países poco desarrollados, con penuria de inversiones, y que disponen de abundantes recursos de mano de obra. No es casual que el modelo «monofactor» de Harrod no tuviera eco entre los economistas de los países débilmente desarrollados, mucho más atentos a los modelos «multifactores» de crecimiento económico.

En segundo lugar, a propósito del carácter constante, fijo, del coeficiente de capital. Esta premisa es ya un punto vulnerable de la concepción de Harrod. Apoyándose en las investigaciones estadísticas sobre el coeficiente de capital o producto, correspondientes a un período prolongado, ha quedado anteriormente demostrado que en el espacio de un siglo dicho coeficiente permaneció realmente poco más o menos al mismo nivel, ya que su período de elevación, que duró hasta los años 20, dio paso después a otro período de descenso. Pero los propios períodos de ascenso y descenso son lo bastante amplios para no per-

[1] En Japón, RFA, Italia, donde el crecimiento de posguerra se realizó a ritmos elevados de aumento de la mano de obra, la indicada correlación en el período 1949-1959 fue por término medio de 2,5, 3,3 y 3,7% respectivamente, mientras que en los EE.UU. e Inglaterra, países de bajo ritmo de aumento del empleo, fue de 5,5 y 6,7% respectivamente. (Hay que tener en cuenta que sobre este coeficiente actuaron también otros factores que aquí no se citan. Véase *Nuevos fenómenos de la acumulación de capital en los países imperialistas*, M., 1967).

mitir desentenderse de esas tendencias ascendentes y descendentes ni hablar de la tendencia del coeficiente de capital a ser constante. Este coeficiente puede elevarse o descender según la correlación en que se hallen el ritmo de crecimiento del equipamiento de bienes capitales y la productividad de trabajo. Si este equipamiento aumenta con más rapidez que la productividad, el consumo de capital por unidad de producción se elevará. Por el contrario, un aumento más rápido de la productividad de trabajo en comparación con el equipamiento llevará al aumento de la «restitución» de fondos fundamentales, a la reducción del consumo de capital por unidad de producción. En un período de tiempo amplio, esta relación se determina en grado considerable por las particularidades del progreso técnico y los cambios estructurales.

Tiene también mucha importancia otro factor de carácter puramente económico como es el salario o precio de la fuerza de trabajo. Cuanto más barata y accesible sea la fuerza de trabajo, menos estímulos habrá para introducir utillaje más productivo, pero a la vez más costoso. Esto es lo que sucede, sobre todo, en los países poco desarrollados. El aumento de salarios es, por el contrario, un poderoso estimulante para el empleo de medios de producción que requieren más consumo de capital.

Y, por último: la crítica neoclásica concluye con la tesis sobre la existencia de causas que llevan al restablecimiento en el sistema económico, del equilibrio entre el ahorro y las inversiones. Esta tesis está en abierta contradicción con las conclusiones de Harrod de que la economía «se balancea en el filo de un cuchillo» y tiende a desencadenar fuerzas centrífugas.

En esta cuestión, tanto unos como otros están lejos de explicar las causas de fondo de la inestabilidad de la producción capitalista. Cuando analizan el problema, ambos se limitan al aspecto tecnoeconómico de la producción. Pero es en las condiciones de equilibrio y en las causas que llevan a alterarlo donde se encuentra precisamente el punto en que los factores que determinan el crecimiento de la producción deben tropezar con las

relaciones de producción que dan origen a las contradicciones del modo capitalista de producción y sus formas específicas de movimiento. Pero neokeynesistas y neoclásicos eluden el análisis de los problemas socioeconómicos. Para ellos, los factores que alteran el equilibrio, lo mismo que los que lo restablecen, están ligados a procesos naturales, a propiedades sicológicas, a la ley de la productividad decreciente, etc. Sin embargo, a pesar de su alejamiento del estudio de las contradicciones reales, creemos que la posición de Harrod en esta cuestión es más sensata. Sus conclusiones cuadran más con la realidad en relación con la inestabilidad interna del sistema económico capitalista, que precisa de la intervención del Estado para poder desarrollarse.

Resumiendo lo dicho podemos concluir que la crítica neoclásica de la teoría keynesista del crecimiento señala una serie de debilidades reales de la misma, sobre todo en relación con los aspectos tecnoeconómicos del proceso de crecimiento. No obstante, la teoría neoclásica del crecimiento se desarrolla a base de aplicar los principios fundamentales de la teoría neoclásica de la producción y distribución al análisis de los problemas macroeconómicos, y es esta última teoría la que da el carácter de apología vulgar a sus fundamentos teóricos. Paralelamente, las matemáticas utilizadas en la teoría neoclásica de la producción, y particularmente las funciones de producción, impulsaron la elaboración de métodos útiles de investigación de ciertas proporciones cuantitativas del crecimiento. Por esta razón se plantea la tarea de realizar un análisis crítico profundo, tanto de los postulados teóricos de la concepción neoclásica del crecimiento como de los medios matemáticos que aplica al análisis cuantitativo de los factores de crecimiento económico.

2. TEORIA NEOCLASICA DE LA PRODUCCION Y FUNCIONES DE PRODUCCION

La teoría neoclásica de la producción se formó hacia finales del siglo pasado a base de la concepción vulgar de los factores de producción de Say, cuya estructura lógica se completó con las nociones del factor de productividad

máxima posible, o sus productos máximos. Aunque los rudimentos de esta teoría se encuentran ya en Thünen (1783-1850), y más tarde en Jevons (1835-1882), en su forma acabada es obra del economista americano J. B. Clark (1847-1938).

La esencia de esta teoría es la siguiente: el valor de la producción es creado por tres factores productivos esenciales: el trabajo, el capital y la tierra. Cada uno de ellos participa en el proceso de producción, por lo que son productivos en igual medida, y cada uno de ellos también crea valor en igual medida. La participación de cada factor en la creación de valor se determina por su productividad máxima, o la magnitud del producto máximo que crea.

La hipótesis de la existencia del producto máximo se funda en el supuesto de que, en condiciones técnicas invariables, el aumento de uno de los factores productivos, permaneciendo constante la magnitud de los otros, lleva a la reducción del incremento de la producción. En este caso, se llama producto máximo al incremento de producción por unidad obtenido mediante el aumento de un factor de producción dado con magnitudes invariables para los factores restantes.

Según esta hipótesis, la categoría producto máximo es movible, variable, y depende de los cambios que se operen en la estructura de los factores productivos y en la correlación de sus ritmos de crecimiento. Por ejemplo: si el ritmo de incremento del capital supera al del incremento del trabajo, el rendimiento máximo del capital descenderá, y al contrario: si la demanda de trabajo se eleva, disminuirá la productividad máxima del trabajo.

De acuerdo con esta teoría, el producto máximo es precisamente el grado que determina un nivel «justo», «natural» del ingreso con que se remunera a cada uno de los factores productivos. Si no hay impedimentos a la libre competencia, si los «precios» relativos de los factores se modifican libremente de acuerdo con los cambios de la productividad máxima, si no hay intervención del Estado y de los monopolios que redistribuya la renta, nos encontraremos con que el salario, la ganancia, la

renta serán proporcionales al rendimiento máximo de los correspondientes factores, como se deriva de la teoría de la productividad máxima.

Así pues, en esta teoría, el proceso de producción y distribución tienen una misma base: el producto máximo de los factores. El valor total de la producción se determina como suma de los productos de cada uno de los factores productivos por su productividad máxima, y cuyos sumandos determinan funcionalmente la parte de cada uno de los factores en la distribución del producto social.

Esta teoría fue dotada de su expresión matemática correspondiente en forma de función de producción. Así: 1) si se parte del supuesto de que cada uno de los factores productivos puede dividirse infinitamente, será posible cualquiera de sus combinaciones para crear una cantidad determinada de producción; 2) cualquier cambio, por insignificante que sea, en uno de sus factores trae consigo un cambio en la magnitud total de la producción, de modo que puede decirse que existe una dependencia funcional entre el valor de la producción y sus factores productivos. En tales condiciones se puede diferenciar, integrar, una función dada, con la particularidad de que las primeras derivadas de esta función darán la medida del producto máximo de cada factor de producción. Si después partimos del supuesto de la independencia de los factores de producción, de la efectividad constante respecto al aumento del volumen de producción, y de ausencia de progreso técnico, el incremento íntegro de esta función se expresa en la siguiente fórmula:

$$dY = dK\frac{\delta Y}{\delta K} + dL\frac{\delta Y}{\delta L} + dN\frac{\delta Y}{\delta N},$$

donde dY, el incremento de producción;
dK, el incremento del capital;
dL, el incremento del trabajo;
dN, el incremento de la tierra;
$\frac{\delta Y}{\delta K}$, el producto máximo del capital;
$\frac{\delta Y}{\delta L}$, el producto máximo del trabajo;
$\frac{\delta Y}{\delta N}$, el producto máximo de la tierra.

Como la tierra, N, se toma como una magnitud constante, el último término es igual a cero, por lo cual se suprime en el análisis.

El valor de la producción se determina, por lo tanto, como la suma de los productos de cada factor productivo por su producto máximo. Al mismo tiempo, la parte de cada factor se determina funcionalmente por su cantidad y su productividad máxima.

Si los factores son remunerados de acuerdo con su producto máximo, toda la suma de producción se distribuye sin restos. Aquí suponemos que el progreso técnico eleva la productividad de cada uno de los factores en igual medida, por lo que este progreso no influye en la distribución entre ellos del valor de la producción.

Aquí tenemos, pues, una teoría de la producción y distribución del valor que es la antípoda de la teoría marxista de la explotación, ya que en aquélla cada factor productivo es participante autónomo en la creación de valor, y por ello, copartícipe con derechos iguales en su reparto. La aportación «productiva» de cada factor se considera la base natural, «justa», de la distribución del valor de la producción. El cometido esencial de esta teoría era el de cimentar esta tesis. A este respecto, J. B. Clark escribió en su tiempo, sin ningún rodeo: «El bienestar de las clases trabajadoras depende de lo que ganen; pero su actitud en relación con la otra clase, y por lo tanto, la estabilidad del organismo social, depende principalmente de que la suma que reciben, independientemente de su magnitud, se equipare a la suma que producen. Si crean una suma de bienes pequeña y la perciben íntegramente, no tienen por qué aspirar a la revolución social; pero si apareciera que producen una gran suma, y que en cambio perciben sólo una parte, muchos se harían revolucionarios, y tendrían razón. Pesa sobre la sociedad la acusación de que «explota el trabajo»... Si esta acusación se probase, toda persona de buen juicio se convertiría en socialista, y su afán por transformar el sistema de producción sería la medida y la expresión de su sentido de la justicia»[2].

[2] J. B. Clark. *Distribución de las riquezas*, M.-L., 1934, págs. 40-41.

Esto mismo señalan también otros economistas occidentales. El conocido economista americano B. Seligman subrayó que esta teoría surgió como respuesta a la teoría del valor de Marx: «Carlos Marx imprimió a su doctrina de clase una dirección inquietante. Se creyó necesario oponer resistencia a esta tendencia, y con toda probabilidad ése era el fin perseguido por la doctrina marginalista»[3].

No obstante, pese a su coherencia externa, esta teoría adolece de contradicciones lógicas substanciales, empezando por que en realidad no demuestra lo que esencialmente estaba llamada a demostrar: la ausencia de la explotación. En su tiempo, I. G. Blumin señaló esta contradicción de la teoría de la producción.

Partiendo de que, dada una magnitud invariable de capital, la productividad de trabajo desciende consecutivamente con cada nuevo obrero, Clark llega a la conclusión de que el salario será determinado por la magnitud de la producción efectuada por el último de los obreros contratados. La suma global de salarios, calculada sobre esa base, se expresa como parte de todo el producto, y la parte restante se abonará como interés o ganancias. Blumin demuestra que la teoría de Clark no desmiente en absoluto la teoría de la explotación. Si suponemos que la productividad del trabajo se reduce, y precisamente de esto parte Clark, si se es consecuente habrá que concluir que todo el producto es fruto del trabajo, y que lo que se paga en forma de salarios es sólo una parte, la que corresponde a la menor productividad. «Por consiguiente, el capitalista engaña a los obreros, y ante nosotros aparece la explotación obrera». Suponiendo que la productividad de todos los obreros sea la misma, en ese caso no es posible explicar de dónde se obtiene el ingreso en forma de interés. «Por lo tanto, concluye Blumin, nos hallamos ante dos posibilidades: a) que la productividad de los obreros es igual, y entonces no puede explicarse la forma residual del interés; y b) que la productividad de los diversos obreros no es la misma, y en ese caso el

[3] B. Seligman. *Corrientes fundamentales del pensamiento económico contemporáneo*, M., 1968, pág. 145.

interés se explica únicamente como producto de la explotación de los obreros»[4].

La teoría de la producción, y la de la distribución que en ella se basa, contienen otra contradicción lógica, que se produce por la substitución del concepto o interpretación vulgar, superficial, de las categorías con las que opera.

Como ya hemos señalado, la teoría de la producción pretende explicar las fuentes del valor de la producción y las leyes que rigen su distribución, es decir, explicar los fenómenos socioeconómicos; mas para ello es preciso examinar el proceso de producción como proceso socioeconómico. Marx enfoca así precisamente su teoría del valor, por el trabajo. Asignándose la tarea de descubrir el origen de la plusvalía y, por consiguiente, el lugar que ocupa y el papel que desempeña la clase obrera en el sistema de producción capitalista, Marx emprendió el análisis del propio proceso de producción, demostrando que este proceso representa en sí la unidad del trabajo concreto encarnado en la gran diversidad de bienes de consumo, y el trabajo abstracto que crea el valor, es decir: la sustancia que carece de forma concreta y que constituye la base de la riqueza social, del capital, de la renta nacional, de la ganancia, del salario, etc. Como Marx demostró, precisamente el movimiento de esta sustancia determina las leyes que rigen el capitalismo, y en torno a ella se desarrollan los principales conflictos de clase. La teoría del valor por el trabajo descubre el origen del conjunto de la riqueza nacional y social. Es el trabajo humano, que, gracias a su doble carácter, crea un nuevo valor y al mismo tiempo transfiere el viejo valor encarnado en los medios de producción. A este nivel de abstracción hay que considerar que el único factor de la producción es el hombre y su capacidad de trabajar, de crear los bienes necesarios para la vida de la sociedad. Al mismo tiempo, avanza un criterio científico para valorar el carácter socioeconómico del régimen social, el papel de las clases que lo componen, las contradicciones de su desarrollo.

---

[4] I. G. Blumin. *Crítica de la economía política burguesa*, t. I, M., 1962, pág. 374.

La teoría neoclásica de la producción estudia el proceso de producción como un proceso puramente tecnoeconómico de creación de valores de uso. Operando con los factores de la producción en su expresión puramente técnica, es, sencillamente, incapaz de penetrar en las leyes de la producción y distribución del valor. Esta teoría parte de las relaciones superficiales de la producción y distribución. En la superficie de la producción social, los instrumentos y objetos de trabajo están enajenados del productor directo que participa en el proceso de producción: el obrero. Aparecen como propiedad de alguien, como capital, sin el cual el proceso de producción es imposible. Intervienen como factor aislado de la producción, sin nada de común con su otro factor, la fuerza de trabajo. Esta fetichización de las relaciones de producción, tomada como postulado teórico inicial, se convierte en base de la teoría vulgar de la producción y distribución del valor, que encubre la naturaleza explotadora del capitalismo. Así, el «capital», que es en realidad el trabajo humano materializado, se convierte en un factor particular de la producción que reclama su derecho «natural» a la parte del producto.

La teoría neoclásica de la producción significó, de hecho, un paso hacia el análisis de las relaciones tecnoeconómicas determinantes del proceso de creación del producto, de la renta nacional como valor total de los valores de uso; y es aquí donde reside su contenido racional.

En realidad, el análisis de los factores no trata de las interconexiones del valor, y, por consiguiente, sociales, sino de las tecnoeconómicas que determinan el proceso de creación de la renta nacional como conjunto de los valores de uso.

Por consiguiente: al hablar del papel que juegan los diversos factores en la creación de valores de producción habría que precisar que se trata del papel de los diversos factores en la creación o incremento del valor total de los valores de consumo que forman la renta nacional (o el producto de una rama). Y como lo mejor para medir este valor global es expresarlo en precios estables, lo que se

analiza es el movimiento del volumen físico de la renta nacional y de los factores que la crean[5].

De esto se deriva que el carácter apologético vulgar de la teoría neoclásica de la producción no lo determina el que en ella se utilicen las funciones de producción y el aparato de análisis funcional (y con él, inevitablemente las magnitudes máximas), aparato que sirve únicamente de instrumento de trabajo, sino las premisas específicas, la interpretación apologética vulgar de los conceptos y categorías con las que opera.

Por ello, al someter a crítica las bases teóricas de la teoría neoclásica del crecimiento es necesario, al mismo tiempo, comprender bien cuáles son las interrelaciones tecnoeconómicas reales que pueden investigarse con ayuda de las funciones de producción, qué procesos del crecimiento económico pueden estudiarse mediante dichas funciones. Supuesta la existencia de cierta dependencia cuantitativa entre la magnitud de la renta nacional (o producción realizada) y el volumen de recursos de trabajo y de capital utilizados, dicha dependencia puede expresarse, a base de ciertos supuestos realistas, en forma de una función de producción, y utilizar el aparato del análisis funcional para definir cuantitativamente algunas interrelaciones de la producción. En este análisis desempeñan un papel importante las magnitudes máximas. Los volúmenes parciales de producción derivados del crecimiento de uno de los factores y manteniendo la estabilidad de los restantes (índices de los productos máximos), permiten determinar la influencia de cada factor de producción por separado sobre el incremento de la producción. Estos dan la posibilidad de calibrar el efecto productivo al sustituirse un factor por otro, al optar entre las diversas variantes de correlación entre ellos; es decir: de encontrar la vía de más consumo de capital, o de mayor consumo de mano de obra en el desarrollo económico.

Así pues, la función de producción tiene, dentro de sus limitaciones, un sentido real si se considera como

---

[5] Por consiguiente, cuando en adelante hablemos de «valor» de la producción, es necesario tener en cuenta que se trata del conjunto de valores de uso expresado en precios constantes.

modelo que refleja la participación cuantitativa o el papel de los diversos factores productivos en la creación del conjunto de los valores de uso. Es irracional, en cambio, si se le atribuyen propiedades cualitativas del proceso de producción en tanto que proceso de creación de valor, de plusvalía, y de su distribución.

No obstante, al emplear las funciones de producción para valorar la influencia cuantitativa de los diversos factores productivos sobre el volumen y el ritmo de crecimiento de la producción, surgen una serie de complejos problemas de método de otro tipo.

¿Es correcto utilizar el aparato de análisis funcional en la economía? ¿Cómo elegir la forma de dependencia funcional? ¿Cómo determinar los parámetros de las funciones y cuál es su sentido económico?

El análisis funcional requiere como premisa necesaria unas condiciones de independencia total de los factores de crecimiento, de su recíproca sustitución, de posibilidad de incremento de un factor sin alteración de los demás, etc. Se hacen con frecuencia objeciones a este método de aislar los diversos factores para poder valorar cuantitativamente su papel en el aumento de la producción, argumentando que en la creación de valores de uso todos los factores actúan conjuntamente (y en este sentido se complementan), de tal modo que no puede afirmarse que una parte de la producción sea creada por el trabajo y la otra por el capital, etc. Pero a nadie se le ocurre llegar a tan absurda conclusión. Se trata de un método de abstracción científica que permita apreciar separadamente la influencia de un factor sobre los restantes y estimar esta influencia. Aquí se puede establecer cierta analogía con el análisis de los elementos del valor: en el valor de las mercancías separamos el valor transferido del valor nuevamente creado, aunque en el proceso de la producción, la creación del nuevo valor y la transferencia del viejo valor constituya un proceso único, y no pueda decirse que una parte de la producción es la encarnación del valor transferido, y la otra, la del nuevo valor creado.

Al utilizar el análisis funcional es necesario acudir, naturalmente, a ciertos supuestos. Ahora bien, a nuestro

parecer dichos supuestos concuerdan con las tendencias que se manifiestan en períodos de tiempo amplios, lo que justifica el empleo del análisis funcional como método de abstracción para distinguir los nexos económicos existentes.

Lo complejo del problema está en la opción por el tipo de función de producción más adecuada para circunscribir los nexos reales y determinar sus parámetros. Y hay que añadir que el problema se complica aún más por la contradicción siguiente, absolutamente real: cuanto más simple sea la dependencia funcional con que se expresa la relación realmente existente, más fácil será su utilización en los cálculos y en el análisis estadísticos concretos, y a su vez, cuanto más simples sean las premisas en que se basa el análisis, mayores serán los riesgos de alejarse de los procesos reales de la producción, y con mayor cuidado habrá que valorar las conclusiones del análisis. Por el contrario: cuanto más completamente la función de producción refleje toda la complejidad de las interdependencias de la producción, más difícil será operar con ella en los cálculos estadísticos reales, y menor será, por paradójico que parezca, la utilidad práctica de esa función de producción.

La literatura burguesa contemporánea sobre este tema es la manifestación evidente del tal contradicción. El análisis formal relativo a la elección del tipo de función de producción se fue por las nubes, convirtiéndose en una especie de «el arte por el arte». En cambio, el análisis estadístico, por regla general, se basaba y se basa en tipos más simples de funciones.

3. EL PROBLEMA DEL EQUILIBRIO DINAMICO EN LA TEORIA NEOCLASICA DEL CRECIMIENTO

Los adeptos de la teoría neoclásica del crecimiento tratan de determinar, a base de la función de producción, las condiciones de equilibrio dinámico y formular la correspondiente propuesta acerca del carácter de la política económica del Estado. Hemos indicado anteriormente que los partidarios de la teoría neoclásica del cre-

cimiento critican a Harrod y otros neokeynesistas por su concepción de la inestabilidad del equilibrio dinámico, a base de la cual se concluye en la necesidad de la intervención estatal en la economía. Los neoclásicos tienden a suavizar estas conclusiones. En líneas generales, alcanzan su fin de la manera siguiente:

Construyen un modelo abstracto de crecimiento que refleja las condiciones de la libre competencia en las que actúan las leyes de la productividad máxima. Demuestran después que para tal modelo no hay problema de alteración del estado de equilibrio dinámico. Dicho de otro modo: aseguran que en tal economía no hay divergencias entre el ritmo de crecimiento real, natural, y el ritmo de crecimiento garantizado.

Sobre esta base se llega a la conclusión de que las medidas correctivas exteriores no deben encauzarse a complementar la economía privada con la estatal, o a limitar su esfera de influencia, sino únicamente a eliminar los obstáculos que dificultan la acción de las leyes de la libre competencia. Para ello se necesita, ante todo, una adecuada política crediticia-monetaria que regule el tipo de interés, y la limitación de los derechos de los sindicatos obreros en la lucha por aumento de salarios.

El más consecuente es el modelo neoclásico de crecimiento económico elaborado por el profesor Meade, economista inglés[6]. Examinemos este modelo.

Meade considera que las condiciones esenciales del ritmo estable de crecimiento económico son: 1) Elasticidad de la sustitución igual a la unidad. 2) Progreso técnico neutro en relación con todos los factores. 3) La porción de los ingresos por los tres factores destinada al ahorro es una magnitud constante.

La primera condición del ritmo de crecimiento estable, equilibrado, estriba, según la teoría neoclásica del crecimiento, en que la distribución del ingreso entre el trabajo y el capital permanezca invariable, es decir: que las partes de la renta nacional correspondientes al beneficio y al salario no varíen, lo que supone, a su vez, la

[6] J. E. Meade. *A Neoclassical Theory of Economic Growth*, London, 1961.

libre variación de la correlación del «precio» de los factores (o sea, entre el salario y el beneficio) de acuerdo con los cambios habidos en la correlación entre sus ritmos de crecimiento.

El concepto progreso técnico neutro, para Meade y otros partidarios de la teoría de los factores, está ligado también a la distribución de la renta nacional; el progreso técnico neutro no altera esta distribución. En este caso suponen que el progreso técnico influye de igual manera en la productividad máxima de cada factor. Si, a consecuencia de cualquier «desviación» del progreso técnico, la productividad máxima del trabajo o del capital aumenta con mayor intensidad, en el primer caso se elevará la parte de la renta nacional destinada al salario, y en el segundo, la parte del beneficio.

De este modo, las dos primeras condiciones expresan en definitiva una misma cosa: que la condición para un ritmo constante, estable, del crecimiento es la constante de la distribución de la renta nacional.

La última condición: el que la parte del ahorro en todas las categorías de ingresos sea constante, no necesita explicación particular, y sólo significa la constante de todas las sumas del ahorro en la renta nacional.

En estas circunstancias, afirma Meade, y suponiendo que los ritmos de crecimiento de la población y del progreso técnico permanezcan invariables, «el ritmo de crecimiento de toda la producción tenderá siempre hacia un determinado nivel constante, expresión de una situación estable de crecimiento económico»[7].

En sus razonamientos, Meade parte de la variante modernizada de la función Cobb-Douglas, en la que se incluye el factor tiempo, y que caracteriza los procesos de los cambios cualitativos en la economía unidos en el concepto general de progreso técnico. Este tipo de función de producción será examinado con más detalle en el capítulo V.

Como resultado de una serie de transformaciones matemáticas, y partiendo de determinadas premisas, esta

[7] J. E. Meade. *A Neoclassical Theory of Economic Growth*, p. 29.

función permite expresar el ritmo de crecimiento de la renta nacional como la suma de los ritmos de crecimiento de los factores de producción fundamentales, calculados según la parte de los ingresos de cada uno en la renta nacional (*income shares*), más el ritmo independiente del progreso técnico. Es decir: $y = \alpha k + \beta l + r$,

donde y, el ritmo medio anual de crecimiento de la renta nacional;
k, el ritmo medio anual de aumento del capital;
l, el ritmo medio anual de aumento de la mano de obra;
α y β, las partes correspondientes del capital y el trabajo en la renta nacional;
r, el ritmo del progreso técnico.

Apoyándose en esta fórmula, y suponiendo que l y r, es decir, los ritmos de crecimiento de la población activa y del progreso técnico, son constantes, Meade llega a la conclusión de que la constante para y se obtendrá en el caso de que el ritmo de crecimiento del capital sea también estable, y de que sea igual, además, al ritmo de incremento de la renta nacional. Con otras palabras, la conclusión es la siguiente: la estabilidad del crecimiento de la renta nacional en las condiciones antes formuladas se operará en el caso de que su ritmo de crecimiento sea igual al ritmo de crecimiento de la reserva de capital. Esto es lo que en la terminología de Meade se llama el punto crítico del ritmo de crecimiento de la renta nacional.

¿Qué sucederá si el ritmo efectivo de crecimiento de la reserva de capital sobrepasa el «punto crítico» por una mayor propensión de la sociedad a realizar inversiones?

Si la tasa de acumulación rebasa el «punto crítico» en las condiciones que hemos formulado, entra en acción el mecanismo de reducción automática de esta tasa. Como, de acuerdo con las condiciones indicadas, la parte del ahorro en el ingreso es constante, el incremento de ahorro necesario para financiar tasas más elevadas de acumulación comienza a rezagarse de estas últimas, frenándolas. Y ocurrirá lo contrario si la tasa de acumulación resultara inferior al ritmo de crecimiento de la renta nacional.

¿Y qué ocurrirá en caso de que el ritmo de incremento de la mano de obra superen a la tasa de acumulación de capital? En este caso, como consecuencia de la disminución de la productividad máxima del trabajo, entra en acción el mecanismo de sustitución del trabajo por el capital, y una nueva correlación de los factores de producción asegura su pleno empleo, conservando constante la distribución de la renta entre ellos.

Este modelo de crecimiento estable es aplicable, como indica el autor, a condiciones económicas abstractas en las que actúen las leyes de la productividad máxima, en que los factores de producción puedan combinarse en cualquier proporción merced a la correspondiente modificación de su productividad máxima. Pero Meade no se detiene aquí y se plantea la siguiente cuestión: si, en la economía real, los factores de producción no pueden combinarse en cualquier proporción, si no actúan las leyes de la productividad máxima, ¿cuáles son las condiciones que pueden asegurar al sistema económico el mismo resultado que si actuaran dichas leyes?

En el modelo «clásico» no cabe ni excedente de capital ni de trabajo. Si el ritmo del aumento de la población activa comienza a sobrepasar al de incremento del capital, entonces la productividad máxima de las unidades adicionales de trabajo descenderá, lo que inducirá a utilizar métodos de producción que requieran más mano de obra para obtener la misma cantidad de producción. Y a la inversa: unos ritmos más rápidos de crecimiento del capital encarecerán el trabajo en relación con capital, lo que contribuirá al empleo de métodos de producción que requieran más consumo de capital.

Meade no liga la aparición, en la realidad, de excedente o escasez de trabajo a las contradicciones de la producción capitalista. Lo relaciona únicamente a la fijación de las proporciones técnicas (fijación estricta de la magnitud de capital por unidad de producción o de la magnitud del equipamiento de bienes capitales por obrero, determinada también de modo estricto). En estas condiciones, si el aumento de la población activa no se acompaña del correspondiente aumento de la acumulación ésta no conducirá al aumento de la producción, y todo el incre-

mento de población resultará excedente. Surge el paro obrero.

Si, por el contrario, el ritmo de crecimiento del capital es superior al de la población, habrá excedente de potencial de producción. Así pues, el defecto metodológico inicial, que no toma como base las relaciones de producción reales de la sociedad capitalista sino únicamente las condiciones tecnoeconómicas, da lugar a una representación tergiversada de los procesos reales de la reproducción capitalista. Según Meade, resulta que de la fijación de las proporciones entre los factores indicados puede surgir la escasez de trabajo o el paro. En realidad estos dos fenómenos se siguen uno a otro, ya que su causa es la misma: la contradicción de la producción capitalista, que genera al mismo tiempo la «coexistencia» del capital inactivo, por un lado, y el excedente de mano de obra, por otro.

Pero sigamos al autor en su lógica. ¿Es que existen en estas condiciones cauces para lograr el equilibrio, o dicho de otro modo, formas de liquidar el paro obrero o el empleo insuficiente del potencial de producción?

«En estas condiciones, escribe Meade, queda en el sistema económico un mecanismo que podría restablecer la correlación entre el ritmo garantizado[8] de crecimiento y el natural[9], incluso aunque hubiera una correlación técnica rígidamente fijada entre la magnitud del capital y el nivel de producción, o entre la magnitud del capital y la cantidad de trabajo empleado. El mecanismo para restablecer el equilibrio podría funcionar por la influencia de las cantidades relativas de trabajo y capital sobre la distribución de la renta nacional entre la ganancia y el salario, y, en virtud de esto, sobre la parte del ahorro en la renta nacional, y, por consiguiente, sobre el propio ritmo del crecimiento garantizado»[10].

---

[8] Como Harrod, Meade se refiere al ritmo de crecimiento que asegura la utilización total de la potencia productiva del capital.

[9] Ritmo de crecimiento que asegura ocupación a todo el incremento de población.

[10] J. E. Meade. *A Neoclassical Theory of Economic Growth*, p. 48.

Si surge el paro, estima Meade, en condiciones de *libre competencia* (léase: cuando los sindicatos obreros no existen), y de *una política crediticia-monetaria sensata*, entran en acción dos resortes para absorberlo: uno, la competencia entre los obreros, que reducirá el salario, con lo que el beneficio del capital aumentará y, por consiguiente, los ingresos de la clase capitalista. La redistribución de la renta en beneficio de esta clase incitará al aumento del ahorro y acelerará el ritmo de la acumulación, con lo cual quedará restablecido el equilibrio entre el aumento de población y la tasa de acumulación.

El otro resorte es un cierto cambio de las proporciones entre el trabajo y el capital, que en la realidad no son absolutamente rígidos, aunque tampoco posean la capacidad absoluta de sustituirse mutuamente. Estos cambios serán, a su vez, consecuencia de la variación del precio de los factores de producción, es decir: la reducción o elevación del salario respecto al movimiento del beneficio sobre el capital.

En cualquier caso, de lo que se trata es de utilizar la redistribución de la renta nacional como mecanismo para lograr el equilibrio.

El mecanismo de la redistribución juega a su vez un papel en la nivelación de los ritmos de crecimiento natural y garantizado solamente en el caso de que la parte del ahorro en el beneficio sea superior, y la parte del ahorro en el salario, inferior al nivel de la tasa del ahorro en la renta nacional global necesaria al punto crítico del ahorro.

Así pues, respondiendo a la pregunta de cuáles son las condiciones que aseguran que los ritmos de crecimiento garantizado y natural se nivelen en la vida real, Meade llega a una conclusión que está en abierta contradicción con las que se derivan de su análisis del equilibrio en las condiciones del esquema clásico.

El cambio en la distribución de la renta entre el trabajo y el capital, siendo la parte del ahorro en el beneficio superior a la parte del ahorro en el salario; he aquí el mecanismo que permitirá nivelar la desproporción entre ambos ritmos de crecimiento. Se repiten bajo una forma nueva las recetas prekeynesistas contra el mal de la

desocupación: la libre reducción del salario. Meade añade a esta vieja receta la exigencia categórica de que se aplique una política crediticio-monetaria que asegure la estabilidad de los precios relativos, ya que solamente así podrá la competencia asegurar la redistribución real de la renta, necesaria para restablecer el equilibrio.

No es fortuito el que en el modelo neoclásico de Meade se atribuya al Estado únicamente un papel estabilizador indirecto. A juicio de los neoclásicos, el Estado, con el ilimitado aumento de sus gastos, es un factor de desestabilización. En toda su concepción teórica tratan de demostrar que, para lograr un crecimiento estable, firme, lo que hace falta no es la acción compensadora del Estado con sus gastos inflacionistas, como pensaban Keynes y sus discípulos, sino la estabilidad del sistema monetario, que se asegura mediante la política crediticio-monetaria del Banco central. Entonces, dicen, funcionará el mecanismo de redistribución de la renta como la mejor forma de asegurar el pleno empleo de los recursos y el crecimiento estable de la renta nacional.

A propósito de esto, unos autores de manera velada, como Meade, y otros más franca y abiertamente, aluden a otra premisa importante de «la acción» de este sistema: la ausencia de fuertes sindicatos obreros que obstaculicen la reducción del salario, la posible competencia sin límites, entre los obreros y también entre los capitalistas.

Partiendo de todo lo expuesto, estimamos que, en comparación con los neokeynesistas, los neoclásicos dan un paso atrás en el conocimiento del mecanismo de la producción capitalista. Ello se manifiesta, ante todo, en su completa ignorancia de los problemas de la realización, que la economía política burguesa coloca en primer plano, y en lo cual el mérito corresponde sin duda alguna al keynesismo. El problema es tratado en el plano de los gastos y de una combinación de factores tal que con el mínimo de gastos arroja el máximo de beneficios. Mas la práctica ha demostrado que el mínimo de gastos, y en particular si la economía se hace a expensas del salario, trae al capitalismo resultados totalmente desfavorables: la demanda de la población disminuye, y las condiciones

de realización empeoran. Los keynesistas lo comprendieron; pero los neoclásicos quieren desconocerlo.

Hay que añadir que los keynesistas comprendieron también que en nuestros tiempos no es posible partir de que exista o pueda ser restablecido un sistema flexible de precios, y que no hay que contar con que desaparezcan los sindicatos obreros. La inflexibilidad del sistema de precios, las dificultades para reducir el salario por procedimientos directos, así como el reconocimiento del mismo como uno de los elementos de la «demanda efectiva», llevaron a Keynes y sus discípulos al único modo real en manos del capitalismo de asegurar condiciones generales para su ulterior crecimiento, es decir: al empleo de los gastos estatales como medio para favorecer la expansión económica.

El lado más débil de la teoría neoclásica del crecimiento es el intento de resolver el problema del equilibrio ignorando el de la realización. Es curioso que, a diferencia del teórico Meade, los economistas vinculados a la práctica y al análisis estadístico se dan perfecta cuenta de que los modelos basados en el estudio de los factores de producción y sus correspondientes pronósticos, no pueden dar una respuesta a los problemas de la realización. Estos modelos pueden explicar el nivel potencialmente posible de la producción, pero no pueden decir absolutamente nada de sus condiciones de realización. Hablan de las posibilidades de la producción, pero no demuestran de qué condiciones depende la utilización de dichas posibilidades, y, por tanto, el nivel real de producción, que en las condiciones del capitalismo puede desviarse sensiblemente del nivel potencialmente posible.

Capítulo V

FUNCIONES DE PRODUCCION Y ANALISIS DE LOS FACTORES DEL CRECIMIENTO ECONOMICO

La teoría neoclásica de la producción que hemos examinado, fue el punto de partida de un nuevo enfoque por la economía política burguesa del análisis de los problemas macroeconómicos. Entre éstos, adquirió mayor importancia el de la valoración cuantitativa del papel de los diversos factores del crecimiento, que fue solucionado a base de la idea de la función de producción, mediante la cual la teoría neoclásica de la producción trataba de expresar sus postulados esenciales. Y así, la propia teoría neoclásica de la producción, al aplicarse al análisis de los problemas macroeconómicos, se transformó en teoría del crecimiento. En esencia, esta transformación puede definirse como el desplazamiento del problema de determinar el «precio» de los factores productivos y justificar el sistema vigente de distribución de la renta hacia la investigación de los factores macroeconómicos del crecimiento[1].

[1] «La teoría macroeconómica de la producción se funde imperceptiblemente con la teoría de la distribución; es difícil hablar de

1. SIGNIFICADO Y PREMISAS DE LA FUNCION DE PRODUCCION COBB-DOUGLAS

Los tipos más difundidos de funciones de producción utilizados en el análisis teórico y estadístico, son actualmente las diversas versiones modernizadas de la función Cobb-Douglas.

En 1928, el economista americano P. Douglas hizo, en colaboración con el matemático Cobb, la primera tentativa de determinar empíricamente cómo influyen el gasto de capital y de trabajo sobre la magnitud de la producción en la industria de transformación de los Estados Unidos. Querían comprobar si, en efecto, el análisis estadístico podría confirmar la existencia de las leyes de la productividad máxima[2].

En su análisis, P. Douglas utilizó tres índices que reflejaban: la dinámica del capital fijo durante los años 1899-1922, la cantidad de horas-hombre realizadas por los obreros y empleados y el volumen físico de la producción en la industria de transformación de los Estados Unidos. En posesión de estos índices, se asignó tres objetivos:

1) Determinar la fórmula que describiera con mayor exactitud el carácter de la relación entre el aumento de la producción de un lado, y el del gasto de trabajo y de capital de otro.

2) Hallar los parámetros de esta fórmula.

3) Comparar los índices obtenidos a base de esta fórmula con el aumento efectivo de la producción; determinar el grado de aproximación de la magnitud de la producción prevista al de la efectiva.

La parte matemática del trabajo fue realizada por Cobb. Este partió de unas premisas basadas en los datos siguientes:

---

la una sin traspasar las fronteras de la otra —escribió el economista americano R. Solow.— Del mismo modo, si la teoría de la producción se examina en términos macroeconómicos, ésta se funde insensiblemente con la teoría del crecimiento económico». (R. Solow. *Some Recent Theoretical and Empirical Developments in Production Theory.—The Theory and Empirical Analysis of Production*, New York—London, 1967, p. 28.)

[2] Véase P. Douglas. *The Theory of Wages*, New York, 1957.

a) La producción es función de sólo dos factores: el trabajo y el capital, los cuales pueden sustituirse el uno al otro de modo infinito.

b) La restitución por cada unidad de trabajo y de capital es constante.

c) El grado de intensidad del trabajo empleado y del capital es constante.

d) La dependencia es de carácter lineal, es decir: que si ambos factores se incrementan en m veces, la producción aumentará igualmente en m veces. Dicho de otro modo: si la relación entre el trabajo y el capital no varía, si el equipamiento en bienes capitales permanece constante, la producción aumentará sólo en la medida en que crezcan ambos factores de producción. Esto indica que la restitución, o eficiencia de los factores productivos, no depende de las dimensiones de la producción (*constant returns of the scale*).

De acuerdo con estas condiciones, se optó por la función de tipo $Y = AK^{\alpha}L^{\beta}$, en la cual A, α y β representan sus parámetros.

A es el coeficiente de proporcionalidad, y α y β, los índices que expresan la influencia de cada factor sobre el volumen de producción, o coeficiente de elasticidad del gasto de trabajo y capital. Los parámetros α y β son obtenidos a base del método de los cuadrados mínimos, suponiendo que $\alpha + \beta = 1$. La magnitud A resultó igual a 1,01; α, igual a 0,25; β, igual a 0,75, y toda la función tomó la forma

$$Y' = 1{,}01K^{0{,}25}L^{0{,}75}.$$

La comparación del índice del volumen efectivo de la producción con el obtenido mediante la fórmula expresada demostró que el índice calculado refleja la tendencia general de la dinámica de la producción. Las oscilaciones estaban ligadas al hecho de que la función obtenida no reflejaba el aumento o el descenso de la producción originados por el aumento o disminución del potencial de producción utilizado. «En los períodos de depresión, un amplio porcentaje de capital fijo queda fuera de uso, y, por consiguiente, nuestro índice exagera las magnitu-

des relativas del que utiliza. Por el contrario, en los períodos de prosperidad, el efectuar horas extraordinarias y turnos suplementarios, conduce a una mayor intensidad en la utilización del utillaje; como resultado, nuestro índice minimiza los cambios habidos entre los períodos de depresión y de reanimación... Es de esperar, por eso, que el índice calculado de producción, Y', construido a base de los índices L y K, habrá de ser superior al índice efectivo de producción, Y, en los momentos de depresión, e inferior a Y en los de prosperidad». Así se expresaba P. Douglas[3]. La comparación demostró que en los años 1908, 1911, 1914 y 1921, el índice calculado de Y' fue superior al efectivo en un 9, 7, 1 y 8% respectivamente. En los años de recesión, o de ligera depresión, de 1900, 1903, 1904 y 1910, Y' fue superior en un 6, 2, 1 y 1% respectivamente.

En los años de reanimación y prosperidad de 1902, 1905, 1906, 1907, 1912, 1913, 1916 y 1922, Y' fue inferior en un 1, 7, 7, 2, 4, 5, 7, y 13% respectivamente. Todas estas oscilaciones se reflejan en la tabla de la pág. 106.

Así pues, los índices obtenidos con el cálculo teórico forman una línea en torno a la cual oscilan más o menos los datos reales.

Las investigaciones de Douglas y Cobb tuvieron dos incidencias importantes:

En primer lugar, obtener la valoración empírica de los parámetros α y β de las funciones fue, para los adeptos de la teoría neoclásica de la producción que lo lograron, la confirmación de los postulados reales de esta teoría. Se trata de que, en el supuesto de que el «precio» de los factores de producción, es decir, el beneficio y el salario, sean iguales a sus productos máximos (como se desprende de la teoría neoclásica de la producción), y de que los productos máximos, a su vez, se determinan por el trabajo y el capital como funciones derivadas parciales, entonces α y β, en la función $Y = AK^{\alpha}L^{\beta}$, y a condición de que $\alpha + \beta = 1$, podrán medirse como partes correspondientes al capital y al trabajo en la renta nacional.

---

[3] P. Douglas. *The Theory of Wages*, p. 135.

Si designamos con P y W el nivel del beneficio y del salario, tendremos:

$$P = \frac{\delta Y}{\delta K} = \alpha \frac{Y}{K}; \quad \alpha = \frac{PK}{Y};$$

Indices real y calculado de la producción en los EE.UU.[4] (en %)

Años	Indice de producción de Day (Y)	Indice calculado por la fórmula (Y')	Desviación Y' de Y (Y' — Y)	$\frac{Y' - Y}{Y} \cdot 100$
1899	100	101	+1	+1
1900	101	107	+6	+6
1901	112	112	0	0
1902	122	121	—1	—0,8
1903	124	126	+2	+1,6
1904	122	123	+1	+0,8
1905	143	133	—10	—7
1906	152	141	—11	—7
1907	151	148	—3	—2
1908	126	137	+11	+9
1909	155	155	0	0
1910	159	160	+1	+0,6
1911	153	163	+10	+6,5
1912	177	170	—7	—4
1913	184	174	—10	—5,4
1914	169	171	+2	+1,1
1915	189	179	—10	—5
1916	225	209	—16	—7,1
1917	227	227	0	0
1918	223	236	+13	+6
1919	218	233	+15	+7
1920	231	236	+5	+2,2
1921	179	194	+15	+8,4
1922	240	209	—31	—13

1 — Total de las desviaciones sin tener en cuenta el signo —102% (columna 4).

2 — Desviación media $\frac{102}{24} = 4{,}3\%$.

3 — Total de las desviaciones, teniendo en cuenta el signo =— 51,3+ +50,2 =—1,1.

4 — Desviación media, teniendo en cuenta el signo = 0,04.

[4] Ibid., p. 134.

es decir: que α será la parte de la renta correspondiente al capital.

$$W = \frac{\delta Y}{\delta L} = \beta \frac{Y}{L}; \quad \beta = \frac{WL}{Y};$$

por consiguiente, β será la parte de la renta correspondiente al trabajo.

El cálculo de estas partes en las estadísticas burguesas da con frecuencia cifras del orden de 0,25 y 0,75, y en esa proporción resultaron los parámetros α y β calculados en este caso con el método de los cuadrados mínimos.

Estos coeficientes resultaron tan «acertados», correspondían a tal punto a la teoría neoclásica de la producción, que los índices de distribución de la renta nacional comenzaron a utilizarse sin grandes vacilaciones en muchas investigaciones, particularmente en las primeras fases del análisis de los factores como índice de la elasticidad del ingreso (o producción) por el trabajo y el capital.

En segundo lugar, aunque la función Cobb-Douglas era de carácter estadístico y reflejaba la combinación óptima de los costos para realizar una cantidad dada de producción, dio comienzo a una gran abundancia de trabajos sobre la valoración cuantitativa del papel de los diversos factores de crecimiento económico. La premisa de esta investigación fue la elaboración de las versiones modernizadas de la función Cobb-Douglas, que incluían el progreso técnico.

Pero antes de pasar a demostrar en qué dirección se orientó la ulterior elaboración de las funciones de producción, intentaremos ver con más detenimiento el contenido económico de la función Cobb-Douglas: $Y = AK^{\alpha}L^{\beta}$.

El volumen físico de la producción (Y) es aquí la función exponencial de variables independientes y a la vez relacionadas entre sí: el gasto de capital (K) y el de trabajo (L), y donde α y β son respectivamente los parámetros de la función.

Si realizamos una serie de operaciones matemáticas con dicha función (con la logaritmación y la diferenciación consiguientes), puede ésta expresarse en ritmos de crecimiento: $y = ak + \beta l$, donde y, k y l son respectiva-

mente los ritmos de incremento de la producción (renta), del capital y del trabajo. Esta fórmula demuestra con claridad que α y β son los coeficientes de la elasticidad de la renta debidos al trabajo y al capital respectivamente. α nos dice en qué porcentaje se eleva la producción con un aumento del capital del 1%, y manteniéndose fijo el otro factor. En iguales condiciones, β expresa la cuantía del incremento de la producción con un aumento del trabajo del 1%. La suma de ambos coeficientes expresa en qué porcentaje crece la producción con un aumento simultáneo de los factores del 1%.

La suma de los parámetros puede ser igual a la unidad, y puede no serlo. Si $\alpha + \beta = 1$, ello quiere decir que con un aumento simultáneo de cada uno de los factores del 1%, el incremento de la producción también será del 1%. Es la premisa de la función lineal homogénea que expresa la eficiencia constante, independientemente del volumen de la producción (*constant returns of the scale*). Si $\alpha + \beta > o < 1$, ello indica la acción de algunas causas que elevan o reducen «la restitución» de los factores a consecuencia del incremento del propio volumen de producción.

La importancia de los parámetros de las funciones (α y β) no radica sólo en que permiten valorar el papel de cada factor productivo en el incremento de la producción. Determinan también una serie de otras importantes categorías del análisis de las interrelaciones de producción. Gracias a ellos podemos obtener los índices del producto máximo o la eficacia de utilización de cada uno de los factores. Estos índices expresan cómo varía la función, o producción y renta, en relación con la variación de uno de los factores, cuando los restantes permanecen constantes. Si en la función $Y = AK^{\alpha}L^{\beta}$ diferenciamos K y L, obtendremos los índices correspondientes del producto máximo del capital y del producto máximo del trabajo:

$$\frac{\delta Y}{\delta K} = \alpha \frac{Y}{K}; \quad \frac{\delta Y}{\delta L} = \beta \frac{Y}{L}.$$

Los coeficientes α y β expresan, por consiguiente, la correlación entre la productividad máxima y media de los factores.

El concepto de productos máximos y su valoración estadística se utiliza en la solución de los problemas de autosustitución de los factores y en el cálculo de la norma máxima de sustitución. Si el incremento de una parte pequeña del capital compensa el descenso determinado en la producción por la correspondiente disminución de gasto de trabajo, entonces, mediante la fórmula de los productos máximos podemos plantear la siguiente igualdad: $\frac{\delta Y}{\delta K} \cdot dK = -\frac{\delta Y}{\delta L}$, o bien:

$$\alpha \frac{Y}{K} \cdot dK = -\beta \frac{Y}{L} \cdot dL; \quad \text{de aquí que } \frac{dK}{dL} = -\frac{\beta}{\alpha} \cdot \frac{K}{L}.$$

La expresión $\frac{dK}{dL}$ es el coeficiente de la tasa máxima de sustitución de un recurso por otro, que indica cuántas unidades de capital son necesarias para remplazar una unidad de gastos de trabajo manteniendo invariable la cantidad de producción. Como se ve, con un pertrechamiento dado de bienes capitales, la fórmula determina la correlación de los parámetros de la función $\left(\frac{\beta}{\alpha}\right)$.

Otra categoría importante del análisis es el concepto de *elasticidad de remplazamiento* o *elasticidad de sustitución*. Esta se define como correlación entre los ritmos de sustitución de uno de los factores de producción por otro y los ritmos de variación de sus productos máximos.

$$\delta = dln \frac{K}{L}; \quad dln - \frac{\frac{\delta Y}{\delta K}}{\frac{\delta Y}{\delta L}}.$$

Si llamamos E al ritmo medio de crecimiento con el índice correspondiente, la elasticidad de la sustitución se expresará con la siguiente fórmula:

$$\delta = \frac{E_K - E_L}{E_{\frac{\delta Y}{\delta L}} - E_{\frac{\delta Y}{\delta K}}}.$$

La elasticidad de sustitución es un importante concepto tecnoeconómico. Demuestra la relación que guardan la variación del ritmo de incremento del trabajo y del capital por un lado, y sus productos máximos por otro. Si la elasticidad de sustitución es igual a 1, ello sig-

nifica que la relación entre la disminución del producto máximo del capital y la del máximo producto del trabajo es exactamente igual a la relación entre el incremento del capital y el incremento del trabajo.

Si la elasticidad de la sustitución es superior a 1, el cambio que se opera en la correlación de los ritmos de incremento de los productos máximos del capital y el trabajo está ligado a cambios más importantes en el ritmo de incremento del capital en relación con el del trabajo.

Los adeptos de la teoría neoclásica de la producción parten de que los productos máximos del trabajo y el capital son proporcionales a sus precios. Por esa razón, éstos determinan la elasticidad de sustitución como correlación entre el ritmo de aumento del pertrechamiento de bienes capitales y los cambios en el ritmo del incremento del beneficio (E_p) y del salario (E_w), o sea:

$$\delta = \frac{E_K - E_L}{E_w - E_p}.$$

Es difícil estar de acuerdo con esta manera de enfocar la elasticidad de la sustitución. Ni el salario ni el beneficio, en las condiciones actuales del capitalismo, dan la posibilidad de ponderar el producto máximo de los factores productivos. No obstante, entre el movimiento de los «precios» reales de los factores productivos y su empleo en la producción existe una dependencia indudable. El aumento del salario es un motivo que incita a la sustitución del trabajo vivo por el trabajo pasado, a elevar el pertrechamiento de bienes capitales. Por el contrario, el bajo precio de la mano de obra es uno de los obstáculos al progreso técnico. La elección de métodos de producción que requieran más o menos consumo de capital por unidad de producción depende a menudo del nivel de los salarios.

Esta dependencia no es directa. No tiene un carácter lineal y se manifiesta como tendencia. Pero existe, y es importante, por lo que el estudio de la elasticidad de la sustitución en su sentido real se justifica plenamente.

En la teoría neoclásica moderna del crecimiento, la magnitud de la elasticidad de la sustitución tiene mucha importancia para la elección de las formas de las funciones de producción.

Se trata de que la magnitud de la elasticidad de la sustitución determina si la función de producción habrá de tener parámetros constantes o variables. Si dicha elasticidad es igual a la unidad, los parámetros de la función de producción permanecen constantes. En este caso se emplea la función Cobb-Douglas de que tratamos en el presente trabajo.

Si la elasticidad de la sustitución no es igual a la unidad, entonces la función de producción habrá de partir de parámetros variables de distribución, y será de otro tipo. Este tipo de función se elaboró por los destacados economistas-econométricos americanos Arrow, Chenery, Minhas y Solow, que en 1961 publicaron su trabajo *Sustitución del trabajo por el capital y eficiencia económica*[5]. Los autores de esta obra partían de que la elasticidad de la sustitución no es igual a la unidad, comprobando este supuesto mediante la investigación estadística.

La elasticidad de la sustitución en dicha investigación se caracterizó como magnitud que demuestra la dependencia entre el ritmo de aumento de la productividad de trabajo y el del aumento del salario. En el estudio estadístico se utilizaron datos de 24 ramas de la industria de transformación de 19 países. Los resultados de un análisis retrospectivo muestran que, de los 24 casos, sólo en dos la elasticidad de la sustitución se aproximaba a 1. En los 22 casos restantes, resultaron inferiores a 1 en diferentes grados, pero siempre más próximos a la unidad que a cero. Rechazando estos resultados empíricos se dedujo un nuevo tipo de función de producción denominada función CES, es decir: función con elasticidad constante de la sustitución (*Constant Elasticity Substitution Function*).

La función Cobb-Douglas tiene también elasticidad constante de sustitución (igual a la unidad); pero es solamente un caso particular de esta función de producción, más general, porque en ella la elasticidad de la sustitución no es forzosamente igual a la unidad. En la práctica

---

[5] K. J. Arrow, H. B. Chenery, B. S. Minhas, R. M. Solow. *Capital-Labor Substitution and Economic Efficiency.—The Review of Economics and Statistics*, August 1961.

esto significa que los coeficientes que definen la influencia de los factores de producción sobre el volumen de ésta no son constantes, y la parte de producción que cada uno de ellos sustituye varía también con el tiempo. Por ejemplo: si la elasticidad de la sustitución es inferior a la unidad, la parte del factor que crece con más rapidez en el producto nacional, por ejemplo, el capital, se reduce, y a la inversa.

El análisis de la elasticidad de la sustitución atrae actualmente la atención de muchos econométricos. Pero ¿tienen sus conclusiones una importancia esencial para el análisis del problema del crecimiento? En este aspecto, los criterios no coinciden. Algunos piensan que el problema de la elasticidad de la sustitución es importante en tres esferas del análisis: 1) en el problema de la estabilidad del crecimiento económico; 2) en la investigación de la influencia que ejercen los cambios de la oferta de los factores de producción sobre sus precios relativos; 3) en el análisis de los problemas de la distribución.

El economista americano Zvi Griliches afirma que «desde el punto de vista de la estimación de las funciones de producción y el análisis de las fuentes del aumento de la productividad, la elasticidad de la sustitución es un parámetro de segundo orden»[6]. Mediante el cálculo numérico, Griliches demuestra en particular que, incluso aunque se reduzca en dos veces la elasticidad de la sustitución, su efecto sobre el ritmo general de crecimiento es insignificante.

El examen de las categorías del análisis económico relacionadas con la función de producción demuestra el papel tan importante que desempeñan en ella los parámetros α y β. Del modo de valorarlos, de su nivel e interpretación, depende, en definitiva, el resultado de este análisis.

Cobb y Douglas, como hemos visto, abordaron estos parámetros por vía empírica, utilizando el método de los cuadrados mínimos, y estableciendo a base de datos

---

[6] Zvi Griliches. *Production Function in Manufacturing: Some Preliminary Results.—The Theory and Empirical Analysys of Production*, New York—London, 1967, p. 285.

estadísticos reales la relación entre la producción y los gastos de trabajo y de capital. Este modo de abordar la cuestión nos parece más realista, aunque haya en él toda una serie de otras dificultades técnicas y metodológicas. No obstante, Cobb y Douglas interpretaron los resultados de su análisis en el espíritu de la teoría neoclásica vulgar de la producción, con lo que contribuyeron a que gran parte de los economistas occidentales utilizaran en sus investigaciones como parámetros α y β índices de distribución de la renta nacional, o en todo caso se orientaran por ellos.

Este es precisamente el punto más vulnerable de las funciones de producción utilizadas por los economistas burgueses como instrumento de análisis cuantitativo de las interrelaciones de la producción. Se trata de que la hipótesis de la relativa proporcionalidad de los productos máximos, «precios» de los factores de producción, y de las posibilidades que se desprenden de utilizar como parámetros de la función (coeficientes de elasticidad) los índices de distribución de la renta nacional, se refiere al modelo óptimo de producción con supuestos abstractos en extremo y rigurosas limitaciones en relación con la realidad. Este modelo presupone la homogeneidad del trabajo y el capital, un nivel único de salarios y beneficios y, por último, una libertad ideal de competencia gracias a la cual ningún obstáculo pueda impedir la variación relativa de los precios.

Sin embargo, la realidad está muy lejos de este género de supuestos, y, en particular, del modelo de perfecta concurrencia, para que pueda partirse de la hipótesis de que el «precio» de los factores de producción y sus productos máximos se han de nivelar inmediatamente. El despilfarro de recursos económicos, el paro obrero, la utilización incompleta crónica del potencial de producción, la dominación de los monopolios y el sistema «reglamentado» de precios, la organización de la clase obrera en sindicatos que obstaculizan la «libertad» del movimiento del salario (en particular hacia abajo), todo ello provoca en el nivel real del beneficio y el salario una desviación considerable del que dictan las condiciones óptimas.

Conviene indicar que este modo de determinar los parámetros de la función satisface cada vez menos a los economistas burgueses que comprenden la limitación, o más bien lo irreal, de las premisas que determinan esta manera de elegir los coeficientes. Citaremos algunas manifestaciones al respecto hechas en la conferencia de la Organización Internacional de Colaboración y Desarrollo Económico celebrada en París en 1964.

El destacado economista sueco E. Lundberg, refiriéndose especialmente al balance de las investigaciones de Denison, criticó este balance, en particular, por estar fundado en las premisas de la teoría de la productividad máxima. «La importancia relativa de los gastos factoriales (su peso) —dice Lundberg— se determina por la parte de los factores en la renta nacional... La enorme influencia que Denison pudo atribuir a la instrucción se debe al gran peso específico de los factores de trabajo, que constituyen el 70-75%. El bajo peso específico del capital (20-25%) determina la posición subordinada de este factor, y además deja mucho lugar para los remanentes. Todos conocemos las premisas irreales en que se basa este tipo de análisis de la función de producción (tales como la competencia, la elasticidad de la sustitución, lo constante de la eficacia, independientemente del volumen de producción). Es un método relativamente estático que ignora el que la economía actual no está, ni mucho menos, en una posición de equilibrio»[7].

El profesor Nield señaló que «el escepticismo se ha expresado principalmente en la crítica de los cálculos propuestos en la conferencia... Los cálculos esenciales estaban basados en la hipótesis según la cual el precio de cada «factor de producción» mide su contribución máxima neta al producto social»[8].

Después de haber puesto de relieve el contenido de los parámetros de la función Cobb-Douglas, es preciso detenerse especialmente en las limitaciones que dicha función presenta.

---

[7] *The Residual Factor and Economic Growth*, Paris, 1964, p. 68-69.

[8] Ibid., p. 271.

Hemos dicho ya que en la función Cobb-Douglas los factores de producción —trabajo y capital— pueden unirse en cualquier proporción y, por consiguiente, sustituirse ilimitadamente uno por otro para crear una unidad de producción. Por lo tanto, los coeficientes tecnológicos: pertrechamiento en bienes capitales por cada obrero, consumo de capital por unidad de producción y productividad del trabajo, pueden aquí intercambiarse según los diferentes ritmos de crecimiento de los factores de producción, como consecuencia de la sustitución (o economía) de un factor por otro. Al mismo tiempo, en la función Cobb-Douglas las normas de sustitución de un factor por otro, y de su relación mutua, están estrictamente fijadas y relacionadas. La cantidad de trabajo por unidad de producción depende del consumo de capital, y viceversa. Si

$$Y = AK^{\alpha}L^{\beta}, \text{ entonces tendremos}$$

$$1 = A\left(\frac{K}{Y}\right)^{\alpha}\left(\frac{L}{Y}\right)^{\beta}, \quad \text{de donde se deduce}$$

$$\frac{K}{Y} = \sqrt[\alpha]{\frac{1}{A\cdot\left(\frac{L}{Y}\right)^{\beta}}}, \quad \text{y} \quad \frac{L}{Y} = \sqrt[\beta]{\frac{1}{A\cdot\left(\frac{K}{Y}\right)^{\alpha}}}.$$

Aunque la función de producción Cobb-Douglas no excluye tampoco la posibilidad de cambios de los coeficientes tecnológicos y capitales, ésta requiere que dichos cambios se operen dentro de condiciones invariables. Esto significa reducir artificialmente las posibilidades del progreso técnico. Los valores de los coeficientes se ligan aquí entre sí por una dependencia funcional rígida, es decir: que la misión de un coeficiente es simultáneamente la misión del otro. Tal dependencia no es otra cosa que el traslado a un período ulterior de las condiciones concretas de movimiento del trabajo y del capital en el período precedente.

En realidad, la fijación de los parámetros es una de las serias limitaciones impuestas a la investigación de los procesos reales de una forma dada de función de producción. No obstante, nos parece que, en cierto modo, esta limitación no puede ser obstáculo al empleo de esta función. Cualquier modelo presupone la estabilidad de cier-

tos parámetros. La estabilidad de unos parámetros dados no impide el empleo de la función que examinamos para los pronósticos a corto plazo, ya que sus cambios están ligados a los grandes avances de la técnica de la producción y a la calificación de la mano de obra, y no pueden producirse de repente[9].

Es también muy importante otra limitación relacionada con la premisa de la igualdad a 1 de los parámetros de distribución. Esta igualdad significa que el incremento proporcional de mano de obra y de capital corresponde al incremento proporcional de la producción. Si ambos factores crecen en un 1%, la producción se incrementará también en el 1%. Esto es lo que, en concreto, expresa dicha condición. Si se infringe la proporción en el aumento de ambos factores, o sea: si el ritmo de crecimiento de un factor sobrepasa al del otro, el incremento de la producción será inferior al ritmo de aumento del factor cuyo crecimiento es más rápido. De aquí se desprende que en caso de incremento del pertrechamiento de bienes capitales (el capital crece más deprisa que la mano de obra que se emplea), el ritmo de aumento de la producción resultará menor que el de crecimiento del capital, y tendremos una tendencia a la elevación del consumo de capital por unidad de producción. La función Cobb-Douglas, en su forma clásica, es aplicable, por consiguiente, sólo en condiciones históricas en las que el progreso técnico requiera mayores inversiones y el aumento del pertrechamiento en bienes capitales no se acompañe de una economía de capital suficiente para compensar la tendencia al aumento del consumo de capital.

Sin embargo, a partir de los años 20 la tendencia predominante en los países capitalistas adelantados es la tendencia a la disminución del consumo de capital por unidad de producción, que demostró que el progreso técnico puede tomar forma cuando el aumento del pertrechamiento en bienes capitales se acompañe de un

---

[9] Véase B. N. Mijalevski. *Cálculos de perspectiva a base de los modelos dinámicos simples*, M., 1964, pág. 127; *Pronósticos en la economía capitalista*, M., 1970.

aumento tal de la productividad del trabajo, o de una economía en medios de producción, que posibilite la reducción del consumo de capital. Esta circunstancia resultó ser de bastante peso para reexaminar las condiciones inicialmente previstas de la función Cobb-Douglas.

2. DINAMIZACION DE LA FUNCION COBB-DOUGLAS Y DE LA VALORACION DEL PROGRESO TECNICO

La modernización de la función Cobb-Douglas se realizó en dos direcciones: la primera suprime la condición de igualdad a 1 de la suma de los coeficientes de la elasticidad (renuncia a las premisas de eficacia constante independientemente de las proporciones de la producción).

Con $\alpha + \beta = 1$ tendremos el tipo inicial de función de producción con eficacia constante de los factores productivos. Si $\alpha + \beta > 1$, esto significa que se eleva la eficacia de los factores productivos, y a la inversa, si es $\alpha + \beta < 1$, quiere decir que esa eficacia se reduce.

Hay que decir que P. Douglas también comprendía la limitación de su fórmula inicial, y aceptó la propuesta del matemático Durand de servirse de una fórmula más general en la que la suma de los coeficientes puede ser o no igual a la unidad.

La segunda dirección apunta al perfeccionamiento de la función Cobb-Douglas, y está ligada a la toma en consideración de la influencia del progreso técnico en forma de factor independiente, en calidad de tercera variable que influye sobre el aumento de la renta nacional. En relación con esto, en la función Cobb-Douglas se introduce el factor tiempo, que debe reflejar el cambio de la función de producción estática a un nuevo nivel por la influencia de toda una serie de cambios cualitativos que se unen en la denominación general de «progreso técnico». Tal cosa fue realizada por vez primera en 1942 por el conocido economista holandés J. Tinbergen, introduciendo en la fórmula Cobb-Douglas de tipo lineal

homogéneo (la suma de los coeficientes es igual a la unidad) el factor tiempo e^{rt}, o índice del trend.

$$Y = AK^{\alpha}L^{1-\alpha}e^{rt}.$$

«Así, pues —escribió Tinbergen—hemos tenido en cuenta la posibilidad de un aumento (y, posiblemente, de un descenso) de la eficacia del proceso de producción en el tiempo, y podremos incluir el elemento del progreso técnico en nuestro modelo»[10]. Explicando el concepto de «progreso técnico», escribió: «El incremento de la productividad del trabajo puede lograrse por dos medios diferentes: por el primero, la función de producción puede permanecer invariable, y aumentar el consumo de capital por unidad de producción. Por el segundo, podemos hacer variar la función, o dicho de otro modo, obtener un mayor volumen de producción con igual gasto de trabajo y de capital». En el primer caso, prosigue Tinbergen, el aumento de la productividad del trabajo irá inevitablemente acompañado de una reducción del rendimiento del capital. Esto está en ligazón con el proceso de mecanización, con la sustitución del trabajo vivo por el trabajo materializado («capital»). El aumento de eficacia se producirá sólo en caso de elevación simultánea de la productividad del trabajo y el rendimiento del capital. En la fórmula indicada esto se expresa con el índice e^{rt}.

La diferenciación logarítmica de esta función da la expresión correspondiente en ritmos anuales de crecimiento,

$$y = \alpha k + (1-\alpha)\, l + r$$

donde: y es el ritmo de producción, o renta;
k, el ritmo de incremento del capital;
l, el ritmo de aumento de la mano de obra;
r, el ritmo de incremento de la producción como resultado de la elevación de la efectividad total, o «progreso técnico».

Fue precisamente este tipo de función de producción (y su modificación) la que en los años 50 empezó a utili-

[10] J. Tinbergen. *Selected Papers*, Amsterdam, 1959.

zarse ampliamente por los economistas americanos para valorar el papel de los diversos factores de crecimiento, y particularmente la significación del progreso técnico.

Para comprender el sentido y grado de condicionalidad de las valoraciones obtenidas con esta función, es preciso tener en cuenta las dos particularidades siguientes, a base de las cuales se hacen estas valoraciones:

Primera: cuando se utiliza la función dinámica Cobb-Douglas, se particularizan dos tipos de influencia sobre el volumen de la producción (o su índice de crecimiento): una *cuantitativa*, relacionada con los cambios de volumen de los medios de producción empleados (trabajo y capital), que determinan modificaciones en la propia función (*movimiento* longitudinal) y otra *cualitativa* que determina el *cambio* de la función. Estos dos tipos de influencia no están en esta función ligados entre sí. La magnitud y puede crecer tanto por el cambio de l como por el de k, o por el de ambos a la vez, así como también por el cambio de r, que eleva toda la función a un nuevo nivel. El índice r parece concentrar en sí todos los cambios cualitativos que se operan en la economía con las innovaciones técnicas, con un mayor nivel de instrucción y de calificación de la mano de obra, y el mejoramiento de la organización de la producción. Pero no está ligado al aumento de los gastos básicos, caracterizándose por el llamado progreso técnico inmaterializado (*disembodied*). En la literatura de Occidente, r recibió diversas denominaciones. La más difundida es la de ritmo de progreso técnico, o de cambios tecnológicos[11].

Hay que tener en cuenta que el contenido de este término se diferencia, por un lado, de la noción corriente del progreso técnico como intensificación del proceso de

[11] El índice r tiene otras múltiples denominaciones: ritmo de incremento «de la productividad por la unidad de gastos», o «índice de eficacia» (Schmokler); «productividad total factorial» o «cambios en la eficacia de la producción» (Kendrick); «índice de cambios técnicos» (Solow), e incluso «medida de nuestra ignorancia» (Abramóvitz). E. Domar trató de elegir entre estos términos, y cómo, al parecer, ninguno le satisfizo, retuvo el término de «remanente», aunque a veces se inclina a llamarlo «índice de cambios tecnológicos». (E. Domar. *On the Measurement of Technological Change.—The Economic Journal*, December 1961. vol. LXXI).

mecanización del trabajo ligado al aumento del pertrechamiento de bienes capitales, y por otro, de los cambios en la propia técnica de la producción. En el presente caso, el término de «progreso técnico» tiene ya una acepción más estrecha que esta corriente, por cuanto no incluye el proceso de sustitución del trabajo vivo por el trabajo pretérito. Y al mismo tiempo es más amplia que la usual ya que, además, de los cambios técnicos, abarca toda una serie de otras mejoras cualitativas en la economía: un mayor grado de instrucción, el perfeccionamiento de la organización y la gestión, el incremento del volumen de la producción, etc.

Así pues, r interviene aquí como un índice singular y complejo del crecimiento de la eficacia económica de todos los factores de producción no ligados al incremento del capital y del trabajo. Por ello no es casual que en la investigación del problema de la eficacia económica, la valoración de las consecuencias que tienen para la economía los cambios tecnológicos, el gasto del llamado capital inmaterializado, etc., aparezcan en la literatura económico-estadística moderna burguesa muy ligados a la medición e investigación de este índice.

La segunda particularidad de esta valoración radica en que se toman como parámetros de la función los índices de distribución de la renta nacional. Ya hemos indicado anteriormente la extraordinaria condicionalidad de este modo de enfocar la valoración de los parámetros de la función, vinculado a la teoría vulgar de los factores de producción.

Los primeros cálculos de interés hechos a base de la función dinámica Cobb-Douglas fueron obtenidos por J. Tinbergen.

Basándose en datos de los años 1870-1914 sobre la dinámica del capital, los obreros y empleados y el volumen de producción de cuatro países: Alemania, Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos, tomando como parámetros α y $(1-\alpha)$, y como partes del capital y del trabajo en la renta nacional, 1/4 y 3/4 respectivamente, Tinbergen obtuvo los resultados siguientes: en Alemania, los factores extensivos, o sea, el aumento de gastos de trabajo y de capital, aseguraron el 60% de la expansión,

y el progreso técnico, el 40%. En Gran Bretaña, los factores extensivos garantizaron el 80% de la expansión, y el progreso técnico, sólo el 20%. En los Estados Unidos, a los factores extensivos y al progreso técnico correspondió el 73 y el 27% respectivamente.

En el período elegido por Tinbergen, que se caracterizó particularmente por el crecimiento extensivo en los principales países capitalistas, la valoración del papel del progreso técnico cedía considerablemente a la de los factores extensivos del crecimiento: trabajo y capital.

En los años 50, los trabajos de una serie de economistas americanos, y en particular de R. Solow, J. Kendrick y E. Denison, dieron un nuevo impulso al análisis de los factores de crecimiento basado en la función dinámica Cobb-Douglas. Estudiando el desarrollo de la economía americana a partir de los años 20 del presente siglo, llegaron a la conclusión de que el factor decisivo del crecimiento económico era el progreso técnico, que aseguraba un brusco aumento de la efectividad de los gastos de la economía nacional. Sus cálculos confirmaban que en la presente fase de desarrollo de la producción capitalista, el progreso técnico, en el amplio sentido de la palabra que reúne los procesos de renovación y perfeccionamiento, de elevación de calificación e instrucción, de mejoras en la organización del trabajo, es decir: todos aquellos cambios cualitativos en la economía que son en medida considerable resultado de los gastos «no inversionistas» (gastos relacionados con la ciencia, la instrucción, etc.) y que adquieren cada vez mayor importancia para el crecimiento económico.

Examinemos con más detalle algunos de estos trabajos.

Cálculos de Solow. En los EE.UU. la dinamización de la función Cobb-Douglas se llevó a cabo por el conocido economista S. Solow sobre el mismo principio que lo hizo J. Tinbergen. Sirviéndose de la fórmula $y = \alpha k + (1-\alpha)l + r$, y tomando como índices estadísticos: a) producto nacional global en precios constantes, en el sector privado, con exclusión de la agricultura (según Kendrick); b) volumen del capital, exceptuando mercancías de uso duradero en el sector estatal, en la

agricultura y entre la población (según Goldsmith); c) índice de la parte del beneficio en la renta nacional igual a 35%, Solow llegó a las conclusiones siguientes en relación con el ritmo de los «cambios técnicos» en el transcurso de 1909-1949 en los Estados Unidos: en el curso de los años 1909-1929, este ritmo fue de 0,9%, y entre 1930-1949, se elevó al 2,25%. Incluso si trasladamos del primer período al segundo el año 1929 (este año registra un brusco descenso del ritmo motivado por la crisis que se desataba), la diferencia que subsiste es considerable: 1,2% en la primera mitad de dicho período y 1,9% en la segunda. En el curso de los 40 años, el ritmo anual medio de crecimiento, de los cambios técnicos, según los cálculos de Solow, fue de 1,5%.

Considerando además la productividad del trabajo como función del crecimiento del pertrechamiento de bienes capitales y del progreso técnico, Solow llegó a la conclusión de que cerca del 12,5% del incremento total de la productividad del trabajo (producción global por hombre-hora) en el período de 40 años se debe al aumento de nivel del pertrechamiento en bienes capitales, y el 87,5%, a los «cambios técnicos».

Cálculos de Kendrick. El método de valoración de los cambios técnicos propuesto por Solow no se diferencia en principio del método de cálculo llamado de productividad conjunta elaborado por el economista americano J. Kendrick. El mismo Solow escribe acerca de la afinidad de ambos métodos: «No sólo la forma usual de elegir los pesos para computar el índice agregado de gastos es algo análogo a mis premisas sobre la existencia de mercados competitivos de los factores productivos, sino que además, el índice obtenido mediante la división de la producción por la suma ponderada de los gastos parece tácitamente presuponer: a) que el progreso técnico es neutro, y b) que la función de producción agregada es estrictamente lineal. Ello explica por qué los resultados numéricos calculados por estos métodos son tan similares»[12]. De hecho, ambos métodos parten de premisas

[12] R. Solow. *Technical Change and the Aggregate Production Function.—Review of Economics and Statistics*, August 1957, p. 316.

idénticas, y las diferencias estriban sólo en la elección de la fórmula final de cálculo y de los datos que sirven de base a este cálculo.

J. Kendrick escribe[13] que su valoración de la productividad conjunta se basa en la función de producción según la cual el volumen de producción se determina por la magnitud de los gastos y la eficacia de su empleo. Esta eficacia, o productividad de los factores de producción, no puede medirse directamente. Se mide por vía indirecta como relación entre el producto real y el gasto de los factores de producción, sin tener en cuenta sus cambios de calidad o su eficacia. Kendrick compara la producción real del período II con el volumen de producción que habría en el mismo período II si la eficacia productiva de los factores siguiera siendo la misma que la del período I. Para valorar el ritmo de crecimiento de la productividad unificada (r), utilizada una fórmula según la cual este ritmo es igual a la suma de los ritmos de crecimiento de la productividad del trabajo y del rendimiento del capital, calculados de acuerdo con la parte del salario y del beneficio en la renta nacional.

Si empleamos los términos ya utilizados en el análisis de la función de Solow, esta fórmula resultará:

$$r = \alpha y_k + (1-\alpha)\, y_l,$$

donde: r es el ritmo de productividad conjunta;
y_k, el ritmo de rendimiento del capital;
y_l, el ritmo de incremento de la productividad del trabajo, y
α y $1-\alpha$, las partes de la renta nacional correspondientes al beneficio y al salario.

No es difícil demostrar que esta fórmula puede obtenerse partiendo de la que utilizaron en sus investigaciones Tinbergen y Solow, es decir:

$$y = r + \alpha k + (1-\alpha)\, l.$$

Si y_l e y_k son los ritmos de crecimiento de la productividad del trabajo y del rendimiento del capital, enton-

[13] Véase J. Kendrick. *Tendencias de la productividad en los EE.UU.*, M., 1967, pág. 21.

ces $y_k = y - k$ e $y_l = y - l$. Por consiguiente $l = y - y_l$ y $k = y - y_k$.

Sustituyendo l y k por estos valores en la igualdad precedente, tendremos:

$$y = r + \alpha(y - y_k) + (1 - \alpha)(y - y_l) =$$
$$= r + \alpha y - \alpha y_k + y - \alpha y - y_l + \alpha y_l.$$

De aquí que $r = \alpha y_k + (1 - \alpha) y_l$.

Así obtendremos, en suma, la fórmula del ritmo de crecimiento de la productividad conjunta utilizado por Kendrick.

A continuación ofrecemos un cuadro que describe los resultados de los cálculos de J. Kendrick para un período más largo que el previsto por Solow y a base de datos un tanto distintos.

Ritmo medio anual de crecimiento del producto real (excluyendo el sector estatal) e índices de la productividad (en %) [14]

Período	Producto real global	Producto real global por unidad de gastos			Producción global real por hombre-hora (no ponderado)
		Todos los factores	Trabajo	Capital	
1889-1957	3,5	1,7	2,0	1,0	2,4
1889-1919	3,9	1,3	1,6	0,5	2,0
1919-1957	3,1	2,1	2,3	1,3	2,6

Partiendo de estos cálculos, el aumento de la productividad del trabajo se debió al aumento de la productividad conjunta o eficacia de los factores de producción: en todo el período 1889-1957, en un 70,8%; entre 1889 y 1919, en un 65%; y entre 1919 y 1957, en un 80,8%.

En el ritmo de crecimiento del producto real global, el peso específico del ritmo de crecimiento de la productividad conjunta fue respectivamente, para estos mismos

[14] Véase J. Kendrick. *Tendencias de la productividad en los EE. UU.*, pág. 69.

períodos, de 50, 33 y 68%. Estas cifras indican la elevación considerable del ritmo de efectividad a partir de los años 20 del presente siglo, y el notable aumento de la «contribución» de la productividad conjunta en el ritmo general de crecimiento de la productividad del trabajo y de la renta nacional global.

De entre los cálculos basados en los mismos principios, para un espacio más corto de tiempo y un círculo más amplio de países, citaremos los datos del economista noruego Aukrust.

Ritmo medio anual del conjunto de los factores de crecimiento económico de 1949-1959 [15]

Países	Período	Producto interior global	Factores extensivos (trabajo y capital)	Factores intensivos (progreso técnico)	Peso específico del progreso técnico
Inglaterra	1949-1959	2,5	1,3	1,2	48,0
RFA	1950-1959	7,5	2,9	4,6	61,3
Noruega	1949-1959	3,7	1,4	2,3	62,2
Bélgica	1949-1959	3,0	0,9	2,1	70,0
Italia	1949-1959	6,1	1,8	4,3	70,5
Francia	1949-1959	4,5	1,2	3,3	73,3
Suecia	1949-1959	3,4	0,9	2,5	73,5

Este cuadro evidencia que en el período de posguerra, de la mitad a los dos tercios del ritmo medio anual de incremento del producto nacional global en los países capitalistas desarrollados correspondió al progreso técnico.

En los primeros momentos, estos descubrimientos causaron gran impresión. Sin embargo, surgió la cuestión siguiente: ¿Qué factores y en qué medida determinan el propio índice del progreso técnico? Este índice es complejo. Cambia por la acción de múltiples factores de diverso género: influencia de los cambios técnicos y tecnológicos,

[15] O. Aukrust. *Factors of Economic Development. A Review of Recent Research.—Productivity Measurement Review*, February 1965, № 40, p. 19.

elevación del nivel de instrucción y de calificación de la mano de obra, mejoras en la organización y dirección de la producción, aumento de la eficacia a consecuencia de la expansión de la producción, de la especialización y la cooperación. Pero, ¿en qué grado determina cada uno de estos factores el índice del progreso técnico?

La solución de este problema requirió nuevos métodos y enfoques del análisis cuantitativo, sobre todo en la línea de la desagregación del índice del progreso técnico.

Fue el economista americano Denison[16] el que primero y con mayor amplitud intentó desagregar el índice del progreso técnico. Pese a que en su trabajo hay mucho de discutible y de artificial, los resultados de su valoración, atraen sin embargo, la atención. Denison «depura» el índice del progreso técnico, sobre todo, de factores que aparecen ligados al mejoramiento de la calidad de la mano de obra mediante la elevación del nivel de instrucción y calificación de los obreros. Utilizando una serie de cálculos convencionales, llega a la conclusión de que en el curso de los años 1929-1957 este factor proporcionó el 23% del incremento total de la renta nacional. Señalaremos que esto es sólo inferior en 4 puntos al crecimiento de los propios gastos de trabajo, teniendo en cuenta la reducción del tiempo de trabajo y el aumento de la intensidad. Pese a lo convencional de las premisas y cálculos en que se basa, su conclusión es en general muy significativa. El autor la utilizó para demostrar la gran importancia que tiene continuar difundiendo y mejorando la instrucción como método para acelerar el ritmo potencial del crecimiento.

Elevando el índice general de gastos de trabajo a expensas de este factor, Denison llegó finalmente a la conclusión de que el progreso técnico (ya en un sentido más restringido del término) aseguró alrededor del 30% de los ritmos de crecimiento de la renta nacional[17].

---

[16] E. Denison. *The Sources of Economic Growth in the United States and the Alternatives before us*, New York, 1962.

[17] «Mi concepto de la productividad —indica Denison— es mucho más estrecho que el que generalmente se admite» (E. Denison. *The Sources of Economic Growth in the United States and the Alternatives before us*, p. 155).

Denison también intentó particularizar y determinar la influencia de los diferentes factores subalternos en el aumento de la productividad. Naturalmente que él era consciente de lo complejo de la tarea. «Es una tarea extremadamente difícil —escribe—. Pueden influir en la productividad infinidad de fuerzas y condiciones, pero no hay ningún modo de investigarlas todas. Es imposible distribuir entre las diversas fuentes la parte de la renta nacional que yo atribuyo a la productividad creciente con la misma objetividad que la parte atribuida a los gastos. Las valoraciones cualitativas son aquí inevitables»[18]. Entre las múltiples influencias que no se someten a valoración cuantitativa directa (ni indirecta), Denison separa el grupo de factores ligados, según sus propias palabras, a la categoría de gastos factoriales, como son: el espíritu de iniciativa, los incentivos de trabajo, el capital del Estado, los efectos de la expansión de la producción y una más amplia especialización, así como la influencia de los cambios de estructura de la producción.

La valoración de todos estos factores es bastante arbitraria. A nuestro modo de ver, no hay base suficiente para aceptarlas ni para impugnarlas. A todos estos factores tomados en su conjunto, Denison atribuye el 12% del incremento total del ingreso nacional. La parte restante de dicho incremento, obtenida por el aumento de la productividad (aproximadamente el 20%) la atribuye *al progreso de los conocimientos.* Es interesante su interpretación cualitativa de este concepto. Denison incluye en él los conocimientos tecnológicos y los relativos a la gestión, y subraya muy justamente la importancia de estos últimos. «Los progresos de la productividad —escribe— se ven a veces como el fruto de los conocimientos tecnológicos, lo que, naturalmente, es erróneo. Los avances colosales de la organización, dirección y distribución de la producción son visibles. Sería difícil encontrar una renovación técnica que, por su impacto sobre la producción, superase a la introducción de piezas

[18] E. Denison. *The Sources of Economic Growth in the United States and the Alternatives before us,* p. 160.

intercambiables, el sistema de cadena, el cronometraje y estudio de los movimientos con todas las consecuencias que de ello se derivan. Los progresos de la gestión y organización han reducido sensiblemente la necesidad de acumular stocks. Los planos de los edificios fabriles han cambiado radicalmente para permitir una más fácil afluencia de materiales, una distribución más cómoda de los locales administrativos. Entran en esta categoría el mejoramiento del plan de trabajo, la dirección del personal y las relaciones con los obreros, el perfeccionamiento de los métodos de evaluar y conseguir mercados poteuciales, así como toda la esfera de organización y dirección de las empresas y demás organismos de la producción»[19].

En cuanto a los «conocimientos tecnológicos» que elevan el rendimiento de la producción social, Denison dice que sólo una parte tiene su origen en los Estados Unidos, y el resto son importados de otros países en forma de patentes o licencias. Por cierto que él atribuye bastante importancia a esta fuente de elevación de los conocimientos, y no sólo en cuanto al pasado sino con vistas al porvenir, al pronosticar el incremento de la renta nacional en el futuro.

Resumiendo sus investigaciones, el autor concluye que el incremento de la renta nacional, en el período considerado, se debió en un 68% al aumento de los gastos de trabajo (teniendo en cuenta el mejoramiento de su calidad) y de capital, y en un 32%, a la mayor eficacia de la producción social, o del progreso técnico. De todos los factores de crecimiento económico examinados, cinco son particularmente importantes por su influencia en el incremento de la renta nacional. Estos son: el incremento del empleo (34%), la elevación de la instrucción (23%), el acrecentamiento de los gastos básicos (15%), el progreso de los conocimientos (20%) y la economía por la expansión ligada a la ampliación del mercado nacional (9%).

A base de estos cálculos puede obtenerse una información muy amplia. Por ejemplo: en la literatura econó-

[19] Ibid., p. 232.

mica suele citarse bastante el índice calculado por Denison del papel que la instrucción desempeña en el incremento de la renta nacional.

Los cálculos de Denison provocaron una viva reacción entre los economistas de los EE.UU., y también de Europa[20]. Aunque algunos de los argumentos de la crítica son de peso, en su mayoría destacan el carácter innovador de los trabajos de Denison, que permiten analizar los nuevos problemas económicos. El conocido economista francés, profesor Malinvaud, a propósito de los cálculos de Denison se expresó como sigue: «Deberíamos dar gracias a Denison por haber tenido la audacia de avanzar sus cifras sin temor al sarcasmo de todos los escépticos y charlatanes de nuestra profesión. Sus conclusiones son sin duda discutibles y contienen algunos supuestos absolutamente no demostrados, que difícilmente podemos aceptar tal como se presentan. Pero ¿acaso no es esto completamente natural en la etapa actual, si las consideramos únicamente como una primera tentativa? Todos podemos aquí recordar las primeras estimaciones de la contabilidad nacional y sus insuficiencias. Sin embargo, por imperfectas que fueran, hicieron posible la creación de un instrumento de trabajo del cual hoy no podemos prescindir»[21].

No obstante, no hay que olvidar que esta información es bastante convencional. Se basa en una serie de supuestos que hay que tener siempre en cuenta, pues al cambiar el supuesto, cambian también los resultados. El defecto esencial de los cálculos de Denison consiste en que la influencia de cada factor sobre el crecimiento de la producción se valora según su parte en la renta nacional. Hemos indicado ya cuanto tiene de irreal tal supuesto. El aumento de calidad de la mano de obra se calcula también sobre una serie de supuestos arbitrarios.

Lo esencial, lo más importante, desde el punto de vista práctico, que resultó de todas estas investigaciones, fue una nueva valoración del papel de la acumulación

[20] Véase, por ejemplo, M. Abramovitz. *Economic Growth in the USA*,—*American Economic Review*, September 1962; *The Residual Factor and Economic Growth*, Paris, 1964.

[21] *The Residual Factor and Economic Growth*, p. 457.

en el proceso de crecimiento económico. Partiendo de ello se arraigó la convicción de que el principal factor estratégico del crecimiento no es la inversión de capital sino los factores, a veces cuantitativamente imperceptibles, que hacen posible una mayor eficacia, sobre todo las inversiones destinadas a la ciencia y los gastos en el hombre.

Sin embargo, la conclusión de que una buena parte del incremento de la renta nacional en los países capitalistas desarrollados se debe al progreso técnico, sin ninguna relación con el aumento de las inversiones, pronto empezó a ponerse en entredicho. Se trata de que los cálculos de Denison, como los demás cálculos anteriormente citados, están basados en la total separación del efecto de los cambios cuantitativos y cualitativos. Este enfoque se relaciona con el progreso técnico «inmaterializado» (*disembodied*), del que se deduce lógicamente que puede asegurarse también un incremento de la renta nacional sin que aumenten los gastos materiales, mano de obra e inversiones, y esto, fuera de ciertos límites, es una hipótesis carente de sentido real. Muchos economistas comenzaron a señalar que existe una subestimación del papel que juega la acumulación en el proceso de expansión económica. En un espacio de tiempo breve, un aumento de la productividad y una economía en los gastos pueden tener lugar, en efecto, sin inversiones adicionales, merced a la racionalización de la gestión y organización de la producción, a pequeños perfeccionamientos, etc.; pero todos los grandes avances técnicos y tecnológicos van indefectiblemente unidos a nuevas inversiones, que son las portadoras materiales del progreso técnico.

El economista americano R. Solow, que realizó sus primeros cálculos precisamente a base del progreso técnico «inmaterializado», señaló ya entonces: «Esto no significa, naturalmente, que el ritmo de progreso técnico observado habría tenido lugar incluso si el ritmo de aumento de las inversiones hubiera sido insignificante o nulo. Es obvio que la mayoría de las innovaciones, quizá casi todas, para ser realizadas han de tomar cuerpo en nuevas construcciones y en bienes de equipo»[22].

[22] *Review of Economics and Statistics*, August 1957, p. 316.

No es casual por eso que las nuevas búsquedas se orientaran al análisis y elaboración de métodos de cálculo de la parte materializada del progreso técnico. Se hicieron diversas tentativas para separar la parte estipulada por el aumento de gastos básicos y que representa, por consiguiente, progreso técnico «materializado» (*embodied*). En este orden, jugó un importante papel metodológico la nueva obra de Solow publicada en 1962. En ella se dice: «Yo creo que la nueva tecnología puede introducirse en el proceso de producción únicamente a través de inversiones en nuevas obras y equipo industrial»[23]. Ni que decir tiene —señala el autor— que nadie puede afirmar con exactitud en qué medida esta premisa es más justa que otra totalmente contraria. Pero, a su juicio, los hechos hablan más en favor de la primera afirmación que de la segunda. Sobre esta base, Solow construye su función de producción, cuya particularidad principal es su método especial de calcular la magnitud de la reserva de capital: ésta se corrige en el sentido de elevar su productividad, partiendo del supuesto de que cada nueva serie (*vintage*) de inversiones es más rentable que la precedente. Resulta una magnitud de reserva del capital teniendo en cuenta su calidad (de modo análogo a como Denison consideraba la magnitud de gasto de trabajo contando con la elevación de su calidad, es decir, teniendo en cuenta una mayor instrucción y calificación).

El progreso técnico se incluye aquí en el índice de incremento del propio capital, y no requiere ser formulado por separado. Partiendo de la supuesta tendencia al crecimiento del empleo y la prolongación del tiempo de trabajo, teniendo también en cuenta el incremento de la productividad de los gastos básicos, Solow calcula la magnitud de la tasa de acumulación necesaria para alcanzar los ritmos de crecimiento propuestos.

El cálculo se hace para tres variantes de incremento de la reserva de capital, corregido por el ritmo de crecimiento

[23] R. Solow. *Technical Progress, Capital Formation and Economic Growth.—American Economic Review*, May 1962.

de la productividad de los elementos que lo componen: edificios y equipos industriales. Para una de las variantes (Y_3), el ritmo de crecimiento del rendimiento de los locales de producción y del utillaje constituyen respectivamente el 2 y el 4%; para la segunda (Y_4), el 3 y el 3%; y para la tercera (Y_5), el 3 y el 4%. Además se calculan los diferentes ritmos del incremento de los gastos de trabajo por hombre-horas: incremento rápido, 1,0%; incremento lento, 0,65%.

Sobre esta base inicial, se obtienen las siguientes variantes de la tasa de acumulación necesaria para obtener un 3; 3,5; 4; 4,5 y 5% de crecimiento.

Tasa de acumulación para los diversos ritmos de crecimiento [24] (en %)

Ritmos de crecimiento	3%	3,5%	4%	4,5%	5%
Crecimiento lento	9,9	11,2	12,4	13,8	15,0
Y_3 crecimiento rápido	9,2	10,4	11,7	13,1	14,3
Crecimiento lento	9,0	10,2	11,4	12,5	13,7
Y_4 crecimiento rápido	8,5	9,8	10,9	12,0	13,2
Crecimiento lento	10,1	11,3	12,6	13,9	15,3
Y_5 crecimiento rápido	9,4	10,8	12,0	13,3	14,7

De aquí puede concluirse que para que el ritmo de producción se eleve en un punto, pasando de 3,5 a 4,5%, la tasa de acumulación debe aumentar alrededor de un 20-25%, o sea, pasar de un 10-11% a un 12-14%. Esta es una conclusión bastante más moderada que la que resulta de los cálculos a base de la función de producción con progreso técnico «inmaterializado». Para que el ritmo de crecimiento aumente de un 3 a un 4%, manteniendo invariables las demás condiciones, tal función presupone

[24] R. Solow. *Technical Progress, Capital Formation and Economic Growth*, p. 85.

un aumento de la tasa de acumulación de alrededor del 40%.

Pueden citarse algunos ejemplos de desagregación del índice del progreso técnico.

Siguiendo el método de Solow, y basándose en una serie de cálculos empíricos, el economista americano M. Intrilligator llegó a la conclusión de que en los EE.UU., entre 1929 y 1958, el ritmo de aumento del progreso técnico materializado fue del 4%, y el del inmaterializado, del 1,67%. En el ritmo total de crecimiento del producto nacional global, correspondió el 17% al primero, y el 50% al segundo[25].

El economista americano Griliches realizó estudios similares basándose en los datos de la industria de transformación de los EE.UU. en los años 1947-1960. La valoración habitual del progreso técnico puso de relieve que más del 60% del incremento de la producción de ese período puede atribuirse, según sus palabras, a «la inexplicada categoría de los cambios técnicos».

Introduciendo después las correcciones correspondientes al mejoramiento de la calidad de la mano de obra por el aumento de los años de instrucción, así como las enmiendas adecuadas tendentes a calcular de modo más completo los llamados servicios del capital (el autor estima necesario utilizar, en lugar de la reserva neta, el ritmo de crecimiento de la reserva global, tener en cuenta la mejor calidad del utillaje, así como ciertas disparidades en los precios, etc.), Griliches hizo las siguientes deducciones:

Del 61% de «remanente», atribuye un 11% a un cálculo más completo del papel del capital; el 22%, a la elevación de la calificación de la mano de obra; el 2%, a economía en el aumento del volumen de producción. De este modo, la parte «inexplicada» del progreso técnico queda reducida, según sus cálculos, a un 18%[26].

---

[25] M. Intrilligator. *Embodied Technical Change and Productivity in the U.S. 1929-1958.—The Review of Economics and Statistics*, February 1965.

[26] *The Theory and Empirical Analysis of Production*, New York-London, 1967, p. 317.

El intento de separar del índice general del progreso técnico su parte «materializada» es, a nuestro juicio, una manera singular de superar la limitación de que adolece la función Cobb-Douglas a causa del carácter estático de sus parámetros. Ya hemos dicho anteriormente que la utilización de los índices de distribución de la renta nacional como parámetros de la función, se asienta en hipótesis excesivamente irreales, y en primer término, en el supuesto de la concurrencia perfecta y el establecimiento del precio de los factores de producción en correspondencia con sus productos máximos.

Por otra parte, la utilización del índice de distribución de la renta nacional lleva a que la acumulación de capital desempeñe un papel menos importante que el aumento del empleo. Si las partes del trabajo y del capital en la renta nacional son iguales al 0,75 y 0,25 respectivamente, ello significa que el 1% de aumento en el empleo eleva la renta nacional en un 0,75%, y el 1% de incremento del fondo básico la eleva sólo en un 0,25%. Es más, como el factor que crece rápidamente (el capital) obtiene un peso específico considerablemente menor que el que crece lentamente (el trabajo), el propio remanente, «progreso técnico», resulta aumentado.

(Por ejemplo: si el ritmo de crecimiento de la renta nacional es igual a 3,87%, la del capital a 3% y la del empleo a 1,5%. el ritmo del «progreso técnico» será: $r = 3{,}87 - (0{,}25 \times 3 + 0{,}75 \times 1{,}5)$; $r = 2\%$. La parte correspondiente del capital en los ritmos de crecimiento será igual a 19%; la del trabajo, a 31 y la del progreso técnico, a 50%.) Cuando los economistas burgueses separan el progreso técnico «materializado», tienen la posibilidad de conceder una mayor importancia a la acumulación del capital sin cambiar los parámetros de la función.

Los cálculos del progreso técnico «materializado» han «rehabilitado» en cierto grado, la importancia de las inversiones en capital básico, sin las cuales no es posible, no ya el crecimiento económico sino el propio progreso técnico. Estos cálculos hicieron posible la elaboración de conceptos más equilibrados acerca del papel de la acumulación productiva y no productiva en el proceso del crecimiento económico.

* * *

Aunque el análisis estadístico-económico de los factores de crecimiento a base de las funciones de producción avanzó mucho en comparación con los años 50, hoy se manifiestan bastantes dudas en cuanto a la exactitud de las conclusiones extraídas de dicho análisis. «Por lo que se ve —escribe R. Nelson— nuestros conocimientos son aún débiles, tanto en lo que respecta a las formas de dependencia funcional como igualmente en relación con las magnitudes de ciertos parámetros clave»[27].

En la crítica a que se someten hoy los diversos aspectos del análisis funcional de los factores del crecimiento económico, pueden distinguirse dos corrientes: una refleja la insatisfacción por lo conseguido, la búsqueda de valoraciones más exactas de los parámetros y formas más adecuadas de funciones de producción. Hay que señalar que esta crítica afecta con frecuencia a los postulados fundamentales de la teoría de la productividad máxima, sobre cuya base, por regla general, se determinan los parámetros de la función[28].

En cuanto a la segunda corriente de la crítica, lo que persigue es obtener de las funciones de producción una información para lo que no están destinadas. No hay que olvidar que las funciones macroeconómicas de producción, como todo instrumento de análisis macroeconómico, tan sólo dan, y no pueden dar otra cosa, las representaciones más generales de las interrelaciones de la economía nacional, y del papel de los factores agregados del crecimiento económico. No pueden reflejar aquellos cambios cualitativos en la economía que no se prestan a la valoración cuantitativa, o que no la tienen. Si dicha valoración se efectúa, en ella entrarán inevitablemente elementos de convencionalismo y subjetivismo. Así

---

[27] R. Nelson. *Aggregative Production Functions and Economic Growth Policy.—The Theory and Empirical Analysis of Production*, p. 481.

[28] Véase en particular *The Residual Factor and Economic Growth*, Paris, 1964.

pues, el análisis basado en las funciones de producción deberá completarse con otros métodos de análisis que, a pesar de todo, es dudoso que puedan sustituirlo.

Los métodos de apreciación de la eficacia de la producción social como forma de valoración del progreso técnico, que hemos examinado con un espíritu crítico hacia las teorías en que se basan, pueden ser uno de los instrumentos útiles para resolver los problemas de la medición de la productividad social del trabajo, o la eficacia de toda la producción social. Para la sociedad, como para una empresa por separado, tienen importancia, no sólo los gastos de trabajo vivo sino también los gastos de trabajo materializado, plasmado en los materiales e instrumentos de trabajo. Por tal razón, la dinámica de la productividad social del trabajo debe expresar un índice que represente el incremento de la producción por unidad de todos los gastos de trabajo, tanto vivo como materializado. Dicho de otro modo, debe expresar la economía de todos estos gastos, que puede lograrse por tres medios: por la economía del trabajo vivo, por la de trabajo pretérito plasmado en materiales, o por la economía de trabajo pretérito materializado en los medios de trabajo, o bien por la combinación de los tres medios.

Cada uno de estos índices no puede dar separadamente la valoración de la eficacia total de la producción. Por separado, son unilaterales. Claro está que lo ideal es cuando el incremento de la producción se acompaña de economía de trabajo, tanto vivo como pretérito, en mano de obra como en fondos básicos. Por consiguiente se plantea cómo valorar la eficacia general y compleja de la producción social sobre todo en los casos en que los índices parciales, unilaterales de eficacia, como son la productividad del trabajo y la restitución de fondos, dan resultados contradictorios.

Reconociendo que es necesario comparar el aumento de producción, no sólo con el gasto de trabajo vivo sino, al mismo tiempo, con el gasto de trabajo pretérito, y que hay que analizar cómo estos gastos influyen, por separado y en su conjunto, sobre el incremento de la producción, no tenemos tendencia alguna a subestimar la importancia

del trabajo vivo como factor activo del proceso de producción. Las consideraciones que aquí hemos hecho no indican en absoluto que, en el proceso de producción, el trabajo vivo y el materializado en los objetos e instrumentos de trabajo sean copartícipes con el mismo valor y derechos. El hombre y el trabajo vivo juegan el papel decisivo en el proceso de producción. El análisis de las dependencias cuantitativas cumple en este caso un papel independiente y limitado, y no pretende sustituir las interrelaciones causales profundas en que se basan los procesos de creación de valor.

Capítulo VI

CRECIMIENTO ECONOMICO Y EVOLUCION DE LA TEORIA DE LA DISTRIBUCION

1. DISTRIBUCION Y CRECIMIENTO ECONOMICO

El desarrollo de la teoría económica del crecimiento se enlaza estrechamente, en la economía política burguesa, con el retorno del interés por el problema de la distribución de la renta nacional entre las clases de la sociedad y con la aparición de nuevos aspectos de su análisis.

Como ya hemos visto, Keynes no estudió el problema de la distribución. (Era esta una de las condiciones institucionales que quedaron fuera de los marcos de su análisis). «La ley fundamental sicológica», que pretendía determinar la propensión de las gentes al consumo y, por consiguiente, al ahorro, era considerada por él como categoría extrasocial, determinada por factores externos, por circunstancias que no tenían relación alguna con su análisis.

Los creadores de la teoría neokeynesista del crecimiento, R. Harrod y E. Domar, tampoco examinaron estas «circunstancias», prefiriendo manipular categorías técnico-económicas, socialmente vacías, de la economía como organismo único.

Sin embargo, un análisis más profundo del mecanismo del crecimiento económico no podía dejar de llevar a muchos economistas burgueses a interrogarse sobre qué es lo que determina los propios «datos iniciales» que en los modelos del crecimiento económico se consideran condiciones constantes e invariables del desarrollo. Entre ellos estaba, en primer lugar, la dinámica y la parte del ahorro y el consumo en la renta nacional; la dinámica del coeficiente del capital-producto; el carácter del progreso técnico y sus fuerzas motrices, su influencia en las categorías fundamentales macroeconómicas del crecimiento. Sobre esta base surgen dos nuevos aspectos de la teoría del crecimiento económico, que se desarrollan con relativa independencia: el análisis macroeconómico del problema de la distribución de la renta nacional, y la teoría del progreso técnico. El objeto de este capítulo es analizar la teoría de la distribución ligada al examen de los problemas del crecimiento económico.

El desarrollo económico-social del capitalismo agudiza cada vez más el problema de la distribución de la renta nacional. Cuando la economía se halla monopolizada y los procesos de formación de los precios dependen, en medida notable, de la política de potentes uniones económicas del capital monopolista; cuando la clase obrera organizada en sindicatos dispone de fuerzas suficientes para defender sus conquistas, la lucha por la distribución y redistribución de la renta nacional no puede dejar de tomar formas que afectan al mecanismo de crecimiento de la economía en su conjunto.

Entre la distribución de la renta nacional, la tasa de acumulación y el ritmo de crecimiento, hay una profunda interdependencia interna. Para asegurar ritmos estables de crecimiento se necesita una correspondencia óptima entre la acumulación y el consumo, y, por lo tanto, de la distribución de la renta nacional entre las clases fundamentales de la sociedad; requiere cierta correlación entre la dinámica de coeficientes de la economía nacional como son la productividad del trabajo y el rendimiento del capital, y la dinámica de las categorías de la distribución: salario y ganancia.

No obstante, en las condiciones del capitalismo ese «óptimo» se logra a través de una lucha encarnizada de intereses opuestos, a través de una continua imposibilidad de realización, lo que genera profundas colisiones en la economía, manifestadas en las crisis y la inflación.

La lucha por la distribución de la renta nacional entre el trabajo y el capital, la ambición de las grandes firmas monopolistas de aumentar su parte en la «tarta nacional», influye sustancialmente en el mecanismo de la actual inflación. Paralelamente, al desvalorar los ingresos, la inflación lleva a que la lucha de la clase obrera por aumento de salarios sea una necesidad para preservar su parte real en la renta nacional.

Defendiendo los intereses del gran capital e identificando los intereses de éste con los del crecimiento de la renta nacional en su conjunto, los Estados burgueses modernos aplican, cada vez con más frecuencia, una «política de ingresos» que hoy se considera elemento integrante de la política de desarrollo económico a largo plazo. El objetivo inmediato de esta política es la estabilización de los precios. Sin embargo, su tarea estratégica de largo alcance, sobre cuya base pretenden estabilizar los precios, es asegurar proporciones tales en la distribución de la renta nacional que permitan mantener el ritmo necesario de crecimiento. Con la regularización del aumento de salarios, los gobiernos burgueses tratan de conservar una parte elevada de beneficios en la renta nacional, o asegurar su incremento para mantener la necesaria tasa de acumulación. Lo esencial de esta política es la exigencia de regular el aumento del salario real de acuerdo con el ritmo de crecimiento de la productividad del trabajo. Así pues, también la regulación estatal de la economía llegó hoy al problema clave de la distribución óptima de los ingresos. En los países capitalistas desarrollados se plantea la cuestión de que la garantía de un crecimiento económico equilibrado depende, en gran parte, de que se logre encontrar la solución satisfactoria de este agudo problema social.

El crecimiento económico que se opera a base de la revolución científico-técnica actual agudiza toda una serie de otros problemas sociales ligados a la distribución.

«La pobreza en medio de la abundancia» que padecen diversas capas sociales de la población, o regiones enteras de depresión, se hace particularmente escandalosa e insoportable. La desigualdad en la distribución es uno de los principales factores que impide a una serie de grupos sociales adquirir la instrucción y calificación adecuadas sin las que, en las condiciones presentes, no es posible escapar a las garras de la pobreza y la miseria. Al mismo tiempo, el acceso a la instrucción, incluso a la superior, no sólo de una élite social sino de las amplias masas trabajadoras, deviene un importante factor de crecimiento y de progreso técnico.

Esto es lo que induce al actual Estado burgués a adoptar ciertas medidas encaminadas a redistribuir la renta nacional, a suavizar las manifestaciones más indignantes de desigualdad social.

La interdependencia entre el crecimiento económico y la distribución de la renta nacional afecta intereses muy vitales de todas las clases y capas sociales de la sociedad capitalista. Por ello, el análisis de este problema no puede ser neutral, ni política ni ideológicamente.

La mayoría de los economistas burgueses que de uno u otro modo abordan el problema de la distribución parten de las posiciones de defensa del statu quo. La premisa inicial e incuestionable de su análisis es, por regla general, la obtención del máximo beneficio o, al menos, la conservación invariable de su parte en la renta nacional. Aquí se manifiesta el carácter apologético de esta teoría que, en definitiva, se convierte en fundamento de la política de ingresos del Estado burgués.

Al mismo tiempo, entre este grupo de economistas hay bastantes partidarios del reformismo burgués y pequeño burgués que valoran de modo crítico la experiencia del desarrollo capitalista y se pronuncian por una distribución más igualitaria de la renta nacional. Algunos justifican teóricamente la lucha de los sindicatos obreros por aumento de salarios. Entre ellos están, sobre todo, los neokeynesistas de izquierda.

Es éste el motivo de que en el estudio del problema de la distribución de la renta nacional, la economía política burguesa se distinga por la abundancia de enfoques

diversos y puntos de vista contrapuestos. Muchos comentaristas estiman que la situación en esta esfera de investigaciones es insatisfactoria en extremo[1].

2. TEORIA NEOCLASICA DE LA DISTRIBUCION Y LA «REVOLUCION ANTIMARGINALISTA»

El desarrollo de la teoría de la distribución de la renta nacional pasó por varias etapas. Ocupó el lugar central en el sistema científico de David Ricardo, para quien esta teoría era el fundamento básico de la economía política. En su carta a Malthus del 9 de octubre de 1820, escribió:

«Usted piensa que la economía política es la investigación de la naturaleza y del origen de la riqueza. Yo creo que habría que decir que es la investigación de las leyes que determinan la distribución del producto nacional creado entre las clases que han contribuido a su formación. No puede establecerse ninguna ley en cuanto a la cantidad general, pero lo que sí es posible es establecer una ley relativamente justa en relación con las proporciones. Estoy cada vez más convencido de que las investigaciones sobre lo primero son vanas y engañosas, y de que son las últimas las únicas que ofrecen verdadero interés para la ciencia»[2].

A este respecto, Marx señalaba: «Ricardo, que aspiraba a comprender la producción moderna en su estructura social determinada, que para el economista era la producción *par exellence*, declara precisamente por eso que el verdadero objeto de la economía política moderna no es la producción sino la distribución»[3].

Resumiendo los rasgos esenciales de la teoría de la distribución de Ricardo, puede decirse lo siguiente:

---

[1] Véase, por ejemplo, M. Reder. *Alternative Theories of Labor Share* en *The Allocation of Economic Resources*, Stanford, 1959; I. Scitovsky. *A Survey of Some Theories of Income Distribution* en *The Behavior of Income Shares*, Princeton, 1964.

[2] Citado por J. M. Keynes. *Teoría general del empleo, el interés y el dinero*, M., 1946, pág. 2.

[3] C. Marx y F. Engels. *Obras*, t. 46, I parte, pág. 33.

1. Al hablar del objeto de la distribución, Ricardo se apoyaba en los principios firmes y consecuentes de la teoría del valor por el trabajo. La «tarta nacional» que se reparte es el trabajo humano materializado, la cristalización del tiempo invertido por el obrero.

2. Ricardo trató de descubrir las leyes que rigen la distribución de este valor entre las clases fundamentales de la sociedad: obreros, capitalistas y terratenientes. Partiendo de condiciones estáticas, rígidas, de la acción de la ley de la productividad decreciente, él estimaba que el aumento de los ingresos de una parte de la sociedad trae consigo inevitablemente el incremento de su parte en el conjunto de la renta nacional y, por consiguiente, la reducción de la parte y del nivel de ingresos de la otra parte de la sociedad. De aquí, precisamente, se llegó a la conclusión de que existe una base objetiva para las contradicciones de clase irreconciliables en la sociedad burguesa.

3. La teoría de Ricardo, aunque en su base era estática, cosa que determinó el carácter limitado o erróneo de sus pronósticos a largo plazo, planteó, sin embargo, un problema dinámico muy importante: el de la dependencia entre el crecimiento económico y la distribución de los ingresos. Precisamente a base de las leyes de la distribución y del crecimiento investigadas por él, formuló la sombría perspectiva del estancamiento de la producción capitalista.

Ricardo consideraba que a medida que la población aumentase y que se cultivaran tierras cada vez menos fértiles, subirían los precios de los productos alimenticios. Con ello, son los terratenientes los que saldrían ganando, en virtud del aumento de las rentas. El beneficio de los capitalistas, base de la acumulación y de la expansión de la producción capitalista, se reduciría y decaería el estímulo a seguir acumulando. El alza de los precios ejercería sobre el salario una doble influencia, igualmente perniciosa desde el punto de vista del crecimiento económico: o se elevaba el salario nominal, y entonces se reduciría aún más la ganancia, o el salario real empezaría a descender, lo que disminuiría el estímulo para la sustitución del trabajo por el capital y, por

consiguiente, para acumular. En ambos casos, la acumulación del capital y el crecimiento económico serían más lentos.

Estas tesis fundamentales de la teoría de la distribución de Ricardo, en particular las dos primeras, predestinaron a esta teoría para ocupar el lugar que legítimamente le corresponde entre las fuentes de la teoría económica del marxismo. Al mismo tiempo, y precisamente por esto, la economía política burguesa oficial se apresuró a tomar sus distancias respecto de ella.

El desarrollo de la teoría de distribución de la renta nacional, al igual que el de la del valor, siguió en la economía política burguesa derroteros muy distintos. En los años 70 del siglo pasado se produjo la llamada revolución marginalista, en virtud de la cual en la economía política burguesa se entronizó durante muchas decenas de años la teoría neoclásica de la distribución, basada en la concepción de la productividad máxima. En el apartado 2 del capítulo IV hemos expuesto ya las categorías fundamentales de dicha teoría, y hemos sometido a crítica sus premisas económico-sociales y sus conclusiones. Allí quedó demostrado de qué modo esta teoría sirvió de estímulo a las investigaciones empíricas, realizadas con ayuda de las funciones de producción, sobre el papel de los diversos factores tecnoeconómicos de crecimiento. A este propósito, hemos subrayado, en particular, que estas investigaciones empíricas y las valoraciones obtenidas a base de las mismas, no tienen ligazón directa con las categorías de la distribución, que se determinan por otras fuerzas y requieren unos métodos de investigación totalmente distintos.

Veamos con más detenimiento el contenido y la evolución de esta teoría, en tanto que como teoría de la distribución de la renta nacional. Recordemos que, según dicha teoría, el ingreso de cada factor productivo (trabajo, capital y tierra) se determina por su «precio», que es proporcional al producto máximo que crea. El precio del factor productivo y su cuantía (es decir, la oferta) determinan también la parte que le corresponde en el producto social global. Así, esta teoría trasladó todo el enorme y multifacético problema de la distri-

bución a la esfera de las condiciones microeconómicas de formación del precio de los factores de producción. De ella se amputaron, no sólo los aspectos sociales, de clase, sino también los relacionados con el crecimiento, con la dinámica de la producción capitalista. Desapareció también, de hecho, la independencia relativa del problema de la distribución; se convirtió en mero proceso técnico para asegurar la obtención por cada factor productivo, y a través del mecanismo adecuado de formación de precios, del producto por ellos creado. El economista americano Lekachman escribió: «Después de 1870, la teoría económica empezó a convertirse cada vez más en una colección de métodos para determinar el precio de los recursos económicos, y el principio del marginalismo daba una explicación completa de cómo se distribuyen, de cómo los deseos de los individuos ponen en movimiento todo el proceso económico»[4].

Hay que decir que ya en los años 30 del presente siglo esta teoría de la distribución no satisfacía a muchos. Fue justamente en este período cuando se sometió a crítica la premisa inicial fundamental de la teoría neoclásica —la libre concurrencia— sustituida hace tiempo por las diversas formas de la competencia monopolista que determinan la práctica de la formación de los precios de los productos y de los factores de producción[5].

La incorporación de las funciones de producción a la teoría de la distribución, y la aplicación de las matemáticas, elevó su autoridad, y fue una especie de *doping* para dar vigor a esta teoría caduca, cuyo irrealismo se hizo cada vez más patente.

El economista americano T. Scitovsky, respondiendo a la cuestión del por qué de la vitalidad de la teoría de la productividad máxima, pese a que nadie cree ya en la libre concurrencia ni en el estado de equilibrio duradero, escribió: «Atrae, en primer lugar, por su generalidad y elegancia; en segundo, porque es la que mejor se presta al enfoque marginalista de la economía; en tercero, porque la aceptación de la teoría de la produc-

[4] R. Lekachman. *A History of Economic Ideas*, 1959, p. 162.

[5] Véanse los trabajos de M. Kalecki, E. Chamberlin y Joan Robinson.

tividad máxima como teoría de distribución de la renta está estrechamente ligada a la aceptación de una función agregada de producción cuya comodidad analítica lleva a muchos economistas a la tentación de dar de lado o desdeñar las objeciones que sobre ella se hacen»[6].

Al mismo tiempo, el rígido formalismo de las bases de partida de esta teoría, que exige un análisis matemático, la hizo vulnerable a una crítica más sutil, sobre cuya base se desplegó más tarde la «revolución» antimarginalista.

¿Qué significó para la teoría neoclásica de la distribución la incorporación al análisis de la función Cobb-Douglas, en su aspecto primitivo y en su versión modernizada con la inclusión de los factores del progreso técnico? El hecho de que esta función describiera bien la interrelación estadística entre la dinámica del producto, del trabajo y del capital, se interpretó por los adeptos de esta teoría neoclásica de la reproducción como la confirmación empírica, por lo menos de dos de sus postulados fundamentales: primero, que los precios de los factores corresponden a sus productos máximos. Este postulado, según ellos, se confirmaba, ya que los parámetros de la distribución obtenidos, o la elasticidad del ingreso por el trabajo y el capital, eran aproximadamente iguales a las partes correspondientes del salario y del beneficio en la renta nacional. Y segundo, que entre la dinámica de los factores de producción (K y L) y sus productos máximos y, en consecuencia, sus «precios», existe una dependencia inversamente proporcional simple. El aumento del pertrechamiento en bienes capitales $\left(\frac{K}{L}\right)$ se liga a la disminución correspondiente de la relación entre la ganancia y el salario $\left(\frac{P}{W}\right)$.

El hecho de que la función de la distribución con parámetros constantes (y en la función, $C - D$, α y β son constantes) correspondiera bien a los datos efectivos, daba la base para concluir que la correlación entre el ritmo de crecimiento $\frac{K}{L}$ y de disminución $\frac{P}{W}$, es decir,

[6] *The Behavior of Income Shares. Studies in Income and Wealth*, vol. 27, Princeton, 1964, p. 22.

la elasticidad de la sustitución, es igual a la unidad. Esto significa que cualquier cambio de correlación entre el volumen de los factores productivos se compensa con el correspondiente cambio en la correlación de sus «ingresos». El aumento del fondo del capital en relación con el trabajo acarrea una disminución de la ganancia en relación con el salario. De ahí resulta que la parte del ingreso que corresponde a un factor dado, no varía. Así pues, la función Cobb-Douglas fue utilizada para fundamentar teóricamente *el carácter constante de la distribución de la renta nacional en un período amplio.*

La utilización de la función macroeconómica de producción Cobb-Douglas exigía formalizar con mayor precisión las premisas de que parte, y que son las siguientes:

1. Predominio del principio de racionalización económica y de maximización del beneficio, que trae consigo el que cada empresario elija la combinación de factores productivos, la función de producción, que le asegure el mínimo de gastos y las ganancias máximas. En estas condiciones, el producto máximo de los factores deviene igual a sus precios.

2. Extensión a toda la economía de este principio capaz de explicar la conducta de una firma determinada (y ello en las condiciones más abstractas).

3. Reconocimiento de la libre concurrencia —o de cualquier otro órgano regulador— como mecanismo con ayuda del cual los propios precios se modifiquen de acuerdo con la oferta de recursos económicos, asegurando así la nivelación de los precios a los productos máximos de los factores.

4. Posibilidad ilimitada de sustitución de unos factores por otros: trabajo por capital, y a la inversa. Lo que quiere decir que no hay ningún obstáculo tecnológico o institucional que impida la sustitución del trabajo por el capital en caso de una relativa elevación del precio del trabajo; o al contrario, la sustitución del capital por el trabajo si se produce un aumento relativo del precio del capital. Con otras palabras: la elasticidad de la sustitución es igual a la unidad, y la parte del ingreso correspondiente a los factores productivos, o su distribución, permanece invariable.

5. Esta premisa se liga a su vez al concepto de homogeneidad del capital, que interviene como una masa uniforme, «ductil», «gelatinosa», capaz de reaccionar con agilidad a los cambios de la correlación entre los precios de los factores productivos.

6. Neutralidad de los cambios tecnológicos, que influyen del mismo modo en cada uno de los factores productivos, y que, al mismo tiempo, no afectan a las partes relativas de cada uno en el producto.

Las dos últimas premisas fueron con el tiempo sujetas a revisión en los marcos de la propia teoría de la productividad máxima.

Uno de los signos formales de la inconsistencia de la teoría neoclásica de la producción y distribución es que no admitía (y por lo tanto, no explicaba) la posibilidad de cambios en la distribución de la renta nacional. Si los cambios en el ritmo de crecimiento de los factores de producción se acompañan de las correspondientes modificaciones de sus productos máximos y del «precio», por ejemplo, el crecimiento relativo del capital conduce a una reducción relativa de la ganancia —si el progreso técnico es de carácter neutro— entonces no debe producirse ningún cambio en la distribución de la renta. Pero si la distribución de la renta nacional varía, ello significa que las leyes de la productividad máxima no actúan. Esa es la conclusión a que llegan los críticos de esta teoría.

Sin embargo, los actuales defensores de la teoría neoclásica de la producción y distribución, tratan de demostrar que estos cambios pueden no estar relacionados con perturbaciones en la acción de las leyes de la productividad máxima sino con la influencia de ciertos factores externos determinantes de la elasticidad de la sustitución y el tipo de progreso técnico.

En relación con esto, se incorporan al análisis dos nuevas premisas:

1. La elasticidad de la sustitución es una magnitud constante, mas puede no ser igual a la unidad. Esto equivalía a reconocer que existen circunstancias, tecnológicas o institucionales, que dificultan el cambio isométrico de las dos correlaciones fundamentales: capital—trabajo, y ganancia — salario. La elasticidad de la

sustitución es mayor o menor que la unidad según que el cambio dado en la correlación de los precios de los factores productivos provoque el correspondiente cambio, mayor o menor, en la correlación de los ritmos de crecimiento del trabajo y del capital. Para esta situación se encontró un nuevo tipo de función de producción con los parámetros de distribución variables (función CES). De este modo, la teoría de la productividad máxima fue ajustada para fundamentar las tendencias duraderas en la distribución de la renta nacional.

2. El mismo objetivo perseguía la introducción de la categoría del progreso técnico no neutro, llamada a explicar por qué la elasticidad de la sustitución puede no ser igual a la unidad. El progreso técnico no neutro significa una influencia desigual del progreso técnico sobre la productividad máxima de los factores. También es resultado del progreso técnico no neutro el cambio de las partes del salario y la ganancia en la renta nacional. Si, por ejemplo, la productividad máxima del trabajo se eleva con mayor rapidez que la productividad máxima del capital, entonces, pese a la sustitución del trabajo por el capital, su parte se elevará, según esta teoría.

Sobre esta base fueron formulados de un modo nuevo los rasgos de tipos del progreso técnico que permiten emplear menos mano de obra o que requieren más consumo de capital por unidad de producción. Era indicio del primero el aumento de la parte correspondiente al trabajo en la renta nacional, y del segundo, el aumento de la parte del capital.

Así pues, al modernizar la teoría de la productividad máxima, y adoptarla para dilucidar los cambios que se operan en la distribución de la renta nacional, sus adeptos trataban de seguir explicando las causas de estos cambios, no por la acción de las leyes internas del capitalismo y las formas modernas de la lucha de clases, sino por los nexos tecnoeconómicos y las particularidades tecnológicas del movimiento de la producción capitalista.

Cuando criticamos esta «modernización», es necesario subrayar una vez más la idea expresada en el capítulo IV, páginas 78-101. A nuestro juicio, el análisis *empírico* del índice de elasticidad de la sustitución, como

coeficiente que caracteriza la relación ya formada (*ex post*) en la dinámica de la correlación entre beneficio-salario y capital-trabajo, tiene cierta significación analítica en la investigación de la importante ley tecnoeconómica del crecimiento de la producción.

La elasticidad de la sustitución (σ) valora la influencia del aumento del salario sobre la sustitución del trabajo por el capital. Si $\delta < 1$, esto atestigua que la sustitución del trabajo por el capital se produce más lentamente que el crecimiento de W.

Si $\delta > 1$, ello significa que el crecimiento de W se acompaña de una sustitución aún más rápida del trabajo por el capital.

Los adeptos de la teoría neoclásica se inclinan a ver aquí sólo la manifestación de las particularidades de la tecnología, del progreso técnico no neutro, que reducen, o por el contrario, aceleran, la sustitución del trabajo por el capital.

El progreso técnico no neutro es, en efecto, un importante factor que determina la elasticidad de la sustitución[7]. Por ejemplo: si el rendimiento de los gastos de trabajo crece con más rapidez que el rendimiento por unidad de capital, para sustituir el trabajo por el capital se precisa un aumento más considerable del pertrechamiento de bienes capitales que el que corresponde al cambio de correlación de $\frac{W}{p}$.

No obstante, explicar el carácter de la elasticidad de la sustitución únicamente por el tipo de progreso técnico significa, a nuestro juicio, empobrecer deliberadamente el problema. La constatación del hecho de que $\delta \neq 1$ debe ser sólo el comienzo de la investigación profunda de otros múltiples factores, como por ejemplo,

---

[7] R. Solow escribió, entre otras cosas, lo que sigue sobre la significación de los cálculos empíricos de la elasticidad de la sustitución: «Incluso si la teoría de la sustitución careciera totalmente de fundamento, seguiría existiendo la necesidad, aunque sólo fuera para el trabajo empírico, de describir con mayor o menor exactitud el grado en que se complementan o sustituyen los factores». (*The Theory and Empirical Analysis of Production*, N. Y.—L., 1967, p. 42).

la lucha de los sindicatos obreros, o la política del Estado, que indudablemente influyen en este proceso.

La investigación de la dinámica de los coeficientes de distribución (o elasticidad), calculados empíricamente, para definir los tipos de progreso técnico, también tiene su importancia analítica. Así, según los cálculos del economista americano M. Brown, los coeficientes de la elasticidad para los diferentes períodos tecnológicos homogéneos variaron como se explica en el cuadro que va a continuación. (Cálculos realizados en el sector privado de la economía de los EE.UU. —excluyendo la agricultura— para el período 1890-1960. Se utiliza la función Cobb-Douglas, considerando la suma de los coeficientes $\alpha + \beta \neq 1$).

Coeficiente de elasticidad del trabajo y del capital período 1890-1960 [8]

Período	α	β	$\frac{\beta}{\alpha+\beta}$
1890-1906	0,41	0,69	0,62
1907-1920	0,73	0,12	0,15
1921-1939	0,50	0,38	0,43
1940-1960	0,49	0,45	0,48

Estos datos demuestran que el coeficiente de elasticidad, para el capital (α) aumentó en el curso de los dos primeros períodos tecnológicos, y después de 1920 se reduce sensiblemente. El coeficiente correspondiente de elasticidad por el trabajo (β) registra en 1920 un brusco descenso, y luego comienza a elevarse. Los cálculos de Brown indican que el progreso técnico en los EE.UU., hasta los años 20 exigió más consumo de capital, y el período subsiguiente permitió ahorrar mano de obra por unidad de producción.

Por consiguiente, estas categorías son imprescindibles para el análisis cuantitativo técnico-económico. La elas-

[8] M. Brown. *On the Theory and Measurement of Technological Change*, Cambridge, 1966, p. 156.

ticidad de la sustitución, los tipos de progreso técnico, determinados por el cambio de parámetros de la distribución, son elementos orgánicos del análisis —con el empleo de las funciones de producción— de los aspectos cuantitativos de la reproducción.

Sin embargo, no es posible estar de acuerdo con otro planteamiento del problema, concretamente, con el de que estas categorías del análisis tecnoeconómico calculadas *ex post* están sometidas a la influencia de muchos factores, y entre ellos, las relaciones de la distribución, que de por sí expresan y determinan las relaciones de la distribución en su aspecto neto.

Lo irreal de las premisas en que descansa la teoría marginalista de distribución, su carencia de los elementos que caracterizan al capital monopolista de Estado moderno, y la no aceptación del hecho de que la propia distribución pueda tener carácter autónomo y ejercer una influencia sensible sobre los parámetros del crecimiento económico, como estos últimos pueden también influir sobre la distribución, todo eso provocó en la economía política burguesa la acerba crítica de esta teoría. Esta crítica, que recibió el nombre de «revolución antimarginalista», dio origen al desarrollo de dos nuevas corrientes en la teoría de la distribución: una, la concepción que explica la distribución de la renta nacional por la presión de diversas fuerzas institucionales: los sindicatos obreros, las uniones monopolistas, etc. El surgimiento de esta tendencia suele relacionarse con los primeros trabajos del conocido economista polaco M. Kalecki, y tuvo también un cierto desarrollo en la teoría de «las fuerzas opuestas» de J. K. Galbraith.

La otra corriente se conoce por teoría keynesista de la distribución, y está ligada a los nombres de los notables economistas ingleses P. Sraffa, J. Robinson y N. Kaldor, de la escuela de Cambridge.

Los adversarios de la teoría marginalista de la distribución sometieron a crítica todas las premisas fundamentales de ésta, y fue demoledora en relación con el desconocimiento por dicha teoría de la ausencia de libre competencia, de la acción de los monopolios, de los sindicatos obreros y del Estado.

Otro de los argumentos importantes esgrimidos por la crítica es que la teoría neoclásica de la distribución traslada implícitamente las relaciones que pueden surgir a micronivel, a las de carácter macroeconómico. Lógicamente puede suponerse que la demanda de los factores de producción (determinados por la función de producción, es decir, por las condiciones tecnológicas de la producción de una firma dada), en reciprocidad con la oferta de los factores productivos (determinada por «los gustos, hábitos e inclinaciones»), forman sus precios y, por consiguiente, su parte de ingresos en el producto. No obstante, la demanda y la oferta a macronivel no pueden obtenerse mediante la simple adición de estos índices microeconómicos. La propia demanda y oferta están sometidas a la influencia esencial de la distribución de la renta nacional. Es un círculo del que la teoría nacional neoclásica no puede salir.

En los últimos años se desplegó una acerada crítica de otros aspectos lógico-formales de la teoría neoclásica de la distribución. Sus iniciadores fueron P. Sraffa[9] y J. Robinson[10]. Se refirieron al punto principal de la teoría marginalista, según el cual las condiciones tecnológicas que establecen la combinación de los factores de producción $\left(\frac{K}{L}\right)$, determinan su precio y su parte en el producto, y esta interrelación puede establecerse con ayuda de la función de producción. La crítica se resumía en las tesis siguientes:

Primera: Es imposible medir el volumen del capital en unidades físicas independientemente del precio y, por consiguiente, de la cuota de ganancia y del salario. Pero es precisamente esta independencia la condición para construir la función de producción neoclásica que liga la productividad del trabajo al pertrechamiento de bienes capitales por unidad de producción.

Segunda: Es imposible medir la inclinación de la curva que liga la productividad del trabajo al pertre-

[9] P. Sraffa. *The Production of Commodities by Means of Commodities*, Cambridge, 1960

[10] J. Robinson. *The Production Function and the Theory of Capital.—Review of Economic Studies*, vol. XXI (2), № 55, 1953—54.

chamiento de bienes capitales, que caracteriza la tasa máxima de sustitución de los factores de producción y determina sus precios. Esta inclinación no puede medirse si los precios de los factores que hay que determinar no se conocen previamente. Aquí reside la profunda contradicción lógica de esta teoría.

Tercera: Lo irreal de las premisas sobre la homogeneidad del capital, en virtud de la cual el cambio de correlación entre el capital y el trabajo, es decir, el pertrechamiento de bienes capitales, se determina por la correlación entre el beneficio y el salario. La discusión en torno a este problema se ligó al descubrimiento del llamado «efecto de doble sucesión» (*double switching effect*). Este efecto está ligado a la incorporación de la premisa de la heterogeneidad del capital, y se reduce a que el capital heterogéneo, que incluye elementos con distintos períodos de rotación, con diferente eficacia, obstaculiza el que entre el pertrechamiento de bienes capitales y la cuota de ganancia se establezca una rígida dependencia funcional. Muchos comentaristas estiman que la crítica de la premisa de la homogeneidad del capital fue decisiva para demoler toda la teoría marginal. En su resumen de estos debates, Harcourt escribió: «En cuanto se introduce la premisa de la heterogeneidad del capital, el símbolo de la «gelatina» (*jelly*) deja de ser aplicable. Sobre todo, no es posible seguir demostrando que el producto máximo que se paga al «capital» es igual a *r*, ni aún en una situación de equilibrio. Es más... este descubrimiento (es decir: que la reduccion de *r* no representa obligatoriamente el abaratamiento de una técnica más intensiva y productiva) destruye las bases del enfoque tradicional de la teoría de la distribución fundada en la demanda y la oferta»[11].

Es verdad que Harcourt sobreestima los resultados de esta «revolución», cuando declara que los críticos de la concepción marginalista, en su búsqueda de nuevas explicaciones de los factores que determinan la distri-

[11] G. C. Harcourt. *Some Cambridge Controversies in the Theory of Capital.—Journal of Economic Literature*, June 1969, vol. VII, № 2, p. 394.

bución, se colocan en las posiciones de la teoría marxista de la explotación del trabajo por el capital. (Para esto tendrían que aceptar la teoría marxista del valor y de la plusvalía, cosa que ninguno de ellos hace). Pero desde el punto de vista del desmoronamiento de la teoría marginalista de distribución, esta crítica tuvo gran transcendencia, y fue importante testimonio de la disgregación y crisis de una de las doctrinas tradicionales que dominaron la economía política burguesa en el transcurso de casi un siglo.

3. LA TEORIA KEYNESISTA DE LA DISTRIBUCION

El principal contendiente de la teoría neoclásica de la distribución de la renta nacional es hoy la llamada teoría keynesista de la distribución, que liga la distribución al crecimiento económico. Esta teoría parte de las premisas siguientes: los parámetros esenciales del crecimiento económico son: ahorro, acumulación y consumo. Los principales coeficientes tecnoeconómicos, tales como las relaciones capital-producto, están estrechamente vinculados, y dependen de la proporción en la distribución del producto social entre las clases fundamentales de la sociedad. Los tipos de progreso técnico, la dinámica del pertrechamiento de bienes capitales, dependen de la relativa dinámica de la ganancia y del salario. Sin la categoría de la distribución no es posible definir el propio concepto de equilibrio económico.

El economista americano S. Weintraub escribió que «los cambios en la distribución de la renta pueden influir en los precios y en el volumen de la producción, en la renta global y en el empleo, cambiando en diversos grados el sentido y las características cuantitativas del equilibrio»[12].

Como en la dinámica las causas y los efectos cambian entre sí continuamente de lugar, la distribución está también sometida a la influencia de todas estas proporciones e interrelaciones de la economía nacional.

---

[12] S. Weintraub. *An Approach to the Theory of Income Distribution*, Philadelphia, 1958, p. 8.

Cuando vinculan la distribución a los factores del crecimiento económico, los keynesistas establecen con frecuencia una analogía entre sus concepciones y la teoría de David Ricardo e incluso la de Marx. Sin embargo, como sucede con las teorías del crecimiento, las analogías con el análisis marxista del problema de la distribución —e incluso con el de Ricardo— son de carácter puramente superficial. Al plantear este género de problemas, los teóricos keynesistas de la distribución tratan de eludir el análisis cualitativo de las categorías que hemos examinado. Su objetivo es definir las condiciones de un crecimiento estable de la producción *capitalista*, que presuponga el mantenimiento de las proporciones existentes en la distribución de la renta nacional entre la ganancia y el salario, o su modificación en interés de la expansión de la producción capitalista. Esto determina el inevitable carácter apologético de sus concepciones.

Al mismo tiempo, no se puede dejar de señalar que el planteamiento y análisis de los problemas de la distribución y el crecimiento tienen cierta importancia práctica, y no sólo en las condiciones del capitalismo, pues se trata de proporciones y estímulos muy importantes del desarrollo económico.

Pasemos a examinar el modelo de crecimiento económico y distribución del destacado economista inglés N. Kaldor.

Parte este modelo de que, en condiciones de equilibrio, las inversiones previstas deben ser iguales al ahorro previsto (*ex ante I — ex ante S*). Como el ingreso de la sociedad se distribuye entre las diferentes clases, cada una de las cuales tiene su «propensión» al ahorro, la igualdad indicada sólo puede realizarse a condición de que haya una adecuada distribución de la renta. Dicho de otro modo: los ritmos de incremento y distribución del ingreso resultan ser categorías relacionadas entre sí. De un lado, las relaciones de distribución determinan un nivel dado de ahorros sociales y, por consiguiente, las inversiones y ritmos del crecimiento económico. De otro lado, el alcanzar unos determinados ritmos exige un nivel determinado de inversiones y, por lo tanto,

de ahorros y, por consiguiente, de la adecuada distribución de la renta (a condición de que la «propensión» al ahorro por parte de cada clase que percibe ingresos permanezca invariable).

Así pues, las principales constantes que determinan la distribución de la renta son en este modelo los ritmos de crecimiento y la propensión al ahorro por parte de las distintas clases sociales. Esta interrelación se ilustra con el siguiente sistema de igualdades[13]:

$$Y = W + P;\ I = S;\ S = S_w + S_p;$$

$$S_w = sw\ W;\ S_p = sp\ P$$

$$I = sp\ P + sw\ W = sw\ (Y - P) + sp\ P = (sp - sw)\ P + sw\ Y;$$

y de aquí:

$$\frac{I}{Y} = (sp - sw)\ \frac{P}{Y} + sw \qquad (1)$$

$$\frac{P}{Y} = \frac{1}{sp - sw} \cdot \frac{I}{Y} - \frac{sw}{sp - sw} \qquad (2)$$

donde: Y — la renta nacional;
W — la renta de trabajo (fondo de salarios);
P — la renta de propiedad (ganancia);
I — inversiones;
S_w — la suma de ahorros de los salarios;
S_p — la suma de ahorros de la ganancia;
sw — la parte del ahorro del salario;
sp — la parte del ahorro de la ganancia.

En estas ecuaciones de Kaldor, la distribución de la renta y la tasa de acumulación están rigurosamente ligadas. Con los datos sp y sw, la parte de la ganancia en la renta nacional se determina exclusivamente por la tasa de acumulación.

Kaldor se sirve de esta relación en su interpretación de los dos problemas básicos de la teoría del crecimiento: el del equilibrio económico y el de los factores determinantes de la elevación de los ritmos de crecimiento a largo plazo.

[13] N. Kaldor. *Alternative Theories of Distribution.—Review of Economic Studies*, 1955-56, vol. XXIII, № 61

En lo que concierne al problema del equilibrio, Kaldor considera que la incorporación en el modelo de mecanismo de distribución, a condición de que $sp > sw$, da más estabilidad a este sistema, le hace más apto para restablecer automáticamente el equilibrio. En esto, su modelo de crecimiento se distingue sustancialmente del modelo de Harrod, «que se balancea en filo de un cuchillo». A juicio de Kaldor, cualquier cambio de I en relación con S —que para Harrod genera los procesos cumulativos de descenso o de aumento de la producción— pone en acción el mecanismo de la redistribución de la renta que ajusta S al nivel de I.

En esta redistribución de la renta juegan un papel importante los procesos inflacionistas. Kaldor estima que el aumento de las inversiones y la elevación general de la demanda, en condiciones de pleno empleo, favorecerá el que los precios aumenten más rápidamente que los salarios. La distribución de la renta se alterará en favor de la ganancia, y la parte de la clase obrera se reducirá. Como el ahorro que procede de las ganancias es superior al que procede del salario, ello traerá consigo el incremento del ahorro. La igualdad entre S e I quedará restablecida. Si, por el contrario, las inversiones disminuyen y la demanda general desciende, los precios bajarán con más rapidez que el salario nominal, la distribución se alterará en favor de los obreros, el ahorro decaerá, y la igualdad entre S e I quedará también restablecida. Este mecanismo se conoce en la literatura económica occidental bajo el nombre de «efecto de Kaldor».

En este modelo a corto plazo, la distribución de la renta nacional es, por consiguiente, función de las fluctuaciones del ritmo de crecimiento de las inversiones, de la demanda global, así como de la dinámica de los precios relativos.

La distribución de la renta nacional desempeña también un papel decisivo en el análisis de los factores de crecimiento a largo plazo. De las ecuaciones citadas más arriba se desprende que si sp y sw permanecen constantes, cualquier aumento o reducción de la tasa de acumulación y, en consecuencia, del ritmo de crecimiento, se acompañará del correspondiente aumento, o reducción,

de la parte de la ganancia en la renta $\left(\frac{P}{Y}\right)$. Así pues, la tasa de acumulación es un factor muy importante que determina las tendencias duraderas en la distribución de la renta nacional.

En la fórmula de Kaldor, que muestra la dependencia que guarda la distribución respecto a la tasa de acumulación, tenemos el coeficiente $\frac{I}{sp-sw}$ que él denomina «coeficiente de sensibilidad de distribución de la renta»[14], ya que de la magnitud de éste depende el grado de influencia de la modificación de la tasa de acumulación sobre la distribución de la renta nacional. Cuanto más sobrepase *sp* a *sw* tanto menos será dicha influencia. Cuanto más se acerque *sp* a *sw*, mayor será la dependencia de la distribución en relación con la tasa de acumulación.

El modelo de Kaldor contiene interdependencias tecnoeconómicas sustanciales que se forman en determinadas condiciones entre la acumulación, el crecimiento económico y la distribución de la renta nacional. Al propio tiempo, no pueden perderse de vista las premisas rígidas sobre las que este modelo descansa, y que no siempre corresponden al estado real de cosas. Por ejemplo, de él se desprende que la elevación del ritmo de crecimiento a largo plazo puede lograrse sólo gracias a la redistribución de la renta nacional en favor de la ganancia y a la elevación de la tasa de acumulación. Estas conclusiones que no tienen en cuenta las circunstancias reales, pueden servir para defender la política reaccionaria de los monopolios y el Estado burgués que, en nombre de los intereses del crecimiento económico, pretenden justificar los ataques contra los intereses vitales de los trabajadores.

En realidad, la elevación del ritmo de crecimiento exige aumentar la tasa de acumulación sólo en las condiciones de constancia o de crecimiento del consumo de capital por unidad de producción. Sin embargo, los estudios estadísticos demuestran que en ciertos períodos,

---

[14] N. Kaldor. *Alternative Theories of Distribution.—Review of Economic Studies*, 1955-56, vol. XXIII, № 61, p. 95.

la elevación del ritmo de crecimiento puede también lograrse en condiciones de reducción del consumo de capital, a base de elevar la eficacia de los gastos básicos.

En el modelo abstracto de Kaldor están totalmente ausentes los enormes gastos improductivos que agobian a la sociedad capitalista moderna, especialmente los gastos militares del Estado. La inclusión en el modelo de los ingresos estatales con la correspondiente «propensión al ahorro», podría entreabrir otra reserva al crecimiento y a la elevación de la tasa de acumulación que no fuera tan sólo los ingresos de los trabajadores.

Por último, la premisa del carácter constante de la parte ahorrada de la renta —*sp* y *sw*— es extremadamente rígida. Los estudios empíricos acerca de este problema demuestran que estas partes varían en dependencia del aumento de los ingresos y de otros muchos factores.

En los trabajos de N. Kaldor hay un esfuerzo por dilucidar las causas fundamentales que condicionaron la estabilidad en la distribución de la renta nacional a finales del siglo XIX. «De hecho, ninguna de las hipótesis relativas a la parte de los factores de producción, puede ser satisfactoria si no explica la relativa estabilidad de estas partes en la economía capitalista durante los últimos 100 años, pese a los cambios colosales que se han operado en las técnicas de la producción, en la acumulación del capital en relación con el trabajo y en el nivel de la renta nacional por habitante[15].

Kaldor busca estas causas en leyes estrictamente tecnoeconómicas del crecimiento. Para simplificar el curso de sus razonamientos, parte del supuesto de que la parte del ahorro procedente del salario es igual a cero ($sw = 0$). Entonces, la ecuación (2) tomará la forma de $\frac{P}{Y} = \frac{I}{S_p} \cdot \frac{I}{Y}$. Según la fórmula de Harrod, la tasa de acumulación $\left(\frac{I}{Y}\right)$ se determina por el ritmo de crecimiento y por el coeficiente del consumo de capital por unidad de producción: $\frac{I}{Y} = C_r G$. De aquí: $\frac{P}{Y} = \frac{I}{S_p} \cdot GC_r$ (3).

[15] Ibid., p. 83-84.

Con arreglo a esta fórmula, la parte de ganancia en la renta se determina por la parte del ahorro que proviene de la ganancia (S_p), por el ritmo de crecimiento (G) y por el coeficiente del capital-producto (C_r). Si los dos primeros índices permanecen constantes, la estabilidad de la parte de la ganancia en la renta se determinará por la estabilidad del coeficiente del capital.

Para explicar y fundamentar dicha estabilidad, Kaldor introduce su famosa «función del progreso técnico». Este concepto dice, en esencia, que el progreso técnico, en sí, no es nunca de un tipo que requiera, o que economice, consumo de capital por unidad de producción. La dinámica del consumo de capital depende de la utilización de las posibilidades tecnológicas disponibles. La utilización óptima de las posibilidades tecnológicas, a que tiende el sistema económico, se caracteriza siempre por la igualdad de incremento del capital y el producto; por consiguiente, por la tendencia a la estabilidad del coeficiente de capital[16].

El incremento de la producción será menor que el del capital en el caso de que las posibilidades tecnológicas no se utilicen plenamente. En estas condiciones surgen incentivos para elevar la tasa de acumulación, lo que conducirá a una más completa utilización de los recursos tecnológicos, a que se eleven el ritmo de incremento del producto y a la estabilización del coeficiente capital-producto.

Kaldor planteó sobre esta base la idea del segundo estadio del desarrollo del capitalismo. En breve, la esencia de esta idea es la siguiente: En las etapas tempranas del desarrollo del capitalismo, el volumen de acumulación del capital era, a su juicio, insuficiente para la realización completa de las posibilidades tecnológicas, por lo que esta fase se caracterizaba por el aumento del consumo de capital, la elevación de la cuota de ganancia y la reducción de la parte correspondiente al salario en la renta nacional. El segundo estadio, iniciado a fines del siglo XIX, se distingue por que el volumen

[16] Véase N. Kaldor. *A Model of Economic Growth.—Economic Journal*, December 1957, p. 600.

de la acumulación entró en correlación con el aflujo de posibilidades técnicas. Esto trajo consigo la estabilización de la relación capital-producto, la de la cuota de ganancia y de la parte del salario en la renta. Pero la condición de esto último es el aumento del salario a medida que aumenta la productividad del trabajo.

Muchas de las tesis de esta concepción de Kaldor suscitan objeciones. Ofrece dudas la forma de plantear la cuestión de la correlación entre la acumulación y la utilización de las posibilidades tecnológicas en los diferentes estadios de desarrollo del capitalismo. Es difícil aceptar que en siglo XIX fuera sólo el volumen de inversiones lo que obstaculizara una utilización de los recursos tecnológicos que garantizase la igualdad de incremento de la producción y del capital. Los recursos tecnológicos no son algo que se da desde fuera, que se produce al margen del grado de desarrollo económico. En el siglo XIX el aumento del consumo de capital por unidad de producción, que se prolongó hasta los años 20 de nuestro siglo, fue el resultado de una restructuración profunda de la economía capitalista, de la industrialización, que se operó a medida que se materializaban, a base de la acumulación de capital, las notables conquistas técnicas de aquel tiempo.

La reducción y estabilización de la dinámica del consumo de capital en el siglo XX tiene su origen en los profundos cambios acaecidos en el propio carácter del progreso técnico, que favorecen el aumento colosal de la eficacia de los gastos materiales, de la elevación de la reposición del capital y de la productividad del trabajo.

Aunque el propio autor de esta concepción señala el carácter excesivamente general de la misma, hay que indicar que la insuficiencia fundamental no está simplemente en su excesiva generalidad. El principal defecto de que adolece la teoría de la distribución de Kaldor es su deseo de encerrar en los marcos estrictos de los cambios puramente tecnológicos, toda la complejidad de las transformaciones sociales y económicas que caracterizan la evolución del capitalismo de la libre competencia al capitalismo monopolista y monopolista de

Estado, que influyen en el carácter de la distribución del producto nacional. En esto estriba el defecto capital metodológico de esta teoría.

4. VARIANTE KEYNESISTA DE IZQUIERDA DE LA TEORIA DEL CRECIMIENTO Y LA DISTRIBUCION: MONOPOLIOS, SALARIOS Y PROGRESO TECNICO

La teoría de la distribución de los keynesistas de izquierda se caracteriza por los siguientes rasgos: introducción de la categoría distribución en la teoría del crecimiento económico; tendencia a ligar dicha categoría a los factores reales del capitalismo moderno que inciden en la distribución, y, por último, su interpretación liberal-reformista. Ya William Foster, ex-presidente del Partido Comunista de los EE.UU., se refirió más de una vez a la existencia de estas dos variantes del keynesismo. Según él, una es pequeñoburguesa, reformista (tipo «nuevo curso» de Roosevelt), vinculada a las ilusiones en un «capitalismo progresivo», y que en parte hizo mella en la consciencia de la clase obrera. La otra es reaccionaria, refleja los intereses de la gran burguesía monopolista, y es utilizada con frecuencia para justificar la carrera armamentista.

En general, los keynesistas de izquierda se mantienen en las posiciones de la teoría de J. Keynes. Defienden sus concepciones teóricas esenciales y siguen su método. Consideran, como Keynes, que la causa de todos los males del capitalismo radica en las fluctuaciones de la «demanda efectiva», y confían en la posibilidad de superar tales fluctuaciones con ayuda de las adecuadas medidas de regulación de la economía por el Estado. Pero si Keynes y sus herederos teóricos directos se sirven de esta concepción para fundamentar la regulación económica estatal, a base del aumento de las ganancias capitalistas, y, en primer término, las de los grandes monopolios, los keynesistas de izquierda rechazan esta idea fundamental del keynesismo. Apoyándose en ciertos reconocimientos fragmentarios de Keynes de que la escasez de la «demanda efectiva» se debe a la distribu-

ción desigual de la renta nacional, ellos desarrollaron esta tesis, transformándola en la piedra angular de sus construcciones teóricas. Tratando de presentarse como los fieles continuadores de Keynes, de hecho adjudican a su teoría conclusiones progresistas a las que jamás llegó Keynes.

He aquí las particularidades esenciales de la teoría del crecimiento de los keynesistas de izquierda:

El problema central de su teoría del crecimiento, como el de todas las teorías que hemos examinado en los capítulos anteriores, es el de esclarecer las condiciones de un crecimiento económico equilibrado y de las causas que originan sus fluctuaciones. Sin embargo, a diferencia de las teorías del crecimiento que intentan definir las interrelaciones de la producción social en general, independientemente de sus particularidades socioeconómicas, los keynesistas de izquierda se proponen una tarea más realista: la de investigar las conexiones económicas específicas de la reproducción capitalista.

Por ejemplo: Kurihara, refiriéndose a las particularidades de la teoría del crecimiento de Joan Robinson, escribe: «Ella (Joan Robinson) está interesada en explicar la naturaleza fundamental del desarrollo económico según las reglas capitalistas del juego»[17].

El problema keynesista del «ahorro excesivo» como causa primordial de la tendencia al estancamiento y a las crisis, adquiere en los trabajos de estos economistas una resonancia social. Este problema se liga al hecho de la desigualdad exorbitante en la distribución de la renta nacional. De ello se derivan conclusiones sobre la necesidad de aminorar la desigualdad social, de elevar los salarios y aumentar el impuesto sobre los beneficios, etc., lo que responde a los intereses de las amplias capas trabajadoras. J. Robinson escribe, por ejemplo, en uno de sus artículos: «Se puede demostrar fácilmente que el fenómeno del ahorro excesivo es producto de la excesiva desigualdad, y que las medidas llamadas a corregirla, que pueden ser defendidas por sus propios méritos polí-

[17] K. Kurihara. *The Keynesian Theory of Economic Development*, L., 1959, p. 73.

ticos y humanitarios, cambian paulatinamente de posición y hacen que la escasez de ahorro sea un fenómeno normal. A nuestro juicio tiene poco sentido el discutir medidas artificiales para absorber el ahorro excesivo mientras esta gran cuestión no haya sido resuelta»[18].

La segunda particularidad de la teoría del crecimiento de los keynesistas de izquierda es su orientación antimonopolista. En este aspecto actúan como críticos pequeñoburgueses de los monopolios. Por todas sus raíces sociales, políticas y teóricas están ligados al capitalismo. Crecieron en el medio capitalista y se formaron en las teorías burguesas. No obstante, intervienen contra el yugo de los monopolios, que pesa sobre amplias capas de la población, desde la clase obrera a los pequeños y medios patronos y propietarios del campo, interesados en la misma medida en que se ponga límite a su dominación.

Los teóricos del crecimiento keynesistas de izquierda se esfuerzan en demostrar que todos los vicios de la sociedad capitalista moderna provienen de la existencia de los monopolios. Piensan que son éstos los causantes de la reducción del ritmo de crecimiento económico porque generan, de un lado, una excesiva desigualdad de ingresos, y, de otro, el «subconsumo»; que la amenaza de paralización y estancamiento viene también de los monopolios. En la idea de estos economistas, acabar con su dominación, o por lo menos limitar su poder, podría librar al capitalismo de muchos males, y es la condición para crear una sociedad próspera.

Si bien esta crítica pequeñoburguesa de los monopolios es muy importante en la lucha que sostienen las amplias capas democráticas del pueblo contra la dominación del capital monopolista, carece, sin embargo, de una base científica sólida. Ignora el hecho de que el monopolio está orgánicamente unido al sistema capitalista de producción que le ha engendrado, y que sólo puede ser destruido con la destrucción del propio capitalismo. Las conclusiones de esta teoría, según las cuales la destruc-

---

[18] J. Robinson. *Mr. Harrod's Dynamics.—Economic Journal*, March 1949, p. 83-84.

ción de los monopolios, o su limitación, podría conducir a una nueva organización social en la que reine la paz entre las clases, sin contradicciones económicas, y con un aumento del bienestar tanto de los obreros como de los capitalistas, contribuye a crear ilusiones en la posibilidad de «transformar» el capitalismo.

La tercera particularidad de la teoría del crecimiento de los keynesistas de izquierda consiste en que, como todos los keynesistas, éstos conceden gran importancia a la actividad económica del Estado tendente a elevar «la demanda efectiva», a regular la coyuntura, etc. Sin embargo, a diferencia de Keynes y de la mayor parte de los keynesistas actuales, los de izquierda abordan la cuestión de los gastos públicos desde posiciones democráticas. Intervienen, en primer lugar, contra los gastos en armamentos y contra cualquier tipo de gastos que, en forma de subsidios, vayan a parar a manos de la clase de los capitalistas. Exigen el aumento de los gastos públicos con destino a las necesidades socioeconómicas, a la lucha contra la pobreza, a la construcción de viviendas, carreteras y a instituciones sociales.

El representante más destacado del keynesismo de izquierda es en la actualidad la economista inglesa Joan Robinson. Sus posiciones teóricas son bastante singulares. Tomó de Keynes las concepciones teóricas esenciales; y de la economía política neoclásica burguesa, las categorías fundamentales: ganancia, salario, interés y capital, a través del economista inglés A. Marshall, lo que se manifiesta en que ella no se dedica al análisis de las categorías del valor, prefiriendo ocuparse de su expresión en forma de precios. Al mismo tiempo, su método de investigación lleva en cierto grado la huella de la influencia del marxismo, al que, en su tiempo, Robinson prestó mucha atención.

El deseo sincero de penetrar en la esencia de la reproducción capitalista y de las relaciones que se establecen entre la producción y el consumo, entre el salario y la ganancia de un lado, y, de otro, el fardo de premisas metodológicas vulgares, la negación de las leyes específicas del capitalismo que se expresan en el valor, el salario y el capital, condicionan las ideas contradicto-

rias de J. Robinson acerca de la naturaleza del modo capitalista de producción y de los procesos que se operan en el curso de la acumulación del capital.

Examinemos más detenidamente la teoría del crecimiento y de la distribución de J. Robinson, expuesta en su trabajo *La acumulación del capital*[19]. La interacción de la distribución de la renta nacional y el crecimiento económico, la dinámica del salario y el progreso técnico, los monopolios y la competencia: tales son los problemas centrales abordados en este trabajo. Las condiciones del equilibrio dinámico, o sea, de crecimiento equilibrado, son aquí examinadas en estrecha ligazón con la dinámica del salario y los factores que lo determinan.

El método de investigación utilizado por J. Robinson para analizar los procesos del crecimiento y la acumulación del capital recuerdan, por sus signos externos, al método de abstracción de C. Marx. La acumulación del capital, base de la reproducción ampliada, se examina al principio más en abstracto, en condiciones de acumulación de toda la ganancia y en ausencia de crisis. Después, gradualmente, van incluyéndose una serie de circunstancias complejas que reflejan la auténtica realidad (fluctuaciones cíclicas, consumo de parte del beneficio, influencia de las finanzas, del comercio, del movimiento de los precios, etc.). Sin embargo, esta semejanza es sólo aparente. En la práctica, el método de abstracción utilizado por J. Robinson no llega a explicar las categorías internas del modo de producción capitalista que expresan la esencia de sus relaciones de producción: el valor, la plusvalía, el salario como forma transformada del valor de la fuerza de trabajo, etc. Para elegir las categorías con que opera en sus construcciones teóricas, no emplea un método de abstracción científica, como hizo C. Marx, sino que las toma del arsenal de la economía política burguesa vulgar, lo que determina, en lo esencial, el carácter erróneo de muchas de sus conclusiones de principio. A fin de esclarecer las leyes fundamentales de la acumulación, Robinson propone una serie de condiciones limitativas, como la no intervención del Estado

[19] J. Robinson. *The Accumulation of Capital*, London, 1956.

en la economía, la existencia de dos únicas clases —obreros y empresarios—, que el beneficio no se consuma sino que se destine íntegramente a la acumulación. Sobre las dos primeras condiciones, tratándose de una cierta abstracción, nada puede objetarse; en Marx encontramos también limitaciones de esta índole.

Sin embargo, la tercera, o sea, que los capitalistas no consuman, es falsa, y es una de las causas del carácter erróneo de sus conclusiones sobre el proceso de la reproducción ampliada bajo el capitalismo. Al sustraer a los capitalistas del consumo, Robinson excluye del análisis de los procesos de realización una parte muy importante del producto social, sin el que no se puede comprender correctamente el proceso de la reproducción ampliada.

Robinson divide toda la producción social en dos sectores: el de los bienes de inversión y el de los objetos de consumo. En esta división del producto social por su forma natural, Robinson intenta también seguir la misma senda de Marx. Sin embargo, habiendo rechazado desde el principio la teoría marxista del valor, que permite determinar la estructura de valor del producto social y establecer, sobre esta base, la relación mutua entre las formas natural y de valor en el proceso de acumulación del capital, Robinson crea un esquema artificial que no refleja las leyes internas de la reproducción capitalista.

Este economista no divide la producción de cada sección por su valor sino por la suma de los salarios de los obreros (W_1 y W_2) y de la quasi renta (Q_1 y Q_2), en la que se encuentran mezcladas categorías tan diversas como la amortización y la ganancia. Representa las proporciones entre las secciones primera y segunda, en estas condiciones, en forma de las ecuaciones siguientes: el valor de la producción anual de la segunda sección es: $W_1 + W_2 = P_2$; es decir: que es igual a la suma de los salarios de los obreros de la primera y la segunda secciones; y $W_1 = Q_2$, lo que significa que el salario de los obreros de la primera sección es igual a la quasi renta (ganancia y amortización) de la sección segunda.

De este modo, el modelo de reproducción ampliada de Robinson está determinado por dos elementos: pri-

mero, la ausencia de división del valor del producto social, y segundo, la omisión de un aspecto tan importante de la realización como es el consumo por parte de la clase de los capitalistas.

De acuerdo con su método inicial de analizar la producción capitalista en dos aspectos, Robinson examina primeramente la acumulación y sus incidencias sobre el movimiento del salario en las condiciones del capitalismo de la libre concurrencia. En esta parte de su investigación trata de aclarar dos problemas: cómo se efectúa la acumulación en condiciones de técnica de la producción invariable. Después suprime esta limitación y examina la acumulación en las condiciones del progreso técnico.

Ya hemos indicado anteriormente que la teoría de Robinson parte del supuesto de que el beneficio no se consume. Por eso, toda la producción de la sección segunda es igual a la suma de salarios de los obreros de la primera y segunda secciones. ¿De qué forma puede operarse, a juicio suyo, la ampliación ulterior de la producción en esas condiciones? La respuesta es la siguiente: la ampliación de la producción, si las condiciones técnicas permanecen invariables, se opera sólo a expensas de la reducción del salario real. Con la disminución del salario real, la suma de salarios de la primera y segunda secciones resulta inferior al valor de la producción de la sección segunda ($W_1 + W_2 < P_2$), liberando así los medios para el consumo adicional de los obreros. Y la rebaja del salario de los obreros de la sección primera aumenta la quasi renta de los capitalistas de la sección primera y, por consiguiente, aparecen medios suplementarios de producción, también necesarios para la acumulación. Robinson introduce incluso un término especial que se aplica a esta parte del salario real que rebasa el mínimo físicamente necesario de los medios de subsistencia. Según esta teoría, precisamente a expensas de este «excedente» puede acumularse el capital en condiciones técnicas invariables. A este «excedente» Robinson lo llama «excedente técnico» para la acumulación (*technical surplus*).

Ella escribe: «Supongamos que con la técnica existente, la producción de mercancías efectuada por los obreros

en el sector de consumo rebasa el mínimo de subsistencia sólo en una suma igual al mínimo de subsistencia de los obreros necesarios para mantener el equipo existente (mediante el remplazamiento del gastado). Entonces... no hay inversiones netas y no hay acumulación. Consideremos ahora el caso en el que el salario real rebase sensiblemente el mínimo de subsistencia, de forma que se obtenga un excedente técnico útil para la acumulación, cuando los obreros no estén sólidamente organizados y no sean tan sensibles al alza de los precios como para erigir barreras inflacionistas a la acumulación. La acumulación es entonces posible»[20].

A primera vista, esta conclusión de J. Robinson tiene incluso aire de «revolucionaria». Resulta que la reproducción ampliada capitalista se efectúa sólo gracias a la disminución del salario real de la clase obrera. A propósito de esta conclusión, Kurihara dijo que en esto estriba la esencia de la teoría de Robinson. Según él, ésta demostró «que el capitalismo individualista no puede crecer si no reduce el precio del trabajo (salario real) en relación con el precio del capital (aproximadamente la cuota de ganancia) y con la productividad del trabajo»[21].

Pero esta idea sobre la teoría de Robinson no corresponde a la realidad. En primer lugar, la conclusión de que la reproducción ampliada sólo se efectúa como resultado de la reducción del salario real se deriva lógicamente de la tesis errónea según la cual, al faltar el consumo por parte de los capitalistas, toda la producción de la sección segunda se trueca en salario. En la práctica, si se prescinde de esta premisa, la producción de la sección segunda no es igual al salario de los obreros únicamente. En las condiciones de la reproducción simple, es igual a la suma de salarios de los obreros más la plusvalía de los capitalistas de ambas secciones; es decir: $W_1 + W_2 + M_1 + M_2 = P_2$. Cuando se inicia la reproducción ampliada y la plusvalía cesa de ser íntegramente consumida por los capitalistas, en la forma

[20] J. Robinson. *The Accumulation of Capital*, p. 76.
[21] K. Kurihara. *The Keynesian Theory of Economic Development*, p. 79.

natural de la reproducción de la sección segunda se liberan los fondos necesarios para el consumo de la cantidad adicional de obreros.

Es decir: que la acumulación del capital puede realizarse sin que se reduzcan los salarios de la clase obrera. El análisis marxista, incluso con las más estrictas limitaciones —en condiciones de intercambio equivalente, de total coincidencia de los precios con el valor y de intercambio por su valor— pone en evidencia la esencia explotadora de la producción capitalista.

En segundo lugar, esta conclusión de la teoría de Robinson es válida sólo en condiciones limitadas, en la vida poco probables, de ausencia de progreso técnico. Posteriormente, cuando analiza la acumulación del capital en condiciones de progreso técnico y aumento de la productividad del trabajo, no sólo suaviza esta conclusión sino que de hecho la anula. En condiciones de libre concurrencia, el aumento de la productividad se asegura mediante la rebaja correspondiente de los precios de las mercancías de amplio consumo, lo que, a su parecer, es capaz de paralizar la tendencia hacia la rebaja del salario real, de modo que, en su conjunto, éste debe elevarse al mismo tiempo que aumenta la producción por habitante. Según sus palabras, la competencia «ajusta los precios a los costos, lo que eleva el salario real en consonancia con el incremento de la productividad del trabajo»[22].

Así, el capitalismo de la libre competencia en las condiciones del progreso técnico debe conducir, a juicio del autor, a la elevación del salario de la clase obrera de acuerdo con el aumento de la productividad del trabajo.

Esta conclusión, que corresponde a la posición pequeñoburguesa de J. Robinson, se deriva de la igualdad con que ella opera: la igualdad de la producción de la sección segunda a la suma de salarios de los obreros de las secciones primera y segunda. De ésta se deduce que si la magnitud natural P_2 crece y, por efecto de la competencia, los precios de los diversos productos que cons-

[22] J. Robinson. *The Accumulation of Capital*, p. 92.

tituyen P_2 caen; entonces, W_1 y W_2 aumentan proporcionalmente. Pero ya hemos indicado más arriba que P_2 no es sólo el fondo de consumo de los obreros, que lo es también de los capitalistas. Y si por su forma natural la cantidad P_2 crece en mayor grado aún que W_1 y W_2, puede aumentarse la parte del consumo de los capitalistas con la adquisición de artículos de lujo, el derroche, con el consumo del personal a su servicio, que es lo que sucede en realidad.

La magnitud del salario no se determina, ni mucho menos, por la existencia del fondo de consumo, como trata de hacer ver J. Robinson, sino por la ley inmanente del capitalismo, la ley del valor de la fuerza de trabajo. El salario puede oscilar en torno a su valor. Cambia con los cambios del propio valor, que es una categoría histórica, como se sabe. Pero estos cambios tienen una relación muy lejana e indirecta con el aumento de la productividad del trabajo. Cuando afirma que el capitalismo de la libre concurrencia es capaz de asegurar la elevación de los salarios en correspondencia con el incremento de la productividad del trabajo, se basa en premisas falsas y desconoce las leyes reales del capitalismo.

Con su defensa de la libre competencia, Robinson pretende demostrar que todas las «adversidades» atribuidas al capitalismo no emanan del propio capitalismo sino de la existencia del monopolio.

Su razonamiento es el siguiente: el mecanismo de la competencia se relaja a medida que se desarrolla la economía y se manifiesta la tendencia hacia los monopolios. Estos, que tienden a elevar los precios o a impedir su descenso, frenan así el aumento del salario real. Sobre esta base surge el llamado problema del «subconsumo». La disminución del salario real contrae la demanda de artículos de amplio consumo, y en la sección segunda, la producción desciende. La demanda de compensación del capital fijo se reduce, lo que disminuye proporcionalmente la producción en la sección primera. El paro obrero hace su aparición, el beneficio baja, etc. «Esto —dice Robinson— ilustra una paradoja esencial del capitalismo: cada empresario gana individualmente con los bajos salarios expresados en unidades de su propio

producto; pero sufre de la limitación del mercado que imponen el bajo salario real»[23].

Robinson estima que el reforzamiento de los monopolios es la principal causa de la tendencia al estancamiento, a la reducción del ritmo de crecimiento económico. «No son las fronteras técnicas las que limitan el aumento de la riqueza a largo plazo, sino el letargo que se produce al embotarse la competencia y no haber aumento del salario»[24]. Piensa, además, que esta tendencia puede frenarse con la lucha de la clase obrera y de sus sindicatos. «Lo que principalmente puede frenar la tendencia al estancamiento es la lucha de los sindicatos por el aumento del salario nominal. Si por este medio llega a lograrse que el salario real se eleve en la misma proporción en que aumenta la producción por habitante, la raíz del mal se extirpará, y la economía podrá acumular capital y elevar la producción al ritmo que corresponde al del progreso técnico, exactamente como si actuara la libre competencia»[25].

La subida del salario de acuerdo con el aumento de la productividad de trabajo, a juicio de Robinson, no sólo resuelve las contradicciones del crecimiento capitalista en las condiciones del progreso técnico sino que constituye un importante estímulo de dicho crecimiento. En sus trabajos (como en los de otros keynesistas de izquierda) el análisis de este problema ocupa un importante lugar y no está exento de interés teórico.

J. Robinson considera que el aumento del salario real es un serio estimulante económico del progreso técnico. «Para la economía como tal —escribe— el grado de mecanización de los planes de inversión realizados en una fase dada de conocimientos técnicos, se determina por el nivel del salario real»[26].

A su juicio, la sociedad dispone siempre de cierta gama de soluciones tecnológicas para los diversos problemas técnicos, determinada por el nivel de producti-

---

[23] J. Robinson. *The Accumulation of Capital*, p. 78.
[24] Ibid., p. 100.
[25] Ibid., p. 94.
[26] Ibid., p. 108.

vidad del trabajo y el pertrechamiento de bienes capitales. Por lo general, la técnica que asegura una mayor productividad de trabajo exige grandes gastos de capital por unidad de trabajo. El nivel y la dinámica del salario fijan también los límites de la rentabilidad de la técnica.

J. Robinson subraya que, con la libre competencia, lo que determina el crecimiento de la producción es el salario, y no a la inversa. «Un salario más alto sin aumento de productividad sería posible (a condición de que la tasa de acumulación disminuyera); pero en condiciones de competencia no sería posible alcanzar una productividad de trabajo más elevada sin aumento de salario»[27]. A su entender, «un grado bajo de mecanizaciones es un síntoma de que por alguna causa el nivel del salario real es bajo; pero no es en sí mismo la causa de ello»[28].

La conclusión de que el aumento del salario es condición para la realización del producto y un estimulante del progreso técnico tiene un gran alcance progresista porque corresponde a los intereses económicos de la clase obrera, que sostiene una lucha tenaz por mejorar sus condiciones de vida.

No obstante, en la fundamentación teórica de esta conclusión hay, por lo menos, dos tesis erróneas: la primera es, la idea de que el aumento del salario puede paralizar las contradicciones de la reproducción capitalista generadas por la tendencia a la monopolización. Mas la contradicción entre la producción y el consumo es inherente al modo de producción capitalista. El alza de los precios que practican los monopolios, agudiza, como es lógico, dicha contradicción, y en este sentido se puede coincidir con el autor. Pero esta contradicción existe siempre en el capitalismo: en las condiciones de la libre competencia y en las de los monopolios, y es la expresión de la contradicción fundamental del capitalismo entre el carácter social de la producción y la forma privada de apropiación. Bajo el capitalismo, el consumo de la clase obrera no se determina simplemente por el juego de las fuerzas del mercado, como se figura Robin-

[27] Ibid., p. 130.
[28] Ibid., p. 131.

son, sino por el valor de la fuerza de trabajo, lo que bajo el capitalismo no da muchas posibilidades de aumentar el consumo del pueblo. El salario, como cualquier precio, puede desviarse de su valor, ser superior o inferior a éste; pero lo que no puede es alejarse de su base de valor sin amenazar el beneficio, principal incentivo de la producción capitalista.

La lucha económica de los obreros desempeña, indudablemente, un papel esencial en la defensa del nivel de vida de los trabajadores contra los abusos del capital; pero no hay que exagerar su importancia. Gracias a esta lucha pueden los obreros conservar el nivel de vida conseguido, o mejorarlo; pero no pueden suprimir las leyes de la producción capitalista, ni la explotación de la clase obrera. En determinadas etapas históricas, y en algunos países, es posible, mediante la lucha, atenuar la contradicción entre la producción y el consumo; pero lo que no se puede es liquidarla sin destruir el propio capitalismo.

En segundo lugar, esta idea tan superficial de las contradicciones del capitalismo crea ilusiones de que el aumento del salario puedo llegar a ser, o ya lo es, una política consciente de los monopolios ilustrados, que comprenden la necesidad de «vivir y dejar que vivan los demás». J. Robinson estima que se puede crear una sociedad en la que los monopolistas progresistas y los sindicatos obreros colaboren, ya que unos y otros están igualmente interesados en el aumento del salario: los primeros, porque ello proporciona demanda y estimula el progreso técnico; los segundos, porque mejora sus condiciones de vida. El programa de colaboración voluntaria de obreros y empresarios progresistas no corresponde en absoluto a la realidad de la sociedad capitalista, de sus contradicciones de clase, de la lucha de la clase obrera por las transformaciones radicales de la sociedad.

La tesis de la imaginaria elevación «voluntaria» del salario se convierte, en los trabajos de algunos economistas, en apología reaccionaria del capital monopolista, el cual, según ellos, es ya «consciente» de una tal necesidad. P. Leon, por ejemplo, escribe: «Porque la estructura del mercado es monopolista, y la conciencia de

clase de los empresarios tiene su base en los monopolios en el sentido de que éstos les permiten calibrar el efecto de sus decisiones en la economía en su conjunto, los empresarios saben que sin aumentar el salario de acuerdo con el aumento de la productividad del trabajo, no estarán en condiciones de utilizar las inversiones, y que se arriesgan a ver reducirse sus beneficios. Están ante el dilema de desencadenar la crisis de realización o de permitir simplemente el aumento del salario... En el mundo actual, particularmente después de la segunda guerra mundial, los empresarios alentaron el aumento del salario real (quizás por la presión de diferentes estímulos propios de las diversas civilizaciones). Mientras que las crisis de realización se resolvían gracias al empleo de instrumentos políticos (como la intervención del Estado en la economía), la elevación del salario real se efectuaba a través de una nueva colaboración entre los empresarios y las tradeunions. En este contexto es de notar que la conciencia de clases se desarrolló históricamente con el desarrollo del sistema económico, y que hoy está considerablemente más formada de lo que estaba en los tiempos de la Revolución industrial»[29].

No es posible estar de acuerdo con este modo de enfocar los procesos reales del aumento del salario. La clase de los capitalistas, los monopolios, no estuvieron, y no estarán jamás, voluntaria y conscientemente, por la limitación de sus beneficios, porque ello es contrario a la propia naturaleza del capitalismo, cuya fuerza motriz es la plusvalía y su forma transformada, la ganancia. Así lo atestigua la experiencia histórica que demuestra que el aumento de salarios es el resultado de la lucha incesante y tenaz de la clase obrera, de su unión y de su decisión de defender sus intereses vitales.

* * *

Así pues, las teorías burguesas de la distribución de la renta nacional han sufrido grandes cambios. Pese

[29] P. Leon. *Capitalism, Structural Change and Growth in Capitalism*, Baltimore, 1967, p. 101-102.

a su vitalidad y a los intentos de acoplarla a las nuevas condiciones, la concepción tradicional de la distribución, basada en la teoría vulgar de la productividad máxima, se halla en un estado de crisis profunda y es blanco de ataques incesantes en el seno de la propia economía política burguesa.

Sobre la base de esta crítica evoluciona la concepción keynesista que vincula la distribución a las proporciones económicas y al coeficiente de crecimiento económico. Los modelos basados en esta concepción pueden tener cierta significación práctica desde el punto de vista del análisis de las indicadas interrelaciones y de su utilización en el proceso de regulación de la economía. Pero, al mismo tiempo, dicha concepción no da una idea suficientemente clara de los factores determinantes de la distribución de la renta nacional en las condiciones del capitalismo. Primeramente, porque elude por completo la cuestión de las leyes internas de la producción capitalista que determinan la creación del valor y las fronteras de su distribución. En segundo lugar, porque en los modelos basados en las concepciones keynesistas no aparecen para nada los monopolios ni la lucha de clases, que tanto influyen en la distribución.

Los keynesistas de izquierda tienen en cuenta esta insuficiencia y la corrigen hasta cierto punto. Estos han introducido una serie de nuevos elementos en la teoría de la distribución relacionados con la dominación de los monopolios y el papel que juega la lucha de los sindicatos obreros por el aumento de salarios, en los procesos del crecimiento económico. Sin embargo, extraen de esta teoría conclusiones falsas, utópico-reaccionarias, acerca de las probabilidades del capitalismo de desarrollarse de manera armónica a través de la colaboración consciente de los monopolios y los sindicatos obreros.

La teoría de la distribución puede tener un desarrollo verdaderamente científico si se basa en la teoría marxista de la creación y distribución de valores, que tiene en cuenta las particularidades del capitalismo moderno, la correlación de las fuerzas de clase, la regulación estatal-monopolista y los nuevos fenómenos de los procesos tecnoeconómicos del crecimiento.

Capítulo VII

TEORIA MARXISTA DE LA REPRODUCCION Y TEORIA BURGUESA DEL CRECIMIENTO ECONOMICO

El análisis crítico de las principales corrientes en el desarrollo de la teoría del crecimiento económico, que han surgido a base de las concepciones neoclásicas y neokeynesistas, nos lleva a esclarecer la esencia de las diferencias radicales que existen entre la teoría burguesa del crecimiento económico y la teoría marxista de la reproducción. Dos circunstancias determinan el examen de esta cuestión:

Por un lado, el desarrollo de la teoría del crecimiento económico en Occidente avivó el interés de muchos economistas por la economía política clásica burguesa y por Marx. Joan Robinson escribió: «El resurgir del interés por las cuestiones clásicas lleva al resurgimiento de la teoría clásica»[1]. En la literatura burguesa sobre problemas del crecimiento económico se pueden encontrar bastantes manifestaciones acerca de la afinidad de las teorías burguesas del crecimiento económico y la teoría marxista de la reproducción. Algunas admiten, incluso,

[1] J. Robinson. *The Accumulation of Capital*, L., 1956, p. VI.

que Marx es el predecesor intelectual de Keynes y de los teóricos modernos del crecimiento económico.

Otras, por el contrario, pretenden que la teoría del crecimiento económico, con todos sus problemas tecnoeconómicos de ritmos y de proporciones de la reproducción ampliada, es monopolio exclusivo del pensamiento económico burgués, como si el pensamiento económico marxista hubiera soslayado por completo estos problemas o hubiese quedado definitivamente a la zaga en su elaboración.

Por esta razón, para concluir el análisis de las principales corrientes de la economía política burguesa respecto a la teoría del crecimiento económico, consideramos necesario detenernos en algunas de las diferencias de principio entre esta teoría burguesa y la teoría marxista de la reproducción. Conviene, al mismo tiempo, poner de relieve aquellas categorías del análisis del mecanismo del crecimiento económico utilizadas por Marx, e indicar el lugar que ocupan en su teoría general de la reproducción en las condiciones del capitalismo.

En el presente capítulo será igualmente examinado el conocido modelo de crecimiento económico de G. Feldman, economista soviético de los años 20, modelo que constituyó el primer intento de aplicar el método marxista al análisis de las proporciones del crecimiento a largo plazo en las condiciones de la economía planificada socialista.

1. DIFERENCIAS ESENCIALES ENTRE LA TEORIA MARXISTA DE LA REPRODUCCION Y LA TEORIA BURGUESA DEL CRECIMIENTO ECONOMICO

Ya hemos señalado que algunos economistas occidentales consideran la teoría de Marx de la dinámica del capitalismo predecesora de las teorías actuales del crecimiento económico. Llegan a esta conclusión basándose en el hecho evidente, y a la vez superficialmente interpretado, de que muchos de los problemas en los que los teóricos del crecimiento económico centran hoy su atención, ya fueron en su tiempo planteados por Marx. Podrían citarse bastantes declaraciones en las que se reconoce

la primacía de Marx en el planteamiento y solución de una serie de problemas del crecimiento económico. El informe presentado por el profesor Bronfenbrenner ante la Conferencia de la Asociación Económica Americana, en ocasión del centenario de la publicación de *El Capital* de Marx[2], contiene una larga enumeración y descripción de estos problemas, entre ellos, la teoría de Marx de la reproducción simple y ampliada (en su aspecto técnico-económico); la de la desocupación y el ciclo económico; los comienzos de la teoría de la competencia imperfecta, etc. Por otra parte, Bronfenbrenner reconoce que ninguno de los economistas posteriores pudieron elevarse a tal altura en el terreno de la síntesis estática y el análisis dinámico, de la teoría económica en el sentido estricto de la palabra, con investigación social, como lo hizo Marx. Y constata que esta teoría se sitúa en el punto crucial de la ciencia, y que en Occidente se hacen apenas los primeros intentos para realizar esta síntesis.

E. Domar, en su tiempo, hizo una alta apreciación de Marx y declaró que las modernas teorías del crecimiento arrancan de los esquemas marxistas de la reproducción. Otro economista americano K. Kurihara, ya citado, escribió: «La teoría marxista del desarrollo capitalista se anticipa a muchas de las teorías actuales del crecimiento a largo plazo, concretamente a las del estancamiento de Keynes y Hansen, a las de la dinámica de Harrod y Domar, a las del crecimiento cíclico de Schumpeter, Kalecki, Kaldor y Goodwin, así como a la teoría del paro estructural de J. Robinson»[3].

Estos reconocimientos son de por sí un fenómeno interesante de alcance teórico y político. Confirman, una vez más, la fuerza y la justeza de la teoría marxista, que aborda de un modo verdaderamente científico la solución de muchos problemas del desarrollo capitalista moderno. Sin embargo, en estos juicios se pierden de vista, se disimulan, las diferencias radicales, de principio,

---

[2] *The American Economic Review*, May 1967.

[3] K. Kurihara. *The Keynesian Theory of Economic Development* N.Y., 1959, p. 17-18.

entre la teoría marxista de la reproducción y las actuales teorías burguesas del crecimiento. Dichos «reconocimientos» se acompañan con frecuencia de la negación del marxismo como tal teoría social-económica que descubre la anatomía de la sociedad capitalista (en particular, no admiten la teoría del valor y de la plusvalía), negándolo como categoría que fundamenta el carácter histórico transitorio del modo capitalista de producción, lo cual equivale a dejar en el olvido la esencia revolucionaria del marxismo.

Hay que subrayar, ante todo, que la teoría marxista de la reproducción capitalista es considerablemente más *amplia* que la teoría del crecimiento. Marx demostró que todo modo de producción se desarrolla por la acción e interacción de dos sistemas de leyes: unas, tecnoeconómicas, determinadas por el grado de desarrollo de las fuerzas productivas y la rapidez del crecimiento económico, y otras, socioeconómicas, que emanan del carácter de la propiedad, de las relaciones de las clases y grupos sociales.

Ambos sistemas de interrelaciones tienen una independencia relativa y, al mismo tiempo, están mutuamente condicionados, poro en la determinación de las tendencias históricas esenciales del desarrollo, el papel decisivo corresponde a las leyes socioeconómicas.

Por eso, el crecimiento económico puede estudiarse en un doble sentido: *En el sentido estricto*, como crecimiento de los índices esenciales de la producción social y de los cambios derivados de esto en los índices macroeconómicos y las interconexiones tecnoeconómicas. *En el sentido amplio*, como proceso de cambios en las instituciones sociales y en las relaciones de producción que ilustran el paso de una formación social a otra, o la adaptación de las relaciones de producción en los marcos de un mismo modo de producción.

Las teorías del crecimiento económico que se desarrollan en Occidente tratan, sobre todo, de las leyes y tendencias generales técnico-económicas del desarrollo de las fuerzas productivas. Generalizan y formalizan la relación entre los ritmos y proporciones estructurales de la economía nacional en las

diferentes condiciones de su desarrollo, con los distintos tipos de progreso técnico y grado diverso de desarrollo de las fuerzas productivas. En dichas teorías ocupa un lugar preferente el análisis de las interrelaciones técnico-económicas (de equilibrio técnico) que determinan un crecimiento estable, equilibrado, de la economía, con los diferentes tipos de progreso técnico, y las causas que alteran dicho equilibrio; la relación entre los ritmos y las proporciones fundamentales de la economía nacional; el estudio de los factores técnico-económicos de crecimiento; la elaboración de métodos cuantitativos de investigación de todos estos problemas.

Pero en este análisis se hace total abstracción de las condiciones socioeconómicas y de las incidencias del desarrollo económico, tomándolas como datos extraeconómicos no sujetos a análisis. Tal abstracción no sólo vacía totalmente de contenido a estas teorías, reduciéndolas a una descripción de las conexiones mutuas que aparecen en la superficie de los procesos económicos, sino que facilita su utilización con fines apologéticos en defensa del orden establecido.

A juicio del economista americano Paul Baran, los modelos de crecimiento económico no nos dan la idea de la realidad *capitalista*. «Postulando por un adecuado control directo o indirecto sobre el comportamiento de las variables clave, que en la realidad no existe; partiendo de que los monopolios no existen, cuando en realidad ejercen una influencia constante y transcendental, y de que existe el pleno empleo para un largo período, cuando de hecho esto es más bien la excepción que la regla, los actuales modelos hacen abstracción, no ya de los rasgos secundarios de este proceso que tratan de explicar, sino de su propia esencia... De este modo sustituyen la economía capitalista por un sistema racional imaginario que no tiene de común con el capitalismo nada más que el nombre. Los resultados son obvios: es la apología, el statu quo, cualesquiera que sean las intenciones subjetivas del autor»[4].

---

[4] *C. Marx and Modern Economics*, ed. by D. Horwitz, N.Y., 1968, p. 305-306.

La teoría marxista de la reproducción estudia el proceso del crecimiento económico en la unidad de sus aspectos técnico-económicos y socioeconómicos, con la particularidad de que Marx coloca en primer término el análisis de las leyes socioeconómicas y las tendencias históricas del desarrollo del modo de la producción capitalista. Marx investigó el proceso de la reproducción capitalista, primeramente como proceso de reproducción de las relaciones capitalistas de producción —«el capitalista» por un lado y el obrero asalariado por otro[5]—, y en segundo término, como proceso de preparación de las condiciones materiales de su desaparición. Por consiguiente, la teoría marxista de la reproducción contiene el análisis de las leyes específicas del desarrollo de las fuerzas productivas en las condiciones del capitalismo (ley del desarrollo cíclico, ley general de la acumulación capitalista, etc.) que exacerban las contradicciones sociales y económicas, y preparan las condiciones objetivas y subjetivas de su hundimiento.

No obstante, a fin de descubrir la esencia de la explotación capitalista y examinar las contradicciones internas de la dinámica del capitalismo, Marx estudió también ciertas leyes técnico-económicas importantes de la reproducción como son: las proporciones estructurales de la economía nacional, del valor y naturales; su relación recíproca y los factores que determinan sus cambios. Por eso, precisamente, los teóricos del crecimiento económico de Occidente encuentran en la teoría marxista de la reproducción una serie de elementos que son objeto de su análisis. Es más, del desarrollo y la concreción de los citados aspectos de la teoría de la reproducción capitalista de Marx, surge la teoría marxista del crecimiento como fundamento teórico de la economía planificada socialista. Esto no puede servir en modo alguno de fundamento para identificar la teoría de la reproducción de Marx y la teoría no marxista del crecimiento. Los aspectos tecnoeconómicos del crecimiento son sólo una parte del todo que representa la teoría de Marx del desarrollo del capitalismo, que estudia los cambios tecnoc

[5] C. Marx. *El Capital*. C. Marx y F. Engels. *Obras*, ed. en ruso, t. I, pág. 591.

económicos y socioeconómicos en su unidad y ligazón dialéctica.

Hay que subrayar que en Occidente hay también economistas que comprenden la diferencia profunda que separa a la teoría de Marx de la reproducción de la teoría no marxista del crecimiento económico. A este respecto puede citarse lo manifestado por el conocido economista americano L. Klein: «La metodología que Marx utiliza es completamente diferente a la de Keynes y los clásicos. En lugar de estudiar el comportamiento de los individuos, Marx estudia directamente el comportamiento de las clases. Esta teoría es probablemente macroeconómica por su propio origen, pero el macrosistema de Marx se diferencia fundamentalmente del sistema keynesista y clásico. Las unidades de los macrosistemas de los últimos son los productores y consumidores, y las coincidencias parciales entre ellos no permiten esclarecer muchos elementos importantes. En el sistema de Marx, las macrounidades no son sólo productores y consumidores; lo son también obreros y capitalistas»[6].

En ligazón con esto, son interesantes las consideraciones del no menos destacado economista japonés S. Tsuru. En un artículo en el que compara los sistemas económicos marxista y keynesista, dice que las diferencias esenciales entre Marx y Keynes están originadas por la naturaleza de las magnitudes agregadas que utilizan. En Marx, los parámetros de los modelos se determinan por la propia específica del capitalismo. Pero Keynes se ve obligado a recurrir a generalizaciones extrasociales: la sicología, la productividad decreciente, las particularidades de la técnica de la producción. «El propósito de Marx es demostrar del modo más sencillo posible la interrelación específica de las magnitudes agregadas que es característica del capitalismo... —escribe Tsuru— Keynes reorienta nuestra atención... hacia la más simple relación funcional entre la demanda de las mercancías de diverso tipo y el nivel general de actividad económica... una relación que rebasa los marcos específicos del capitalismo»[7].

[6] *Marx and Modern Economics*, p. 154.
[7] Ibid., p. 193-194.

S. Tsuru insiste también en otra idea: aunque los keynesistas se declaran adictos al método macroeconómico, en fin de cuentas, se ven obligados a volver a la microeconomía para explicar teóricamente la conducta de los individuos y firmas que determinan el movimiento de las propias magnitudes agregadas. La base teórica de las magnitudes agregadas keynesistas se reduce, en definitiva, a la relación entre los recursos escasos y las alternativas de su empleo, que rebasa, de hecho, los marcos de toda la especificidad del modo capitalista de producción. A diferencia de esto, las magnitudes agregadas con que opera Marx son, a juicio de Tsuru, sólo «una etapa en la vía de la investigación teórica del más abstracto examen del valor, hacia un análisis más concreto de las crisis y otros fenómenos típicos del capitalismo»[8].

Lo que principalmente distingue al sistema de Marx es la búsqueda de las leyes sociales de desarrollo. «Si la sociedad, en tanto que objeto de conocimiento científico, es un complejo de relaciones cualitativas y no una simple amalgama de los individuos o átomos que la componen y a la cual pueda reducirse todo lo existente, desde el punto de vista metodológico sería sensato suponer que las relaciones sociales se rigen por leyes objetivas que no pueden reducirse a leyes sicológicas y físicas, que no pueden comprenderse sólo por la introspección por muchos que sean méritos de tal método»[9].

2. CATEGORIAS FUNDAMENTALES DEL ANALISIS DE MARX DEL PROCESO DE LA REPRODUCCION

En el análisis del funcionamiento y crecimiento de la producción capitalista de Marx es preciso distinguir tres aspectos fundamentales: 1. Análisis de las proporciones estructurales de la economía nacional en su conjunto, de sus interrelaciones y factores determinantes de sus

[8] Ibid., p. 197.
[9] Ibid., p. 201-202.

cambios. 2. Análisis de una serie de importantes coeficientes estructurales de la economía nacional y particularidades de su dinámica a largo plazo. 3. Y por último, análisis de las tendencias esenciales de las relaciones de propiedad y distribución que llevan a la agudización de la contradicción entre el carácter social de la producción y la forma privada de apropiación.

Así pues, los aspectos técnico-económicos del crecimiento ligados al análisis de las proporciones y coeficientes de la reproducción ampliada y de los factores que determinan sus cambios, son problemas que, con sus correspondientes categorías de investigación, fueron planteados por Marx y agrupados en un sistema científico coherente mucho antes de que aparecieran las teorías burguesas del crecimiento económico. Al mismo tiempo, el rasgo distintivo de la teoría marxista de la reproducción es que la investigación de los aspectos tecnoeconómicos del crecimiento es sólo una base para explicar las hondas contradicciones y las leyes del desarrollo capitalista que determinan la forma concreta de éste y de sus perspectivas.

En la teoría de la reproducción de Marx ocupa un lugar importante el análisis de las proporciones macroeconómicas, de sus interrelaciones así como de los factores que determinan sus cambios. Precisamente estos problemas constituyen la base de sus famosos esquemas de la reproducción simple y ampliada.

Separando los elementos que forman el valor del producto social, y mostrando su ciclo en el proceso de la reproducción ampliada; dividiendo después todo el producto social en su forma natural en dos secciones: medios de producción y artículos de consumo, Marx sentó las bases para el estudio de importantes proporciones tecnoeconómicas de la producción creciente. En los esquemas de Marx hallamos tanto las condiciones del equilibrio estático (condiciones de realización del producto social) como las del tránsito de un estado de equilibrio a otro. Muestran los esquemas qué proporciones naturales deben observarse para que el producto de un género dado, con una estructura de valor dada y, por consiguiente, distributiva, sea realizado en su integridad, y qué condiciones se requieren

para la ulterior ampliación de la producción. Estas proporciones son bien conocidas:

Para la reproducción simple: $I(v+m) = II\ c$

$I(v+m) + II(v+m) = II\ p$, y $I\ c + II\ c = I\ p$.

Para la reproducción ampliada:

$$I(v+m) > II\ c \qquad I\ p > I\ c + II\ c,$$

donde v representa el capital variable;
m, la plusvalía;
c, el capital constante, y
p, el producto creado.

Los esquemas de Marx de la reproducción ampliada son una base verdaderamente científica para el estudio del equilibrio del sistema económico. Muestran de qué modo es observada la dependencia proporcional entre las secciones de la producción social, entre la producción y el consumo, entre los ingresos y los gastos en los marcos de la economía nacional. En este sentido tiene cierta significación analítica el llamado coeficiente de equilibrio de la economía nacional, obtenido por el académico Niemchínov a base del esquema de Marx, y que expresa la relación entre el valor del fondo de la reproducción ampliada y el potencial de la misma (en su forma natural) $B = \frac{(q+z)\,m}{m}$, $m = I(v + m) - IIc$, y qm y zm son las partes de la plusvalía de la I y II sección, que van a parar a la acumulación. «Cuanto más se aproxime este índice a la unidad, más equilibrada estará la economía —escribe Niemchínov—. El grado de desviación respecto de la unidad lo define: en caso de $B < 1$, el grado de insuficiencia de inversiones con baja producción, y en caso de $B > 1$, el grado de supercapitalización y de superproducción»[10].

En el análisis del mecanismo de funcionamiento e incremento de la producción capitalista, Marx utiliza algunos coeficientes fundamentales macroeconómicos de

[10] S. V. Niemchínov. *Métodos y modelos económico-matemáticos*, M., págs. 100-101.

la reproducción, y entre ellos, la composición del capital (técnica, de valor y orgánica); la cuota de ganancia por el capital y la parte del salario en la renta nacional.

Estas categorías tienen las particularidades siguientes:

En primer lugar, caracterizan la estructura interna (endógena) de la producción capitalista. Ligan el movimiento del valor acumulado en el nuevo valor creado, la relación de las categorías fundamentales de distribución del nuevo valor creado —de la ganancia y el salario— con el capital, así como la relación que dichas categorías guardan entre sí. En el movimiento de las dos secciones de la producción social se refleja la relación entre las estructuras de valor y natural de la reproducción.

En segundo lugar, en estas categorías se reflejan, en forma sintetizada, importantes factores externos del desarrollo del sistema económico: carácter y particularidades del progreso técnico, situación de la clase obrera, influencia del Estado en la economía. El cambio de las formas y las fuerzas de acción de estos factores influyen de manera sustancial en la dinámica de las categorías estructurales indicadas.

En tercer lugar, todas estas categorías tienen una ligazón interna. Los cambios en la dinámica de una de ellas inciden en los cambios de las demás. Por su carácter, esta ligazón refleja las distintas fases del desarrollo de la producción capitalista, los tipos de crecimiento extensivo e intensivo.

Marx prestó mucha atención al análisis de las tendencias duraderas en la acción de estas categorías. Estudió con particular cuidado la influencia que ejerce el progreso técnico sobre los coeficientes característicos de la correlación entre el capital constante y el variable.

Analizó este problema a base del movimiento de la composición técnica $\left(\frac{C}{L}\right)$ y del valor $\left(\frac{C}{W}\right)$ del capital. Todo lo que tiene una significación para la dinámica de $\frac{C}{W}$, tiene un sentido para la dinámica del capital producto $\left(\frac{C}{Y}\right)$, siempre y cuando que la relación $\frac{W}{Y}$, o sea, la

parte que corresponde al salario en la renta nacional no sufra alteración. Pero, como es sabido, *el coeficiente capital producto* juega un papel importante en todos los modelos macroeconómicos de crecimiento.

De que la composición técnica del capital o pertrechamiento en bienes capitales por unidad de producción $\left(\frac{C}{L}\right)$ crece, a Marx no le cabía la menor duda, pues en esto se expresa sobre todo el progreso técnico. Pero, ¿qué ocurre aquí con la composición de valor del capital, o la relación entre el valor de los medios de producción y el valor de la fuerza de trabajo $\left(\frac{C}{W}\right)$? ¿Se modifican en un mismo sentido o pueden surgir entre ellos ciertas discordancias?

Marx investigó, de la manera más consecuente, el caso en que la dinámica de la composición técnica y de valor del capital coinciden. Este caso está reflejado en su doctrina sobre la composición orgánica del capital y su crecimiento «en cuanto se halla determinada por la composición técnica y refleja los cambios operados en ésta»[11].

El análisis de las premisas de esta doctrina demuestra que el crecimiento de la composición orgánica del capital resulta del tipo de desarrollo en el que el aumento del pertrechamiento de bienes capitales por unidad de producción va más de prisa que el aumento de la productividad del trabajo. En consecuencia, los gastos de capital por unidad de producción son mayores.

El aumento de la composición orgánica del capital (manteniéndose iguales las demás condiciones), debe incrementar la parte de C en el valor de la producción y, conforme con ello, conducir a un crecimiento más rápido de la sección I de la producción social. En los esquemas de Lenin se demuestran con todo detalle los resultados de este tipo de desarrollo.

No es casual que Marx concentrara su atención principalmente en el análisis del tipo de desarrollo que requiere consumo de capital, en el que el movimiento de la composición de valor y técnica del capital coinciden más

[11] C. Marx y F. Engels, *Obras*, ed. en ruso, t. 23, pág. 626.

o menos. Como indica el análisis estadístico, en el siglo XIX y hasta los años 20 del actual, predominó esta forma de dependencia. El capitalismo se desarrolló impetuosamente de modo extensivo. La industrialización ganó nuevas y nuevas ramas de la producción desplazando el trabajo manual y sustituyéndolo por máquinas; el progreso técnico era esencialmente del tipo que requiere consumo de capital.

La historia demostró, sin embargo, que el progreso técnico puede influir también de otro modo en la composición de valor del capital si el aumento de la productividad del trabajo supera al aumento del pertrechamiento de bienes capitales, de tal forma, que los gastos de capital por unidad de producción se puedan reducir o mantener estables. Desde el comienzo de los años 20 surgió la tendencia a la disminución, o al progreso técnico del tipo que requiere menos inversiones.

¿Quiere esto decir que el análisis de Marx sobre la influencia que el progreso técnico ejerce en la composición de valor del capital y, a través de él, en el movimiento de las dos secciones, haya perdido actualidad? No hay razón para pensar tal cosa. Las conclusiones a que llegara Marx, partiendo de determinadas premisas históricas, no pueden trasladarse mecánicamente a las nuevas condiciones. Es más; el propio Marx señaló con insistencia que la divergencia entre la composición técnica y de valor del capital se acentuaría en el curso del progreso técnico. Citaremos algunas manifestaciones de Marx que demuestran cómo él señaló con bastante precisión que era posible la divergencia entre la composición técnica y de valor del capital.

Ya en el tomo I de *El Capital* Marx escribió: «Sin embargo, la disminución del capital variable con respecto al capital constante, o los cambios operados en la composición del capital, sólo indican aproximadamente los cambios que se operan en la composición de sus elementos materiales... La razón de esto está sencillamente en que al crecer la productividad del trabajo, no sólo crece el volumen de los medios de producción absorbidos por éste sino que además disminuye su valor comparado con su volumen. Es decir: que su valor aumenta en términos

absolutos, pero no en proporción a su volumen. Por tanto, el aumento de la diferencia entre el capital constante y el variable es mucho más pequeño que el de la diferencia entre la masa de los medios de producción en que se invierte aquél y la masa de la fuerza de trabajo que se destina a éste. La primera diferencia crece con la segunda, pero en grado menor»[12].

En el tomo II Marx se expresa aún más categóricamente: «La diferencia entre la composición técnica y de valor del capital se revela en cada rama de la industria en el hecho de que, con una composición técnica invariable, la relación de valor de ambas partes del capital puede modificarse, y, a la inversa, puede quedar invariable aunque la composición técnica varíe su relación de valor; esto último se produce, naturalmente, siempre y cuando que los cambios en la relación entre la masa de medios de producción y de mano de obra empleados se nivelen mediante un cambio inverso de sus valores»[13].

Al formular determinadas leyes del desarrollo, Marx las consideró siempre como tendencias que se abren paso, venciendo las tendencias contrarias.

Son particularmente actuales las páginas de *El Capital* en las que Marx examina las razones de la discordancia entre la composición técnica y de valor del capital por influjo del incremento de la productividad del trabajo y la revolución en el valor de producción, y donde Marx, así o de otro modo, plantea el problema de los cambios en el consumo de materiales por unidad de producción por efecto de la economía realizada en la utilización de materias primas y materiales.

Entre los factores que contribuyen a economizar capital, materias primas y materiales, Marx incluye el aumento del volumen de la producción, la transformación de los desechos en nuevos tipos de materias primas, el perfeccionamiento de la maquinaria (innovaciones), los logros de las ciencias naturales. A este respecto, Marx señala con insistencia que dicha economía es el resultado

---

[12] C. Marx. *El Capital*. C. Marx y F. Engels. *Obras*, ed. en ruso, t. 23, pág. 637.

[13] C. Marx y F. Engels, t. 23, pág. 158.

normal de la extensión de *la socialización* de la producción que se opera bajo el capitalismo; es decir: la consecuencia de la aplicación de una técnica cada vez más productiva, de la mayor concentración de la producción, de una más amplia cooperación y más profunda división del trabajo.

Muchos economistas soviéticos parten del análisis de Marx sobre la influencia ejercida por el progreso técnico en la estructura de valor del capital y, a través de él, sobre la composición de valor y natural de la producción, cuando investigan los problemas del crecimiento y de los cambios de estructura de la economía capitalista contemporánea. El análisis de los datos estadísticos a largo plazo contribuyó mucho en los últimos años al estudio de este problema. Cualquiera que sea la base de esta investigación —el producto social global que incluye la rotación repetida del valor de los gastos materiales o el producto social final— este estudio lleva a una misma conclusión: a partir de los años 20 de nuestro siglo se inició una nueva etapa en el desarrollo de las fuerzas productivas de los países industrialmente desarrollados, en la cual el aumento de la productividad de trabajo supera a su pertrechamiento de bienes capitales, en que la economía de trabajo, que siempre acompañó al progreso técnico, empezó a completarse con la economía de gastos materiales, tanto en medios fijos como en materias primas y materiales. Esta tendencia se fue acentuando con la revolución científico-técnica y su potencial colosal en la esfera del aumento de la productividad social y la reducción de todo tipo de costos, tanto de trabajo vivo como del ya transferido. De ello resultan nuevas tendencias en la correlación de las dos secciones de la producción social: el acercamiento sustancial de los ritmos de crecimiento de la I y II secciones y, transitoriamente, un ritmo de crecimiento de la II sección que supera a los de la I[14].

Y si, en los países capitalistas, esta nueva correlación exacerba las contradicciones de realización de la

[14] *Nuevos fenómenos de la acumulación del capital en los países imperialistas*, M., 1966. *Economía política del capitalismo monopolista moderno*, M., 1970, t. I.

producción (aunque el capitalismo encuentra la vía de una cierta adaptación a estas nuevas condiciones), en el socialismo abre posibilidades de elevación rápida del nivel de vida de la población y de creación de una verdadera abundancia de artículos de consumo.

El cambio de correlación entre los ritmos de crecimiento de las secciones fundamentales de la producción social es un fenómeno nuevo originado por los progresos de la ciencia y la técnica y el aumento colosal de socialización de la producción. Sin embargo, sigue siendo decisiva la importancia de la sección I de la producción social, en tanto que base del crecimiento económico del país, y, particularmente, de su progreso técnico; sigue siendo válida la tesis sobre la necesidad de que las nuevas ramas principales de la economía (química, electroenergética, electrónica y otras) tengan preferencia en cuanto al ritmo de crecimiento.

La gran atención que Marx prestó a la influencia que el progreso técnico ejerce sobre la dinámica de la composición de valor del capital se debió a que ésta se liga de manera bien definida a la dinámica de la cuota de ganancia y la parte de la renta nacional que corresponde al salario. Un aumento de la composición orgánica del capital genera la tendencia decreciente de la cuota de ganancia (con un crecimiento de las proporciones absolutas de su masa), y la tendencia a la disminución de la parte de la renta nacional destinada a la clase obrera.

Sin embargo, como hemos visto, Marx preveía que pudieran surgir causas que contrarrestaran la tendencia al aumento de la composición de valor del capital. Por eso, precisamente, no excluía el que aparecieran factores que frenaran la tendencia decreciente de la cuota de ganancia y la reducción de la parte del salario en la renta nacional. Tanto más cuanto que esta parte no depende sólo de factores técnicos sino también de la fuerza de la clase obrera, de su grado de organización y de la amplitud de la lucha de clases.

El desarrollo actual demuestra que la acción de las causas que obstaculizan el descenso de la cuota de ganancia sobre el capital se ha intensificado. Los estudios estadísticos ponen de relieve que en el último cuarto de

siglo cobró mayor fuerza la tendencia opuesta al empeoramiento de la situación del proletariado. El movimiento obrero adquirió tanta fuerza que, en una serie de países industriales desarrollados, el proletariado ha sido capaz de arrancar con su lucha a los monopolios y a los gobiernos burgueses importantes concesiones en materia social y económica (elevación del salario real, reducción de las horas de trabajo por semana, aumento de los días de vacaciones pagadas, etc.). En consecuencia, en diversos países y períodos se atenuó el descenso de la parte de la renta nacional destinada a la clase obrera. Esto fue facilitado también por el rápido aumento del peso específico de la clase obrera en la población del país.

¿Significa esto que el análisis de Marx de la dinámica del capitalismo haya envejecido? Apoyándose en estos fenómenos nuevos, críticos y adversarios del marxismo concluyen que toda la teoría de la reproducción de Marx ha envejecido o fracasado.

Lo que ocurre es que los críticos en cuestión pierden de vista dos cosas importantes:

Primera, que el análisis marxista de la reproducción no trata, ni mucho menos, de establecer un modelo definitivo, como patrón aplicable a cualquier situación tecnoeconómica e histórica del desarrollo del capitalismo. Cuando más arriba examinábamos las fundamentales categorías analíticas del mecanismo de crecimiento de la producción capitalista, nos hemos esforzado en subrayar que Marx no consideraba como algo absoluto el papel y la importancia de determinadas tendencias del desarrollo. Al mostrar las tendencias que surgen en *determinadas condiciones* del desarrollo predominantes en su época, Marx subrayó reiteradamente que podían surgir tendencias contrarias al cambiar dichas condiciones (a consecuencia, por ejemplo, de los cambios operados en el tipo del progreso técnico, pasando del que precisa más consumo de capital por unidad de producción, al que permite economizarlo). Un enfoque marxista de este problema significa apoyarse en las categorías de investigación de Marx, utilizándolas como instrumento analítico, para estudiar los procesos reales del crecimiento de la producción capitalista.

La segunda cuestión que pierden de vista —y es de particular importancia— es que el análisis de las tendencias duraderas de las proporciones fundamentales y coeficientes de la economía nacional no eran para Marx un fin en sí. Lo que distingue radicalmente el enfoque marxista del análisis de la dinámica del capitalismo que hacen los teóricos burgueses del crecimiento consiste, precisamente, en que, para Marx, el análisis del mecanismo concreto de la producción capitalista era sólo la premisa para poner en evidencia las contradicciones y tendencias socioeconómicas que engendra este mecanismo del crecimiento.

Los cambios que se operan en él por influjo del progreso científico-técnico, la regulación estatal-monopolista, el reforzamiento de la lucha de la clase obrera, indican únicamente que dicho mecanismo ha cambiado, y la tarea de los marxistas es la de estudiar los nuevos procesos y fenómenos que surgen en el curso de dichos cambios.

Precisamente porque la teoría de Marx de la reproducción capitalista es en sí la unidad del análisis técnico-económico y socioeconómico, no se la puede reducir únicamente a una forma específica de la dinámica de las categorías macroeconómicas a la que nos hemos referido, como hacen los críticos de Marx. Un aspecto muy importante de la teoría de Marx de la dinámica del capitalismo es el haber establecido el lugar que ocupa esta formación económico-social en el desarrollo histórico de la sociedad, el haber puesto de relieve los procesos socioeconómicos que determinan la maduración de las condiciones objetivas y subjetivas de su hundimiento y, por lo tanto, de la victoria inexorable del nuevo régimen socialista. Esto se refiere, sobre todo, al análisis de los procesos de socialización de la producción, y de las formas específicas capitalistas en las que ésta se opera, procesos que exacerban y agudizan la contradicción entre el carácter social de la producción y la forma privada de apropiación, y que preparan las condiciones objetivas y subjetivas de la transformación socialista de la sociedad. Esta es la idea central de la teoría de Marx del crecimiento de la producción capitalista, cuya justeza es totalmente confirmada por el actual desarrollo del capitalismo monopolista de Estado.

Los cambios en el mecanismo de desarrollo del capitalismo, que tienen su expresión en el surgimiento de nuevas tendencias o contratendencias, no suprimen la ley fundamental del desarrollo del capitalismo descubierta por Marx: la socialización creciente de la producción capitalista, que, como dijo Lenin, «arrastra, por decirlo así, a los capitalistas, en contra de su voluntad y su conciencia, a un cierto nuevo orden social de transición entre la absoluta libertad de competencia y la socialización completa»[15].

3. ACERCA DE LA HISTORIA DEL DESARROLLO DE LA TEORIA DE LA REPRODUCCION SOCIALISTA. (MODELO DE CRECIMIENTO ECONOMICO DE G. FELDMAN)

Los aspectos tecnoeconómicos de la reproducción ocupan un lugar importante en las investigaciones de los economistas soviéticos. Si los primeros intentos de regulación y planificación capitalista demostraron ya la imperiosa necesidad de estudiar las proporciones fundamentales de la producción en crecimiento, en las condiciones de la economía socialista planificada el estudio de dichas proporciones es condición de una planificación y programación verdaderamente científicas. En efecto: si las proporciones esenciales de la economía nacional y su ritmo de crecimiento se determinan de manera consciente, centralizada, las decisiones han de basarse en el conocimiento objetivo de las conexiones que se establecen entre los ritmos de crecimiento y la tasa de acumulación, entre los recursos materiales y la mano de obra disponibles, entre ritmos de crecimiento de la fabricación de medios de producción y de artículos de consumo, de lo que, en definitiva, depende la elevación del nivel de vida de la población.

Dicho de otro modo: el crecimiento planificado de la economía socialista no puede dejar de apoyarse en la correspondiente *teoría* de la reproducción socialista, teo-

---

[15] V. I. Lenin. *El imperialismo, fase superior del capitalismo. Obras completas*, 5ª ed. en ruso t. 27, págs. 320-321.

ría que cuenta con una historia larga y fecunda, y de la que es jalón importante el modelo de crecimiento económico del economista soviético G. Feldman, que se conoció en 1928[16], y que fue el balance de la discusión entablada entonces sobre los problemas de la planificación socialista de la economía a largo plazo. En Occidente, «el descubrimiento» de este trabajo, a raíz de la guerra, puso de manifiesto que, por su contenido, dicho modelo no sólo era superior sino mucho más rico que los modelos de crecimiento económico que aparecieron por allí en los años 50. Para los economistas de los países socialistas, este modelo no sólo no ha envejecido sino que está contribuyendo a la creación y desarrollo de la teoría marxista de la reproducción socialista.

Domar, que «descubrió» este trabajo, escribió que Feldman se había anticipado a las conclusiones a que muchos años después llegaran Harrod y el propio Domar. No es casual que muchos investigadores comparen el modelo de Feldman con el de Harrod-Domar.

En vista de que el modelo de G. Feldman despertó tanto interés entre los economistas de Occidente, e igualmente entre los de los países socialistas, hemos creído necesario detenernos en él y examinarlo con más detalle, comparándolo precisamente con los de Harrod y Domar.

Pese a ciertas semejanzas aparentes con estos modelos, el de Feldman presenta una diferencia esencial que viene condicionada, de un lado, por la superioridad de su método científico marxista de análisis, y de otro, porque tiene ante sí la importante necesidad práctica de elaborar las bases teóricas de la planificación socialista de la economía.

Feldman se asignó la tarea de determinar la interdependencia existente entre los ritmos de crecimiento y las proporciones de la economía nacional. Pero si Harrod y Domar, que, de hecho, se plantearon el mismo objetivo, se limitaron a construir un modelo monosectorial, general, en el que los ritmos de crecimiento de la renta nacio-

---

[16] G. Feldman. *Acerca de la teoría de los ritmos de la renta nacional.—Plánovoie Joziaistvo* (Economía Planificada), 1928, № 11, 12.

nal en su conjunto, la tasa de acumulación y el coeficiente capital global se enlazan entre sí, Feldman abordó la realización de esta tarea de modo diferente.

En primer lugar, Feldman precisa la propia noción de ritmo de crecimiento. ¿De qué ritmo se trata? Toda la teoría burguesa del crecimiento tiene en cuenta el ritmo de crecimiento de la renta nacional, en el mejor de los casos, por habitante. En la teoría de Feldman se trata, sobre todo, del ritmo de aumento del *consumo*, ya que el objetivo del socialismo es elevar continuamente el bienestar de las masas populares.

«Toda la producción tiene, en definitiva, como objetivo el consumo, y es precisamente el aumento del consumo lo que desde este punto de vista debiera interesarnos únicamente, como medio de elevar el consumo y su ritmo de crecimiento»[17]. Esta es la primera diferencia esencial, de principio, en la concepción del crecimiento de Feldman.

La segunda diferencia, también importante, es el enfoque estructural del análisis del problema, el intento de determinar la relación entre el ritmo de crecimiento y los cambios en la estructura de la renta nacional, problema que no se plantearon ni Harrod ni Domar.

Feldman se impuso la tarea de estudiar, en forma de modelo, la ligazón existente entre los ritmos y las proporciones en el desarrollo de las dos secciones de la producción social. Esta división de la producción social en dos secciones se diferencia un poco de la hecha por Marx en sus esquemas de la reproducción social.

En los esquemas de Marx de la reproducción se trata de *la producción de un año dado*. Feldman parte de que, en la solución del problema del crecimiento, el modelo no debe abarcar solamente la producción de un año dado sino también los fondos de acumulación, o capital, de que dispone la economía en su conjunto y en los diversos sectores. La correlación entre la producción de un año dado y la magnitud del capital en la economía en su conjunto y en los diversos sectores, que el autor denomina efectividad de la utilización del capital (rendimiento del capital), desempeña en su modelo un papel importante.

[17] *Plánovoie Joziaistvo*, 1928, № 11, pág. 150

(Son precisamente estos coeficientes, los que dan motivo para comparar el modelo de Feldman con el de Harrod-Domar). Esta particularidad de su método, Feldman la explica del modo siguiente:

«Una de las principales hipótesis que nos impulsó a adaptar la teoría de Marx a nuestras tareas es la de que el ritmo de crecimiento de la renta nacional depende de relaciones históricamente establecidas, no casuales, entre la cantidad de trabajo cristalizado en el capital social en todo el tiempo transcurrido y la cantidad de trabajo cristalizado de nuevo en el período subsiguiente»[18].

Así pues, se toma como base la división de toda la producción en su conjunto: el capital y la producción de un año dado. ¿Sobre qué principio se hace esta división de la producción social en dos secciones?

Como es sabido, en sus esquemas de la reproducción social, Marx divide toda la producción de un año entre las dos secciones, partiendo del *valor de uso* de sus componentes: o se destinan a la producción ulterior, para el consumo productivo (sección I), o al consumo individual (sección II). Esta división se deriva de la tarea que Marx se fijó: esclarecer las condiciones de realización del producto social, las condiciones del intercambio proporcional, tanto de la parte natural como de la de valor del producto social.

Habiéndose planteado un problema dinámico, el de los ritmos, Feldman llegó a la conclusión de que había que tomar como base de la división del producto social *el destino económico* de la producción: sirve a la reproducción simple y, por lo tanto, asegura el nivel corriente del consumo, o se destina a su ampliación. (Principio que, a nuestro juicio, se justifica lógicamente, pero que es difícil de realizar estadísticamente).

Feldman divide toda la producción en dos partes: I— «la parte de la producción que sirve para aumentar y remplazar el capital básico moralmente envejecido»— y II —«la parte de la producción que sirve para crear medios de consumo, así como medios de producción, y que es necesaria para mantener el volumen de produc-

[18] *Plánovoie Joziaistvo*, 1929, № 12, pág. 174.

ción de medios de consumo en cada nivel dado»—. Por consiguiente, la tarea y la estructura se definen de modo que quede clara la ligazón entre los índices de la reproducción simple y ampliada, entre «la producción de ingresos» y la «producción de capitales».

«El único criterio de división que proponemos —escribe el autor— es el destino de la producción: si sirve al aumento o a la sustitución (por causas morales) de los capitales, o si sólo se destina a mantener el consumo en cada nivel dado»[19].

En el modelo de Feldman, los ritmos de crecimiento del capital (*Gk*) y la efectividad de su empleo (*Gs*) determinan los ritmos de incremento de la renta nacional en su conjunto (*T*), así como del nuevo valor creado en cada una de las secciones de la producción social ($T = Gs + Gk$). En esta parte, las conclusiones de Feldman son análogas a las de Harrod y Domar, cuyos modelos contienen los mismos parámetros; es decir: incremento del capital (magnitud de la acumulación) y eficacia de su empleo (rendimiento del capital).

No obstante, en cuanto se conoce el trabajo de Feldman, se ve que éste se diferencia esencialmente de los trabajos de los aludidos autores. Primero, porque en Feldman esta correlación está deducida, no sólo para la economía en su conjunto sino para sus diversos sectores. Y segundo, porque él concede una significación muchísimo mayor que Harrod y Domar *al cambio* de los índices de efectividad de utilización del capital. Harrod y Domar toman este índice en condiciones tecnológicas invariables, fijas, mientras que Feldman ve en el aumento de la efectividad de utilización del capital básico reservas enormes, y más aún, la condición necesaria para elevar los ritmos de aumento del consumo.

Es cierto que también en Feldman se manifestó cierta limitación histórica en la interpretación de las leyes del movimiento de estos índices. En aquel tiempo no podía aún prever que el aumento de la restitución del capital podía ligarse no sólo a una más intensa y mejor

---

[19] *Plánovoie Joziaistvo*, 1929, № 11, pág. 153.

utilización de la potencia productiva. Este aumento puede estar también en relación con las particularidades del progreso técnico moderno cuando el aumento de la productividad del trabajo rebasa el aumento del pertrechamiento de bienes capitales, y, en consecuencia, el rendimiento del capital acusa la tendencia a elevarse.

Esta tendencia en el movimiento de la restitución del capital se manifestó en casi todos los países capitalistas desarrollados del mundo después de 1920.

Por último, a diferencia de Harrod y Domar, Feldman no soslaya los problemas de la recíproca sustitución de los factores de producción según las condiciones del desarrollo económico, o indica que los ritmos de crecimiento pueden determinarse por los ritmos de incremento del capital y la efectividad de su utilización; y también por los ritmos de incremento de la mano de obra y su productividad.

($T = Gs + Gk$, o bien $T = Gn + Ge$, y por lo tanto $Gs + Gk = Gn + Ge$,

donde Gk, ritmo de crecimiento del capital;
Gs, ritmo de crecimiento de la eficacia de su utilización;
Gn, ritmo de incremento de la mano de obra;
Ge, ritmo de aumento de la productividad del trabajo).

Cuando hay excedente de mano de obra (Gn), lo decisivo para los ritmos de crecimiento es una mayor efectividad de la utilización de los capitales, la incorporación de mano de obra libre al capital de que se dispone, mediante una mejor utilización del mismo, un aumento de los turnos, etc.

Cuando hay escasez de mano de obra, adquiere decisiva importancia el aumento de la productividad del trabajo a base de incrementar el capital (Gk) y el pertrechamiento de bienes capitales.

Feldman considera en su modelo tres coeficientes estructurales que, a su juicio, son de gran importancia analítica para determinar las perspectivas del crecimiento económico en su conjunto y del consumo en particular:

El primero es el coeficiente que determina la proporción entre *los capitales* de ambas secciones: $I_k = \frac{K_u}{K_p}$. Con una efectividad dada de empleo del capital, o sea, con una magnitud dada de capital o fondo de reposición, este coeficiente, según Feldman, «define la capacidad de todo el aparato de producción para la reproducción ampliada, y es el índice fundamental de la estructura del aparato de producción»[20].

El segundo coeficiente expresa la relación del nuevo valor creado en cada una de las secciones (medios de producción y artículos de consumo): $I_n = \frac{ND_u}{ND_p}$. Este coeficiente define la estructura de la producción.

Y, por último, el tercer coeficiente indica la relación entre todo el nuevo valor creado (renta nacional) y el nuevo valor creado en la esfera II que es necesario para el consumo corriente $\frac{ND}{ND_p}$.

Feldman se plantea el siguiente problema: de qué modo cambiarán todos estos coeficientes en condiciones de industrialización y de sustitución acelerada del equipo envejecido en el caso: a) de que se mantenga invariable el mismo consumo de la población, y b) de aumento del consumo. (Como se ve, el nivel del consumo y su dinámica sirve constantemente de criterio en todas las investigaciones del autor).

Los resultados obtenidos del estudio de este problema se plasman en una serie de fórmulas, gráficos y cálculos hipotéticos que expresan la correlación entre las dos secciones de la producción social, y en particular la correlación entre los fondos básicos y ritmos diversos de aumento del consumo. A propósito de esto, el autor llega a una conclusión muy importante: la necesidad de elevar la efectividad del empleo del capital (C). «Es preciso conceder mucha atención al aumento de la efectividad del empleo, tanto de los viejos como de los nuevos gastos capitales —subrayó—, y el cambio de nuestra actitud hacia el problema de la efectividad de las inversiones capitales puede producir un cambio notable en el movi-

[20] *Plánovoie Joziaistvo*, 1929, № 11, pág. 156.

miento del coeficiente C, ya que en la vía de la utilización racional de nuestro aparato productivo hemos quedado ferozmente retrasados de los países industrializados»[21].

En condiciones de industrialización rápida y de renovación del aparato productivo, éste es un problema de particular actualidad. «En general, la amortización moral *permanente* sólo puede justificarse si se da el correspondiente crecimiento permanente de la productividad de trabajo y de *la efectividad de los capitales*»[22].

El problema de importancia que Feldman examina es el de la estructura óptima del aparato de producción $\frac{K_u}{K_p}$, es decir, la relación entre el volumen de capital que se precisa para ampliar la producción (K_u) y la magnitud de capital necesario para garantizar un determinado nivel de consumo (K_p). Esta demuestra que con un grado invariable de eficacia de la utilización de los fondos productivos para obtener un incremento dado del consumo, el capital de la sección II (K_p) tiene que incrementarse al mismo ritmo. En lo que concierne al capital de la sección I (K_u), su ritmo de crecimiento dependerá de la magnitud del propio coeficiente $\frac{K_u}{K_p}$, que caracteriza la estructura del aparato de producción. Cuanto más elevado sea este coeficiente, el incremento del capital en la sección I superará en tanto mayor grado su incremento en la sección II. (A modo de ilustración citamos el siguiente ejemplo). Para asegurar un aumento anual del consumo del 20% ($ND_p = 0{,}2$), la proporción $\frac{K_p}{K_u}$ exigirá el siguiente ritmo de incremento del capital en la sección I:

$$\frac{K_p}{K_u} = 2 \qquad Gku = 0{,}54$$

$$\frac{K_p}{K_u} = 1 \qquad Gku = 0{,}74$$

[21] Ibid., pág. 158.
[22] Ibid., pág. 160.

$$\frac{K_p}{K_u} = 0{,}5 \qquad Gku = 0{,}84$$

$$\frac{K_p}{K_u} = 0{,}2 \qquad Gku = 0{,}90$$

Cuanto menor sea la relación entre el aparato productivo de la sección II (P) y el de la sección I (u), el ritmo de crecimiento del capital en la sección I superará más al de la sección II (que a su vez es proporcional al ritmo dado del aumento en el consumo).

Este proceso —subraya el autor— ha de ser autosostenido y cumulativo, con una desproporción cada vez más acentuada entre K_p y K_u. Mas para sostener un ritmo dado de ampliación del aparato de producción en la sección II (proporcional al ritmo de aumento del consumo), es suficiente que el capital de la sección I aumente al mismo ritmo (con una efectividad dada de su empleo). Todo lo que sobrepase este ritmo, asegurará la ampliación de la producción de la sección I sin ninguna utilidad para la sección II. «Producir por producir en las condiciones de la economía socialista —escribe Feldman— sólo se concibe como cosa temporal con el fin de elevar la estructura del aparato de producción aumentando la relación $\frac{K_u}{K_p}$ para pasar después a aumentar los ritmos de crecimiento del consumo»[23].

De aquí pasa el autor a esclarecer el problema del nivel óptimo de estructura del aparato de producción del país, es decir: el nivel óptimo de la relación $\frac{K_u}{K_p}$ para alcanzar un ritmo dado de aumento del consumo. Y demuestra que los ritmos de crecimiento del consumo de la población se condicionan por el volumen de industrialización que eleva la relación entre K_u y K_p; también demuestra que el aumento que asegura el mayor incremento del consumo tiene sus límites racionales.

Valiéndose de una serie de gráficos que indican los ritmos de crecimiento del consumo según los cambios en la correlación $\frac{K_u}{K_p}$, con diversos grados de efectividad del

[23] Ibid., pág. 164.

empleo del capital en la sección I S_u, Feldman llega a las conclusiones siguientes:

«1ª. Que lo más provechoso será el aumento de $\frac{K_u}{K_p}$ sólo hasta 1-2;

2ª. Que los ritmos de aumento del consumo se eleven proporcionalmente al crecimiento de la efectividad de utilización del capital S_u (es decir: el rendimiento del capital en la I sección—*I.O.*);

3ª. Que con el crecimiento de la correlación $\frac{K_u}{K_p}$, el ritmo de aumento del consumo será tanto mayor cuanto mayor sea S_u, y por consiguiente, de ello dependerá la efectividad de la industrialización»[24].

Feldman realizó también un progreso enorme en la aplicación de las matemáticas al análisis de las correlaciones por él deducidas, utilizando para ello el cálculo diferencial. Hizo un análisis matemático detallado de las más diversas variantes de correlación de ritmos de crecimiento de los índices fundamentales de la economía nacional que, en definitiva, determinan el crecimiento del consumo del pueblo. Estas correlaciones son estudiadas en condiciones de una magnitud limitada de capital —que era la principal circunstancia limitativa a comienzos de la industrialización— y en la situación de escasez de mano de obra; que —como suponía acertadamente— pudiera surgir en un futuro lejano.

También investigó el estado de equilibrio dinámico en el que los ritmos de extensión del aparato de producción en ambas secciones son iguales, así como las condiciones de salida de este estado para alcanzar un nuevo nivel de equilibrio, y señalaba que esto podía obtenerse mediante el aumento de efectividad del empleo de los capitales en la primera sección, o el aumento de las inversiones en esta misma sección a expensas de la disminución de la acumulación en la sección II. Pero esto implicaría la reducción temporal de los ritmos de abastecimiento a la población en medios de consumo. «Cobra más impor-

[24] Ibid., pág. 166.

tancia —escribe— la tarea del empleo de capitales, del aumento de *C*»[25].

Es significativo que, mucho antes del descubrimiento de Harrod, Feldman escribiera: «A base de las fórmulas deducidas, las crisis de la economía capitalista podrían considerarse como la transición dialéctica al estado de «equilibrio armónico», del que la economía capitalista sale, continuamente»[26].

Del análisis de Feldman de la dependencia de los ritmos de aumento del consumo respecto a la productividad del trabajo, así como de la distribución del consumo entre las personas ocupadas en el trabajo productivo y no productivo (en el sentido tradicional del término), se desprenden importantes conclusiones. La primera es que la elevación de la productividad del trabajo no determina por sí sola la elevación de los ritmos del consumo. Esta elevación no depende simplemente del aumento de la productividad del trabajo, pero es *función de la relación entre la productividad del trabajo y su pertrechamiento en bienes capitales*, o sea: es función del aumento de la efectividad de empleo del capital. La conclusión segunda es que los ritmos de aumento del consumo son tanto más elevados cuanto mayor sea el sector de la población ocupado en la esfera productiva, y cuanto menor, la relación del salario respecto a la productividad del trabajo.

No obstante, el autor previene aquí contra las conclusiones simplistas que pudieran extraerse de dicha tesis. «La productividad del trabajo y la efectividad de los capitales, —advierte—, depende en grandísima medida del desarrollo de la ciencia, de la instrucción y del aparato de dirección que conciernen a la esfera no productiva, y de la reducción del consumo en esta esfera; en nuestras condiciones, puede surgir una tremenda contradicción en razón de la escasez de personal calificado en el país, de la debilidad del aparato de cálculo, regulación y planificación del Estado»[27].

---

[25] *Plánovoie Joziaistvo*, № 12, pág. 157.
[26] Ibid.
[27] Ibid., pág. 11.

* * *

Estos son los principales elementos constructivos del modelo de Feldman, que hoy se reconoce como el primer intento general de crear un modelo elaborado de crecimiento económico partiendo del método marxista, y aplicable a la investigación, no sólo de los problemas de la reproducción socialista sino también de los de la reproducción en las condiciones del capitalismo.

Ya hemos aludido a los aspectos metodológicos discutibles que hay en este modelo, así como a ciertas limitaciones condicionales. No obstante, las principales conclusiones siguientes, que se derivan del modelo de Feldman, tienen gran actualidad en nuestros días:

— importancia de la efectividad del empleo de los fondos básicos;

— la ligazón entre los ritmos de aumento del consumo y la estructura de la producción;

— el problema de la correlación óptima entre las dos secciones;

— los razonamientos relativos a la alteración de esta correlación óptima si la sección I empieza a trabajar para sí misma dando lugar a «la producción por la producción»;

— las conclusiones sobre las condiciones de equilibrio dinámico; y otras muchas.

A la investigación de estos problemas, a base del análisis estadístico y matemático-abstracto, se consagran hoy muchos trabajos de los economistas soviéticos.

Capítulo VIII

LA TEORIA DEL CRECIMIENTO Y LOS PROBLEMAS DE LA POLITICA ECONOMICA

Las corrientes keynesista y neoclásica en que se basa la síntesis neoclásica han contribuido a sentar los fundamentos de la actual política reguladora de los procesos de crecimiento de la producción capitalista. Esta política se configuró en estrecha relación con el desarrollo de ambas corrientes teóricas, si bien la prioridad corresponde, indiscutiblemente, al keynesismo. El análisis de estas concepciones, realizado en los anteriores capítulos, muestra que la idea inicial de Keynes sobre la necesidad de regular la economía capitalista a fin de superar las depresiones económicas y reanimar las coyunturas económicas flojas, fue paulatinamente extendiéndose hasta transformarse en concepción del crecimiento sostenido, estable y equilibrado, que exige la aplicación de una constante política anticíclica. Nuestro análisis muestra también como a estos conceptos acerca del papel del Estado se han sumado otros relativos a la importancia del Estado en el acrecentamiento del potencial económico.

1. TEORIA ECONOMICA Y POLITICA ECONOMICA

El afianzamiento de las tendencias estatal-monopolistas confiere a la política económica un papel cada vez más importante en el proceso de la reproducción capitalista moderna. En ella encuentran su expresión los esfuerzos del Estado por asegurar las condiciones necesarias a la expansión de la economía capitalista y reforzar la explotación de la clase obrera; por mantener unas determinadas macroproporciones en la economía; por liquidar los puntos flacos que dificultan el desarrollo; por crear estímulos adicionales o condiciones de un más rápido crecimiento; por solucionar los problemas sociales más acuciantes que ponen en peligro la estabilidad política de la sociedad, etc.

El carácter, la orientación social y el alcance de la influencia de la política económica están determinados por el régimen social y político, por las leyes objetivas de su desarrollo. Sobre la política económica del Estado presionan también las condiciones históricas concretas del desarrollo de una sociedad dada, la correlación de fuerzas de clase, la lucha de clases en la arena nacional e internacional.

«No es fácil valorar —escribe el economista americano N. Keiser— la importancia del elemento político en la determinación de la política de impuestos y de gastos. La estructura en el Congreso de los comités, el partido que está en el poder, el partido que controla la Casa Blanca, las cualidades personales y la capacidad de organización de los líderes del Congreso y de los órganos ejecutivos del Poder, son elementos que desempeñan un papel importante en la determinación de la naturaleza de los actos legislativos que se adopten y, por consiguiente, en la política financiera que se aplique»[1]. En el complejo juego de todas estas fuerzas sociales, la política económica del Estado burgués tiene, en fin de cuentas, como objetivo el proteger la propiedad privada, reforzar el modo capitalista de producción, ampliar la esfera de la explotación capitalista.

[1] N. F. Keiser. *Macroeconomics, Fiscal Policy and Economic Growth*, New York—London—Sydney, 1964, p. 10.

No hay que creer que el desarrollo de la teoría económica por un lado, y la creación de un sistema ramificado de órganos estatales por otro, condiciona el que la política económica se apoye siempre en las conclusiones de los científicos. La economía política es el resultado de la interacción de multitud de factores a los que ya hemos aludido, y cuyo examen no entra en el cometido del presente capítulo. Sin embargo, se puede pensar que el desarrollo de la teoría económica es un factor cada vez más importante que determina el espíritu de la política económica, sus objetivos y los medios para alcanzarlos. Precisamente por eso, el Estado y sus representantes, a la hora de definir los objetivos y métodos de la política económica, particularmente a largo plazo, tratan de apoyarse cada vez más en las conquistas de la ciencia económica.

A juicio de W. Heller[2], presidente de la Junta de Consejeros del presidente Kennedy, la economía política moderna se basa en tres decenios de desarrollo de la ciencia económica. Y considera que sus principales etapas son: los trabajos de Keynes que, por vez primera, plantearon el problema de los determinantes que estipulan el nivel del empleo y de la renta nacional; el ulterior desarrollo del análisis keynesista de A. Hansen; la creación del concepto de la renta nacional y del producto global nacional de S. Kuznets, que abrió la vía a la elaboración de los índices estadísticos macroeconómicos de desarrollo de la economía; la «síntesis neoclásica» de R. Samuelson del problema del pleno empleo y la distribución eficaz de los recursos; el desarrollo de los aspectos cuantitativos del análisis económico ligados al empleo de máquinas calculadoras electrónicas. En este mismo aspecto, son también de gran importancia las investigaciones de los teóricos del crecimiento económico. En ciertos límites, allí donde se trata de vínculos tecnoeconómicos inherentes a la economía en desarrollo, la política económica tiene una base objetiva. Sin embargo, esta base objetiva es limitada y vulnerable en dos direcciones.

---

[2] W. Heller. *New Demensions of Political Economy*, Harvard, 1966, p. VII.

La primera, en la línea de la relatividad e imperfección de los propios instrumentos de conocimiento, lo que, naturalmente, es propio de toda teoría. Una idea más exacta o una imagen más precisa de tales o cuales interrelaciones obligan a cambiar de política.

La segunda, en el sentido de que la propia teoría económica burguesa no es objetiva. En sus diversas corrientes se manifiestan actitudes diferentes en la defensa de los intereses del capital monopolista. Presentan unas veces una actitud más amplia, reflejo de una comprensión más profunda de las contradicciones de la sociedad capitalista; más coloreada con las ideas del reformismo burgués, que ve en las reformas y en la limitación de los intereses inmediatos del capital monopolista la manera de preservar las condiciones de su dominación y los principios de la propia existencia de la sociedad capitalista. Otra tiene una actitud más estrecha, de defensa directa, sin rodeos, de los intereses de los monopolios, y que considera el reformismo y la extensión del papel del Estado —y no sin fundamento— la vía de creación de las premisas materiales del socialismo, por lo cual trata por todos los medios de circunscribir dicho modo de defensa y consolidación de las bases de la sociedad capitalista.

Es curioso que los círculos de la burguesía monopolista que intervienen contra la ampliación de las funciones económicas del Estado, resistiéndose furiosamente a todo intento de reforzar su intervención, acepten gustosos esta regulación en relación con la industria de guerra, cuando se trata de la producción de armamentos.

La historia de la regulación estatal-monopolista demuestra que para muchos círculos influyentes del capital monopolista la cuestión se plantea del modo siguiente: o regulación para las necesidades de la guerra, para reforzar la expansión, o ninguna clase de regulación o su reducción al mínimo.

Por esta razón, cuando estudiamos la relación que la teoría económica guarda con la política económica, hemos de ver también cómo se reflejan en ella las diversas opiniones teóricas.

La política del crecimiento económico surgió en ligazón con la gran difusion que tuvieron las ideas acerca del papel del Estado en la regulación de los procesos de la reproducción capitalista. La política de expansión económica presuponía el que el Estado pasara de una política puramente coyuntural, basada en la regulación de la demanda solvente, a otra que influyera por largo tiempo sobre el potencial económico del país, subordinando también a esto la política anticíclica. La política del crecimiento tiene como parámetros de la regulación tanto los factores extensivos de crecimiento, es decir, la oferta de mano de obra y de capital, como los factores intensivos que aceleran el progreso técnico. La enorme importancia que en las condiciones actuales tienen los factores intensivos, da a esta corriente política del crecimiento una significación especial.

La política de crecimiento económico a largo plazo se entrelaza estrechamente con la anticíclica, lo que sirve de fundamento a algunos economistas para considerar esta última como parte integrante de la política de crecimiento. Al mismo tiempo, este entrelazamiento es uno de los aspectos más complejos y contradictorios do la fase actual de regulación estatal-monopolista. La política de crecimiento económico tiene cierta prioridad sobre la anticíclica, ya que presupone procedimientos más fundamentales de influencia en la economía. No obstante, la política de crecimiento económico se ve supeditada a la anticíclica, forzada a cederle el paso.

Para aplicar una política de crecimiento en la acepción directa del término, el período más favorable es la fase de auge del ciclo económico, cuando, como suele decirse, en la economía «todo está en orden». En una serie de aspectos, la política de expansión económica coincide con la política anticrisis, en la medida en que se orienta a intensificar las inversiones tanto privadas como públicas, a elevar el nivel del empleo, a liquidar las zonas de depresión; es decir: a la ampliación de los factores extensivos del crecimiento. Sin embargo, si se da la prioridad a las medidas orientadas a elevar la efectividad económica sin la correspondiente extensión de la demanda productiva y de consumo, en condiciones de excedente

del potencial de probucción, de flojedad en el desarrollo originado por la superproducción, lo que puede ocurrir es que tales medidas agraven más aún las dificultades. Por eso no es sorprendente que la mayoría de los economistas americanos, como más adelante veremos, den su preferencia, en tales condiciones, a la política keynesista tradicional de aumento de la «demanda efectiva».

Las contradicciones entre la política de crecimiento y la anticíclica, que surgen cuando hay una tensión excesiva, malsana, de los recursos, el boom, el alza inflacionista de los precios, son particularmente agudas. En tales circunstancias, la política de crecimiento tiene que ceder al empuje de las medidas restrictivas del gobierno. En condiciones de «recalentamiento» económico, el temor a la bancarrota obliga a adoptar medidas urgentes para sostener la coyuntura: medidas de restricción de los recursos inversionistas y de consumo, tanto mediante todas las formas posibles de la política crediticia y tributaria como a través de la limitación de los gastos públicos. Esta política va inevitablemente en detrimento de las medidas que exige la política económica de crecimiento y de las que se orientan a aumentar las inversiones o a modificar su estructura, y a incrementar los gastos públicos de infraestructura. En estas contradicciones halla su reflejo la contradicción de la propia reproducción capitalista, cuya inestabilidad limita el alcance y eficacia de la regulación económica a largo plazo.

Un ejemplo claro de esta contradicción es la política económica de Inglaterra denominada «*stop and go*», «detente y marcha». La profunda reestructuración de la economía, el aumento de las posibilidades potenciales de crecimiento, la elevación de los gastos en la investigación científica y la aceleración de los ritmos generales del progreso técnico, medidas todas ellas ligadas a la necesidad de impulsar el ritmo de crecimiento, chocan a cada instante con la política de limitación del crecimiento económico por las contradicciones internas del desarrollo de la economía inglesa que generan las crisis periódicas de su balanza de pagos. Una situación análoga se observa en los EE.UU., donde los elevados ritmos de crecimiento en los años 60, estimulados por la guerra en Vietnam, el

aumento enorme del déficit presupuestario, y toda una serie de otros fenómenos, provocaron una fuerte alza inflacionista de los precios. Y resultó que la política de crecimiento tuvo que constreñirse bajo la presión de las circunstancias que exigían la aplicación urgente de las tradicionales medidas anticíclicas de limitación del ritmo del desarrollo económico y de reducción de los gastos públicos.

La política de crecimiento económico en el mundo capitalista comenzó primeramente a configurarse en los países europeos. En la mayoría de ellos —Francia, Holanda, Suecia, Noruega, más tarde en Inglaterra— y luego en el Japón, la regulación económica se realizó después de la guerra a través de diversas formas de planificación indicativa, que se proponía, entre otros objetivos (y en algunos casos como el principal), el de cambiar la estructura de la economía, elevar la efectividad de la producción y el ritmo de crecimiento. Así pues, la política de crecimiento económico se realizó en estos países en el cuadro de lo que se ha dado en llamar «programación económica»[3].

Examinaremos en el presente capítulo cómo la teoría macroeconómica influyó en la configuración de la política de crecimiento económico de los EE.UU., donde no se practicaba la regulación económica a largo plazo y predominaban las formas anticíclicas a corto plazo de intervención del Estado en la economía.

En este país, la aparición y desarrollo de la teoría económica del crecimiento se centró, particularmente, en el aspecto de la regulación a largo plazo. Esta teoría mostraba, en cierto modo, que la regulación anticíclica a corto plazo de la economía debía ceder el paso a una política económica de crecimiento más general, encauzada a regular la producción capitalista teniendo en cuenta sus posibilidades potenciales y los cambios operados en las mismas. Esta reorientación tuvo su expresión en el trabajo de W. Heller al que hemos aludido anterior-

[3] Véase, principalmente, L. B. Alter. *La programación económica en los países capitalistas desarrollados.*—Colección *La programación económica en los países capitalistas. Trabajos científicos I.N.I.E. anexo al Gosplan de la URSS*, M., 1968, pág. 17.

mente. En 1966, Heller escribió: «El síndrome anticíclico de los años 50 pertenece al pasado. La política se aplica ahora a eliminar la desproporción entre los ritmos potencial y efectivo del crecimiento, a la realización y ampliación del potencial económico no inflacionista»[4].

R. Nelson, otro economista americano, escribe lo siguiente: «Yo entiendo por política de crecimiento económico la política orientada a los ritmos potenciales de aumento de la producción, a la ampliación de las posibilidades potenciales de crecimiento»[5].

En la configuración de la política de crecimiento económico tienen, a nuestro juicio, particular importancia los siguientes problemas, que ocupan el lugar central en la concepción del crecimiento y que son objeto de investigación y discusión entre los economistas americanos de las más diversas escuelas y tendencias. Se trata, en primer lugar, de determinar el ritmo de crecimiento de la economía potencialmente posible; en segundo, de saber qué es lo que, en definitiva, determina el crecimiento de la producción capitalista: las condiciones de realización (demanda) o condiciones de la producción, (oferta); en tercero, de determinar y valorar el papel de los diversos factores tecnoeconómicos del crecimiento de la producción. Sobre estos problemas no hay entre los economistas americanos unanimidad de criterio. Las diferencias de apreciación y de opiniones provienen de las dificultades objetivas de investigación de los diversos problemas, de la imperfección de los métodos de conocimiento, y, al mismo tiempo, de la adhesión de sus autores a las diferentes corrientes de la economía política burguesa.

2. RITMOS DE CRECIMIENTO POTENCIALMENTE POSIBLES

En la teoría del crecimiento económico, los ritmos de crecimiento potencialmente posibles aparecen como principal punto de orientación en la definición del ca-

[4] W. Heller. *New Demensions of Political Economy*, p. VII.
[5] R. Nelson. *Agregative Production Functions and Economic Growth Policy.—The Theory and Empirical Analysis of Production*, p. 479.

rácter de la política económica. De ella se desprende que la desproporción entre los ritmos de crecimiento efectivos y los potencialmente posibles ha de ser objeto de la política anticíclica. En estas condiciones, será suficiente regular la demanda, según las recetas keynesistas, con una política de compensación del Estado. De plantearse el elevar el ritmo de crecimiento por encima de las posibilidades potenciales, haría falta otra política: una política de crecimiento económico propiamente dicho, que afecte a los eslabones del sistema económico que determinan el grado de sus posibilidades productivas. Este punto de vista fue formulado con precisión por Denison: «Es absolutamente esencial distinguir entre: 1) el crecimiento «potencial» de la producción de la nación y su *capacidad* para producir mercancías y servicios, y 2) los cambios en la relación entre la producción efectiva y la «potencial». Lo primero depende de los cambios en la cantidad y calidad del trabajo y del capital de que se dispone, del progreso de los conocimientos y de otros factores similares, mientras que lo segundo se determina, principalmente, por la relación que guardan entre sí la demanda total y la producción potencial. Los cambios que se operan en la renta nacional durante un período se determinan, desde luego, por lo uno y por lo otro; pero las causas de los cambios y su interpretación, la política llamada a influir sobre ellos y las implicaciones de una tal política sobre el crecimiento futuro, son cosas completamente diferentes»[6].

La cuestión del ritmo a que puede o debe desarrollarse la economía de los EE.UU. atrajo la atención de los especialistas por influjo, principalmente, de la brusca desaceleración del ritmo de crecimiento de la economía americana en la segunda mitad de la década del 50. Precisamente por entonces aparecieron en numerosos artículos y discursos llamamientos y promesas de aumentar dicho ritmo en un 4, un 5 y hasta en un 6% anual.

La fórmula de Harrod-Domar, con toda su simplificación, podía ofrecer ya una idea general de las dimensio-

[6] E. Denison. *The Sources of Economic Growth in the United States and the Alternatives before us*, p. 3-4.

nes del problema con que se enfrentaba la economía de los EE.UU. Así, el economista americano Vatter, ilustraba la situación con las cifras siguientes: si admitimos que la tasa aproximada de acumulación neta en los EE.UU. es de un 6% por término medio, y que el grado de prolongación de la restitución del capital se sitúa, según los datos de Kuznets, en 0,67, resultará que el ritmo necesario de crecimiento debe ser igual a $0,67 \times \times 0,06 = 4,02\%$ anual[7]. Es evidente la colosal desproporción con el ritmo efectivo de crecimiento, que descendió en este período hasta un 2,5% anual.

J. Kennedy proclamó en 1961, como objetivo primordial y a largo plazo de la política económica nacional, la necesidad de elevar el ritmo de crecimiento de la economía de los EE.UU. hasta un 4,5% anual. Varios años más tarde, los consejeros del presidente Nixon siguen pensando que es aproximadamente este nivel de aumento del ritmo de expansión el más sano para el crecimiento de la producción americana a largo plazo. La solución de este problema da una significación particular y, en cierto modo, constituye un estímulo, a la intensificación de la actividad práctica en la esfera de los cálculos del ritmo de crecimiento potencialmente posible de la economía de los EE.UU., actividad que se realiza en amplia escala en este país en el período de postguerra[8].

En los pronósticos del ritmo de crecimiento potencialmente posible de la economía de los EE.UU. previstos para un período de 60-70 años, podemos distinguir dos grupos de cálculos. Hay una serie de pronósticos según los cuales la economía de los EE.UU. es capaz de crecer a un ritmo medio anual de un 4,5%, de conseguirse el

---

[7] H. G. Vatter. *The U.S. Economy in the 1950's*, New York, 1963, p. 286.

[8] Sólo en los comienzos de la década del 50 fueron elaborados aquí más de 30 pronósticos a largo plazo concebidos para un período de 10 a 50 años. De estos pronósticos a largo plazo se ocupan numerosos centros de investigación científica, tales como la Asociación Nacional de Planificación, el Consejo de la Conferencia Nacional Industrial, el Comité para el desarrollo económico, la corporación «Recursos para el futuro», la «Corporación RAND», el Instituto de Investigación Stanford y otros.

«pleno empleo». (Tal como lo definen los economistas americanos, el «pleno empleo» admite la existencia de un 4 a 4,5% de obreros parados.) Esa es la conclusión a que se llega, particularmente a base de los cálculos de la Asociación Nacional de Planificación, del Consejo de la Conferencia Nacional Industrial, de la Comisión Económica conjunta del Congreso, del departamento de economía «McGraw Hill», y de algunos otros. La otra serie de pronósticos testimonia que el ritmo de crecimiento potencialmente posible de la economía de los EE.UU. no rebasará el 3,5%. En este grupo entran los pronósticos del Instituto Stanford, así como los cálculos de E. Denison[9]. Unos y otros están hechos aplicando la función de producción.

La Junta de Consejeros Económicos, que desde 1961 lleva regularmente el cálculo de la desproporción entre el nivel potencialmente posible de la producción y el efectivo en cada período de tiempo dado, parte de que el ritmo de crecimiento potencialmente posible en los años 50 se situó en el 3,5%, y el de los años 60, en el 3,75%. (Este índice, unido a la norma de desempleo y a la magnitud del potencial de producción insuficientemente utilizado, comenzó a servir como criterio importante de la actividad económica en el país para determinar la orientación de la política económica.)

Estas diferencias de apreciación no son tan insignificantes como a primera vista pudiera parecer. Calculando que el producto nacional global de los EE.UU. durante los años 1960-1980 sólo podría elevarse en un 3,3% anual, Denison llegó a la conclusión de que era preciso aplicar una política especial de crecimiento económico. Y demostró que el aumento del ritmo de crecimiento potencial en un solo punto —pasando de 3,3 a 4,3%— exigiría grandes esfuerzos por parte del Estado sobre todos los factores fundamentales del crecimiento, y escribió: «La diferencia entre el ritmo de crecimiento de 3,3 y de 4,3% es muy grande. El primero presupone aumentar el nivel de los ingresos por habitante en un 33%, y el

[9] E. Denison. *The Sources of Economic Growth in the United States and Alternatives before us.*

segundo, en un 61%, en el curso de los años 1960-1980»[10]. Refiriéndose a los refuerzos que son necesarios para elevar en un solo punto los ritmos de crecimiento, Denison ofrece en un informe todo un «surtido» de medidas, combinando las cuales se podría alcanzar este objetivo, siempre que se lograse el pleno empleo de los recursos disponibles (Denison insiste en esta condición). Dicho «surtido» consta de 13 puntos: aumento de la inmigración, prolongación del tiempo de trabajo, ampliación de los plazos de formación de mano de obra con el fin de elevar el grado de su calificación, reducción del paro estructural y encubierto, elevación de la tasa de acumulación, supresión de la discriminación de los negros y de las limitaciones del comercio exterior, empleo más efectivo de los recursos, ampliación de la investigación científica, etc.

Las diferencias en la apreciación de lo que debe ser en la práctica el criterio fundamental de orientación de la política de crecimiento, introducen en ésta elementos de indeterminación. De partir de los cálculos de Denison, y siguiendo sus recomendaciones, para alcanzar el 4,5% de crecimiento anual en el transcurso de un largo período será necesario incrementar el ahorro, los gastos en la instrucción y en la ciencia, elevar los ritmos de incremento de la mano de obra (incorporando incluso a los inmigrantes), etc. Si se parte, en cambio, de cálculos en función de ritmos potencialmente posibles de 4,5%, no serán necesarios particulares esfuerzos en esa dirección; lo que hace falta es asegurar que el paro obrero se reduzca hasta un 4% anual.

Hay que reconocer que el perfeccionamiento de los medios de pronosticación, la toma en consideración de un número cada vez mayor de factores, una apreciación más exacta de las interdependencias, el empleo de las calculadoras electrónicas, contribuirán, a hacer más precisos los cálculos de los ritmos de crecimiento potencialmente posibles: pero de esto no se desprende, en modo alguno, el que se realice tan felizmente la aproxima-

[10] E. Denison. *How to Raise the High-employment Growth Rate by One-percentage Point.—American Economic Review*, May 1962, p. 69.

ción a una línea óptima de desarrollo, que depende de otra multitud de circunstancias económicas y políticas.

3. DEMANDA U OFERTA

En la configuración de la política de crecimiento económico, reflejo de la historia de la propiateoría del crecimiento, tuvo mucha importancia la discusión sobre qué es lo que, en última instancia, determina el ritmo de desarrollo económico en una situación concreta: si son las condiciones de realización, o sea, la demanda, o las de producción, es decir, la oferta de recursos económicos. Esta discusión se debió en gran parte al hecho de que para los keynesistas las causas de las perturbaciones del equilibrio dinámico, tanto a otroc como a largo plazo, provienen de la demanda, de su escasez o d esu excedente. En cambio, los neoclásicos conceden la importancia primordial, tanto en período largo como en período breve, a los factores que provienen de la producción y la oferta de los recursos: la correlación entre los costes y los precios, a la combinación óptima de los recursos y de la efectividad de la producciòn; al potencial económico.

Las divergencias entre keynesistas y neoclásicos se manifestaron claramente al valorar las causas de la reducción de los ritmos de crecimiento de la economía de los EE.UU. en la segunda mitad de los años 50. El punto de vista keynesista tiene su expresión más completa en los trabajos de A. Hansen. El estado de la economía de los EE.UU., en el citado período, fue calificado por Hansen de «semiestancamiento». Esta sombría apreciación fue dictada por la desaceleración de los ritmos de crecimiento de la economía del país, por la flojedad general de su vida económica.

En efecto: en los primeros seis años de la postguerra, de 1947 a 1953, período en el que en la economía de los EE.UU. actuaban factores generados por la guerra y que habían estimulado la renovación del capital fundamental, el aumento de inversiones en nuevas obras, la elevación de la demanda del consumo, en particular de artículos

de consumo duradero, el índice de la producción industrial se elevó en un 39%. El ritmo medio anual de incremento de la producción industrial durante este período se situó en un 5,6%.

Sin embargo, ya después de la crisis de 1953-1954 el ritmo de crecimiento de la producción industrial se redujo bruscamente. En el curso de los siete años siguientes (1955-1962), el índice de la producción se elevó sólo en un 22,3%, y el ritmo medio anual de incremento descendió hasta el 2,9%, o sea, casi a la mitad. El volumen global de las inversiones de capital privado había aumentado en un 21,4% entre 1947 y 1953 (en precios de 1962), con una tasa media anual de incremento del 3,3%, y en 1962 apenas superaba (en un 1,2%) el nivel de 1955.

La lentidud de los ritmos de aumento de la producción, unida a la revolución técnica en curso, a la automatización de los procesos productivos, condicionaron en este período el aumento del paro crónico. Entre 1947 y 1962, el ritmo medio anual de incremento de la población de los EE.UU. fue de 1,7%, mientras que los ritmos anuales de aumento del empleo fueron del 1,1% entre 1947 y 1953, y sólo de un 0,7% entre 1955 y 1962.

Debido a *este retraso* del ritmo de crecimiento del empleo respecto al de incremento de la población, el porcentaje de parados se elevó constantemente. Después de la crisis de 1948-49, este porcentaje fue del 2,6%; en 1953-54, del 3,9%; en 1957-58, del 4,8%, y después de la crisis de 1960-61 era de cerca de un 6%. En estas condiciones, Hansen hizo constar lo siguiente: «Está dentro de todo lo posible que de ciclo en ciclo nos alejemos cada vez más del ritmo de crecimiento potencialmente posible. El problema del crecimiento adecuado no ha sido resuelto. La solución requiere acciones sociales más eficaces y una planificación del crecimiento de largo alcance»[11].

A juicio de Hansen, la desaceleración del ritmo de crecimiento se debió al brusco debilitamiento de las fuerzas «espontáneas» internas que determinan la diná-

[11] A. Hansen. *Business Cycles and National Income*, New York, 1964, p. 620.

mica de la demanda (tanto de la productiva —inversiones privadas— como de la no productiva), sobre todo de mercancías de consumo duradero. En cierta medida, el debilitamiento de estos factores fue compensado mediante el incremento de los gastos públicos, aunque en proporciones que estaban lejos de ser suficientes. Hansen ofrece el siguiente cuadro que ilustra sus conclusiones:

Ritmo de crecimiento medio anual [12] (en %)

Años	Factores espontáneos*	Factores discrecionales**	Término medio
1948-1956	7,3	4,1	6,4
1956-1962	1,6	7,4	3,0

* Inversiones globales privadas, mercancías de consumo duradero, gastos militares.
** Gastos federales civiles y gastos de los órganos locales de la administración.

A juicio de Hansen, el problema principal reside en las condiciones de realización del ahorro. En esto se manifestó claramente su posición keynesista. Mientras que todo el sistema institucional favorece el incremento del ahorro, las posibilidades de inversión se amplían con demasiada lentidud. La economía de los EE.UU. —subrayaba Hansen— es una economía de elevados ahorros. «Esta genera un enorme volumen de ahorros en condiciones de un alto nivel de empleo, ahorros que se componen de los descuentos por amortización, los beneficios retenidos de las corporaciones, los fondos para pensiones, las reservas de las sociedades de seguros, los depósitos de las cajas de ahorro, los fondos de las mutualidades y el enorme excedente encubierto del presupuesto federal. No hay sociedad que pueda mantener su nivel corriente de ingresos si todos estos ahorros no son solicitados por los empresarios, los consumidores y el Estado. Si no hay prestatarios, los ahorros se malgastarán, y el ingreso descenderá. Es más, en una sociedad en expan-

[12] Ibid., p. 633.

sión, los préstamos deben superar a los fondos ofrecidos por los prestamistas; las inversiones deben ser superiores al ahorro; de lo contrario, la economía no podrá crecer. Para la adquisición de la gran cantidad de producción que habrá de efectuarse «mañana», no bastará gastar todo el ingreso de hoy (aunque se encontrasen los prestatarios suficientes para absorber todo el ahorro corriente). La expansión del crédito y los nuevos títulos de la deuda son también elementos necesarios para que el adicional ingreso corriente pueda cubrir el aumento de producción de mañana»[13]. Es en la demanda donde, a juicio de Hansen y otros keynesistas[14], hay que buscar la solución al problema de la aceleración de los ritmos de crecimiento en una economía «floja». Este mismo criterio defendía el conocido economista americano León Keyserling, que en uno de sus artículos afirmaba que la causa principal del bajo nivel del crecimiento económico en los EE.UU. no radica en la insuficiencia de inversiones sino en la no utilización de una parte sustancial del potencial de producción de que dispone, originada por la restricción de la demanda de su producción. Esta restricción es la consecuencia de serias distorsiones en la proporción entre la producción y el consumo.

«Me parece evidente —escribe Keyserling— que las reiteradas recesiones y períodos de estancamiento que se han producido desde el fin de la guerra de Corea provienen del hecho de que los breves «booms» inversionistas tenían tendencia a rebasar el crecimiento del consumo privado y público... Esta desproporción crea la amenaza de otra recesión al año siguiente, a menos que nuestra capacidad de consumir no esté de nuevo en correspondencia con nuestra capacidad de producir. La vía directa para ampliar la producción efectiva por hombre-hora hasta el límite que permita el potencial técnico (que, a juzgar por los últimos datos, se eleva con mucha rapidez), será la de mantener entre el consumo y las inversiones

[13] Ibid., p. 641-642.

[14] Véase, por jemplo, H. J. Sherman. *Macrodynamic Economics*, New York, 1964. «El problema no radica al parecer en la insuficiencia de oferta de trabajo y capital sino en la falta de demanda», escribe Sherman (p. 202-203).

un equilibrio que asegure el empleo total de los recursos, en lugar de aumentar el paro y la ineficacia estimulando inversiones que cada vez se ajustan menos al consumo»[15].

Analizando las causas de la desaceleración de los ritmos de crecimiento de la demanda, que conduce a una persistente superacumulación del capital («ahorro excesivo»), los economistas americanos señalan una serie de importantes fenómenos que se dan en las condiciones del capitalismo altamente desarrollado, el estudio de los cuales es de gran importancia para comprender las formas concretas en que se manifiesta la contradicción, cada vez más aguda, entre el carácter social de la producción y la forma privada de apropiación.

Señalan, en primer lugar, la tendencia a la disminución del consumo de capital por unidad de producción y a la correspondiente elevación de la reposición del capital. Esta tendencia lleva, de un lado, a la extensión de la potencia productiva, y, de otro, a la reducción de las inversiones necesarias por cada unidad de producción. La desproporción entre la oferta y la demanda se acentuará si esta última no se eleva a ritmos rápidos, mediante la aparición de nuevas esferas de consumo y la aceleración del propio proceso de renovación, de ampliación del capital, de aumento de la demanda de consumo, etc.

Subrayan, en segundo lugar, los efectos negativos del crecimiento del sector de los servicios, al que van a parar, cada vez más, las inversiones de capital, y cuya «producción» ocupa un lugar mayor cada día en los gastos del consumidor. Si bien este sector abre nuevas posibilidades para el empleo de capital y de trabajo, tiene la particularidad de que el consumo de capital por unidad de producción es aquí considerablemente inferior (a excepción de las empresas de utilidad pública) al de las ramas de la producción material. Por lo tanto, los cambios en la estructura de la producción nacional traen también consigo una relativa disminución de la demanda de inversiones.

[15] *The New Republic*, 1960, October 10, p. 17.

En tercer lugar, resaltan también la importancia de los gastos de consumo en la economía actual del capitalismo desarrollado. Siendo éstos un sector clave del desarrollo de la economía, según palabras de Rostow constituyen un freno para su propio crecimiento, por cuanto que ellos, de por sí, aumentan muy lentamente. Sin descubrir las causas socioeconómicas de este fenómeno, los economistas burgueses constatan los cambios realmente importantes operados en la estructura del capitalismo moderno. W. Rostow, autor de la teoría de los estadios del crecimiento económico, escribió, por ejemplo, que en el siglo «del gran consumo de masa», el crecimiento se basa, en lo esencial, en las inversiones endógenas, es decir: en las inversiones ligadas al aumento de los ingresos de la población. En este período, los sectores económicos principales pasan a ser las ramas de la industria que producen artículos de consumo duradero (y éste es un concepto importante en la teoría general de los estadios de Rostow, a base de la cual se determina el propio estadio del período y sus rasgos característicos)[16].

El economista americano Vatter subrayó también el hecho de que, en la economía capitalista muy desarrollada, las inversiones dependen cada vez más del aumento de los gastos del consumo. En uno de sus trabajos, consagrado al análisis de la economía de los EE.UU. en los años 50, Vatter escribió: «En la situación actual, más que antes, una parte considerable de las inversiones privadas son inversiones inducidas. Esto significa que las llamadas inversiones autónomas o «inversiones para ulteriores inversiones» (Fellner), o «inversiones de las empresas» (Lamfalussy)... que se caracterizan por ser tipos de inversiones más o menos independientes de la demanda de consumo, pierden por razones diversas su importancia...

En definitiva, las inversiones son en sí demanda «inducida». Así lo fue siempre. Lo que, por lo visto, desapareció de las inversiones es su parte autónoma, ligada al aumento del capital por unidad de producción,

[16] W. Rostow. *The Stages of Economic Growth*, New York, 1960, p. 79.

que no dependía de la demanda (final), pero que, en fin de cuentas, la aumentaba»[17].

En cuarto lugar, algunos economistas señalan también la existencia de cierta falta de elasticidad de la demanda de inversiones por parte de los monopolios (Vatter, J. Robinson, J. Sherman, y otros). Sin embargo este aspecto del problema —la restricción monopolista de la demanda por diversas causas sociales y técnicas— se estudia muy poco.

Este es el punto de vista keynesista sobre las causas de la desaceleración de los ritmos de crecimiento de la economía de los EE.UU. en la segunda mitad de los años 50. Los economistas neoclásicos apreciaron este fenómeno de modo distinto. Su posición fue formulada por A. Burns[18], uno de los más destacados guardianes de las tradiciones neoclásicas de la economía política burguesa de los EE.UU., que estigmatizó el punto de vista keynesista calificándolo de «nueva teoría del estancamiento».

Burns criticó a sus adversarios en todos los puntos, y escribió:

— ¿Dicen ustedes que las fases de expansión se han ido reduciendo de ciclo en ciclo? Pero el período de 1949-1953, con el que se compara el siguiente período de expansión (1954-1957 y 1958-1960), a su juicio, hay que excluirlo de la comparación, por cuanto que está marcado por la guerra de Corea.

— ¿Que el nivel del desempleo sobrepasa el 4% admitido como normal? Peor para los hechos —replica Burns—. «El ejemplo de un paro obrero elevado, por sí solo, es un apoyo frágil para la conclusión de que los sucesivos auges se hacen cada vez más débiles, o de que la desproporción entre la producción efectiva y la potencial toma una tendencia ascendente peligrosa».

— ¿Que la desproporción entre el nivel efectivo y el potencial de la producción se eleva a 30 mil millones

---

[17] H. G. Vatter. *The U.S. Economy in the 1950's.*, p. 288.

[18] A. Burns. *Examining the New «Stagnation Theory».—Business Fluctuations. Growth and Economic Stabilization*, New York, 1963.

de dólares? Bueno; pero tomen otro año como base del cálculo, y su apreciación será menos pesimista. «Comenzando por la curva de la producción potencial del segundo trimestre de 1957, y no por la media de 1955, se puede convenir: primero, que el aumento de la desproporción fue más lento de lo que parecía al Consejo; segundo, que el período de duración de la desproporción fue más corto; tercero, que todo esto es justo, incluso a pesar de la premisa de un ritmo de crecimiento potencial de la producción considerablemente más elevado que el estimado por el Consejo»[19].

Ni siquiera en el período de desaceleración del ritmo de crecimiento de la economía de los EE.UU. se mostraron los economistas neoclásicos predispuestos a admitir la existencia de vicios orgánicos en el desarrollo de la producción capitalista.

Estas apreciaciones distintas de la situación determinan las diferencias en el enfoque de la política económica.

Los partidarios del enfoque keynesista atribuían la importancia decisiva a los gastos públicos, que tienen por objeto principal elevar la demanda efectiva, tanto por parte del propio Estado como mediante la creación de condiciones favorables para las inversiones privadas. Cifraban sobre todo sus esperanzas en el incremento de los gastos en la construcción de viviendas y en la reconstrucción de las ciudades.

Hansen escribió: «Una gran esperanza es el amplio programa de renovación urbana... Se estima que cada dólar de los gastos federales abre al capital privado posibilidades de inversión de una cuantía de 5 a 7 dólares. Conocemos el llamado tipo francés de planificación, en el que los negocios y el gobierno se han unido para realizar programas a largo plazo, bien elaborados y de interés recíproco. La renovación urbana puede ser una mina de oro para los negocios... Es cierto que podemos hacer algo por la instrucción, la asistencia médica u otras necesidades sociales urgentes; pero no será posible hacer grandes gastos en este sector. En cambio, la renovación urbana, con su atractivo para las cajas de caudales,

[19] Ibid., p. 497.

ofrece realmente grandes posibilidades a la expansión»[20].

A fin de crear condiciones favorables al incremento de las inversiones privadas, estimular el progreso técnico y crear nuevas posibilidades de inversión, el Estado, a juicio de los keynesistas, debía aumentar los gastos destinados a investigaciones científicas y al llamado capital humano, es decir: a la instrucción, a la formación y elevación de la capacitación de los cuadros, a la asistencia médica, etc. Concedían también gran importancia al incremento de los gastos municipales en la preparación de terrenos para las empresas industriales. Los keynesistas dan preferencia al aumento de los gastos públicos, que anteponen incluso a la reducción de los impuestos. «Desde el punto de vista de la competencia industrial —señalaba Hansen— posiblemente estemos avanzando hacia una nueva era. Quizás la industria esté más interesada en un nivel más elevado de los servicios públicos que en un bajo nivel de imposiciones. Se observa que los departamentos especiales de los Estados para cuestiones del desarrollo económico, más que reclamar bajos impuestos, lo que reclaman es mejor calidad de la instrucción pública, de los servicios municipales, de las condiciones de vivienda, de la asistencia médica, etc.»[21].

Así pues, para los keynesistas, el aumento de los gastos públicos era el principal resorte de la política económica, tanto desde el punto de vista de la política anticíclica a corto plazo como desde el de la creación de las condiciones necesarias para asegurar ritmos óptimos de crecimiento en una perspectiva amplia.

Los neoclásicos mantenían una posición totalmente contraria. Como no admitían la existencia de ningún vicio serio en el sistema de la empresa privada, considerando el mecanismo de la competencia capitalista como la principal fuerza motriz del desarrollo económico, planteaban ante el Estado una tarea limitada: la de mantener la correlación entre la ganancia y el salario. Es más, veían en el programa keynesista de incremento de los gastos públicos, ligado al aumento de los impuestos,

---

[20] A. Hansen. *Business Cycles and National Income*, p. 643-644.
[21] Ibid., p. 639.

la limitación de «las libertades individuales»; dicho de otro modo: el menoscabo de los intereses de los monopolios, etc.[22] Los partidarios de este punto de vista se indignan particularmente contra los economistas de la corriente keynesista de izquierda, que considera que el principal obstáculo al crecimiento económico está en la falta de capacidad adquisitiva de la población.

Para aquellos, la elevación del ritmo de crecimiento dimana del aumento de los beneficios mediante la limitación, o incluso el cese total, del aumento de los salarios (causa, según ellos, de la inflación), de la reducción del impuesto sobre los beneficios de las corporaciones, del impuesto individual progresivo a personas con elevados ingresos, de los gastos del Estado destinados a cubrir necesidades económico-sociales, etc.

El argumento más extendido de los neoclásicos contra el programa keynesista de incremento de los gastos públicos es que, según ellos, no afecta al problema esencial del crecimiento: el de la eficacia. De esto había hablado el ya citado A. Burns. Este se lanzó furiosamente contra el programa de crecimiento en su conjunto, en particular contra los artículos que implican una ampliación de los gastos destinados a las necesidades económico-sociales. «Yo considero que el mejoramiento de la asistencia médica a las personas de edad, aunque sea deseable desde el punto de vista del bienestar humano dará poco o nada para elevar la eficacia económica o acelerar el crecimiento de la economía en una amplia perspectiva. Así pues, no es correcto en absoluto estimular el mejoramiento de dicha asistencia médica sobre la base que actualmente se hace, como si ella estimulara al mismo tiempo el crecimiento a largo plazo»[23].

Más adelante, Burns dice: «El problema de acelerar el crecimiento económico a largo plazo se simplifica en exceso cuando creemos que puede resolverse simplemente

---

[22] La crítica más acerba está contenida en los trabajos de los economistas de la escuela de Chicago. Véase, por ejemplo, M. Friedman. *Essays in Positive Economics*, Chicago, 1953; *Capitalism and Freedom*, Chicago, 1963.

[23] *Business Fluctuations Growth and Economic Stabilization*, p. 499-500

aumentando los gastos de inversión». Y continúa: «También dudo que sea razonable un aumento sustancial del salario mínimo en período de recesión. Yo no creo que la elevación del salario mínimo sea un instrumento útil contra la recesión, sobre todo cuando, como ocurre ahora, tenemos el serio problema de la balanza de pagos. Tampoco puedo aceptar sin reservas la opinión de que sean deseables mayores inversiones federales en instrucción, sanidad, viviendas, investigación y desarrollo de los recursos para acelerar el crecimiento económico de la nación a largo plazo. Yo estimo que algunos de estos gastos pueden justificarse en el terreno del bienestar social, y otros, por la eficacia económica; pero no comprendo de qué modo pueden todos ellos acelerar el ritmo de crecimiento económico de la nación a largo plazo sólo porque ahora los llamemos inversiones»[24]. La clave del problema, según Burns, no está en elevar el volumen de las inversiones sino su eficacia.

A comienzos de los años 60 estas discusiones comenzaron a amainar por razones diversas. La coyuntura económica cambió. Los debates entre keynesistas y neoclásicos sobre si en la política económica debía darse preferencia al estímulo de la demanda o al de la oferta de los recursos económicos, al estímulo de las inversiones o al de los fondos para inversiones-ahorro, se aplacan cuando la economía llega al estado de «pleno empleo» (tal como lo entienden los economistas burgueses).

La realidad es que los economistas de la corriente keynesista, al igual que el propio Keynes, subrayaron siempre que en condiciones de pleno empleo rigen las leyes neoclásicas del desarrollo económico. Para elevar los ritmos de crecimiento en estas condiciones es necesario aumentar el potencial productivo del país a base de la reducción del consumo y el aumento de la tasa de acumulación y el de la eficacia[25].

[24] Ibid., p. 501.

[25] Analizando las bases teóricas de la política económica de Kennedy, el economista americano Canterbery señaló: «Kennedy se inclinaba por Keynes durante la recesión y el crecimiento lento, y por los clásicos, en los períodos en que se esperaba la inflación y la crisis de la balanza de pagos». (E. R. Canterbery. *Economics on a new Frontier*, p. 26).

Por otra parte, las diferencias en el enfoque del carácter de la economía política, del volumen y los métodos de intervención del Estado en la economía, se conciben cada vez más claramente como cambios necesarios ligados a la fase del ciclo económico y a las tareas generales del crecimiento económico.

El examen de estas diferentes apreciaciones puede llevarnos a la conclusión de que la política de crecimiento económico se forma como singular síntesis de las representaciones keynesistas y neoclásicas de los factores determinantes del desarrollo económico durante cortos y largos espacios de tiempo. Por eso, los economistas burgueses intentan ligar la política de estabilización del ciclo económico, basada en la regulación de la demanda, a la política del aumento del potencial de producción, alentando las inversiones y el aumento de su eficacia.

En concreto, este «enlace» se reduce al empleo de los métodos keynesistas de incitar a la demanda en momentos de descenso o flojedad del desarrollo económico, y de estimular por todos los medios la ampliación del potencial de producción cuando todas las reservas económicas de la potencia de producción y de mano de obra disponibles están ya empleadas. Muchos economistas consideran hoy que el incremento del potencial de producción es la orientación fundamental de la política de estabilización, no solamente en una coyuntura de restricción de la demanda, como lo exigen los métodos tradicionales keynesistas de regulación, sino también en una coyuntura de auge. Así lo hace notar el economista americano Shonfield en su trabajo *Capitalismo Moderno*: «Lo esencial es que toda política dirigada a mitigar los efectos inflacionistas debe centrarse más en la gestión de la producción que en la regulación de la demanda. Esto significa que la intervención debe ser de otro carácter»[26].

Sin embargo, una concordancia tan ideal entre las recetas keynesistas y neoclásicas de regulación choca, como ya hemos visto, con la realidad del desarrollo capitalista. La inestabilidad del crecimiento de la producción capitalista no permite a los estados capitalistas

[26] A. Shonfield. *Modern Capitalism*, London—New York—Toronto, 1965, p. 223.

renunciar por completo a los métodos tradicionales de limitación de la demanda efectiva en una situación de «recalentamiento» de la coyuntura económica, de crecimiento desmesurado. En estas condiciones, la política anticíclica entra en profunda contradicción con las exigencias de la política de crecimiento. La elevación desmedida del ritmo de crecimiento por encima de las posibilidades existentes acarrea consecuencias tan nefastas para la economía como son el alza inflacionista de los precios y la crisis de la balanza de pagos. En tales casos, el temor a una profunda bancarrota obliga a tomar medidas urgentes para sostener la coyuntura.

Pero esta combinación de las recetas keynesistas y neoclásicas en relación con la política de regulación a largo plazo no indica que desaparezcan las contradicciones entre los conceptos de ambas corrientes en cuanto a los métodos concretos de la política anticíclica a corto plazo.

En la segunda mitad de los años 60 resurgió con fuerza la discusión, sobre todo por la situación de crisis creada en los años 1969-71. Las contradicciones entre los economistas burgueses en cuestiones de formas y métodos de la política de crecimiento cobraron fuerza por el hecho de que, esta vez, el descenso económico coincidió con un alza inusitada de los precios. Los neoclásicos desencadenaron en este período una gran ofensiva contra las ideas keynesistas relativas al incremento de los gastos públicos, que venían a echar leña al fuego de la inflación. A este propósito, en la segunda mitad de los años 60 se observó un impetuoso resurgimiento de las teorías neoclásicas en forma de «monetarismo», cuyo contenido esencial se reduce a limitar los gastos públicos y otras formas de intervención directa del Estado en la economía, y a sustituirlos por medidas moderadas y graduales de aumento de la masa de dinero a través de la política del Banco Central.

Los adeptos de la tendencia keynesista, que determinaron en medida considerable la política de los gobiernos Kennedy y Johnson (Heller, Okun, Ackley), reclamaban por el contrario, un sensible aumento de los gastos públicos sin los cuales, a su juicio, no sería posible ni la expan

sión económica rápida ni la liquidación del paro obrero «excesivo», sin lo cual el país corre el riesgo de un largo período de estancamiento «reptante»[27].

4. EL PAPEL DE LAS INVERSIONES EN EL PROCESO DEL CRECIMIENTO ECONOMICO

Las diferencias entre keynesistas y neoclásicos al abordar el análisis del crecimiento económico, se hicieron más evidentes en la definición de los principales factores estratégicos de este crecimiento que deben guiar la política económica.

El sistema keynesista de regulación económica consideró siempre las inversiones como el parámetro decisivo de dirección. La función de las inversiones, creadora de ingresos, en la producción o fuera de la producción, privadas y, sobre todo, estatales, se consideraba, como hemos visto, la base del crecimiento de la renta nacional a corto plazo y, por consiguiente, el principal factor de la regulación anticíclica. En los modelos keynesistas de crecimiento, las inversiones son también el parámetro clave de la ampliación del potencial productivo del país, el factor esencial de la elevación del ritmo de expansión a largo plazo.

El análisis neoclásico de los factores de crecimiento económico a base de las funciones de producción tipo Cobb-Douglas llevó a la conclusión de que, en el capitalismo moderno, lo decisivo para la aceleración de los ritmos de crecimiento es el progreso técnico, o sea, la elevación de la eficacia de los factores de producción mediante las innovaciones técnicas, la elevación de la instrucción y calificación de los cuadros, el mejoramiento de la organización y administración de la producción, etc. Partiendo de esto, la conclusión es que el factor primordial del crecimiento no son las inversiones en capital básico sino los factores, imperceptibles a veces en el orden cuantitativo, que contribuyen a aumentar

[27] La polémica entre keynesistas y neoclásicos en torno a la política económica halló su expresión en el famoso debate entre Friedman y Heller, publicado en el libro M. Friedman and W. Heller. *Monetary vs. Fiscal Policy: A Dialog*, New York, 1969.

la eficacia, y en particular las inversiones en «capital humano».

El economista inglés Colin Clark escribió lo que sigue: «Aunque las inversiones en capital fundamental es condición necesaria del crecimiento económico, no es, sin embargo, el factor que lo determina o controla. Los economistas no están aún en condiciones de analizar íntegramente esta cuestión; pero se puede decir ya que los factores que determinan el crecimiento no son de carácter físico: recursos naturales y capital de inversión, sino de carácter humano». C. Clark subrayó en su artículo que un mayor interés de la política económica por las inversiones sólo puede justificarse por el hecho de que éstas se prestan mejor al control y al estímulo que el factor humano. «Pero no cabe esperar éxitos si los políticos y economistas abordan este problema armados de simples propuestas de regulación y estímulo de las inversiones»[28].

Según Clark, lo decisivo es el factor humano; es decir: mejores conocimientos, organización, instrucción, calificación y espíritu de empresa. Por esta razón, la política gubernamental debe orientarse, en primer término, a mejorar la instrucción, a desarrollar las condiciones legales e institucionales del funcionamiento de la economía de mercado, los sistemas monetario, bancario y crediticio, y la legislación administrativa adecuada. Debe tender también al aumento de las inversiones en el transporte y demás medios de comunicación. Clark critica severamente el incremento de las inversiones gubernamentales y la extensión del sector público en la economía. A su juicio, tal cosa representa la violación de la libertad de la empresa privada, genera la desproporción, la ineficacia, conduce al aumento de precios e impuestos, etc.

Los mismos argumentos, por cierto haciendo hincapié en las innovaciones, son esgrimidos por Cairncross, otro distinguido economista inglés. Este es también contrario al entusiasmo «excesivo» por una política de inversiones que, a su parecer, puede llevar a la creación de un poten-

---

[28] C. Clark. *The Fundamental Problems of Economic Growth.* — *Weltwirtschaftliches Archiv*, B. 94, H. 1, 1965, S. 2-5.

cial de producción excedentario. El principal factor estratégico del desarrollo son las innovaciones. Cierto que Cairncross es consciente de que muchas innovaciones habrán de materializarse en inversiones, y de que, por lo tanto, el papel de éstas no es tan pequeño. No obstante, él quiere subrayar la idea de que el propio estímulo de las inversiones debe hacerse a través del fomento de las innovaciones, creadoras de nuevas posibilidades de inversión.

«En la discusión actual se concede demasiada importancia a las inversiones de capital, particularmente a las industriales, como medio esencial para elevar el nivel de vida. Un aumento de la relación capital-producción que no exprese un cambio fundamental en las posibilidades tecnológicas, poco puede hacer por sí solo en un país muy industrializado; únicamente podría servir para crear un potencial excedentario. Un más alto nivel de inversiones puede dar de por sí un nuevo y sensible impulso al desarrollo técnico; pero esto es poco probable cuando el nivel de las inversiones corrientes es ya elevado. Lo que realmente se necesita es mayor rapidez en los cambios técnicos y una política que estimule las innovaciones»[29].

Respecto a esta cuestión puede advertirse también cierto acercamiento de ambas apreciaciones a lo que en la economía política burguesa contemporánea se define como tendencia a la síntesis neoclásica.

Ningún economista de inspiración keynesista tratará hoy de negar la importancia de los cambios cualitativos que se traducen en un aumento de la eficacia. Los resultados del enfoque neoclásico en el análisis de los factores del crecimiento económico llevan a la asombrosa conclusión de que, en la mayoría de los países capitalistas desarrollados, lo que más contribuyó a la expansión económica no son los factores cuantitativos (inversiones y fuerza de trabajo) sino los cualitativos, ligados a gastos que tradicionalmente no tienen relación con las inversiones, es más: que son considerados como gastos no productivos. Dichos resultados han pasado hoy a ser patrimonio de toda la economía política burguesa

[29] A. K. Cairncross. *Factors in Economic Development*, London, 1962, p. 96-97.

Keynesistas y neoclásicos deducen de aquí conclusiones idénticas: la necesidad de estimular la investigación científica, el progreso técnico, la renovación del capital, el aumento de los gastos destinados al «capital humano». Es verdad que, a diferencia de los neoclásicos, los keynesistas estiman que este curso del desarrollo, lejos de simplificar, complica el problema de la realización, y que éste requiere el incremento de los gastos públicos, no sólo en el aspecto del estímulo del progreso técnico sino desde el punto de vista de la creación de una demanda suplementaria. Este desarrollo exige un cierto equilibrio entre la producción y el consumo.

Al mismo tiempo, no ya los keynesistas sino también los neoclásicos se inclinan cada vez más a admitir la necesidad del aumento continuo de los gastos públicos que posibilitan una mayor eficacia de la economía, y, en particular, de los gastos para ampliar los recursos de mano de obra calificada; para el fomento de la ciencia, especialmente de sus ramas básicas; para la conservación y desarrollo de los recursos naturales, y para la infraestructura.

Aunque los propios economistas burgueses valoran hoy con bastante moderación sus resultados, el análisis funcional de los factores de producción desempeñó un papel importante en la orientación de la política de crecimiento económico. Este análisis, sobre todo sus primeros resultados, fue uno de los motivos que incitaron a considerar la investigación científica, la instrucción y la formación de cuadros, y la infraestructura en su conjunto, como objeto muy importante de la política de crecimiento económico.

5. LA TEORIA, LA PRACTICA Y LAS CONTRADICCIONES DE LA REALIDAD

Si, en la mayoría de los países de Europa, lo que caracteriza la regulación estatal de la economía son los programas de desarrollo a largo plazo, que determinan prácticamente la política de crecimiento económico, en los EE.UU. los aspectos de la regulación a largo plazo fueron definidos y formulados por vez primera en un programa

especial de crecimiento económico aprobado sólo a comienzos de los años 60. Este fue el programa de crecimiento del gobierno Kennedy, que contenía medidas encaminadas a superar la desproporción entre el crecimiento efectivo de la producción y sus posibilidades potenciales; es decir: las tradicionales medidas estabilizadoras, así como otras relativas a la elevación del potencial económico. Esta política se formuló y comenzó a aplicarse en una situación de desarrollo a ritmos muy lentos de la economía de los EE.UU., y de una enorme reserva de mano de obra sin utilizar. En esta política era evidente el predominio de las tendencias keynesistas. Aparecía en primer plano el problema del aumento de la demanda efectiva a base de un brusco aumento del déficit del presupuesto.

La Junta de Consejeros del gobierno Kennedy llegó a la conclusión de que la desaceleración del ritmo de crecimiento de la economía de los EE.UU. no era temporal ni fortuita, sino el resultado de la acción de fuerzas poderosas que obstaculizaban un aumento rápido de la demanda; en particular, la de inversiones. La disminución del ritmo de aumento de la demanda genera la desproporción crónica entre el nivel potencialmente posible de la economía de los EE.UU. y su nivel real. «La economía americana actual se ve acosada, no sólo por la recesión... sino por un persistente decaimiento de la producción y del empleo, por la reducción de nuestro ritmo de crecimiento... La recuperación económica de 1961 es algo más que un problema cíclico. Es un problema crónico de flojedad de la economía —la desproporción creciente entre lo que podemos producir y lo que de hecho producimos—... Especialmente después de 1955, la desproporción puso de relieve la acentuación rápida de la tendencia depresiva»[30].

La Junta de Consejeros economistas prestó especial atención en sus informes a las proporciones inadmisibles de no utilización del potencial de producción; se daban también toda una serie de apreciaciones sobre el volumen

[30] Se cita de *Business, Fluctuations, Growth and Economic Stabilization*, p. 493.

de pérdidas que soporta la economía de los EE.UU. a causa de esta insuficiente utilización del aparato productivo y del paro obrero excesivo (del 6 al 6,5%, cuando el nivel «admisible» es del 3,5 al 4%). Este mismo punto de vista vuelve a confirmarse en el informe de la Junta de Consejeros económicos de Johnson en 1966. El decrecimiento de la demanda privada a finales de los años 50, provocado por la satisfacción de la demanda diferida y la reducción del ritmo de formación de nuevas familias, no fue compensado con una activa política gubernamental, lo que condujo a la desaceleración del crecimiento en este período. Así opinaban los autores del informe en cuestión.

W. Heller, presidente de la Junta de Consejeros económicos del gobierno Kennedy, escribió más tarde que con la llegada de Kennedy a la Presidencia, y posteriormente de Johnson, la teoría keynesista empezó a ser aplicada en la práctica de la regulación económica. «Sus gobiernos —escribe Heller— estaban libres, en lo esencial, de la vieja mitología de las representaciones teóricas desfiguradas, que consideraban el déficit estatal sinónimo de inflación, y el incremento de los gastos públicos, fuente probable de depresión que «ponía los pelos de punta», y la deuda pública, como una carga inmoral sobre nuestros nietos»[31].

La concepción del financiamiento deficitario como instrumento principal para «remolcar» una economía depresiva al nivel de sus posibilidades potenciales, adquirió en este período un carácter aún más extensible. W. Heller la definió del siguiente modo: «De aquí en adelante, el objetivo no es el equilibrio del presupuesto de cada año o del transcurso del ciclo, sino el equilibrio del pleno empleo en el presupuesto nacional»[32].

En la política presupuestaria, el papel principal no deberían jugarlo los estabilizadores automáticos sino la acción discrecional del gobierno. Sobre esta base se adoptaron una serie de medidas gubernamentales especiales, y entre ellas, la aceleración de la amortización y una

[31] W. Heller. *New Dimensions of Political Economy*, Harvard, 1966, p. 36.
[32] Ibid., p. 66.

reducción en un 7% de los impuestos sobre las nuevas inversiones en utillaje, así como la reforma tributaria. Todas estas medidas iban dirigidas a elevar la demanda de inversiones, y en cierta medida, por cuanto se trataba de reducir el impuesto progresivo, a aumentar la demanda de consumo.

Simultáneamente, en la política de crecimiento económico se apuntaban tres direcciones estratégicas de influencia duradera del Estado sobre el crecimiento potencial de la economía: 1) estímulo del progreso técnico y extensión de las investigaciones científicas; 2) aumento de los fondos destinados a la instrucción; 3) formación y perfeccionamiento a escala estatal de cuadros obreros calificados. «Unidas a la reforma tributaria —se decía en el Informe económico del Presidente ante el Congreso—, estas tres direcciones de la acción del Gobierno federal son el comienzo de una política más activa en la esfera del crecimiento económico»[33].

Esto no quiere decir que, en general, la política de crecimiento económico en los EE.UU. no se realizara. El sistema de regulación estatal-monopolista de este país en el período de la postguerra, fue adaptado y encauzado en gran parte para asegurar las condiciones esenciales al incremento de la producción, aunque carecía de algo que es inherente a la política de crecimiento como tal: un programa de acción cuantitativamente determinado y bien orientado. El desenvolvimiento de este sistema preparó las condiciones objetivas de una etapa cualitativamente nueva de regulación de la economía, como es la política de expansión, de regulación de los ritmos de crecimiento a largo plazo, que presuponía la acción constante del Estado sobre sus parámetros fundamentales.

En los EE.UU., la política de crecimiento transcurre en varias direcciones: en primer término, tiene lugar la actividad tradicional y creciente del Estado, sobre todo al nivel de los municipios y estados, para crear y desarrollar la infraestructura de la producción: construcción de carreteras, desarrollo del transporte fluvial interior,

[33] *Economic Report of the President, 1963*, p. XXV.

construcción de centrales eléctricas y otras empresas de utilidad pública, preparación de terrenos para obras industriales, etc. Hacia esto se canaliza aproximadamente el 30% del total de las inversiones que realiza el Estado, las dos terceras partes de las cuales van a la construcción de carreteras y otras vías de comunicación. A este propósito hay que tener en cuenta que en el período de la postguerra, las inversiones del Estado de carácter civil crecieron a ritmos mucho más rápidos que las privadas: la tasa de crecimiento de las inversiones civiles superaron en casi dos veces al incremento de los gastos privados en capital fundamental.

El decenio del 60 se distingue por un brusco aumento de los gastos públicos en materia de instrucción. Las contradicciones entre las posibilidades del país más rico del mundo y el atraso del sistema de instrucción adquirieron en los EE.UU. proporciones escandalosas. La necesidad que tenía la producción de cuadros calificados, y la influencia de las conquistas de la ciencia y la técnica en los países socialistas, hicieron esta orientación de la política de crecimiento económico particularmente necesaria. Las fuentes principales de financiamiento de los gastos en materia de instrucción son los presupuestos de los estados y de los órganos de la administración local, cuya parte en los citados gastos, y la dinámica de éstos, se cifra como sigue: el 31,5% en 1950; el 35,3% en 1955; el 36,1% en 1960; 38,3% en 1965, alcanzando en 1966-1968 el 40%, aunque a fines del decenio su peso se redujo situándose en el 36%[34].

Aumentan igualmente los gastos federales destinados a la instrucción y formación de mano de obra. Es cierto que estos gastos constituyen hasta ahora tan sólo el 3,7% del presupuesto federal, mientras que los gastos militares absorben más de la mitad del mismo; sin embargo, se observa en los primeros cierta tendencia al aumento de su peso específico. Si en 1950 éste representó sólo el 0,2%, en 1960 se eleva al 1,4%, y en 1970, al 3,7%[35].

---

[34] *Statistical Abstract of the U.S., 1971*, p. 403.
[35] Ibid., p. 373.

De las proporciones que alcanzaron los gastos del Estado en instrucción, y de su significación económica (desde el punto de vista de los gastos públicos), puede juzgarse comparándolos a las inversiones en capital básico[36].

	1950	1955	1960	1965	1970
(1) Gastos en instrucción (en miles de millones de dólares)	9,6	12,7	19,7	31,0	57,3
(2) Inversiones globales privadas (en miles de millones de dólares)	47,3	61,4	71,3	99,5	132,3
Relación de (1) y (2) en %	20,4	20,7	27,7	31,5	43,3

Esta tabla muestra que los gastos del Estado en instrucción se incrementaron a un ritmo extraordinario elevándose por encima de las inversiones en capital básico. La relación de los primeros con respecto a las segundas pasó del 20,4% en 1950 al 43,3% en 1970.

Otra orientación importante de la política de crecimiento económico es la de estimular el progreso científico-técnico, que se realiza mediante el incremento acelerado de los gastos públicos con destino a la labor de investigación científica, sobre todo en lo que concierne a investigaciones básicas (o fundamentales). El Estado se encarga también de que la industria aplique los nuevos descubrimientos e inventos, que se destinguen por su elevado consumo de capital por unidad de producción y su gran riesgo desde el punto de vista de la rapidez de la reposición de los gastos y de la rentabilidad y acelera la aplicación de los inventos en la producción privada, gracias a la red de servicios de información. Además, el Estado, valiéndose de diversos medios de regulación indirecta —la política tributaria, crediticia, y, sobre todo, la de amortizaciones— estimula

[36] Ibid., pp. 102, 306.

el proceso de renovación del capital en el sector privado de la economía.

Las inversiones públicas en la investigación científica y en los estudios experimentales adquirieron enormes proporciones. En los años del 50, los recursos federales cubrían aproximadamente la mitad de los gastos en la investigación científica. En los del 60, su peso específico excedió de la mitad, y a finales del decenio se situaba alrededor de los 3/5 del total de los gastos. Esto pone de relieve el elevado ritmo de crecimiento de los gastos estatales destinados a la ciencia, considerando que este género de gastos se eleva con particular rapidez (un 9% anual, aproximadamente, en los últimos decenios)[37]. El incremento de los citados gastos estatales facilita el desarrollo de las investigaciones fundamentales en las que las empresas privadas no están interesadas de un modo inmediato. La cuantía de los gastos estatales en la investigación fundamental también se elevó, alcanzando un aumento del 7% en 1958, y del 13,4% en 1969[38].

Esto prueba la influencia creciente del Estado sobre el desarrollo de la ciencia. Sin embargo, en esta influencia se manifiestan con particular fuerza las contradicciones del capitalismo monopolista de Estado moderno. La inmensa mayoría de los recursos federales se invierte de modo primordial en el fomento de las investigaciones científicas ligadas, de una u otra forma, a la carrera de armamentos. No quiere decir esto que la producción de guerra esté separada de la civil por una muralla china: muchos de los descubrimientos y perfeccionamientos científicos realizados en los laboratorios militares se utilizan después en la industria civil. Muchos pueden tener tanta importancia militar como civil; y sin embargo, el capitalismo y su política imperialista empujan a que parte considerable de los recursos nacionales y de los frutos del pensamiento científico—técnico se utilicen, en primer término, para crear nuevos tipos de armamento o perfeccionar los que existen. En la década del 60, los gastos del Estado en investigaciones cósmicas y el sector de la energía

[37] *Statistical Abstract of U.S., 1971*, p. 509-510.
[38] Ibid., p. 510.

atómica crecieron a ritmos particularmente acelerados. En el curso de estos años, la Comisión para la energía atómica absorbió del 8 al 9% del total de los fondos federales destinados a la labor de investigación científica. El peso específico de la Dirección Nacional de Aeronáutica y del Espacio pasó en 1966 del 5 al 33%, reduciéndose algo después a causa de la reducción de los gastos en este sector. En 1970 constituyó el 24,5% del total de los gastos federales destinados a investigación y trabajos científicos[39].

Vista desde el ángulo del estímulo al progreso técnico y del proceso de renovación del capital, reviste mucha importancia la política de amortización acelerada, que facilita la rápida compensación de las inversiones de capital y el remplazamiento del equipo moralmente envejecido por otro nuevo técnicamente, más perfecto y productivo. El sistema de amortización acelerada, que regía hasta entonces sólo en las grandes corporaciones relacionadas con los pedidos militares, en 1962 se extendió a todas ellas. Los plazos mínimos de amortización del valor del utillaje se redujeron por término medio en un 15%. En algunas ramas, la reducción fue considerablemente mayor: el 22% para la metalurgia; el 25% para la siderurgia; el 20% en la industria de construcción de maquinaria (a excepción de la maquinaria eléctrica y de transporte); el 33% en la de material eléctrico; el 20% en la de aparatos de precisión; el 14% en la de automóviles, etc.[40].

Sin embargo, la política de crecimiento económico, que al parecer encarnaba una serie de resultados del enfoque científico en la investigación de los problemas del crecimiento económico, choca con las agudas contradicciones de la sociedad capitalista.

Una serie de exigencias de dicha política ligadas al incremento de los gastos de carácter económico-social del Estado, tropiezan con la resistencia encarnizada de la burguesía monopolista. El Congreso, que había

[39] *Statistical Abstract of the U.S., 1971*, p. 510.

[40] Véase *Nuevos fenómenos en la acumulación del capital en los países imperialistas*, pág. 41.

votado sin titubear nuevas decenas de miles de millones de dólares para la carrera de armamentos, promovió prolongados debates a propósito de los gastos, cientos de veces inferiores, destinados a la instrucción, la asistencia médica y los seguros sociales. Sus representantes más reaccionarios, tipo Goldwater, llegaron a decir que tal programa estaba impregnado de ideas marxistas, y hasta de «actividad antiamericana».

Estas contradicciones limitan el contenido y el alcance de la política económica de crecimiento, incluso en la forma en que la conciben los científicos y los más perspicaces políticos burgueses.

Aún más negativo es el papel que desempeñó la intensificación del militarismo y el incremento de los gastos militares, que se manifestó, sobre todo, en el período de la guerra en Indochina, que provocó un brusco aumento del presupuesto de guerra.

La guerra en Vietnam y los enormes gastos militares que acarreó, el aumento del déficit presupuestario y de la presión tributaria, asestaron un terrible golpe a las medidas ligadas a la política de crecimiento económico, de las que a mediados de los años 60 tanto se esperaba.

La guerra de Indochina y la carrera de armamentos retrasaron la solución de uno de los problemas cardinales del crecimiento económico: el de mejorar el sistema de enseñanza y de incrementar los gastos destinados a otros sectores de la infraestructura. La solución de este problema se encuentra estrechamente ligada a la correlación entre los ingresos federales y los de los estadios y organismos de la administración local, los cuales financian la mayor parte de los gastos indicados. Dichos ingresos no se incrementan a medida del crecimiento económico; provienen principalmente de los impuestos de carácter fijo (como el impuesto sobre la propiedad, en un 45%), o de los que no tienen un carácter progresivo (el impuesto de circulación en un 33%).

Esto hace imprescindible la redistribución en los presupuestos de los estados y órganos de la administración local, de los ingresos fiscales que proceden del gobierno central, cuya parte se acrecienta constantemente. En los años 20, esta parte era aproximadamente un 3%; en los

años 40, un 10% y cerca de un 15% a finales del decenio del 60[41]. Sin embargo, este crecimiento es insuficiente, ya que el ritmo de incremento de los gastos es aún más acelerado.

Para solucionar este problema, en los últimos años fueron presentados diversos planes, tanto en relación con la política de crecimiento económico como con la aplicación del famoso programa de creación de «la gran sociedad», planes que tropezaron con la barrera del militarismo y la carrera de armamentos que absorbe la parte del león de los ingresos fiscales en el presupuesto federal.

La proclamación de la política de crecimiento económico no significaba, ni con mucho, que los economistas burgueses hubiesen encontrado un nuevo instrumento mágico para resolver el problema de la regulación de la economía anticíclica a corto plazo, que asegurase una correlación entre los ritmos efectivos de crecimiento y los potencialmente posibles. Cuando el presidente Kennedy dio paso a la política de crecimiento económico, las exigencias de ésta coincidían con las de la política anticrisis, entonces de actualidad, que reclamaban el incremento de los gastos públicos y la ampliación de la demanda solvente. Y esto fue lo que, en cierta medida, facilitó su éxito.

Sin embargo, las exigencias de la política económica de crecimiento estaban en abierta contradicción con las particularidades del desarrollo de la coyuntura económica de los EE.UU. a fines del decenio del 60. Debido al auge cíclico, a la política de crecimiento económico intensificada por el Estado, y al incremento de los gastos de guerra, la primera mitad de la década del 60 se distinguió por una elevación brusca del ritmo de crecimiento. Pero al igual que la depresión, el auge no se sometió al control exterior. De 1962 a 1966, el ritmo medio anual de crecimiento del producto nacional global fue de 5,8%, y el de la producción industrial, de 7,3%. Un ritmo tan acelerado de crecimiento de la economía de los EE.UU. había de conducir necesariamente a una tensión considerable del potencial económico del país, sobrecargado por los enormes gastos

[41] *Statistical Abstract of U.S., 1969*, p. 413.

militares. En esta situación se inició un alza rápida de los precios, que hizo de la inflación el problema número uno.

En 1967 aparecieron síntomas de que el auge económico tocaba a su fin: se produjo una desaceleración del ritmo de crecimiento, caracterizada de «mini-recesión». Y partiendo de las ideas tradicionales, según las cuales la inflación es el precio del crecimiento, el Gobierno se vió obligado a sacrificar los objetivos de crecimiento para limitar la inflación. Volvió al viejo método de contener la demanda para reducir los ritmos de crecimiento y enfriar la coyuntura, tratando así de hacer frente a la inflación.

En 1966 se aplicaron ya una serie de medidas de restricción: aumento de los impuestos indirectos; supresión de la reducción sobre el impuesto progresivo que se había iniciado con la reforma tributaria; abrogación del descuento del 7% sobre las inversiones. A mediados de 1968 se promulgó la ley del control de ingresos y gastos que preveía un aumento del 10% sobre el impuesto progresivo. Los gastos públicos fueron limitados. Simultáneamente, el sistema federal de reserva inició una política de contención en la esfera crediticio-monetaria.

El resultado fue que en la economía de los EE.UU. se desencadenó la crisis de turno de los años 1969-1971. La desocupación aumentó bruscamente, abarcando del 5 al 6% del total de la mano de obra; sin embargo, esto no dio los resultados apetecidos en la lucha contra la inflación. Pese a la depresión económica y al brusco aumento del número de los sin trabajo, los precios siguieron elevándose a ritmos acelerados. Entre 1969-70, el alza fue de un promedio anual del 5 al 6%. Inflación creciente en condiciones de creciente desocupación; tal fue el rasgo característico de la economía de los EE.UU. al comienzo de los años 70.

Así pues, las esperanzas en la acción del mecanismo tradicional de regulación capitalista, cuyo objetivo fue siempre el de conducir a la economía capitalista de la inflación de Escila a la depresión de Caribdis mediante la regulación de la demanda efectiva, no se justificaron.

En estas condiciones comienza de nuevo a plantearse el problema de la regulación económica a largo plazo. Pero la cuestión es que el pasar a la política de contención del crecimiento económico ya iniciada el 1966, junto con la renuncia a las exigencias esenciales de la política de crecimiento económico, significa abandonar la búsqueda de un nuevo sistema de medidas de regulación de la economía a largo plazo.

Esta tarea vuelve a estar hoy al orden del día. En su informe de enero de 1970, Nixon declaró: «Hemos comprendido que la regulación para el año que tenemos por delante conduce casi al mismo desorden que la total carencia de plan, y que es preciso atraer la atención de la sociedad hacia las tendencias prolongadas y la influencia que las decisiones actuales ejercen en el curso futuro de los acontecimientos»[42]. Nuestro objetivo —continuó Nixon— es un crecimiento constante. La estabilidad es sólo el medio de alcanzar este fin. Cómo conseguirlo es lo que al parecer no está claro ni para el Gobierno ni para sus Consejeros económicos. En los primeros tiempos, el arsenal teórico del gobierno Nixon no fue más allá de las recomendaciones neoclásicas, que se distinguen por su prudencia en relación con los gastos públicos y una mayor atención a la política monetaria como instrumento fundamental de regulación del crecimiento a largo plazo.

No obstante, y con el fin de superar la depresión, en 1971 entraron en acción las habituales recetas keynesistas para hacer frente a la crisis, incluyendo el aumento sensible de los gastos públicos.

Para contrarrestar la inflación se adoptaron una serie de medidas de urgencia. Renunciando a sus tradicionales afirmaciones de adhesión al principio del libre juego de las fuerzas del mercado, en agosto de 1971 la administración Nixon pasó a regular directamente precios y salarios. Estas medidas permitieron contener en parte el proceso inflacionista. De todos modos, y a pesar de la «congelación» de los salarios y el control de los precios, el coste

---

[42] *Economic Report of the President, 1970*, p. 3.

de la vida siguió elevándose, sin contar con que estas medidas fueron origen de nuevos y serios problemas ligados con la agudización de las contradicciones de clases y la reducción de los incentivos a la actividad de los empresarios privados.

Así pues, la inflación tomó carácter de dolencia crónica del capitalismo, expresión de las profundas e insolubles contradicciones de la producción capitalista «madura».

6. SINTESIS NEOCLASICA Y LOS NUEVOS PROBLEMAS DEL CAPITALISMO MODERNO

Las diferencias fundamentales entre la economía política marxista y la burguesa se expresan en la respuesta a la cuestión del significado del complejo sistema de relaciones tecnoeconómicas y socioeconómicas que constituyen la médula de un sistema económico dado, y que determinan las leyes que rigen su desarrollo.

¿Consiguieron los economistas burgueses oponer al marxismo una teoría que constituyera un sistema más o menos íntegro, que abarcase todos los aspectos de la economía del capitalismo, que diera una idea de su mecanismo, de sus tendencias de desarrollo, tanto técnico-económicas como social-institucionales? ¿Cómo han contribuido el keynesismo y la síntesis neoclásica a la solución de este problema, partiendo de que Keynes y sus continuadores tenían la pretensión de crear una teoría «general» del capitalismo, una «nueva» economía política?

A estas cuestiones hay que responder con la negativa. El círculo de problemas objeto de investigación de la inmensa mayoría de los economistas burgueses contemporáneos —que sigue siendo un círculo estrecho— son, preferentemente, las interrelaciones tecnoeconómicas cuantitativas. Es cierto que, a diferencia de los neoclásicos con su método y sus problemas «microeconómicos», los keynesistas intentaron reformar la economía política burguesa y orientarla hacia el análisis de los problemas actuales del capitalismo monopolista de Estado en su conjunto. Aportaron la teoría macroeconómica e indicaron los parámetros macroeconómicos de la regulación estatal burguesa de los procesos de la reproducción.

Esta teoría, sin embargo, no fue más allá de las interrelaciones cuantitativas de la economía.

Ciertos de sus defectos podrían haberse superado mediante la desagregación del modelo esencial, incorporándole elementos complementarios que no fueron tenidos en cuenta, y que en lo esencial se estudiaron por los continuadores de Keynes. Así, precisamente, se fue desarrollando la teoría del crecimiento.

Sobre esta misma base se realizó la llamada «síntesis neoclásica», es decir: la fusión de la teoría keynesista y la neoclásica renovada para una fundamentación más completa de la regulación estatal-monopolista.

No obstante, los vicios de origen de los enfoques keynesista y neoclásico se mantuvieron. Uno y otro ignoran, o toman como algo dado, todo el conjunto de relaciones sociales y económicas y de las instituciones del sistema capitalista moderno. El desconocimiento de estas relaciones explica el que la síntesis neoclásica no pueda responder a la cuestión del origen de las contradicciones del capitalismo moderno que se ve obligada a constatar. Las teorías fusionadas en la síntesis neoclásica no son adecuadas para abordar de modo nuevo el análisis de la inflación, el problema del crecimiento en toda la complejidad de sus incidencias sobre la sociedad humana, el problema de los conflictos sociales cada vez más agudos; y esto es lo que determina la crisis profunda de dichas teorías. Entre los economistas burgueses cunde el descontento ante «el cajón de instrumentos de análisis operacional» en que se ha convertido la economía política.

La crisis de la economía política está estrechamente ligada a la crisis general del capitalismo, pero tiene sus formas específicas de expresión. La revisión periódica de las doctrinas dominantes obedece a que éstas concuerdan cada vez menos con los procesos reales del desarrollo, a su ineptitud para asegurar a la apología del capitalismo una base más o menos aceptable. De la crisis de la teoría neoclásica surgió en su tiempo el keynesismo. Hoy, la crisis de la síntesis neoclásica se convierte, citando palabras de Joan Robinson, en una «nueva ortodoxia».

Analizando las causas de la crisis creciente de la moderna teoría ortodoxa, Joan Robinson opina en su

último trabajo, *Herejes económicos*, que esta crisis se origina porque ni la «revolución» keynesista ni la síntesis neoclásica renunciaron al principio fundamental de la apologética burguesa, que hace compatible la maximalización del beneficio con la conquista del bienestar social[43]. Los economistas progresistas están cada vez más convencidos de que el mecanismo del modo capitalista de producción, corregido por la regulación estatal de la demanda, no está en condiciones de resolver los problemas esenciales de la existencia y desarrollo de la sociedad humana, como son la pobreza permanente en medio de la abundancia, la inestabilidad social y económica, los peligros de guerra, los problemas urbanos, de contaminación del medio ambiente, etc.

Ante la economía política burguesa se plantean nuevos problemas que requieren nuevos métodos y nuevas formas de análisis.

1. Se discute hoy muy vivamente en torno a la naturaleza de la inflación y los procedimientos para contrarrestarla. La inflación se ha convertido en el problema número uno.

Los teóricos del crecimiento, y en particular los de la corriente keynesista, hasta hace poco no prestaban mucha atención al problema de los precios ni, en general, al de los factores monetarios. E incluso el análisis neoclásico de los factores de crecimiento se realizó, generalmente, en términos de precios relativos estables, pese a que los neoclásicos prestaron siempre atención al problema de los precios. Por eso, su modelo de crecimiento y las recomendaciones prácticas que de él se derivan no se ligaban a la dinámica de los precios. El propio punto de vista general que predominaba en esta cuestión, y a juzgar por el cual una inflación moderada, reptante, es condición necesaria del crecimiento, excluía prácticamente el análisis de este problema. Los acontecimientos actuales destacan a un primer plano el problema de la inflación, de las causas y factores que lo generan, del mecanismo que lo desencadena. Dichos acontecimientos nos dicen que no es posible analizar los procesos del crecimiento económico desligados de los

[43] J. Robinson. *Economic Heresies*. MacMillan, 1971.

factores monetarios, de los presos de la formación de los precios y de su influencia recíproca.

El mecanismo de la inflación está «montado» en la economía capitalista moderna. Su resorte es la lucha por la «tarta nacional», de la que los monopolistas tratan de quedarse con la mayor parte posible mediante del alza de los precios. El intento de hacer frente a este problema congelando los salarios no hace más que poner al desnudo el carácter de clase de la política económica actual de los estados capitalistas, mas no puede cambiar la naturaleza de este mecanismo.

2. En relación con la cuestión del medio exterior surgen grandes problemas, de orden teórico y práctico, por el cúmulo de consecuencias negativas del crecimiento económico no controlado.

El agotamiento rápido de los recursos naturales, las pérdidas irreparables causadas a la naturaleza por la insensata expoliación de sus recursos, por la contaminación del aire y las aguas, plantea de un modo nuevo el propio problema de los ritmos de desarrollo económico potencialmente posibles, y exige un nuevo modo de abordarlos y resolverlos. A este respecto se pueden señalar los siguientes fenómenos importantes, característicos de la situación de crisis de las tradicionales concepciones del crecimiento económico:

a) Está teniendo lugar una severa crítica de los tradicionales índices estadísticos de crecimiento, y en particular, del producto nacional global (G.N.P.), en tanto que índices del nivel del desarrollo económico. Esta crítica parte, sobre todo, de los economistas jóvenes de ideas liberales. A ellos se unen también muchos doctos hombres de ciencia como S. Tsuru, J. K. Galbraith, T. Shults y otros. Estos economistas estiman que toda definición del bienestar en la presente etapa de desarrollo de las fuerzas productivas debe tener obligatoriamente en cuenta el efecto negativo que el desarrollo ejerce en el medio ambiente, y, por consiguiente, en la propia existencia del hombre.

Se avanzan en la actualidad diversas concepciones según las cuales es necesario valorar, no sólo los bienes (*goods*) sino también los males (*bads*) que la producción

engendra. Deben, asimismo, tenerse en cuenta todo género de efectos externos (*externalities*).

En este sentido se efectúa la revisión de las anteriores concepciones de los costes y formación de los precios.

b) Se extiende cada vez más la convicción de que el concepto del crecimiento económico debe sustituirse por el de desarrollo, el cual opera con un círculo más amplio de categorías económicas que anteriormente no entraban en la esfera tradicional del análisis.

En el informe del secretario del Comité Ejecutivo de la Comisión Económica Europea sobre los problemas del medio circundante (Praga, mayo de 1971), se dice: «...Sería necesario remplazar la concepción del crecimiento por una más amplia del desarrollo. En el pasado, se olvidaron con demasiada facilidad la desproporción entre la producción y el consumo, y, en lo esencial, las decisiones económicas se tomaban a base de instrumentos analíticos insuficientes, por cuanto que dejaban de lado los servicios y las mercancías que no tienen precio ni forma material. Por otro lado, el perfeccionamiento de los medios de análisis debía desbrozar el camino a la fundamentación científica de la política en lo que concierne al medio circundante, sobre cuya base pudieran los gobiernos llevar a cabo un desarrollo general óptimo, y no sólo maximizar el crecimiento económico»[44].

Cobra vigor la crítica del enfoque tradicional del problema de los ritmos de crecimiento al margen de las consecuencias sociales y de los «gastos». Ahora es cada vez más evidente que, si pretende resolver los problemas de la política económica, el análisis teórico del crecimiento económico no puede limitarse a los aspectos tecnoeconómicos del mismo. La adopción de decisiones políticas exige salir de estos estrechos marcos y analizar las contradicciones sociales de la reproducción capitalista, cosa para lo que las corrientes keynesista y neoclásica de la economía política burguesa no están preparadas.

c) Por último, el problema del crecimiento económico y del medio es para los economistas radicales el punto

[44] *E.C.E. Symposium on Problems Relating to Environment U.N.*, N.Y., 1971, p. 2.

de partida de una acerba crítica del capitalismo como tal sistema social. Veamos, por ejemplo, cómo se plantea este problema en el informe de los economistas norteamericanos Edwards y Macvane, y del llamado *Estado Mayor de las Ciencias Sociales*: «Como quiera que el proceso de producción lo controlan los capitalistas, y su objetivo es maximizar el beneficio, no existe la tendencia a minimizar los gastos que caen sobre otros». Estos gastos toman la forma de destrucción de la comunidad de los hombres, la contaminación de las aguas y del aire, la superpoblación, de «polución de las ciudades». Al correr del tiempo, estos problemas se van agudizando. «Para contener la destrucción del medio circundante sería necesario limitar sustancialmente la acción de las instituciones capitalistas fundamentales»[45]. Tal es la conclusión de los autores del informe.

Así pues, las teorías económicas modernas, lo mismo que la política de crecimiento, tropiezan hoy con nuevas dificultades y contradicciones del desarrollo capitalista. Las más importantes son:

a) el crecimiento y el problema de la inestabilidad económica;

b) la inflación, y una lucha cada vez más aguda por la redistribución de la renta nacional;

c) el crecimiento y todo el conjunto de consecuencias socioeconómicas, y, sobre todo, biológicas, que plantean de un modo nuevo el problema de los ritmos óptimos de crecimiento y de su «precio».

¿Podrá la economía política burguesa adaptarse al análisis de estos problemas del capitalismo, tecnológicamente maduro? El futuro lo dirá.

Es evidente, sin embargo, que para comprender cuál es la vía de solución de estos problemas, hay que basarse en la economía política marxista, y admitir que las contradicciones internas del sistema capitalista son insolubles, y que este sistema es históricamente transitorio.

---

[45] *American Economic Review*, № 2, 1970. p 356.

SUMARIO

INTRODUCCION 3

Capítulo I

La teoría de Keynes y su papel en el desarrollo de la teoría macroeconómica moderna 19

Capítulo II

El modelo neokeynesista de equilibrio dinámico 35
1. Ritmo de crecimiento y tasa de acumulación . . . 35
2. Ritmo de crecimiento y estructura de la reproducción de las inversiones de capital 48

Capítulo III

Equilibrio dinámico y el problema del ciclo económico . . . 58
1. Concepciones basadas en la interacción del multiplicador-acelerador 63
2. Teoría de la inestabilidad económica de Harrod 70

Capítulo IV

De la teoría neokeynesista a la neoclásica 78
1. Crítica del modelo neokeynesista macrodinámico 78
2. Teoría neoclásica de la producción y funciones de producción 84
3. El problema del equilibrio dinámico en la teoría neoclásica del crecimiento 93

Capítulo V

Funciones de producción y análisis de los factores del crecimiento económico 102

1. Significado y premisas de la función de producción Cobb-Douglas 103
2. Dinamización de la función Cobb-Douglas y de la valoración del progreso técnico 117

Capítulo VI

Crecimiento económico y evolución de la teoría de la distribución 138

1. Distribución y crecimiento económico 138
2. Teoría neoclásica de la distribución y la «revolución antimarginalista» 142
3. La teoría keynesista de la distribución 155
4. Variante keynesista de izquierda de la teoría del crecimiento y la distribución: monopolios, salarios y progreso técnico 163

Capítulo VII

Teoría marxista de la reproducción y teoría burguesa del crecimiento económico 178

1. Diferencias esenciales entre la teoría marxista de la reproducción y la teoría burguesa del crecimiento económico 179
2. Categorías fundamentales del análisis de Marx del proceso de la reproducción 185
3. Acerca de la historia del desarrollo de la teoría de la reproducción socialista. (Modelo de crecimiento económico de G. Feldman) 196

Capítulo VIII

La teoría del crecimiento y los problemas de la política económica 208

1. Teoría económica y política económica 209
2. Ritmos de crecimiento potencialmente posibles 215
3. Demanda u oferta 220
4. El papel de las inversiones en el proceso del crecimiento económico 223
5. La teoría, la práctica y las contradicciones de la realidad 236
6. Síntesis neoclásica y los nuevos problemas del capitalismo moderno 248

Universidad Laboral Asturias
OVIEDO

AL LECTOR

La Editorial le quedará muy reconocida si le comunica usted su opinión acerca del libro que le ofrecemos, así como de la traducción, presentación o impresión del mismo. Le agradeceremos también cualquier otra sugerencia.

Nuestra dirección:
Editorial Progreso, Zúbovski bulvar, 21,
Moscú, URSS

La evolución de la economía política burguesa de posguerra ofrece cierto interés teórico y práctico. Su rasgo esencial fue la adaptación cada vez mayor a las necesidades de la regulación estatal monopolista de la economía capitalista. Esta adaptación fue iniciada con la «revolución keynesista» que produjeron los trabajos de J. M. Keynes publicados en los años 30.

En el curso de esta evolución, la economía política burguesa reveló cierta flexibilidad expresada en la reelaboración crítica del legado keynesista, y en la creación de la teoría neokeynesista de crecimiento y distribución; en la renovación de las viejas concepciones neoclásicas a los fines de análisis de los factores de crecimiento; en los intentos de fundir estas concepciones en la llamada síntesis neoclásica para fundamentar de un modo más completo el mecanismo y la práctica de la regulación del capitalismo monopolista de Estado.

A la vez, esta evolución muestra de modo evidente que la economía política burguesa no va más allá de una condicionada apología de clase del capitalismo, no hace un análisis de su naturaleza económica y social, de las leyes de su desarrollo, ni de los problemas socioeconómicos de la actualidad que van minando sus fundamentos.

Todos estos aspectos de la evolución del keysismo y de la creación de la síntesis neoclás se analizan en el presente trabajo, que conclu con el esclarecimiento de las influencias fun mentales de la teoría económica sobre la pc tica económica, y del carácter contradicto de dicha influencia.